
EL
ACUÍFERO
DEL
INFIERNO
ALBERTO MARÍN
Atreyu

EL ACUÍFERO DEL INFIERNO

Alberto Marín

Atreyu Servicios Digitales

Derechos de autor © 2026 Francisco Javier Gunzález Rolo

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

CONTENIDO

Página del título
Derechos de autor
El Acuífero del Infierno
Prólogo: La Muerte en la Grieta
Capítulo 1: El Hombre que Arreglaba Barcos
Capítulo 2: Sueños de Sal y Pólvora
Capítulo 3: La Frontera de Fuego
Capítulo 4: El Pozo del Silencio
Capítulo 5: Sal en las Heridas
Capítulo 6: El Precio de la Confianza
Capítulo 7: La Caravana del Diablo
Capítulo 8: Nadifa y el Viento
Capítulo 9: El Desvío de Medianoche
Capítulo 10: A través de la Sal
Capítulo 11: La Trampa del Espejismo
Capítulo 12: La Mano del Traidor
Capítulo 13: El Precio del Agua
Capítulo 14: El Último Pozo de los Afar
Capítulo 15: Donde el Mapa Miente
Capítulo 16: El Camino de la Sombra
Capítulo 17: En el Vientre del Monstruo

Capítulo 18: Fuego en la Mina
Capítulo 19: El Precio de la Lealtad
Capítulo 20: La Caravana de los Muertos
Capítulo 21: El Último Camello
Capítulo 22: La Confesión de Montero
Capítulo 23: El Vuelo del Ángel Negro
Capítulo 24: Agua en la Arena
Capítulo 25: El Falso Clímax
Capítulo 26: La Celda de los Condenados
Capítulo 27: La Fuga del Infierno
Capítulo 28: El Último Vuelo
Capítulo 29: La Verdad en la Capital
Capítulo 30: El Guardián del Agua
Epílogo: El Eco del Agua

EL ACUÍFERO DEL INFIERNO

Alberto Marín

PRÓLOGO: LA MUERTE EN LA GRIETA

El doctor Samuel Berhanu se secó la frente con el dorso de la mano y volvió a los mapas. El sudor le corría por la nuca. No por la temperatura.

En la pantalla del portátil, los datos de conductividad eléctrica del subsuelo del Danakil trazaban una mancha azul del tamaño de una provincia. No era una mancha. Era un océano enterrado.

Seis años de registros satelitales, setecientos análisis de suelo, tres expediciones al corazón de la Depresión. Había encontrado un acuífero fósil colosal, una bolsa de agua dulce del tamaño de un mar atrapada bajo kilómetros de sal y lava. Agua limpia. Suficiente para regar el Cuerno de África durante un siglo.

Pero no era eso lo que Aquifer Global quería extraer.

Deslizó el ratón sobre la mesa. La silla chirrió al inclinarse hacia la pantalla. Abrió la carpeta de documentos sellados. Los permisos de prospección ilegal. Los informes internos que hablaban de la «externalización de costes hídricos». Las transferencias bancarias a cuentas en paraísos fiscales. Las actas de las reuniones en las que se decidió que el litio valía más que el agua. Todo estaba ahí.

Se masajeó el puente de la nariz. Llevaba horas sin parpadear. La luz azul del monitor le irritaba los ojos, pero no podía apartarse. Cada vez que cerraba los archivos, aparecía el rostro de su hija. Trece

años. El olor de su pelo mojado. Una sonrisa de quien confía en un mundo verde.

La impresora escupió la última página. Recogió el informe, lo cotejó con los mapas, lo metió en una carpeta azul. Luego abrió el correo electrónico y escribió el mensaje que llevaba días redactando en su cabeza:

«Sally, tengo la prueba definitiva. Los datos de satélite, las solicitudes de concesión minera, el estudio de impacto ambiental manipulado. La historia es esta: Aquifer Global ha descubierto el mayor acuífero fósil del este de África bajo el Danakil. Su plan no es extraer agua. Es perforar para obtener litio. Contaminarán el acuífero para siempre. Adjunto los archivos. Publícalo mañana. Samuel.»

Dejó el cursor sobre el botón de enviar. No lo pulsó. Primero debía asegurarse de que los archivos físicos estuvieran a salvo.

El teléfono sonó.

Berhanu lo miró. El número no estaba registrado, pero sabía quién llamaba. Llevaba semanas esperando aquella llamada. Dejó que sonara tres veces antes de descolgar.

—Doctor Berhanu, soy Whitaker.

La voz era fría, educada, sin asomo de amenaza. Sonaba a ejecutivo hablando de rendimientos trimestrales.

—¿Cómo consiguió este número?

—Consigo todo lo que necesito, doctor. Quiero hablar con usted del trabajo que está realizando. Admiro su dedicación.

—No tengo nada que hablar con usted.

—Creo que sí. Lleva meses investigando a mi empresa. Reuniendo datos. Sacando conclusiones. Algunas de ellas... creativas.

—No hay nada creativo en envenenar un acuífero.

Silencio al otro lado de la línea. Luego un suspiro.

—Doctor, no voy a discutir la geología con usted. Voy a hacerle una propuesta. Su silencio tiene un precio. Dos millones de dólares. En una cuenta en Suiza, antes de que termine la noche. Puede irse a donde quiera. Empezar de nuevo. Su hija podría estudiar en la mejor universidad del mundo.

Berhanu miró la foto sobre la mesa. Trece años. La sonrisa de quien quiere un país verde. Pensó en el olor a champú barato de su pelo mojado, en su risa cuando él llegaba a casa, en las preguntas que hacía sobre el mundo. ¿Qué mundo le iban a dejar?

—El precio de mi silencio —dijo Berhanu— es la vida de millones de personas. No lo negocio.

—Doctor, creo que no comprende la magnitud de lo que está haciendo. No se enfrenta a mi empresa. Se enfrenta al futuro. El litio es la transición energética. El agua de la que usted habla es un recurso muerto, atrapado bajo tierra desde el Mioceno. No pertenece a nadie.

—Pertenece a los que van a nacer.

—Los que van a nacer necesitarán energía tanto como agua. Mi empresa ofrece ambas cosas.

—Ofrece contaminación. Ofrece muerte. Ofrece un puñado de dólares a cambio de la sed de todo un continente.

La línea crujió. Whitaker habló más despacio, como si explicara algo a un niño.

—Lamento que haya elegido el camino difícil, doctor. De verdad. No era necesario.

—Usted no decide mi camino.

—No. Pero decido lo que pasa al final de él.

Berhanu colgó. La mano no le tembló. Sorprendido, notó una calma antinatural. Quizá el miedo, de tanto esperarlo, se le había gastado. Apoyó las palmas sobre la mesa, sintió la madera caliente bajo los dedos. Respiró hondo. Luego desbloqueó el teléfono, abrió la bandeja de salida y movió el cursor sobre el botón de enviar. El mensaje para Sally estaba listo. Lo pulsó. El zumbido del envío, apenas perceptible, se lo llevó al servidor.

Introdujo el pendrive en el puerto y comenzó la copia de seguridad. Los archivos se transferían con lentitud, segundo a segundo. Miró la barra de progreso. Cuarenta y siete por ciento.

El ascensor se detuvo. Alzó la cabeza. El zumbido del motor se apagó. En el silencio del pasillo, los pasos sonaron como disparos.

Dos hombres. Botas. Sin prisa.

Sesenta y tres por ciento.

Calculó las distancias. La puerta, la ventana de servicio, la escalera de incendios. No llegaría. La escalera quedaba al otro lado del pasillo, justo donde los pasos ya se acercaban. La ventana de servicio daba a un callejón de dos pisos de altura. Podía romper el cristal, colgarse del marco, dejarse caer. No era una buena caída, pero era la única salida.

Apartó el portátil y extrajo el pendrive con un movimiento seco. Lo sopesó en la palma. Dieciséis gigas de plástico y silicio. Toda la verdad. Lo metió en el dobladillo de la camisa, donde la costura gruesa lo ocultaba a la vista. La presión del plástico contra su costilla era un recordatorio constante.

Luego cogió la carpeta azul y la colocó sobre la mesa, abierta, visible. Un señuelo.

Ochenta y nueve por ciento.

Los pasos se detuvieron ante la puerta. Un golpe seco, cortés casi.

—¿Doctor Berhanu? Servicio de mantenimiento.

No respondió. Se acercó a la ventana de servicio. Dos pisos. Un callejón. Un coche aparcado. Calculó la trayectoria de la caída: caería sobre el techo del Toyota, luego rodaría al asfalto. Se rompería algo, pero sobreviviría. Tenía que sobrevivir.

La puerta crujió bajo el primer golpe. Una patada, seca, precisa. La madera se astilló alrededor de la cerradura.

Abrió la ventana. El aire de la tarde entró como un animal cansado, caliente, cargado de polvo y humo de gasolina. Olía a asfalto recalentado, a basura acumulada en los contenedores. A ciudad que se asfixia.

—¡Doctor Berhanu, abra la puerta!

Segundo golpe. La madera saltó en astillas. El marco cedió. El pestillo voló por los aires y rebotó contra la pared.

Miró la foto de su hija. Un instante. Trece años de promesas. La imagen sonreía desde el marco de madera barata, el fondo borroso de un jardín que ya no existía. Metió la mano en el bolsillo, sacó el teléfono y confirmó que el mensaje se había enviado. «Sally. Adjuntos. Publícalo.» Hecho.

La puerta se abrió de golpe.

Se lanzó contra la ventana. El cristal templado se negó a romperse en el primer golpe. Se astilló en un patrón de telaraña. Un segundo golpe, esta vez con el codo. El hueso chocó contra el vidrio. La ventana cedió en un estallido de esquirlas blancas, dientes de hielo sobre el alféizar.

El impacto contra el techo del coche fue un mazazo en los riñones. Rodó, cayó de costado sobre el asfalto. El brazo le ardía. La sangre le empapaba la manga, pero no sentía el dolor. Solo el instinto de ponerse en pie. Una lámina de cristal se le había clavado en el antebrazo, pero no había tiempo para mirarlo.

El callejón olía a gasolina y basura podrida. Un hombre esperaba apoyado contra la pared, en la sombra que proyectaba el contenedor metálico. Llevaba un traje oscuro y una pistola con supresor.

—Lo siento, doctor.

Se incorporó. La rodilla derecha falló, pero se mantuvo en pie. Miró al sicario. Buscó algo que decir, algún gesto que dejara claro que no se iba callado. Las palabras se atascaron en su garganta. Solo atinó a sostenerle la mirada, a no apartar los ojos.

El primer disparo le dio en el hombro. El impacto lo giró, lo arrojó contra la puerta del conductor del Toyota. El segundo disparo le alcanzó el pecho.

Cayó de espaldas. El horizonte de la tarde, la rendija de cielo naranja entre los tejados, se desvaneció en un gris ceniza. Sintió el asfalto frío contra la nuca. El olor a gasolina y a su propia sangre. Oyó pasos que se alejaban: el crujido de unas botas sobre asfalto.

El pendrive rodó bajo el coche aparcado. Se detuvo contra la rueda trasera derecha. Invisible. Las cámaras del edificio de enfrente grabaron sombras. Nada más.

El hombre del traje oscuro guardó la pistola, comprobó el pulso de Berhanu, ajustó los puños de la camisa y caminó hacia la salida del callejón sin prisas. Sus pasos se perdieron en el rumor del tráfico.

En el despacho, la carpeta azul seguía abierta sobre la mesa. Los mapas satelitales, los informes, las transferencias bancarias. El portátil, encendido. El mensaje brillaba en la pantalla: «Adjuntos. Publícalo.»

Sobre la mesa, la foto de la hija de Berhanu sonreía en un paisaje de verde imposible.

En el piso treinta y dos de un edificio de cristal, en el extremo norte de la ciudad, Mr. Whitaker sostuvo el teléfono satelital contra el oído.

La línea muerta zumbó durante unos segundos. Luego colgó.

La oficina no tenía ventanas. Las paredes eran blancas, la mesa de metal lacado, la silla de cuero negro. Ni fotografías, ni plantas. Nada que delatara una vida fuera de aquella habitación. Solo el zumbido constante del aire acondicionado y el olor a plástico nuevo.

Whitaker abrió el cajón inferior del escritorio. Sacó una carpeta de cartón grueso. En la portada, una fotografía granulada. Un hombre canoso, pelo rapado a los lados, cicatriz de cuatro centímetros en la mandíbula izquierda. Ojos que en blanco y negro parecían dos pozos de sombra.

Saúl Hendaya. Exlegionario. Ingeniero hidrólogo. Sin ataduras. Sin familia. Sin nada que perder.

Pasó el dedo por el borde de la fotografía. Conocía el perfil de memoria. La hoja de servicios en la Legión. El expediente académico en la Politécnica de Madrid. El escándalo que lo arruinó. Los años de silencio en Canarias, arreglando barcos de pesca, bebiendo solo, esperando nada.

El hombre perfecto para el trabajo.

Secó el teléfono satelital con un pañuelo de lino. La carpeta de Saúl Hendaya seguía abierta sobre el escritorio. Marcó otro número de memoria.

Tres tonos. Una voz al otro lado.

—Dígame.

—El científico ha sido neutralizado. El proyecto sigue adelante.

—¿Los documentos?

—En su poder. O destruidos. Da igual. No tenía copias físicas.

—¿Seguro?

—Seguro. Pasamos a la segunda fase.

—Procedan.

—Necesito que localicen a un hombre. Saúl Hendaya. Ingeniero. Exlegionario. Vive en Tenerife, Puerto de la Cruz. Quiero que lo traigan.

—¿Vivo?

—Vivo. En una pieza. Es un profesional. Lo necesito para el trabajo de campo. No me sirve roto.

—Entendido.

—Y otra cosa.

—¿Sí?

—Que no sepa que vamos a buscarlo. Que parezca un encargo normal. Bien pagado. Sin urgencias. Quiero que acepte por voluntad propia.

—¿Y si no acepta?

Whitaker miró la fotografía. Estudió la cicatriz, la mandíbula dura, la falta de miedo en los ojos. Todos tienen un precio.

—Aceptará. Todos aceptan. Es cuestión de encontrar el precio adecuado.

Colgó. Cerró la carpeta. La guardó en el cajón.

En el callejón, el cuerpo de Samuel Berhanu empezaba a enfriarse sobre el asfalto. El cielo naranja se apagaba sobre Adís Abeba.

Bajo el Toyota, el pendrive seguía allí.

Nadie lo había visto.

CAPÍTULO 1: EL HOMBRE QUE ARREGLABA BARCOS

El motor fueraborda tosió dos veces antes de arrancar. Hendaya ajustó el carburador con un giro de muñeca, sintió la vibración estable propagarse por el metal y asintió para sí mismo. Cerró el capó.

El sol se derramaba sobre el Atlántico como una moneda de cobre fundido. Las sombras de los barcos varados se alargaban sobre el asfalto del astillero, y el viento traía olor a salitre y gasoil. A sus espaldas, el Teide se alzaba tras una capa de nubes anaranjadas.

Veintitrés años atrás, Hendaya había construido presas en Afganistán. Había perforado acuíferos en el Sahel. Había visto morir a gente de sed en fosas comunes. Ahora arreglaba motores de barcos de pesca en un puerto canario, y eso le parecía casi una victoria.

Se limpió las manos en un trapo grasiento. Una cicatriz en la mandíbula le brillaba con el sudor del atardecer. Calculó que le quedaban veinte minutos de luz, justo para revisar el filtro de gasoil del *María del Carmen* antes de que el dueño llegara a buscarlo.

—¿Saúl?

La voz llegó desde la entrada del taller. Hendaya reconoció el acento antes de girarse. Castellano de Madrid, con esa capa de falsa confianza que solo tienen los vendedores y los políticos.

No era un vendedor.

Javier Montero estaba apoyado contra la puerta metálica, las manos en los bolsillos y una sonrisa que no alcanzaba los ojos. Llevaba un polo beige, pantalones de safari y unas gafas de sol colgadas del cuello. Parecía un turista que se hubiera perdido.

Detrás, una Land Rover negra esperaba con el motor en marcha. Hendaya distinguió dos siluetas en los asientos delanteros. No eran turistas.

—Han pasado ocho años —dijo.

—Nueve —corrigió Montero—. Los he contado.

Se acercó con los brazos abiertos, pero Hendaya no se movió. El abrazo fue unilateral, incómodo, un choque de hombros mientras Montero le palmeaba la espalda como si fueran viejos camaradas.

No lo eran. No desde el escándalo.

—Sigues en el mismo sitio —dijo Montero, mirando alrededor—. El mismo taller. Las mismas herramientas. ¿Nunca cambias?

—¿Para qué?

Montero rió, pero era una risa aprendida, sin alegría. Hendaya lo conocía bien: nunca había sido un hombre de risa fácil, pero antes al menos fingía mejor.

—Tengo que hablar contigo.

—Habla.

—Aquí no. Es... delicado.

Hendaya miró hacia la Land Rover. El conductor llevaba gafas oscuras y una chaqueta que no combinaba con el clima. Su acompañante, en el asiento del copiloto, mantenía las manos visibles sobre las rodillas. Postura de seguridad. De escolta.

—¿Quiénes son?

—Gente que trabaja conmigo.

—Trabajas para alguien, querrás decir.

Montero sostuvo la mirada un par de segundos, luego desvió los ojos hacia el horizonte. El sol estaba casi hundido, solo quedaba una línea incandescente sobre el agua.

—¿Podemos sentarnos? Es largo.

Hendaya señaló un banco de trabajo junto a la puerta del taller. Dos tablones sobre bidones de aceite. Montero dudó un instante, pero se sentó. La madera crujió bajo su peso.

—Estás delgado —dijo Montero.

—Tú, igual. Menos pelo.

Montero se pasó una mano por las entradas. Sonrió sin ganas.

—La edad, Saúl. A todos nos llega.

—A algunos nos llega antes que a otros. Dime qué quieres.

Metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó un sobre de papel manila. Lo dejó sobre el banco, entre los dos.

—Abrelo.

Hendaya no lo tocó. Miró el sobre, miró a Montero, esperó.

—No voy a morder, Saúl. Es solo información.

—Antes la información se daba en persona, sin sobres.

—Antes muchas cosas eran diferentes.

Cogió el sobre. Lo abrió con el dedo índice, rasgando el cierre. Dentro había fotografías. Las extendió sobre el banco como si fueran cartas de una baraja marcada.

Niños. Mujeres. Ancianos. Todos con los ojos hundidos, las costillas marcadas bajo la piel, los labios agrietados. El polvo rojo del desierto

cubriéndolo todo. Detrás de ellos, un paisaje de sal y piedra negra.

—Campo de desplazados —dijo Montero—. Frontera entre Etiopía y Eritrea. Catorce mil personas huyendo de la sequía.

—Los campos son así.

—Estos están peor. No llueve desde hace tres años. Los pozos están secos. Treinta muertos al día.

Dejó las fotos sobre el banco. No necesitaba verlas. Había visto suficiente muerte en su vida para que unas cuantas fotografías le cambiaran el pulso.

—Hay ONGs para eso. Médicos Sin Fronteras. La Cruz Roja. La ONU. No soy tu hombre.

—No es una ONG.

—Entonces no me interesa.

Montero sacó una segunda hoja del sobre. Un mapa satelital, impreso en papel brillante, con anotaciones manuscritas en los márgenes. Lo desplegó sobre las fotografías.

—¿Reconoces la zona?

No necesitó mirarlo dos veces. Había visto ese lugar en decenas de documentos técnicos durante sus años de trabajo en el Cuerno de África. La Depresión de Danakil. Un triángulo de sal y lava entre Etiopía, Eritrea y Yibuti. El lugar más caliente del planeta.

—Danakil —dijo.

—Más abajo. Al sur de la cuenca principal. —Montero señaló un punto marcado con un círculo rojo—. Aquí.

Hendaya examinó las coordenadas. 11°42'N, 41°05'E. Zona de rift activo. Fallas geológicas. Pozos de agua fósil.

—¿Qué hay ahí?

—Agua. Un acuífero. No uno cualquiera. Una bolsa de agua fósil del tamaño de un mar interior. Cien metros bajo la superficie. Mil años de recarga acumulada.

—No existe.

—Existe. Las imágenes satelitales lo confirman. Las pruebas de sísmica también. Es real.

Alzó la vista del mapa. La luz del atardecer se había apagado casi por completo, y las sombras del taller se volvían espesas.

—Si es real, ¿por qué vienes a buscarme a mí? Hay cientos de hidrólogos mejores que yo. Y más baratos.

—Porque confío en ti.

—No me hagas reír.

Montero se removió en el banco. Por primera vez, su máscara de seguridad pareció resquebrajarse. Se quitó las gafas de sol y las dobló despacio, como si el gesto le diera tiempo para pensar.

—Necesito a alguien que sepa de agua, que conozca el terreno y que sepa mantener la boca cerrada. Tú cumples las tres condiciones.

—¿Y si no quiero?

—Entonces me busco a otro. Pero no quiero a otro. Quiero a mi amigo.

—No somos amigos, Javi. No desde que me dejaste solo en el consejo de administración.

Montero no respondió. Guardó las gafas en el bolsillo y se levantó. Dio media vuelta, mirando hacia el mar, ahora una masa oscura salpicada por las luces de los barcos.

—Aquello fue... No tuve elección.

—Siempre hay elección.

—¿Y tú? ¿Qué elegiste? —Se giró—. Huir. Esconderte aquí, arreglando motores, bebiendo solo, esperando que nadie te recordara. Eso elegiste.

—Funciona.

—¿Funciona? —Montero rió, esta vez con amargura—. Tienes cincuenta y dos años, Saúl. Has pasado los mejores años de tu vida pudriéndote en un taller. Podrías estar haciendo algo que importa.

No hubo respuesta. Se levantó, cogió el trapo grasiento y se limpió las manos. Las tenía secas, pero el gesto le daba tiempo para pensar.

—¿Qué me ofreces?

—Un contrato. Seis meses. Salario de consultor internacional. Gastos pagados. Y la oportunidad de hacer algo que vale la pena.

—¿Y si descubro que el agua no está donde dices?

—Entonces volverás aquí. Sin preguntas.

Lo miró. Los años no habían sido amables con Montero. Tenía bolsas bajo los ojos, y las manos le temblaban ligeramente cuando las mantenía quietas. Un tic nervioso. Culpa, quizás.

—¿Por qué tú, Javi? ¿Por qué viniste personalmente?

—Porque quería verte.

—Mientes.

Montero sostuvo la mirada un par de segundos, luego la desvió.

—Está bien. Necesito que alguien de confianza dirija la prospección. Alguien que no se deje comprar. El proyecto tiene... enemigos.

—¿Qué clase de enemigos?

—Competidores. Gobiernos. Gente a la que no le interesa que encuentren agua en Danakil.

—¿Y tú estás metido con ellos?

—Estoy metido en el proyecto. Eso es todo lo que necesitas saber.

Cogió las fotografías del banco. Las miró una por una. Los niños muertos de sed. Las mujeres con los ojos vacíos. El polvo rojo.

Luego miró el mapa. Las coordenadas. El círculo rojo.

—¿Cuánta agua? —preguntó.

—Suficiente para abastecer a toda la región durante generaciones. Si la encontramos.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que tengo.

Dejó las fotos sobre el mapa. Cerró los ojos. Por un instante, sintió el calor del desierto en la cara, el olor a polvo y a muerte. Noviembre en el Sahel, una fosa común, los cuerpos apilados como leña. Y la sensación de que todo lo que hacía era inútil, un dedo tapando una presa que se desmoronaba.

—No —dijo.

—¿Qué?

—Que no. No voy.

—Saúl, escucha...

—He dicho que no.

Se giró y caminó hacia el interior del taller, dejando a Montero solo junto al banco de trabajo. Las herramientas colgaban en las paredes, ordenadas por tamaño. El suelo de cemento estaba manchado de aceite y grasa. Su vida, resumida en un espacio de treinta metros cuadrados.

Oyó los pasos de Montero detrás de él.

—No puedes negarte así.

—Puedo. Y lo hago.

—Hay gente que ha invertido mucho en esto. Gente que no acepta un no por respuesta.

Se detuvo. Se giró.

—¿Me estás amenazando, Javi?

—Te estoy avisando. Como amigo.

—No eres mi amigo. Vete.

Montero suspiró. Se pasó una mano por la cara, y por un instante pareció más viejo, más cansado. Luego asintió, como si hubiera tomado una decisión.

—Está bien. Lo siento.

No entendió la disculpa hasta que sintió el brazo rodeándole el cuello por detrás.

El primer impacto le robó el aire. El segundo lo arrojó contra el suelo. La cabeza le golpeó contra el cemento y las estrellas le bailaron ante los ojos. Intentó levantarse, pero los brazos no le respondieron. Los hombres de la Land Rover estaban sobre él, grandes, rápidos, profesionales.

Uno le inmovilizó el brazo derecho mientras el otro le hincaba una rodilla en la espalda. Forcejeó, sintió el hormigón rasparle la mejilla, intentó gritar, pero solo le salió un gruñido ahogado.

—Tranquilo —dijo Montero, arrodillándose a su lado—. No quiero hacerte daño.

Giró la cabeza, la mandíbula apretada, los ojos fijos en él. No dijo nada. No hacía falta.

Montero sostuvo la mirada un par de segundos. Luego asintió hacia uno de los matones.

El pinchazo fue frío y preciso. La aguja penetró en el cuello, justo bajo la mandíbula, y el sedante se extendió como una ola de plomo derretido. Sintió que el cuerpo se le volvía ajeno, pesado, imposible de mover.

—Lo siento de verdad —dijo Montero, y su voz llegaba desde muy lejos, como a través de un túnel—. Pero no podía arriesgarme a que dijeras que no.

El techo del taller se desvaneció en una mancha borrosa. Las herramientas colgadas en la pared se convirtieron en sombras. El olor a gasoil se mezcló con el sabor metálico de la sangre en la boca.

Y luego, nada.

Despertó con la vibración de un motor en los huesos.

El ruido era ensordecedor, un zumbido constante que le perforaba los tímpanos. Abrió los ojos. Luces tenues. Plástico en las paredes. Ventanillas ovaladas.

Una avioneta.

Intentó moverse y sintió el metal frío de las esposas contra las muñecas. Estaba atado al asiento, los brazos sujetos a los reposabrazos, los tobillos atados a las patas delanteras.

Frente a él, sentado en el asiento del copiloto, Montero lo miraba. Sostenía una botella de agua en la mano.

—Bienvenido a tu nueva vida.

No respondió. Miró por la ventanilla. Abajo, el océano se extendía hasta el horizonte, negro e infinito. Las luces de un barco titilaban a lo lejos.

No sabía dónde estaba. No sabía hacia dónde iban.

Pero sabía una cosa.

Montero había vuelto. Y esta vez no iba a dejarlo escapar.

La avioneta viró hacia el este, hacia África, y cerró los ojos.

CAPÍTULO 2: SUEÑOS DE SAL Y PÓLVORA

El primer sonido al despertar fue el motor.

Un zumbido constante que vibraba en el hueso, en el cráneo, detrás de los ojos. Hendaya parpadeó. La luz blanca e hiriente entraba por la ventanilla ovalada. Movió las muñecas. El metal de las esposas mordió la piel.

Todavía atado.

La avioneta traqueteó al atravesar una bolsa de aire. El cinturón tensó el pecho. Frente a él, en el asiento del copiloto, Montero dormitaba con la cabeza ladeada, la boca entreabierta, las gafas de pasta torcidas sobre la nariz.

Le dolía el cuello. Se tocó la marca de la inyección con los dedos entumecidos; sintió el bulto bajo la piel. Todavía no habían pasado doce horas, o eso le parecía. En el taller, el forcejeo, la rodilla en la espalda, la aguja fría. Luego el vacío. Una vigilia pastosa entre dos estados, como si hubiera navegado toda la noche por un mar de gasolina.

Se incorporó lo que las esposas permitían. Asomó la cabeza a la ventanilla.

Abajo, el desierto.

No era el mar. No era Tenerife. Era una extensión infinita de ocre y ocre, rota de vez en cuando por manchas negras que podían ser montañas o nubes de polvo. En algún punto entre Chad y el Sudán, calculó. Rumbo este. Rumbo a Etiopía.

Soltó el aire despacio. Cerró los ojos.

Y entonces llegó el recuerdo.

El ruido del motor se derritió en otro ruido, más antiguo, más áspero. El traqueteo metálico de un blindado sobre tierra batida. El olor a gasoil y a polvo. Tenía veintinueve años y el casco le pesaba en la nuca.

Kandahar. 2003. Noche sin luna.

Iban en la segunda posición de la columna. Cuatro vehículos. Treinta hombres. La misión era rutinaria: escoltar a un equipo de topógrafos hasta un pozo al sur de la provincia. Iba en la torreta del blindado, los dedos apoyados en la cinta de munición, los ojos acostumbrados a la oscuridad. Montero iba abajo, en el habitáculo, revisando mapas con una linterna roja.

—¿Cuánto falta? —preguntó sin volverse.

—Dos klicks —respondió Montero—. El pozo está en una aldea abandonada.

—Me gustan las aldeas abandonadas.

—Menos emboscadas.

—Las emboscadas también se hacen en aldeas abandonadas.

Montero rió. Una risa seca, sin ganas.

—Eres un puto optimista, Saúl.

La columna siguió avanzando. El blindado traqueteaba, las cadenas mordían la tierra, el polvo se colaba por las rendijas y se pegaba al

sudor de la cara. Recordaba la sensación de la arena entre los dientes. Recordaba haber pensado que el desierto era un sitio de mierda para morir.

El estallido llegó sin aviso.

La mina antipersona explotó bajo el tercer vehículo, a quince metros. La onda expansiva golpeó el blindado como un puño de aire sólido. El chirrido del metal, los gritos, el silencio brutal que sigue a una explosión cuando los tímpanos se saturan de ruido.

El blindado se detuvo. Las luces de bengala iluminaron la noche.

Hendaya giró la torreta, buscando origen de fuego. No encontró nada. La columna estaba inmóvil, los soldados desplegándose en los laterales, las voces cortadas en la radio.

—¡Bajad! ¡Bajad todos! —gritó el sargento.

Saltó del blindado. Las piernas le temblaron al tocar el suelo, pero no era miedo. Era la descarga de adrenalina, el cuerpo que se prepara para lo que viene. Montero bajó detrás de él.

—Por la derecha —dijo—. Veo movimiento.

—¿Dónde?

—A las diez. Detrás de las rocas.

Miró. Nada. Solo sombras y polvo.

—No veo nada.

—He dicho que las veo.

Y entonces empezaron a disparar.

El primer impacto levantó tierra a tres metros. Se lanzó al suelo, rodó, buscó cobertura detrás de un montículo de piedras. Las balas silbaban sobre su cabeza, cada una un chasquido seco que le recordaba lo cerca que estaba de la mierda.

—¡Joder! —gritó—. ¡Joder, Javi!

No obtuvo respuesta.

Intentó levantarse. Una ráfaga le alcanzó. Un golpe seco en el costado derecho, justo debajo de las costillas. El aire se le escapó de los pulmones en un silbido. Cayó de rodillas, la visión nublada, la mano presionando la herida.

—¡Saúl!

La voz de Montero llegó desde algún lugar. Quiso moverse, pero el cuerpo no respondía. Un segundo impacto en el hombro, y el brazo se le durmió.

—¡No te muevas!

Montero apareció a su lado. Lo agarró del arnés, clavó los talones en la tierra y empezó a arrastrarlo hacia el blindado. Las balas silbaban sobre ellos. Oía la respiración entrecortada de Montero, los juramentos, el chirrido de las suelas sobre el suelo.

—Déjame —dijo—. Déjame, coño.

—Cállate.

—Te van a matar.

—He dicho que te calles.

A los diez metros, Montero soltó un gruñido. Una bala le había rozado el hombro. Pero no soltó el arnés. Siguió arrastrándolo hasta la cuneta, donde el blindado ofrecía cobertura.

Los médicos llegaron un minuto después. Vendajes, morfina. Perdió el conocimiento cuando lo cargaban en la camilla.

Montero se quedó sentado contra la rueda del blindado, mirando el rasguño de bala en su hombro. No dolía todavía. Eso llegaría después.

En el hospital de campaña, cuando despertó, Montero estaba sentado a su lado. Tenía el brazo vendado y la misma mueca de siempre.

—Estamos empatados —dijo—. Ahora los dos tenemos cicatrices. Y las dos son culpa del otro.

—No —respondió con voz ronca—. Tú tienes la tuya por arrastrarme.

—Mereció la pena.

—No lo merecía.

—Todavía no lo sabes.

Montero le ofreció la mano. La estrechó.

La avioneta traqueteó otra vez. Abrió los ojos.

La cabina seguía igual. El sol más alto, la luz más blanca. Montero seguía dormitando, aunque ahora respiraba más hondo, casi roncaba.

Lo miró. Las gafas de pasta. Las entradas en el pelo canoso. Las manos quietas sobre el dossier que sostenía en el regazo.

Veinte años. Una guerra. Una mina. Una bala en el costado. Y Montero arrastrándolo.

—No hay deuda que justifique un secuestro —dijo en voz baja.

Montero no se movió.

Pero quizás él cree que sí.

Apoyó la cabeza contra el reposacabezas. El dolor en el hombro izquierdo, no el de la bala de aquella noche, sino el del golpe en el taller, cuando lo tiraron al cemento. Un dolor más terrenal, más pequeño, pero igual de real.

Cerró los ojos. Intentó traer otra imagen, cualquier cosa que no fuera aquella noche en Kandahar. Pero la memoria es caprichosa: lo devuelve todo cuando no se lo pides, y se esconde cuando más lo necesitas.

Pensó en el taller, en las herramientas colgadas en las paredes, en el olor a grasa y a salitre. En los barcos que había reparado en cinco años de silencio. En la paz que había construido con las manos.

Todo roto. Todo pisoteado.

Abrió los ojos. Montero seguía allí.

El avión viró ligeramente hacia el sur. La luz cambió. El sol se coló por la ventanilla y cayó de lleno sobre la cara de Montero, despertándolo. Parpadeó, se ajustó las gafas, tardó dos segundos en recordar dónde estaba.

—Hola —dijo.

Hendaya no respondió.

—Llevas despierto un rato, ¿no?

—Suficiente.

—Pensé que llegarías dormido todo el trayecto. Es un vuelo largo.

—¿Cuánto falta?

Montero consultó su reloj. Un Casio viejo, igual que el que llevaba Hendaya en la muñeca derecha. Otro eco del pasado.

—Menos de dos horas para el aterrizaje en Adís. Luego una conexión más corta hasta el campamento.

—¿Campamento?

—Campamento base. Al borde del Danakil. Allí nos esperan.

—¿Quién?

—El equipo. La doctora Kabbaj, una médica tunecina. El capitán Desta, nuestro enlace con el gobierno etíope. Y algunos técnicos.

—¿Y los hombres que me secuestraron? —preguntó Hendaya.

Montero negó con la cabeza.

—Ya volvieron a Canarias. No forman parte de esto.

—¿Y el agua?

Montero esbozó una sonrisa. La misma de aquella noche en el hospital: una mueca de cansancio y complicidad.

—Está ahí abajo.

Se giró hacia la ventanilla. Señaló el horizonte.

—Allí, Saúl. Debajo de toda esa sal.

Hendaya siguió su dedo. Solo la llanura ocre, las grietas negras, el blanco cegador de las salinas.

—No veo nada.

—Porque está enterrado. A seiscientos metros.

Montero cogió el dossier y lo abrió. Giró el dossier para que Hendaya viera la imagen de la mancha turquesa.

—Mira.

La miró. Era enorme. Del tamaño de una ciudad pequeña. Demasiado grande para ser real.

—¿Qué es? —preguntó, aunque ya lo sabía.

—Lo que crees que es.

—No me digas lo que tengo que creer, Javi. Dime qué es.

Montero respiró hondo. Se sentó. Apoyó los codos en las rodillas.

—Eso es el acuífero más grande del Cuerno de África. Un lago de agua dulce enterrado a seiscientos metros bajo la llanura de sal. Los datos de conductividad eléctrica, los registros de satélite, las muestras de suelo… todo apunta a lo mismo. Es agua del Oligoceno. Atrapada durante treinta millones de años.

Hendaya estudió la foto. La mancha turquesa tenía bordes definidos, como una joya incrustada en la roca. Calculó mentalmente las dimensiones: por el tamaño en la imagen, debía abarcar varias decenas de kilómetros cuadrados.

—Conductividad eléctrica compatible con agua dulce —dijo sin apartar la vista—. A esa profundidad, la presión geostática la mantiene líquida. Si es agua fósil, no tiene recarga. Una vez que la extraigas, se acabó.

—Lo sé.

—¿Y cuánta agua calculas?

—Suficiente para abastecer a Etiopía, a Eritrea, a Yibuti. Suficiente para regar el Cuerno de África durante cincuenta años. Quizás cien.

—Son palabras mayores.

—Son las palabras que tengo.

—¿Y por qué nadie la ha encontrado antes?

Montero dudó. Un parpadeo. Una centésima de segundo de vacilación que Hendaya captó al instante.

—Está en una zona de conflicto —dijo—. La frontera con Eritrea. Los afar no quieren a los gobiernos allí. Y hay intereses.

—¿Intereses de quién?

—De la compañía. De Aquifer Global. Hay inversores que quieren resultados.

—Agua potable, dices.

—Agua potable.

—No me mientas, Javi.

Montero sostuvo la mirada un par de segundos. Luego la desvió.

—No te miento.

—Mientes igual que en Kandahar. Cuando decías que veías movimiento en las rocas y no había nada.

—Sí lo había.

—No lo había. Viste sombras. Nos metiste en una emboscada que no existía.

—La mina era real. Las balas eran reales.

—Porque los llevamos hasta allí. Tú y tus mapas de mierda.

Montero se calló. Se pasó una mano por la cara, el gesto de siempre, el que hacía cuando no sabía qué decir.

—Han pasado veinte años —dijo.

—Y sigues igual.

—No. He cambiado.

—Entonces dime la verdad.

—Te he dicho la verdad.

—No toda.

Montero suspiró. Guardó la foto en el dossier.

—Te daré todos los datos cuando aterricemos. Los mapas, los informes, los registros. Quiero que los veas con calma.

—No pienso trabajar para ti.

—Todavía no.

—¿Qué coño significa eso?

Montero se inclinó hacia delante. Su voz se volvió más baja, más seria.

—Significa que cuando veas lo que hay abajo, cuando entiendas la magnitud de lo que hemos encontrado, no vas a querer otra cosa que bajar a buscarlo.

—Te equivocas.

—Ojalá. Pero no.

El silencio se instaló entre ellos. El motor seguía zumbando. El desierto pasaba abajo, inmenso, vacío, indiferente.

Hendaya miró por la ventanilla. Algo brilló en el horizonte, un destello que desapareció al segundo.

—¿Qué hay allí abajo? —preguntó.

—Nada. Sal y lava.

—No me refiero al paisaje. Me refiero a lo que no me estás contando.

Montero no respondió.

Media hora después, la voz del piloto sonó por los altavoces.

—Treinta minutos para aterrizar. Prepárense.

Montero se levantó. Guardó el dossier y lo dejó sobre el asiento.

—Te saqué de allí —dijo sin mirarlo—. En Afganistán. Podría haberte dejado.

Hendaya no respondió.

—Eso crea una deuda.

—Las deudas se pagan.

—Estás pagando la mía ahora.

—No. Estoy pagando la tuya. Lo que no sé es cuánto me va a costar.

Montero cogió el dossier, se ajustó las gafas y caminó hacia la cabina del piloto. Antes de desaparecer, se giró.

—Mira la foto otra vez —dijo—. Mira bien la mancha.

—¿Por qué?

—Porque eso, Saúl, es agua limpia. Suficiente para salvar millones de vidas. Y tú vas a encontrarla. Quieras o no.

Desapareció detrás de la cortina.

Hendaya se quedó solo, las esposas tintineando con cada vibración del avión.

Miró la foto que Montero había dejado sobre el asiento. La mancha turquesa. El agua enterrada bajo kilómetros de sal.

Agua limpia.

O eso decían.

El avión perdió altitud. El paisaje se acercaba. Abajo, el desierto se abría en grietas negras, pliegues de lava solidificada, llanuras de sal que se extendían hasta el infinito.

Danakil.

El lugar más caliente de la Tierra.

Y allí abajo, en algún sitio, esperaba el agua.

O la trampa.

Cerró los ojos.

La avioneta descendió hacia el desierto, y sintió que bajaba con ella.

Al infierno.

CAPÍTULO 3: LA FRONTERA DE FUEGO

El tren de aterrizaje golpeó la tierra. La avioneta saltó sobre el terreno irregular, el metal vibrando como un instrumento de percusión. Hendaya apretó los dientes mientras las sacudidas le golpeaban las cervicales.

Por la ventanilla, polvo rojo. Nada más.

La aeronave frenó en una nube de tierra que lo cubrió todo. El motor se apagó con un estertor. El silencio que siguió era peor que el estruendo. Denso. Caliente. Colándose por las rendijas del fuselaje.

—Hemos llegado —dijo el matón desde el asiento de al lado.

Hendaya no respondió. Miró por la ventanilla. La pista era una lengua de tierra batida flanqueada por hangares de chapa ondulada. Más allá, el horizonte se difuminaba en una neblina de calor. No había árboles. No había sombra. Solo un cielo blanco de tan brillante y una tierra que parecía hervir.

La puerta se abrió desde fuera. La luz entró como un cuchillo.

El calor lo golpeó en la cara. No era el de Tenerife en agosto, ni el del desierto. Era denso, con peso. Se metía en los pulmones, dejaba la boca seca al primer aliento.

—Fuera —dijo el matón.

Le desabrochó el cinturón y lo agarró del brazo. Hendaya se puso en pie con esfuerzo. Las piernas le respondieron a medias, entumecidas por horas de inmovilidad. Las esposas le mordían las muñecas.

Al bajar, el suelo quemaba a través de las suelas de sus botas. Calculó la temperatura: cincuenta grados, quizás más. El aire vibraba sobre la chapa de los hangares.

Tres vehículos esperaban en la pista. Dos todoterreno blancos con logotipos de Naciones Unidas y un jeep militar pintado de verde oscuro. Junto al jeep, un hombre alto, uniforme impecable, gafas oscuras, boina roja. Miraba la avioneta sin moverse.

Montero bajó detrás. Se ajustó las gafas de pasta y se secó el sudor de la frente con la manga. Caminó hacia el militar.

—Capitán Desta Haile —dijo, tendiendo la mano.

El militar no la aceptó. Hizo un gesto con la cabeza, apenas un grado de inclinación.

—Señor Montero. Llegan con retraso.

—Problemas técnicos en Canarias.

—Ya.

Desta giró la cabeza hacia Hendaya. Las gafas oscuras ocultaban sus ojos, pero Hendaya notó el examen. Largo, metódico. Recorrió la cicatriz de su mandíbula, las manos esposadas, la postura de su cuerpo.

—Este es el hidrólogo.

—Afirmativo.

—¿Por qué viene esposado?

Montero dudó. Una fracción de segundo.

—Medidas de seguridad. El señor Hendaya no vino por voluntad propia.

Desta asintió. Como si secuestrar a un hombre fuera parte del protocolo.

—Suéltelo —dijo.

El matón miró a Montero, que asintió. La llave giró. El metal soltó sus muñecas, y Hendaya sintió alivio. Se frotó la piel marcada. La sangre volvía con hormigueos.

—Ingeniero Hendaya —dijo Desta—. Bienvenido a Etiopía. Aquí las reglas las pongo yo. Mientras esté en mi jurisdicción, hará lo que yo diga, irá donde yo diga y callará cuando yo diga. ¿Entendido?

Hendaya lo miró. No respondió.

—Le he preguntado si entiende.

—Entiendo que habla —dijo Hendaya.

El silencio se tensó como un cable. Desta no se movió, pero algo cambió en su postura. Un endurecimiento casi imperceptible.

—Va a ser un placer trabajar con usted, ingeniero.

—No cuente con ello.

Montero intervino antes de que la cosa escalara.

—Capitán, ¿dónde está la doctora Kabbaj? Debería estar aquí para recibir al equipo médico.

—Está dentro —dijo Desta—. Preparando el material. Síganme.

Se giró y caminó hacia el hangar más cercano. Sin esperar confirmación. Sin mirar atrás.

El interior del hangar olía a polvo, gasóleo y sudor acumulado. Mesas plegables, mapas clavados en tableros de corcho, ordenadores portátiles conectados a generadores que zumbaban en una esquina. Dos soldados etíopes custodiaban la entrada, fusiles en bandolera, mirada perdida en el horizonte. El contraste térmico era mínimo: dentro solo hacía tres o cuatro grados menos.

Una mujer se enderezó cuando entraron. Menuda, piel oscura, el pelo negro recogido en un moño apretado. Camiseta blanca sin mangas, pantalones de combate. Brazos delgados pero fibrosos, y unos ojos marrones que miraban con fijeza.

—Doctora Amara Kabbaj —dijo Montero—. Nuestra responsable médica.

Dejó lo que tenía entre las manos y se acercó. Sonrisa profesional, medida. La mirada no sonreía, evaluándolo. Se detuvo en las marcas de las muñecas, en la rozadura de la mejilla.

—Así que usted es el que viene a buscarnos agua.

—Eso dicen.

—¿Y usted qué dice?

Hendaya la miró un par de segundos. Había algo en esa mujer que no encajaba con el resto. No llevaba uniforme militar. No tenía la actitud sumisa de los cooperantes que aceptan lo que les dan.

—Yo digo que me han traído aquí esposado —respondió—, y que nadie me ha explicado todavía por qué.

Amara sostuvo su mirada. No se inmutó.

—Bienvenido al club —dijo—. Aquí nadie explica nada.

Desta interrumpió desde la otra punta del hangar.

—Dejen las presentaciones. Tenemos trabajo.

Los reunió alrededor de una mesa donde un mapa topográfico ocupaba todo el centro. Era una imagen de satélite del norte de Etiopía, con la frontera eritrea marcada en rojo. Hendaya se inclinó sobre ella. Reconoció la Depresión de Danakil al este, la meseta etíope al oeste. Las curvas de nivel, los cauces secos, las manchas de sal.

Miró la escala. Calculó distancias.

—Esto no es todo —dijo.

Desta alzó la cabeza.

—¿Cómo dice?

—El mapa. Este mapa cubre hasta aquí —señaló una línea imaginaria—. Pero el informe de Berhanu hablaba de prospecciones más al sur. En la zona del lago Afrera.

—Esa zona está fuera del área de operaciones.

—El acuífero no sabe de áreas de operaciones, capitán. Si los estudios de conductividad eléctrica son correctos, la bolsa principal se extiende hacia el sur. Hacia la frontera con Eritrea.

Desta lo miró un momento antes de responder. Su voz era plana, sin emoción.

—El doctor Berhanu está muerto. Sus estudios son teoría. Nosotros trabajamos con datos verificados.

Un peso se le instaló en el estómago. Berhanu muerto. No lo sabía. Miró a Montero, que desvió la mirada.

—¿Cómo sabe que está muerto? —preguntó.

—Porque la información llegó a mis superiores —dijo Desta—. No tengo por qué darle detalles.

—Igual que no tiene por qué darme un mapa completo.

La mesa se tensó. Amara observaba en silencio, los brazos cruzados. Montero miraba el suelo. Desta apoyó las palmas sobre el mapa y echó el peso del cuerpo hacia delante.

—Escúcheme bien, ingeniero. Usted está aquí por orden de sus superiores y de los míos. No le he pedido su opinión sobre los mapas. No le he pedido que cuestione mi autoridad. Le he pedido que haga su trabajo: encontrar agua en las coordenadas que le damos.

—No puedo encontrar agua si me dan mapas falsos.

—No son falsos.

—Están incompletos. Que es otra forma de mentir.

Desta golpeó la mesa con la palma abierta. El golpe sonó como un disparo en el hangar. Los soldados de la entrada se giraron.

—¡Aquí no se cuestionan las órdenes! —su voz retumbó contra las paredes de chapa—. Este es un país con un gobierno legítimo, un ejército organizado y una frontera que defender. Usted no viene a decirnos cómo hacer nuestro trabajo.

—Vengo a hacer el mío. Que es encontrar agua. Y no puedo hacerlo si me esconden información.

—La información que necesita se le dará cuando sea necesario.

—¿Cuándo? ¿Cuando haya perforado en el sitio equivocado?

Montero se puso entre ellos, manos abiertas, gesto conciliador.

—Vale, vale. Vamos a calmarnos todos. Capitán, entiendo su posición. Saúl, entiendo tu frustración. Pero estamos del mismo lado. Todos queremos lo mismo.

—¿Y qué es lo que queremos, Javi? —preguntó Hendaya, sin apartar la vista de Desta.

—Porque a mí todavía no me lo han explicado.

—Queremos agua limpia para la gente que la necesita —dijo Amara.

Todos la miraron. Ella sostuvo la mirada de Hendaya sin pestañear.

—Eso dice la teoría —respondió él.

—Es la práctica también. He visto a niños morir de sed en este país. He visto familias enteras caminar tres días hasta el pozo más cercano y encontrarlo seco. Si hay agua ahí abajo, quiero que la encuentren.

—¿Aunque sea mintiendo?

—No sé si están mintiendo. Y usted tampoco. Solo tiene sospechas.

—Son sospechas fundadas.

—Entonces averigüe la verdad. Pero mientras tanto, hay gente esperando.

Desta se enderezó. Ajustó la boina.

—La doctora tiene razón. Dejen las discusiones para los que cobran por discutir. Usted, ingeniero, tiene un trabajo. Hágalo. Las preguntas, cuando haya resultados.

Se giró y salió del hangar. Las botas levantaban polvo.

El silencio se hizo incómodo.

Amara fue la primera en moverse. Volvió a sus cajas, reanudó el inventario. Montero se pasó una mano por la cara.

—No ha sido un buen comienzo —dijo.

—Ha sido un comienzo honesto —respondió Hendaya.

—¿Honesto? Has estado a punto de que te deporten antes de empezar.

—Si me deportan, no tengo que trabajar para ti. No veo el problema.

Montero suspiró. Se acercó y bajó la voz.

—Saúl, escúchame. Desta es un militar. No le gusta que le discutan. Pero es un profesional. Sabe lo que hace.

—Sé lo que hace. Obedecer.

—Obedecer no es malo cuando las órdenes son correctas.

—¿Y cómo sabes que son correctas?

—Porque yo las he dado.

Hendaya lo miró. El mismo Montero de siempre. El mismo gesto de seguridad fingida. Las mismas gafas de pasta detrás de las cuales escondía las dudas.

—Tú no das órdenes aquí, Javi. A ti también te usan.

—Sé lo que hago.

—Eso decías en Kandahar.

El nombre de la ciudad cayó entre ellos como una piedra. Montero parpadeó. Su mandíbula se tensó.

—Kandahar fue hace veinte años.

—Y sigues igual. Creyendo que controlas algo que no controlas.

—He cambiado.

—No. Has aprendido a justificarte mejor.

Montero se calló. Se ajustó las gafas. Dio media vuelta y caminó hacia la salida.

Hendaya se quedó solo frente al mapa. Estudió las líneas. Las coordenadas. Los puntos marcados con rotulador rojo. Algo no cuadraba. La zona sur estaba limpia, sin marcas, como si no existiera. Pero había visto los datos de conductividad eléctrica. Había visto la mancha turquesa. Sabía que el acuífero no terminaba donde el mapa decía que terminaba.

—¿De verdad cree que le mienten?

La voz de Amara lo sorprendió. Se giró. Había dejado las cajas y estaba a un par de metros, secándose las manos con un paño.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque he visto demasiadas mentiras en mi vida. Esta es igual. Solo falta saber quién paga.

Ella se acercó. Miró el mapa por encima de su hombro.

—¿Qué ve?

—Que falta un trozo. Ahí —señaló—. Al sur. Las curvas de nivel están cortadas. Como si hubieran borrado una sección y pegado los bordes.

—¿Y por qué harían eso?

—Buena pregunta.

—¿Tiene respuesta?

Hendaya la miró. Amara tenía los brazos cruzados, el paño colgando de una mano. Su expresión era seria, sin rastro de la sonrisa profesional de antes.

—Tengo una teoría —dijo—. Pero va a sonar a paranoia de exlegionario.

—Llevo seis meses en el Cuerno de África. Mi umbral de paranoia es alto.

—Si hay algo ahí abajo que no quieren que vea... puede que no sea agua.

—¿Qué más podría ser?

—No lo sé. Pero pienso averiguarlo.

Amara asintió. Se quedó callada un momento, mirando el mapa. Luego dijo:

—Cuando llegué aquí, me dijeron que esta era una misión humanitaria. Prospección de agua para las comunidades afar. Tres meses de trabajo, un pozo nuevo, quinientas personas con acceso a agua potable.

—Suena bien.

—Suena demasiado bien. Y en África, lo que suena demasiado bien suele ser mentira.

—¿Por qué aceptó?

Sonrió. Una sonrisa distinta a la de antes. Más real, más cansada.

—Porque necesitaba creer que era verdad. Porque si no crees que puedes cambiar las cosas, no tienes por qué levantarte por la mañana.

Hendaya la estudió. Tendría treinta y pocos. Ojeras marcadas. Manos de alguien que trabaja con ellas, no solo que las lava.

—¿Y ahora? —preguntó.

—Ahora no sé qué creer. Pero sé que usted tiene razón en desconfiar. Y sé que no tengo toda la información.

Hizo una pausa. Sus ojos se encontraron.

—Ayúdeme a averiguarlo.

—¿Ayudarla? —Hendaya rió sin ganas—. Doctora, llevo aquí veinte minutos y ya he amenazado a un militar, he llamado mentiroso a mi excompañero y he descubierto que los mapas están trucados. No creo que sea la persona más indicada para ayudarla.

—Por eso mismo. Usted ve lo que otros no quieren ver.

—Y por eso me han secuestrado y traído aquí esposado.

—Exacto. Así que úselo. Use su paranoia. Use su desconfianza. Pero quédese. Porque si se va, ellos ganan. Y los que pierden son los que no tienen voz.

Hendaya la miró largo rato. El hangar zumbaba con el ruido de los generadores. Fuera, el sol seguía cayendo vertical sobre la tierra color sangre.

—No prometo nada —dijo al fin.

—No le pido promesas. Le pido que mire. Que cuestione. Que no se calle.

—Eso sí puedo hacerlo.

Amara asintió. Cogió su paño y volvió a las cajas.

Hendaya se quedó solo frente al mapa.

Sacó el teléfono que Montero le había devuelto al bajar del avión. Sin cobertura, sin red. Un ladrillo inútil en medio de la nada.

Miró la hora. Las dos de la tarde. Temperatura exterior: cincuenta y tres grados. En cuatro horas, el sol empezaría a caer. Tendrían que moverse antes del anochecer si querían llegar al campamento base antes de que cerraran la carretera.

Algo le dijo que esa carretera no llevaba adonde decían los mapas.

Pero algo le dijo también que, por primera vez en años, merecía la pena averiguarlo.

Guardó el teléfono.

Salió del hangar.

El sol lo cegó un instante. Parpadeó. Ajustó la vista al resplandor.

Al este, el Danakil se extendía como una cicatriz en la piel de la tierra. Blanco, rojo, negro. Sin agua. Sin vida. Sin nada excepto sal y lava y un calor que mataba.

En algún lugar allá abajo, esperaba el agua. O la trampa.

Pero por primera vez desde que había subido a esa avioneta, sintió que tenía algo que hacer. Algo que descubrir. Algo por lo que merecía la pena luchar.

CAPÍTULO 4: EL POZO DEL SILENCIO

El sol apenas asomaba tras las montañas del este, pero el calor ya lamía el barro seco del campamento. Hendaya ajustó la cantimplora al cinturón y calculó: tres litros por persona al día. Suministro para siete días. Veintiún litros para él. El peso lo conocía de memoria.

La noche había sido corta. Después de la discusión en el hangar, Montero había convencido a Desta para que los dejaran pernoctar en el campamento base. Hendaya no había dormido bien. El golpe en la cabeza le latía con cada movimiento, y las rozaduras en la mejilla escocían al contacto del sudor.

A su alrededor, el campamento hervía en preparativos. Dos Land Rover blancos con el logo de la ONU esperaban junto a una fila de camellos cargados con bidones y material. Seis soldados etíopes revisaban sus fusiles al sol. Hablaban en amárico, voces graves que el viento se llevaba.

Junto al segundo vehículo, Montero hablaba por teléfono satelital. Hacía gestos con la mano libre, el nerviosismo de siempre. Al ver a Hendaya, cortó la llamada y se guardó el teléfono en el bolsillo.

—¿Preparado?

Hendaya no respondió. Volvió la vista más allá, hacia el borde de la depresión.

El Danakil se extendía ante ellos como una herida abierta en la corteza terrestre. Blanco de sal, negro de lava, rojo de hematites. Un paisaje que parecía de otro planeta. No había árboles, ni hierba, ni sombra. Solo una llanura que se perdía en un horizonte tembloroso.

Allí abajo, en algún sitio, estaba el agua. O la trampa.

Una mujer afar se movía entre los camellos. Vestía una túnica oscura y un pañuelo negro le cubría el cabello. Del mentón le colgaba un tatuaje tradicional, líneas geométricas que se perdían en la piel curtida por el sol y el viento. No miraba a nadie. Ajustó una cincha con movimientos precisos, sin prisa, como si el tiempo no fuera con ella.

—Esa es Nadifa —dijo Montero al acercarse—. La guía. Lleva veinte años cruzando Danakil.

—Lo sé.

—No habla español. Apenas algo de inglés. Pero conoce cada pozo, cada sombra, cada peligro.

—Lo sé.

Montero esperó una respuesta más. No llegó. Se ajustó las gafas de pasta y retrocedió un paso.

Desta apareció desde el hangar, las botas golpeando el suelo con autoridad. Llevaba las gafas oscuras puestas, la pistola en el cinturón, la radio en la mano. Pasó revista al grupo con ojo profesional.

—Salimos en cinco minutos. Primera parada: pozo de Hamedela. Dos horas de viaje.

Amara se acercaba con la mochila médica al hombro. Llevaba el cabello rizado recogido en un moño apretado. Una gota de sudor le corría por la sien. Miró a Hendaya, luego a Desta.

—¿Hay comunicación por radio en todo el trayecto?

—Intermitente —respondió Desta—. El terreno crea sombras. Pero tenemos el satélite de Montero.

Montero asintió, tocándose el bolsillo donde guardaba el teléfono.

Hendaya observó a Nadifa. Había terminado de ajustar los camellos y se había apartado, esperando. No miraba a nadie, pero Hendaya intuyó que registraba cada detalle.

—Vamos —dijo Desta.

Los motores tosieron y arrancaron. Hendaya subió al primer Land Rover, junto a Amara. Montero y Desta fueron en el segundo, con dos soldados. Los otros cuatro escoltaban a pie, flanqueando los camellos.

Nadifa caminaba delante, sin mirar atrás. Llevaba un paso que parecía lento pero devoraba el terreno.

El sol había subido un palmo cuando dejaron atrás el campamento. La temperatura ya superaba los cuarenta grados.

El vehículo traqueteaba sobre el terreno irregular. Hendaya iba con la ventanilla abierta, el brazo apoyado en el marco, sintiendo el aire caliente como un secador en la cara.

—¿Cuánto hace que trabaja con la ONU? —preguntó Amara, rompiendo el silencio.

—No trabajo con la ONU.

—Ya. Pero está aquí.

—Me trajeron.

Ella asintió, como si eso lo explicara todo. Se secó la frente con el pañuelo.

—Yo llevo seis meses en el Cuerno de África. Dos en Somalia, cuatro en Etiopía. He visto cosas que no deberían existir en el siglo

veintiuno. Niños muertos de sed a un kilómetro de un río contaminado. Madres que cavan pozos con las manos.

—Por eso está aquí.

—Por eso estoy aquí.

Hendaya la miró. Amara no desvió la mirada.

—¿Y usted? —preguntó—. ¿Por qué está aquí?

Él no respondió. Miró al frente, donde la silueta de Nadifa se recortaba contra el blanco del salar.

—Todavía no lo sé —dijo al final.

Pasaron una hora más en silencio. El paisaje se transformaba sin prisa: de llanura de sal a campos de lava negra, a extensiones de barro agrietado. Hendaya bebió un sorbo de agua y calculó el consumo. Veintiún litros. Siete días. Si todo salía bien.

Nunca salía bien.

—Ahí —dijo el soldado que conducía, señalando al frente.

Un círculo de piedras negras emergía del salar. Un pozo. El primero en la ruta.

La caravana se detuvo. Desta bajó del segundo vehículo y caminó hacia el pozo. Nadifa ya estaba allí, de pie junto a las piedras, sin tocarlas.

Hendaya salió del Land Rover. El aire golpeó como una pared. Cincuenta y algo de grados, calculó. El sol lo cegó un instante.

Se aproximó al pozo. Las piedras estaban colocadas con cuidado, formando un brocal bajo. Dentro, negrura.

Metió la mano. Esperó tocar agua fría. Sintió polvo.

—Seco —dijo.

Desta frunció el ceño. Se arrodilló y metió el brazo hasta el hombro. Movió los dedos. Nada más que polvo y aire caliente.

—No entiendo. Según los informes, este pozo tenía agua hasta hace dos semanas.

—Dos semanas —repitió Hendaya.

Se inclinó sobre el brocal. Examinó el interior. Las paredes de piedra estaban secas, pero en el fondo, donde la humedad debería haber dejado marcas, había polvo suelto. Demasiado suelto.

—Esto no es sequía.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Montero, que se había acercado.

Hendaya señaló el interior del pozo.

—La sequía deja marcas. Líneas de agua, sedimentación, musgo seco en las paredes. Esto está limpio. Como si lo hubieran vaciado con una bomba y luego barrido el fondo.

—¿Por qué iban a hacer eso?

—Buena pregunta.

Hendaya se incorporó. Escudriñó el terreno alrededor. Estaba pisado, pero no por pezuñas de camellos ni por sandalias. Eran marcas de neumáticos, anchos y profundos. Recientes.

Señaló las huellas con la barbilla.

—Eso no es de un camello. Es de un camión. Grande. Pesado. Y no tiene más de tres días.

Desta se acercó y examinó las marcas. La expresión se le ensombreció.

—No debería haber camiones aquí. Esto es territorio afar. No hay carreteras.

—Pues alguien ha estado bombeando.

Se hizo el silencio. El viento sopló, levantando partículas de sal que se clavaban en la piel.

Nadifa seguía de pie, inmóvil, mirando el pozo vacío. El rostro no mostraba emoción, pero Hendaya notó algo en sus ojos. Sabía. Sabía lo que ocurría.

—Pregúntale —dijo Hendaya a Montero—. Pregúntale cuándo se secó.

Montero dudó. Miró a Desta, que asintió con la cabeza. Se acercó a la mujer.

—Nadifa, listen... this well. When did it go dry?

Ella lo miró. Sus ojos marrones, pequeños, se fijaron en él como dos piedras. Respondió en afar, una frase corta.

—¿Qué dice? —preguntó Desta.

Montero tragó saliva.

—Dice que tres meses. Que está seco desde hace tres meses.

Tres meses.

Hendaya sintió que una pieza encajaba en la cabeza. Los informes decían dos semanas. Los mapas oficiales marcaban el pozo como activo. Pero llevaba seco tres meses.

Alguien había mentido.

—Tres meses —repitió Amara, que se había acercado—. Eso significa que los informes…

—Son falsos —dijo Hendaya.

Desta se giró hacia Montero.

—¿Qué está pasando aquí, Montero? Los informes que me dio decían que los pozos estaban operativos.

—Son errores burocráticos —dijo Montero rápidamente—, pasan todo el tiempo. El pozo siguiente está a dos horas al sur. Ese sí tiene agua.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Hendaya.

—Porque… porque he visto los informes.

—Informes falsos.

—No son falsos. Son desactualizados.

Hendaya lo miró sin pestañear. Montero sostuvo la mirada unos segundos, luego desvió los ojos.

—Seguimos la ruta —dijo Desta, cortando la discusión—. Tenemos suficiente agua para llegar al segundo pozo. Continuamos.

—No —dijo Hendaya.

Desta se giró lentamente.

—¿No?

—No. Si han vaciado un pozo, pueden haber vaciado todos. Necesitamos verificar antes de continuar. Hay otro pozo a diez kilómetros al oeste. Un pozo antiguo, de los afar. Si ese tiene agua, sabremos que el problema es local. Si está seco, tendremos que replantear la ruta.

—No tengo tiempo para desvíos. Tenemos un cronograma.

—El cronograma no vale nada si nos morimos de sed.

La tensión se podía palpar, densa como el aire caliente. Los soldados habían dejado de hablar. Hasta los camellos parecían expectantes.

Montero se interpuso entre Hendaya y Desta.

—Saúl, escúchame. No me hagas esto. Juega el juego.

—¿El juego? —Hendaya lo miró—. Esto es agua, Javi. Sin agua no hay juego. Hay muertos.

—Habrá más pozos. Los siguientes tendrán agua.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque… —Montero dudó—. Porque confío en los informes.

—Pues deberías empezar a desconfiar.

Amara dio un paso al frente.

—Podríamos al menos comprobar —dijo, con una calma que contrastaba con el aire—. Diez kilómetros al oeste. Una hora de desvío. Si el pozo tiene agua, llenamos y seguimos. Si no, volvemos a la ruta. No perdemos mucho tiempo.

Desta la miró, luego a Hendaya, luego a Montero.

—No.

—Capitán… —empezó Amara.

—He dicho que no. Tenemos órdenes de seguir esta ruta. No voy a desviarme por la paranoia de un ingeniero que llegó ayer esposado.

Las palabras golpearon como un látigo. Amara se calló. Montero miró al suelo.

Hendaya no dijo nada. Buscó a Nadifa con la mirada. Seguía de pie junto al pozo vacío, con los brazos cruzados. Los ojos se encontraron.

Ella movió la cabeza, apenas un gesto. Hacia el oeste.

Hacia el otro pozo.

—Vamos —dijo Desta—. Carguen. Seguimos la ruta.

Los soldados obedecieron. Montero se dio la vuelta y caminó hacia el segundo vehículo. Amara dudó, pero finalmente subió al Land Rover.

Hendaya se quedó un momento más junto al pozo. Metió la mano en el polvo y lo dejó caer entre los dedos. Polvo limpio. Sin rastro de humedad.

Alguien había vaciado el pozo a propósito. Y no quería que lo descubrieran.

Miró el mapa mental que se había formado en la cabeza. El pozo seco era el primero de una línea que avanzaba hacia el sur. Hacia la zona borrada. Hacia el lago Afrera.

Estaba en medio de algo más grande de lo que había imaginado.

Subió al Land Rover sin decir palabra.

La caravana reanudó la marcha. El sol caía vertical, las sombras se encogían bajo los vehículos. El calor se volvía espeso, casi sólido.

Hendaya no le quitaba ojo. Caminaba delante, siempre al frente, sin volverse. El paso, firme, seguro. Como si conociera cada palmo de aquel infierno.

El segundo pozo tardó dos horas en aparecer. Esta vez no había círculo de piedras, solo un agujero en el suelo, marcado por una vara de madera clavada en la sal.

Estaba seco también.

Hendaya ni siquiera bajó del vehículo. Lo supo por cómo Nadifa se detuvo, por el modo en que negó con la cabeza, por el gesto seco de Desta al arrodillarse.

Seco.

Montero se acercó al Land Rover de Hendaya. Llevaba el rostro sudoroso, las gafas empañadas.

—Vamos a tener que racionar.

—Ya lo he hecho. Dos litros por persona al día. Tenemos para cuatro días si no hacemos esfuerzo.

—¿Y si los siguientes pozos también están secos?

—Entonces volvemos.

—No podemos volver. El proyecto…

—El proyecto no vale una mierda si estamos muertos.

Montero se mordió el labio. Volvió la vista hacia atrás, donde Desta hablaba por radio.

—Dice que va a pedir un camión cisterna desde Mekele. Tardará dos días.

—Dos días sin agua.

—Racionando llegamos.

—Llegamos justos. Y si el camión no llega…

—Llegará.

Hendaya no respondió. Observó a Nadifa. Estaba de pie, apartada del grupo, mirando el horizonte. Hacia el oeste.

Hacia el pozo que Desta no había querido comprobar.

Cuando todos se afanaban en cargar los camellos y preparar el regreso, Nadifa se acercó a Hendaya. Se acercó lo justo para que él notara el olor a sal, a sudor y a tierra seca que desprendía.

Levantó un brazo y señaló el horizonte oeste.

—Allí —dijo en español, con acento duro—. Agua.

Luego giró la mano y señaló al grupo, a los mapas, a los Land Rover.

—Ellos —dijo, y sus ojos se encendieron con algo que Hendaya no supo descifrar—. Mentira.

Una palabra. Una sola palabra en español.

Mentira.

Hendaya la miró. Ella sostuvo la mirada, impasible. Luego dio media vuelta y se alejó hacia los camellos, sin esperar respuesta.

Él se quedó solo, el sol quemándole la nuca, el polvo de sal en los labios.

Miró el horizonte que ella había señalado.

Al oeste, más allá del salar, más allá de la mentira, lo esperaba un pozo con agua.

O eso decía Nadifa.

Y empezaba a creer que era la única en quien confiar.

Pero no sabía por qué.

CAPÍTULO 5: SAL EN LAS HERIDAS

La caravana se internó en el llano de sal. Los vehículos redujeron la marcha. No había huellas. No había camino. Solo la costra blanca crujiendo bajo los neumáticos como huesos rotos.

Hendaya calculó que llevaban tres horas desde el último pozo. El sol estaba en el centro del cielo. Directo. Vertical. Sin sombra en ninguna dirección.

El Land Rover se movía a paso de hombre. Hendaya sintió cada bache en las cervicales. El golpe en la cabeza le latía con sordo recordatorio de la caída en el cemento del taller. Se tocó la rozadura de la mejilla. La costra se desprendió bajo los dedos.

—Temperatura —dijo, sin mirar al conductor.

El soldado etíope al volante no respondió. Hendaya repitió la pregunta en su inglés funcional.

—¿Temperatura?

—No hay termómetro en el vehículo.

—Pues calcula. Cincuenta y cinco a la sombra. Pero no hay sombra.

El soldado no respondió. Hendaya no esperaba respuesta. Miró por la ventanilla. El blanco de la sal cegaba. No había puntos de

referencia. No había árboles. No había rocas. Solo la extensión infinita de un paisaje que parecía la superficie de otro planeta.

A lo lejos, la silueta de los camellos avanzaba a paso lento. Nadifa iba al frente, sin prisa, como si el calor no le afectara. Hendaya sabía que no era cierto. Nadie escapaba al calor. Pero los afar llevaban siglos aprendiendo a sufrirlo en silencio.

Bebió un sorbo de agua. Solo uno. Calculó la cantidad de electrolitos perdidos en las últimas tres horas. Calculó lo que quedaba en las reservas. Las cuentas no salían.

No saldrían si no encontraban agua pronto.

Se recostó en el asiento. El metal de la hebilla del cinturón le quemaba el muslo. Ajustó la postura y cerró los ojos.

Sabía que el camión cisterna tardaría dos días. Sabía que dos días sin reabastecimiento era demasiado para el grupo. Sobre todo si seguían avanzando bajo aquel sol.

—Dos horas más —dijo el soldado—. Capitán dice dos horas más y paramos.

Hendaya abrió los ojos.

—¿Dos horas? ¿Para qué?

—Siguiente pozo.

—El siguiente pozo está al oeste. El que señaló la guía.

El soldado no respondió. No era su lugar.

Hendaya miró al frente. El jeep de Desta levantaba una nube de polvo blanco que se cernía sobre la caravana. Dentro, la silueta rígida del capitán, las gafas oscuras, la radio en la mano.

Detrás, el vehículo de Montero cerraba la marcha. Hendaya no lo había visto desde que dejaron el pozo. No había querido verlo.

Las palabras de Montero resonaban en su cabeza. «El sur no existe en los mapas.»

¿Qué significaba eso? ¿Qué clase de proyecto borraba territorios enteros?

Miró hacia atrás, hacia el oeste. Hacia el pozo que Nadifa había señalado. No veía nada. Solo el blanco infinito.

La caravana se detuvo en seco.

Los frenos del jeep delantero chirriaron sobre la sal. Soldados saltaron de los vehículos. Voces. Gritos en afar.

Hendaya abrió la puerta antes de que el Land Rover se detuviera del todo.

—¿Qué pasa?

Un soldado joven, el de la ametralladora ligera, estaba arrodillado en el suelo. La cabeza gacha, las manos apoyadas en la sal. Jadeaba. El torso desnudo bajo el chaleco, la piel roja, casi púrpura.

Amara llegó corriendo desde atrás. Se arrodilló junto al soldado. Le tocó la frente. Palpó el cuello. Buscó el pulso.

—Cuarenta —dijo—. Golpe de calor.

Desta se acercaba. La radio aún en la mano. Bajó las gafas oscuras. Miró al soldado.

—Cargadlo en el vehículo. Seguimos.

Amara levantó la cabeza.

—No podemos moverlo, capitán.

—Tenemos que llegar al pozo.

—Si lo movemos ahora, muere.

Desta no respondió. Miró el horizonte. Hendaya lo vio calcular. Lo vio hacer las cuentas que él mismo había hecho minutos antes. Las

cuentas no salían.

—Tres horas —dijo Desta—. El pozo está a tres horas. Allí hay agua, sombra.

—No llegará —dijo Amara—. Tiene que parar aquí. Ahora.

—No tenemos agua para parar.

—Tiene que parar —repitió ella.

Desta miró a sus hombres. Los soldados esperaban. El silencio de la sal lo envolvía todo. Hasta los camellos parecían contener el aliento.

Hendaya se arrodilló junto al soldado. El chico no podía tener más de veintidós años. Los ojos en blanco, los labios cuarteados, la respiración superficial y acelerada.

—¿Tienes suero? —preguntó Hendaya a Amara.

—Sí. En el Land Rover.

—Tráelo.

Ella dudó un segundo. Luego se levantó y corrió hacia atrás.

Hendaya se quedó solo junto al soldado. Lo oyó respirar. Lo oyó murmurar palabras ininteligibles. En afar, seguro. Una oración. Un nombre.

Desta seguía allí, de pie.

—No sabes lo que haces —dijo Desta—.

—Sí lo sé.

—Si paramos aquí, perdemos el día. Si perdemos el día, el camión cisterna no nos alcanzará. Si no nos alcanza, morimos todos.

—Si seguimos, este muere ahora. Y los demás, uno a uno. El calor no perdona. No hace excepciones.

Desta no respondió. Hendaya lo oyó respirar hondo. Oyó el crujido de la sal bajo sus botas al dar media vuelta.

No se fue. Se quedó.

Hendaya estaba seguro de que Desta pensaba en lo mismo que él. En la última vez que había visto morir a un hombre por no querer parar.

En Kandahar. El chico rubio de la legión. El que se empeñó en seguir caminando. «No pasa nada, mi sargento. Estoy bien.» No duró veinte minutos después de decirlo.

No esta vez.

Amara volvió con el botiquín. Abrió la caja. Sacó una bolsa de suero, un catéter, una venda.

—Ayúdame a sujetarlo.

Hendaya sostuvo el brazo del soldado. Amara encontró la vena. La aguja entró. El suero empezó a gotear.

—Necesitamos sombra —dijo ella—. Aquí no tenemos nada.

Hendaya miró alrededor. El Land Rover. La lona de agua que llevaban enrollada en el techo para protegerse del polvo.

—La lona —dijo—. Traed la lona.

Dos soldados obedecieron antes de que Desta pudiera prohibirlo. Desataron la lona. La desplegaron. Hendaya les indicó con gestos cómo sujetarla.

—Altas las puntas. Abiertas. Que el aire circule.

Los soldados alzaron los brazos. La lona creó una mancha de sombra sobre el soldado caído. No era grande. Apenas cubría su cuerpo y el de Amara.

Pero era sombra.

Amara colocó el suero sobre el capó del Land Rover. Ajustó el goteo. Tocó la frente del soldado. Esperó.

—Baja —dijo—. Está bajando.

Hendaya se puso en pie. Notó el vértigo. No había comido en doce horas. Se apoyó en el Land Rover.

Desta seguía allí. Mirándolo.

—Sabes lo que has hecho —dijo—.

—Sí.

—Has desafiado mi autoridad delante de mis hombres.

—He salvado la vida de uno de tus hombres. Tú eliges cómo llamarlo.

Desta dio un paso al frente. Su mano derecha descendió hacia la funda de la pistola.

—No me gusta que me desafíen, ingeniero.

—A mí no me gusta ver morir a chicos por el orgullo de un capitán que no sabe cuándo parar.

La mano de Desta se detuvo sobre la culata. No desenfundó. No la apartó. La dejó allí, como una advertencia.

—Juegas con fuego —dijo Desta—.

—Ya estoy ardiendo, capitán. Todos estamos ardiendo.

Montero apareció entre los dos. Las gafas de pasta empañadas, la camisa empapada, el pelo pegado a la frente.

—¿Qué coño está pasando?

—Tu amigo se ha plantado —dijo Desta—. Ha ordenado una parada sin mi permiso.

—No he ordenado nada —dijo Hendaya—. He improvisado una sombra. El capitán estaba a punto de cargar a un moribundo en un jeep para seguir adelante. He evitado una muerte. Si eso es plantarse, que se plante.

Montero miró a Desta. Miró a Hendaya. Miró al soldado en el suelo, que empezaba a recuperar la conciencia.

—¿Está estable? —preguntó Montero.

—Estaba —dijo Amara desde el suelo—. Ahora está mejor. La temperatura baja. Necesita reposo. Dos horas, al menos.

—No tenemos dos horas —dijo Desta—.

—Tienes cuarenta minutos —dijo Hendaya—. Es el tiempo que necesita para recuperar la conciencia y poder beber. Después, lo cargamos y seguimos. Pero si lo cargas ahora, muere en el camino. Y entonces tendrás que explicar a su madre por qué no paraste cuarenta minutos para salvarle la vida.

Desta lo miró. Largo. Fijo. Los ojos negros tras las gafas oscuras, impenetrables.

Hendaya sostuvo la mirada.

No era valentía. Era necesidad. Si cedía ahora, Desta sabría que podía doblegarlo. Y si Desta sabía que podía doblegarlo, el resto del viaje sería un infierno peor que el calor.

—Cuarenta minutos —dijo Desta al fin.

Se dio la vuelta. Caminó hacia su jeep. Abrió la puerta. Subió. Cerró la puerta.

No miró atrás.

Montero se acercó a Hendaya.

—Estás loco.

—Ya lo sabías.

—No sabía que estabas tan loco.

—Ahora lo sabes.

Montero negó con la cabeza. Se quitó las gafas. Se limpió el sudor con el dorso de la mano.

—Esto se va a poner feo, Saúl.

—Ya está feo.

—Más feo.

—Si tienes algo que decirme, dímelo ahora.

Montero dudó. Hendaya lo vio calcular, igual que había visto calcular a Desta. Montero no era un hombre de acción. Era un hombre de medias tintas, de medias palabras, de medias verdades.

—No sé nada seguro —dijo Montero.

—Mientes.

—No miento. No sé nada seguro. Pero sé que el proyecto no es lo que parece. Sé que Whitaker no está haciendo esto por el agua.

—¿Por qué lo hace?

—Por el litio.

La palabra cayó entre ellos como una piedra en un pozo seco.

—El litio está en la salmuera —dijo Hendaya—. El acuífero es de agua dulce.

—El acuífero es de agua dulce. Pero la salmuera está encima. En los lagos. En el salar. Hay una capa de salmuera rica en litio que cubre el acuífero. Si perforas para sacar el agua, destruyes la capa de salmuera. Si extraes la salmuera, contaminas el acuífero. No se puede tener las dos cosas.

—Y Whitaker quiere el litio.

—Whitaker quiere el litio. La ONG es una tapadera. La misión humanitaria es una excusa para obtener permisos de perforación.

Hendaya miró al sur. El sur que no existía en los mapas.

—¿Y la zona sur?

Montero no respondió.

—¿Qué hay en la zona sur, Javi?

—No lo sé.

—Mientes.

—No miento. No sé exactamente. Pero sé que Berhanu lo descubrió. Por eso lo mataron.

—Berhanu murió en un accidente.

—Berhanu murió porque encontró algo que no debía encontrar. Algo en la zona sur. Algo que Whitaker no quiere que nadie vea.

Hendaya sintió el calor apretarle el pecho. No era el calor del sol. Era el calor de la rabia.

—Sabías todo esto. Sabías que estabas trabajando para una empresa que asesina gente.

—No lo sabía al principio. Cuando lo supe, ya era demasiado tarde.

—Nunca es demasiado tarde.

—Para mí sí. Estoy metido hasta el cuello. Whitaker tiene documentos. Fotos. Pruebas de que lo sabía todo desde el principio. Si hablo, me hunden.

—Si no hablas, te hundo yo.

Montero lo miró. Los ojos verdes, cansados, derrotados.

—No quieres hacer eso, Saúl.

—No me amenaces.

—No te amenazo. Te lo pido. Por lo que fuimos. Por lo que hicimos juntos.

—Lo que hicimos juntos fue salvarnos la vida. Tú a mí en Kandahar. Yo a ti en Malí. Éramos hermanos. Ahora eres un vendido.

—Soy un superviviente.

—Los supervivientes no se venden. Se adaptan. Tú te has vendido.

Montero no respondió. Se puso las gafas. Dio media vuelta. Caminó hacia su vehículo.

Hendaya se quedó solo.

El soldado en el suelo había abierto los ojos. Amara le daba agua a sorbos pequeños. El chico miraba el cielo blanco, la lona que le daba sombra, la cara de la médica que lo había salvado.

Hendaya se arrodilló junto a ellos.

—¿Cómo te llamas?

—Kebrom —dijo el chico, con voz rota—.

—Kebrom. Te voy a decir una cosa. Cuando te suban al jeep, no te duermas. Tienes que mantenerte despierto. Bebe agua. Bebe toda la que te den. No hagas esfuerzos. ¿Entiendes?

El chico asintió.

—Bien. Dentro de cuarenta minutos, nos movemos. Tú vas a estar bien.

—Gracias —dijo el chico—.

—No me des las gracias. Agradece a la doctora. Ella sabía lo que hacer.

Amara lo miró. No dijo nada.

Hendaya se puso en pie.

—Sargento —dijo ella—.

—¿Qué?

—Has sido sargento. En la legión. No lo has dicho, pero se nota.

Hendaya no respondió.

—Se te nota en cómo das órdenes —continuó ella—. En cómo calculas los tiempos. En cómo sabes lo que necesita un cuerpo para no morir.

—He visto muchos cuerpos morir.

—Y algunos sobrevivir.

—Algunos.

Ella se levantó. Se limpió las manos en el pantalón.

—Gracias.

—No me des las gracias. Hice lo que tenía que hacer.

—No todo el mundo hace lo que tiene que hacer.

Hendaya la miró. Los ojos oscuros de ella lo miraban fijamente.

—Usted también —dijo él—. No todo el mundo se planta ante un capitán armado para salvar a un soldado que ni siquiera conoce.

—Soy médica. Es mi trabajo.

—Es su vocación. No es lo mismo.

Ella sonrió. Apenas un gesto.

—Quizá no.

El soldado Kebrom se incorporó apoyado en los codos. Amara se volvió hacia él.

—No te muevas. Todavía no.

—Tengo sed —dijo el chico.

—Ya te daremos agua. Espera.

Hendaya miró el horizonte. Al oeste, el pozo que Nadifa había señalado. Al sur, el lugar que no existía en los mapas.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Amara—.

—Seguiremos. Llegaremos al pozo. Encontraremos agua o no. Y entonces decidiremos.

—¿Decidir qué?

—Si seguimos obedeciendo o empezamos a hacer preguntas.

Ella lo miró. No dijo nada.

Pero su silencio era una respuesta.

Nadifa se acercó. No había estado lejos. Lo había visto todo. Había observado desde la distancia, junto a los camellos, sin intervenir.

Ahora estaba allí.

—El soldado —dijo en su español roto—. ¿Vive?

—Vive —dijo Hendaya.

Ella asintió. Hizo un gesto hacia el oeste.

—Pozo. Allí. Dos horas.

—Lo sé.

—Desta no quiere ir.

—Lo sé.

—Pero tú quieres.

—Quiero agua.

Ella lo miró. Los ojos marrón claro, pequeños, agrietados por el sol.

—Tú eres diferente —dijo—.

Hendaya no respondió.

—Los otros —continuó ella, señalando a Montero, a Desta, a los soldados—. Mienten. Tú no.

—Todos mentimos.

—Tú mientes menos.

Ella dio media vuelta. Caminó hacia los camellos. Se subió al primero con un movimiento fluido.

Hendaya la vio alejarse.

—Es increíble —dijo Amara a su lado—.

—¿El qué?

—Que en medio de este infierno, haya encontrado a alguien en quien confiar.

Hendaya no respondió. Miró el reloj. Faltaban treinta y cinco minutos para reanudar la marcha.

Miró al jeep de Desta. El capitán seguía dentro, sin moverse. Esperando.

Miró al vehículo de Montero. Su silueta tras el volante, encogida, derrotada.

—No confío en nadie —dijo Hendaya—. Confiar es un lujo que no puedo permitirme.

—Y sin embargo, está aquí. Salvando vidas.

—Salvar vidas no es confiar. Es no tener otra opción.

Amara sonrió otra vez.

—Eso es mentira, sargento. Podría haberse quedado en el Land Rover. Podría haber dejado que el chico muriera. No lo hizo. Eso se llama tener conciencia. Y la conciencia no entiende de lujos.

Hendaya no respondió.

No podía.

Porque ella tenía razón.

El sol seguía cayendo vertical. La sombra de la lona se encogía. El soldado Kebrom respiraba mejor.

Dentro de treinta y cinco minutos, la caravana reanudaría la marcha.

Dentro de treinta y cinco minutos, Desta volvería a ser el capitán.

Pero algo había cambiado.

Algo que ninguno de ellos podía nombrar.

Algo que Hendaya sabía que no tenía vuelta atrás.

Nadifa lo había visto.

Y había aprobado.

Miró al frente. Desta lo esperaba.

No hacía falta mirarlo. Lo sentía.

El viaje acababa de empezar.

Y lo peor estaba todavía por llegar.

CAPÍTULO 6: EL PRECIO DE LA CONFIANZA

El silencio no era vacío. Hendaya lo sabía por experiencia: el desierto nunca callaba del todo. Afuera, el viento lamía la lona de la tienda con un susurro continuo. A lo lejos, alguien tosía entre los camiones. Un generador vibraba a intervalos irregulares.

Estaba tumbado boca arriba, los brazos cruzados detrás de la nuca. La tienda olía a sudor seco y polvo de sal. Oscuridad absoluta.

Movió las muñecas. Las marcas de las esposas le escocían, dos surcos violáceos que la lona irritaba al menor roce. Llevaba horas despierto, contando los sonidos del campamento, intentando no pensar en nada.

No lo conseguía.

Una hora atrás, Desta había dado la orden de alto hasta el amanecer. El soldado Kebrom se mantenía estable, tumbado en la trasera de un jeep con suero y sombra. Nadifa dormía junto a sus camellos, envuelta en una manta que la fundía con la sal. Montero se había encerrado en su vehículo desde la cena, el teléfono satelital pegado a la oreja, la voz apagada, un rumor de culpa.

Y Amara… Amara no dormía.

La había oído moverse entre las tiendas, los pasos cortos y precisos que ya reconocía. Esperó a que se metiera en su saco. No lo hizo.

La cremallera de la tienda sonó a metal raso. Un rectángulo de luz azulada se abrió en la oscuridad. La silueta de Amara recortada contra el cielo estrellado.

—¿No duerme? —dijo ella.

No esperó respuesta. Entró. Se sentó cruzada frente a él, apoyando la espalda contra la lona.

Hendaya la miró sin moverse. Las manos detrás de la nuca. El pecho desnudo. La cicatriz de la mandíbula marcada por la penumbra.

—Usted tampoco —dijo.

Ella sonrió, apenas un gesto.

—El silencio es demasiado grande.

—El desierto nunca calla.

—¿No? A mí me parece que grita.

Hendaya no respondió. Amara se quedó allí, sentada, los brazos rodeando las rodillas. No miraba el reloj. No daba señales de quererse ir.

—Debería dormir —dijo él al cabo de un rato.

—Lo sé.

—Mañana vamos a necesitar energía.

—Lo sé.

—Entonces…

—No puedo.

La sinceridad lo desarmó. Ella lo miró a los ojos, sin parpadear.

—Cada vez que cierro los ojos, veo al soldado. Veo la cara de Montero cuando usted lo acusó. Veo el mapa que Nadifa señaló. Todo está mal y no sé qué parte es mentira y qué parte es verdad.

—Es todo mentira.

—¿Todo?

—El proyecto, los pozos, los mapas, la ONU. Todo.

Ella asintió despacio. No parecía sorprendida.

—¿Por qué está aquí, Saúl?

La pregunta colgó entre ellos como una brasa. Hendaya la miró un largo rato.

—Porque no tengo otro sitio al que ir.

—Eso no es verdad.

—Es verdad.

—No. Vino porque alguien lo obligó. Y se quedó porque no sabe rendirse.

Hendaya desvió la mirada hacia el techo de lona. Le había dado en el blanco. No respondió.

El silencio se hizo denso.

—¿Quiere saber qué me trajo hasta aquí? —preguntó al fin.

Ella no respondió. Esperó.

Hendaya cerró los ojos.

—

—El ruido del bar era una pared. Vasos chocando, risas aisladas, una máquina tragaperras escupiendo monedas en bucle. Hendaya odiaba los bares. Odiaba el olor a alcohol rancio y a tabaco frío. Pero Montero había insistido.

—Una copa, Saúl. Por los viejos tiempos.

Los viejos tiempos. Cuatro años sin verse, y Montero aparecía en Tenerife con una sonrisa nerviosa y una carpeta bajo el brazo.

El bar estaba en el Puerto de la Cruz, pegado al muelle. Las ventanas empañadas por el aire acondicionado. Afuera, el Atlántico se rompía contra el malecón.

Montero pidió dos whiskies. Hendaya apenas mojó los labios.

—Estás bien —dijo Montero, removiéndose en el asiento—. Se te ve bien.

—Trabajo.

—¿Solo trabajo?

—Solo trabajo.

Montero asintió, demasiado rápido. Las gafas de pasta se le resbalaban por el sudor del entrecejo. Tenía las manos inquietas, jugando con la servilleta, con el vaso, con el borde de la carpeta.

—He venido a hacerte una propuesta.

—No.

—Todavía no sabes de qué se trata.

—Sé cómo empiezan estas conversaciones. Y cómo terminan.

—No es nada ilegal, Saúl. Es un proyecto humanitario. Agua potable para el Sahel. Lo que siempre hicimos.

Hendaya lo miró. Los ojos verdes de Montero tenían ese brillo que recordaba de Kandahar, de Malí, de la época en que compartían tienda y raciones. No era un brillo de convicción. Era un brillo de urgencia.

—¿Cuánto?

—¿Cómo dices?

—Que cuánto hay detrás.

Montero dudó. Bebió un trago largo. Dejó el vaso sobre la mesa con un golpe seco.

—Una multinacional. Quiere financiar pozos en la frontera etíope. Perforaciones profundas. Acuíferos fósiles. Agua para cien mil personas.

—¿Y qué más?

—Nada más.

—Mientes.

—No miento.

—Mientes, Javier. Te conozco. Cuando tienes las cosas claras, no bebes whisky barato en un puerto perdido. Cuando tienes las cosas claras, no sudas.

Montero se reclinó, apartó la mirada. El ventilador del techo giraba lento, esparciendo el humo.

—Necesito un ingeniero hidrólogo para la prospección —dijo—. Alguien en quien confíen. Alguien con tu currículum.

—¿Y por qué no entras tú?

—Porque yo aprieto tuercas, no diseño sistemas. Tú sabes leer un mapa geológico como yo leo una factura. Eres el mejor que he conocido.

—Halagos.

—Verdades.

Hendaya bebió un sorbo de whisky. El hielo tintineó contra el cristal.

—¿Cuál es el problema? —preguntó.

—No hay problema.

—Hay un problema. Siempre lo hay.

Montero giró la cabeza, miró hacia la barra, hacia la puerta, hacia ningún sitio. Luego se inclinó sobre la mesa, la voz reducida a un hilo.

—Necesito que firmes unos papeles. Son informes de viabilidad. Números. Cifras de caudal que justifiquen la inversión.

—¿Cifras falsas?

—Cifras optimistas.

—Son lo mismo.

—No, no lo son. El proyecto es real. El agua está ahí. Solo necesito… asegurar la financiación. Que los inversores vean que merece la pena. Un pequeño empujón contable.

—Un desvío de fondos.

—Una corrección de flujo.

—Es lo mismo, Javier.

Montero se pasó la mano por el pelo canoso. La desesperación le crispaba los dedos contra el vaso.

—Tú no lo entiendes —dijo—. He invertido todo en esto. Mi carrera, mi reputación, mis ahorros. Si esto no sale, estoy muerto.

—Y si sale así, estarás igual. Solo que más rico.

—¿Y qué tiene de malo? El dinero no es malo, Saúl. Es solo una herramienta.

—Es una herramienta que corrompe.

—Eso lo dices tú, que vives en un taller arreglando motores, escondido del mundo. Te olvidaste de cómo funciona la vida real.

—La vida real —repitió Hendaya—. La vida real es la gente que bebe agua contaminada porque alguien desvió los fondos para construir pozos que nunca funcionaron. Eso es la vida real.

Montero se quedó en silencio. Miró su vaso. Miró sus manos. Miró la mesa.

—Solo es una firma —dijo, la voz casi rota—. Solo una firma, Saúl. Nadie se enterará.

Hendaya se levantó.

—Buenas noches, Javier.

—Saúl, espera…

—No.

Dejó un billete sobre la mesa. Dio media vuelta. Caminó hacia la puerta.

—Vas a arrepentirte —dijo Montero a su espalda.

Hendaya no se giró.

—Ya me arrepiento. Pero no por esto.

Salió a la noche de Tenerife. El aire salado le golpeó la cara. Caminó hacia el muelle, las manos en los bolsillos, la conciencia tranquila.

No lo sabía entonces, pero esa noche sería el principio del fin.

A las tres semanas, el escándalo estalló.

—

Hendaya abrió los ojos.

La lona de la tienda seguía ahí. El calor seguía ahí. Amara seguía ahí, sentada frente a él, esperando.

—Nunca supe quién filtró los documentos —dijo en voz baja—. Los informes manipulados aparecieron en la oficina del ministerio. Mi firma estaba en ellos. No era la mía, pero parecía. Suficientemente buena para que abrieran una investigación.

—¿Montero?

—No lo sé. Siempre pensé que pudo ser él. Pero nunca tuve pruebas.

—¿Hablaste con él?

—No volví a verlo. Hasta que apareció en mi taller con una jeringuilla y dos matones.

Amara se movió, incómoda. La tienda era pequeña para dos personas. El calor de sus cuerpos se mezclaba en el espacio cerrado.

—Por eso desconfía —dijo ella—. Por eso no se fía de nadie.

—Por eso.

—Y ahora Montero le pide que confíe otra vez.

—Exacto.

El viento movió la lona. Una ráfaga de aire caliente se coló por la rendija.

—¿Sabe qué? —dijo Amara—. Prometí no volver a confiar en nadie que me pidiera cerrar los ojos. Y ahora estoy aquí, en medio del desierto, con un hombre que no confía en mí, trabajando para una empresa que miente, buscando agua que probablemente no existe.

—El agua existe.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque la he visto. En las fotos satelitales. En los informes que Montero me enseñó antes de que todo empezara a torcerse. El agua está ahí. El problema es quién va a controlarla.

—Usted cree que vale la pena.

—Creo que hay gente que va a morir si no hacemos algo.

—Y eso justifica arriesgarse.

—Eso justifica todo.

Amara lo miró un largo rato. Los ojos marrones, grandes, fijos en los de él.

—Yo también tuve un escándalo —dijo al fin—. No tan grande como el suyo. Pero suficiente para saber cómo duele.

—¿Qué pasó?

—Un paciente murió en mi quirófano. Una intervención rutinaria. Una negligencia que no era mía, pero el responsable era el hijo del director del hospital. Cargaron conmigo.

—¿Y?

—Me fui a trabajar a ONGs. Lejos de los hospitales grandes. Lejos de las políticas.

—Y ahora está aquí.

—Ahora estoy aquí.

El silencio volvió. Pero no era hostil. Era un silencio compartido.

Amara se levantó. La tienda crujió con su movimiento.

—Pase lo que pase —dijo—, yo estoy de su lado. Alguien tiene que estar.

Hendaya la miró. No encontró palabras.

Ella sonrió. Una sonrisa triste, sincera.

—Intente dormir, Saúl. Mañana va a necesitar toda la energía.

Salió. La cremallera se cerró detrás de ella.

Hendaya se quedó solo.

El silencio volvió a instalarse. Pero ahora era diferente. Más pequeño. Menos amenazante.

Se removió en la lona. Buscó a tientas la chaqueta que había usado de almohada. Metió la mano en el bolsillo interior.

La billetera estaba ahí, gastada, las costuras descosidas.

La abrió.

La foto estaba en el compartimento trasero, doblada en cuatro, los bordes desgastados de tanto tocarlos. La mujer de la imagen sonreía, el pelo recogido, los ojos claros. La niña a su lado, seis años quizá, mostraba los dientes en una mueca feliz.

Pasó el pulgar sobre los rostros borrosos. Despacio. Como si a fuerza de roce pudiera devolverlos a la vida.

Ellas no estaban. El escándalo se las había llevado. Primero la vergüenza. Luego el juicio. Luego la distancia. Luego la ausencia definitiva.

No las había visto en cinco años.

Quizá nunca las volviera a ver.

Guardó la foto. Cerró la billetera. La apretó contra el pecho.

Afuera, el viento seguía soplando.

El generador seguía vibrando.

Y en algún lugar al sur, donde el mapa mentía, el agua seguía esperando.

O la trampa.

Cerró los ojos.

No durmió.

Pero cuando el amanecer empezó a teñir la lona de naranja, supo que aquella noche había cambiado algo. No la geografía del mundo, sino la suya propia. La brújula interior había girado unos grados. El paisaje seguía siendo el mismo, pero él ya no lo miraba igual.

CAPÍTULO 7: LA CARAVANA DEL DIABLO

El motor del Land Rover lloraba en primera. La transmisión gemía mientras el vehículo trepaba por una lengua de escoria negra que crujía bajo los neumáticos como carbón triturado.

Hendaya aferró el pestillo de la puerta. El golpe en la cabeza le latía con cada vibración, un recordatorio sordo de que su cuerpo seguía pagando la factura del secuestro. La rozadura de la mejilla le escocía. El sudor la quemaba.

—¿Cuánto falta? —preguntó Amara desde el asiento trasero.

Tenía el pañuelo empapado. El calor no respetaba la higiene ni la dignidad. Olía a gasolina, a sudor rancio, a polvo metálico.

—Pregúntale a ella —dijo Hendaya señalando a Nadifa.

La mujer afar cabalgaba cincuenta metros adelante, montada en su camello, imperturbable. No se había detenido ni una vez desde que amaneció. Miraba el horizonte como si leyera un mapa escrito en el aire, en la inclinación del sol, en la textura del viento.

El paisaje había mutado al amanecer. La llanura de sal blanca se había tragado el horizonte durante la noche, y ahora el mundo era un rompecabezas de colinas volcánicas rotas, tubos de lava colapsados y un suelo que el sol calentaba hasta hacerlo crujir. El color dominante era el negro. Negro y rojo. Sangre seca y carbón.

Hendaya calculó: llevaban cinco horas de marcha. La temperatura exterior rondaba los cuarenta y ocho grados. Dentro del vehículo, el aire era un horno con olor a plástico derritiéndose.

—Esto no es un desierto —dijo Amara—. Esto es otro planeta.

—Es Danakil —respondió Hendaya.

No añadió nada más. No hacía falta.

Delante de ellos, el jeep de Desta levantaba una nube de polvo negro. Detrás, el camión con los soldados y el material. Montero viajaba en el tercer vehículo, solo, las ventanillas cerradas, el aire acondicionado al máximo si es que funcionaba. No había hablado con nadie desde que partieron.

Lo había visto salir de su tienda al alba con los ojos hinchados y las manos temblorosas. No dormía bien. Ninguno dormía bien.

—¿Confía en él? —preguntó Amara.

—No.

—Entonces, ¿por qué sigue aquí?

—Porque quiero saber hasta dónde llega la mentira.

Ella asintió. No hizo más preguntas.

El Land Rover saltó sobre una roca. Hendaya apretó los dientes. El dolor en el cuello le recordó que seguía vivo, que seguía allí, que el viaje no había hecho más que empezar.

Y entonces la columna se detuvo.

Sin previo aviso. Sin señal. Desta alzó el puño desde la ventanilla de su jeep, y la caravana se quedó inmóvil en medio de la nada.

—¿Qué pasa? —preguntó Amara.

Él no respondió. Ya lo había visto.

Cuatro figuras en lo alto de una colina de escoria. Siluetas recortadas contra el sol, fusiles en posición de descanso, uniformes color arena.

—Patrulla eritrea —dijo.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque Desta ya ha sacado la pistola.

El capitán había bajado del jeep. Su mano derecha descansaba sobre la funda de la cadera. No había desenfundado, pero estaba listo. Detrás de él, los soldados etíopes se movieron. Hendaya oyó el roce de un seguro al quitarse.

—Quédese aquí —dijo a Amara.

Salió del vehículo.

El calor lo golpeó como una pala. Seco. Exacto. Cincuenta grados a la sombra, pero no había sombra.

Caminó hacia el frente. Los soldados lo miraron pero no lo detuvieron. Nadie le dijo que se detuviera.

El eritreo bajó de la colina. Era alto, delgado, con gafas de sol de espejo que reflejaban el rostro de Desta como un espejo deformante. Detrás, tres soldados con fusiles AK apuntaban al suelo, pero no al cielo. Listos.

—Documentos —dijo en inglés.

Desta alargó una carpeta. El militar la tomó, la hojeó y la devolvió con un gesto de desdén.

—No valen aquí.

—Somos una misión humanitaria —dijo Desta—. Tenemos permiso del gobierno etíope.

—Esto no es Etiopía. Esto es territorio en disputa.

—Es territorio etíope.

—Es territorio ocupado.

El aire se tensó. Hendaya midió las distancias: el oficial a diez metros. Desta a siete. Los fusiles a quince. Las manos en las armas. El sol en el cenit.

—Vamos a pasar —dijo Desta.

—No.

—No me obligue a...

—No me obligue usted a mí, capitán.

La mano de Desta se cerró sobre la pistola. Hendaya vio el movimiento. Vio el cálculo en sus ojos. También vio el miedo.

Entonces Montero apareció.

—Permítanme —dijo, y su voz no era la del hombre tembloroso de la noche anterior.

Caminó con paso firme, el maletín negro colgando de su mano derecha. Lo sostenía con la seguridad de quien sabe lo que pesa y lo que vale.

—Soy Javier Montero, representante de la fundación. Creo que tenemos un acuerdo previo con sus superiores.

El eritreo giró la cabeza. Las gafas de sol se posaron sobre él como dos espejos negros.

—¿Acuerdo?

Montero abrió la cartera.

Hendaya lo vio desde atrás. El reflejo del sol sobre los fajos de dólares. Verdes. Nuevos. Ordenados.

El eritreo no apartó la mirada. Tampoco sonrió. Se limitó a observar, como un depredador que mide a su presa.

—Hablemos —dijo Montero.

Se apartaron unos metros. Hablaron en voz baja. La cartera abierta. Cabezas asintiendo. Montero sacó un documento de una carpetilla azul y se lo tendió. El militar lo leyó. Sus gafas de sol se inclinaron hacia el logo de la portada. Algo cambió en su postura.

—Aquifer Global —dijo, y Hendaya oyó las palabras como un latigazo —. —Por supuesto.

Sonrió. Devolvió el documento.

La cartera cambió de manos.

Hendaya lo vio todo. Cada gesto. Cada movimiento. La coreografía perfecta de una transacción comercial.

Lo trajo preparado. Sabía que esto pasaría. La empresa tiene permiso.

La empresa. No la ONG. La empresa.

El eritreo cerró la cartera. Hizo un gesto a sus hombres. Los fusiles bajaron. La patrulla se retiró colina arriba, engullida por la lava negra como si nunca hubieran estado allí.

Desta escupió al suelo.

—¿Qué coño era eso?

Montero guardó la carpetilla azul en el bolsillo interior de su chaqueta. Tenía las manos temblorosas, pero la voz firme.

—Solo un permiso. Un permiso especial.

—¿De quién? —preguntó Hendaya.

Montero dudó. Su mirada se encontró con la de Hendaya, y allí, en ese cruce de segundos, Hendaya lo supo.

—Aquifer Global —dijo.

La palabra le golpeó como el sol directo en la nuca.

—¿Aquifer Global? —repitió—. ¿Esa no es la empresa minera de litio?

Montero no respondió. Dio media vuelta y caminó hacia su vehículo.

—

La caravana reanudó la marcha.

El silencio se había espesado. Los soldados miraban a Montero de otra forma. Ya no era el ingeniero extranjero que los acompañaba. Era el hombre que llevaba una cartera con dólares en una misión humanitaria.

Desta conducía como si quisiera morder el volante. No había mirado atrás ni una vez. Su autoridad se había desinflado en presencia de un civil con una cartera, y eso quemaba más que el sol.

En el asiento trasero del Land Rover, Amara buscó la mirada de Hendaya.

—¿Qué es Aquifer Global?

—Una multinacional —dijo sin mirarla—. Explotan litio en Chile, en Australia. Ahora también en África.

—Pero nosotros buscamos agua.

Él no respondió.

Ella entendió el silencio.

—

Pararon junto a una formación rocosa que daba una sombra escasa. Los soldados se turnaban para beber, la lengua hinchada, los ojos enrojecidos por el viento de sal. Montero se había apartado, encendiendo un cigarrillo que el viento apagaba a cada calada.

Hendaya caminó hacia él.

—Aquifer Global, Javier.

Montero no lo miró. Dio otra calada al cigarrillo. El viento se llevó el humo.

—Es la empresa matriz de la fundación —dijo—. Nos dan soporte logístico.

—¿El soporte incluye sobornos preparados?

—Esto es África, Saúl. Las cosas no funcionan como en Europa. Aquí pagas por pasar. Pagas por quedarte. Pagas por todo.

—No me mientas. Ya no.

Montero levantó la cabeza por fin. Sus ojos verdes tenían un brillo de súplica, de agotamiento, de alguien que ya no sabe sostener la mentira.

—No es lo que piensas, Saúl. Escúchame, por favor.

—¿El agua? —Hendaya sintió la certeza instalándose en él como una losa—. ¿Hay agua o hay litio, Javier?

—Hay las dos cosas.

La confesión cayó como una piedra en un pozo seco.

—Pero el agua no es el objetivo, ¿verdad?

Montero no negó.

El viento caliente arrastró el humo del cigarrillo.

—Necesitan el agua para procesar el litio —dijo al fin—. En la zona sur hay un depósito de salmuera con una concentración altísima de litio. Pero para extraerlo necesitas agua. Y allí abajo, en el acuífero, hay agua. Agua limpia. Agua suficiente para décadas.

—¿Y la gente? ¿Los afar? ¿Los que se mueren de sed?

—La empresa construirá infraestructuras, llevará agua a las aldeas...

—Mientes.

Montero se calló.

—Lo sé por tu cara —dijo—. Siempre lo supe. Cuando mentías, mirabas a ningún sitio. Como ahora.

—No hay otra manera, Saúl. El litio es el futuro. Las baterías, los coches eléctricos, todo funciona con litio. Y el mejor litio del mundo está aquí, bajo esta mierda de desierto. Si no lo explota Aquifer, lo hará otra. Y esa no dejará ni las migajas.

—Y Berhanu lo descubrió.

Montero palideció.

—¿Qué tiene que ver Berhanu?

—Que está muerto. Y que lo mataron por saber demasiado.

—Yo no tuve nada que ver con eso.

—Pero sabes quién lo hizo.

Montero no respondió.

Hendaya lo miró un largo rato. Luego dio media vuelta.

—Saúl, espera...

—No.

—No puedes irte. No puedes denunciar nada. Estamos en medio de la nada. No hay teléfono, no hay internet, no hay nadie a quien contarlo. Y aunque lo hicieras, ¿quién te creería? Eres el hombre del escándalo. El que falsificó firmas. El ingeniero corrupto. ¿Quién va a creerte a ti?

Hendaya se detuvo. Se giró.

—Tú sabes que no fui yo.

Sostuvo la mirada.

—Lo sé —dijo—. Pero eso no cambia nada.

—Cambia todo, Javier. Porque si yo sé que tú sabes, y tú sabes que yo sé, entonces ya no podemos fingir.

Dio media vuelta y caminó hacia el Land Rover.

Detrás, Montero encendió otro cigarrillo con las manos temblándole.

—

—¿Y bien? —preguntó Amara cuando subió al vehículo.

—Litio —dijo—. La empresa busca litio. El agua es el medio, no el fin.

Ella se quedó en silencio.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó al fin.

—Seguir.

—¿Seguir?

—Hasta el final. Hasta el pozo oeste. Hasta donde el mapa miente. Quiero verlo con mis propios ojos.

—¿Y después?

—Después ya veremos.

El motor arrancó. La caravana comenzó a moverse de nuevo.

Hendaya miró por la ventanilla. El paisaje seguía ahí: negro, rojo, blanco. La tierra más hostil del planeta.

Aquifer Global. Repitió el nombre en su cabeza. *Litio. No agua. Litio.*

Recordó la zona sur del mapa, el área borrada, el vacío donde algo se ocultaba.

Recordó a Berhanu.

Recordó las palabras de Montero: «No hay otra manera».

Pero siempre hay otra manera. Solo que a veces hay que hundirse muy hondo para encontrarla.

El sol caía vertical. La caravana del diablo seguía avanzando hacia la garganta de la mentira.

CAPÍTULO 8: NADIFA Y EL VIENTO

Le dolían las cervicales. Una molestia sorda, instalada, que el golpe en la cabeza de tres días atrás había despertado para no irse. Hendaya giró el cuello hasta oír el crujido y apoyó el mapa sobre las rodillas.

Afuera, el viento no aullaba. Silbaba. Un silbido fino, de cuchillo contra piedra, que se filtraba por cada costura de la lona.

Hendaya encendió la linterna. La luz era débil, un cono amarillo que apenas iluminaba las líneas azules de los cursos de agua. Agua. Siempre agua. O mentira.

Las rozaduras de la mejilla le escocían al contacto con el sudor. Las marcas de las esposas en las muñecas, dos surcos violáceos, le ardían cada vez que rozaban el borde del mapa. El hematoma en la nuca le latía con cada pulsación del corazón.

Se pasó la lengua por los labios partidos. El sabor químico aún persistía. Litio. Lixiviación. Veneno.

Trazó un círculo con el dedo en la zona sur del mapa. El área borrada. El vacío que Berhanu había descubierto antes de morir. Allí, en el fondo de la depresión, en las capas de salmuera donde la tierra llevaba siglos acumulando minerales, alguien había puesto una X invisible.

La entrada de la tienda se movió sin que el viento cambiara.

Hendaya levantó la cabeza. Su mano derecha se tensó sobre la hoja de papel, un reflejo que no necesitaba pensamiento.

Nadifa estaba allí. En cuclillas. No entraba, no salía. Solo estaba, como si hubiera nacido de la oscuridad, como si la noche la hubiera moldeado para ese momento.

—Usted diferente —dijo.

No era una pregunta.

—¿Cómo sabes?

Ella movió la cabeza. Un gesto que podía significar cualquier cosa. Sus manos descansaban sobre las rodillas, inmóviles, como dos animales en reposo. Las uñas rotas. La piel cuarteada.

—Otros vienen a robar —dijo, eligiendo las palabras con cuidado—. Usted pregunta.

—Tengo muchas preguntas.

—Por eso estoy aquí.

El viento azotó la lona, el silbido se intensificó un instante y volvió a su tono base, una nota continua que vibraba en el tejido.

Nadifa se movió sin levantarse. Un desplazamiento lateral, como un cangrejo, que la acercó al círculo de luz de la linterna. Metió la mano en un saco pequeño que llevaba atado a la cintura.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó Hendaya.

—Muestras.

Sacó la mano. No traía nada, pero sus dedos tocaron el contenido del saco con la delicadeza de quien palpa algo frágil.

Se inclinó hacia delante. Comenzó a dibujar en la arena del suelo de la tienda con la mano derecha. Trazó una línea curva. Luego otra.

Luego puntos.

—Aquí —dijo—. Pozos.

Dibujó tres círculos pequeños.

—Aquí —dijo, y trazó una línea recta—. Soldados. Puesto de control.

—¿Cuántos?

—Cinco. A veces seis.

Luego, en el centro del espacio vacío, muy al sur, dibujó una X grande. La marcó con fuerza, hundiendo el dedo en la arena.

—Aquí, ellos. Hacen agujeros grandes.

—¿Para qué? —preguntó Hendaya, aunque ya lo sabía.

Nadifa no respondió. Sacó un trozo de piedra del saquito. Era negra, porosa, con una capa blanquecina en la superficie que brillaba bajo la luz amarilla. Se la tendió.

—Huelen a veneno.

Hendaya tomó la piedra. La sostuvo un instante, sintiendo el peso. La acercó a la nariz. No olía a nada reconocible. Nada orgánico. Nada vivo.

Se pasó la lengua por los labios resecos y la probó con la punta.

El sabor le llegó como una descarga. Amargo, metálico, ajeno. Un sabor que no pertenecía a la tierra, que había sido introducido por la fuerza. Un sabor industrial en un paisaje que no conocía la industria.

—Lixiviación —murmuró—. Litio.

Nadifa no entendió la palabra, pero entendió el tono. Asintió con la cabeza, una vez.

—¿Cuánto tiempo llevan ahí? —preguntó él.

—Muchas lunas. Antes de que el sol cambiara de sitio.

—¿Antes de que empezara la estación seca?

Ella asintió de nuevo.

—Han estado bombeando productos químicos al subsuelo —dijo Hendaya, hablando más para sí mismo que para ella—. Para disolver el litio. Para poder extraerlo. Y el agua... el agua se contamina.

—Agua muere —dijo Nadifa.

No era una metáfora. Lo dijo como un hecho. El agua muere. Como muere un animal. Como muere una persona.

—El pozo que señalaste al oeste —dijo Hendaya—. ¿Tiene agua de verdad?

—Tiene. Pero no para ellos.

—¿Para quién?

—Para mi gente. Para los que viven aquí antes de que llegaran los mapas.

El viento golpeó la tienda con más fuerza. La lona se combó hacia dentro, y la luz de la linterna vaciló un instante, proyectando sombras que danzaron sobre las paredes de tela.

—¿Por qué me lo cuentas? —preguntó Hendaya.

—Porque usted pregunta.

—Eso no es suficiente.

Nadifa lo miró. Sus ojos eran dos rendijas marrones. Impenetrables.

—Vi lo que hizo con el soldado —dijo—. Podía dejarlo morir. No lo hizo.

—Era lo correcto.

—Para usted. Para los otros, no. Los otros solo miran. Usted actúa.

—Actuar te convierte en blanco.

—Ya lo sé.

Hubo un silencio. No era un silencio vacío. Era un silencio que pesaba, que ocupaba espacio, que pedía una respuesta.

—Hay un camino —dijo Nadifa al fin—. Antiguo. Mis abuelos lo usaban para llegar al sur sin que los vieran.

—¿Dónde está?

Ella señaló el dibujo en la arena. Con el dedo índice trazó una línea que sorteaba el control militar, serpenteaba entre los pozos y se adentraba en el vacío del sur.

—Por aquí.

—¿Hasta dónde llega?

—Hasta el lugar donde ellos hacen los agujeros.

—¿Has estado allí?

—Una vez. Huele a veneno. La tierra está enferma.

Hendaya contempló el dibujo. La línea que sorteaba el control militar. La X en el centro del vacío. El camino que lo llevaría directo al corazón de la mentira.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó.

—Un día a pie. Dos si los soldados patrullan.

—¿Hay agua en el camino?

—Pozos antiguos. Mi abuelo me llevaba cuando era niña. Todavía hay agua. No mucha, pero suficiente.

—¿Y si no encontramos los pozos?

Nadifa no respondió. No hacía falta. Los dos sabían lo que significaba quedarse sin agua en el Danakil.

Hendaya apretó el puño sobre la arena del dibujo. La línea del camino se borró bajo sus dedos. La X quedó intacta.

—Si sigo este sendero —dijo lentamente—, me convierto en saboteador. Si no lo sigo, soy cómplice.

—No hay término medio —dijo Nadifa.

Era la misma conclusión a la que él había llegado. Oírla en boca de ella, con ese acento duro, con esas palabras arrancadas a un idioma que no era el suyo, le dio a la idea una contundencia que no había tenido antes. Una certeza.

—Si lo hago —dijo—, necesito algo a cambio.

—¿Qué?

—Necesito que me guíes el camino entero, no solo el inicio del sendero.

Nadifa no respondió de inmediato. Miró el dibujo borrado. Luego miró la piedra blanca que aún sostenía él en la mano.

—Usted protege el agua —dijo—. Si usted promete proteger el agua de mi pueblo, yo lo llevo.

—¿Así de simple?

—No es simple. Es juramento.

La palabra cayó entre ellos como una piedra en un pozo. Seca. Definitiva.

—No sé si puedo proteger nada —dijo Hendaya—. Solo soy un hombre con un mapa y una sospecha.

—No necesita ser más. Solo necesita prometer.

—¿A quién?

—A la tierra.

El viento amainó un instante. El silencio se hizo tan denso que Hendaya podía oír su propia sangre circulando, el latido sordo del golpe en la cabeza, el roce de la lona contra las estacas.

—Lo prometo —dijo.

Las palabras le sonaron extrañas al decirlas. Como si estuviera firmando un contrato que no podía ver.

Nadifa asintió. Una sola vez. Un gesto que cerraba el trato.

—Al amanecer —dijo—. Antes de que ellos se despierten.

—¿Cómo saldremos sin que nos vean?

Ella señaló la pared trasera de la tienda.

—Por ahí. La lona está cortada. Nadie lo sabe.

Hendaya no preguntó cuándo la había cortado. Prefirió no saberlo.

Sacó un trozo de cuerda del bolsillo y lo puso sobre la arena, marcando el punto de encuentro en el dibujo borrado. Un gesto que convertía la idea en plan.

—Aquí —dijo—. A las cinco.

—Estaré.

Nadifa se levantó. Lo hizo sin ruido, sin esfuerzo aparente. Como si el cuerpo no pesara cuando uno sabe moverse en la oscuridad.

—Una cosa más —dijo Hendaya.

Ella esperó.

—¿Por qué confías en mí?

Ella lo miró un largo rato. La lona vibró con el viento.

—Porque cuando mi abuelo me enseñó el camino, me dijo que solo se lo mostrara a alguien que estuviera dispuesto a morir por el agua.

—¿Y tú crees que yo estoy dispuesto?

—Usted no estaría aquí si no lo estuviera.

Se giró y salió de la tienda con la misma facilidad con que había entrado. La entrada se cerró tras ella, y Hendaya se quedó solo con la linterna, el mapa, y la arena del dibujo que empezaba a deshacerse.

Se quedó mirando la X que aún permanecía en el suelo.

No hay término medio.

Apoyó la cabeza contra la mochila. Le dolía todo: el cuello, las muñecas, la mandíbula. Pero por primera vez desde que había subido a esa avioneta, el dolor tenía un propósito.

—¿Estás despierto?

La voz de Amara llegó desde la entrada. No había oído acercarse a nadie, pero allí estaba, una silueta recortada contra la oscuridad exterior.

—Sí.

—¿Puedo entrar?

—Ya estás dentro.

Amara apartó la lona y se sentó frente a él. Llevaba el pañuelo en la mano, retorcido, húmedo. Se sentó sobre los talones, las rodillas dobladas, el cuerpo tenso.

—Lo he oído todo.

Hendaya no respondió.

—No debería haber escuchado —continuó ella—. Pero... no podía dormir. Estaba pensando en lo que dijiste. En el litio. En Berhanu. En todo.

—¿Y?

—Es una locura.

—Sí.

—Si nos descubren, Desta nos ejecuta. Allí mismo. Sin juicio. Sin preguntas. Nos deja en el salar y dice que nos perdimos.

—Lo sé.

—Y aunque lleguemos al lugar donde están haciendo las prospecciones, ¿qué hacemos? ¿Fotografías? ¿Un informe? No hay cobertura. No hay internet. No hay nadie a quien contárselo.

Hendaya la miró. El haz de la linterna, desde abajo, le esculpía sombras en el rostro que la hacían parecer mayor, más cansada.

—Tienes razón —dijo—. No tenemos nada. Excepto la certeza de que están envenenando el agua.

—La certeza no es una prueba.

—No. Pero es un comienzo.

Amara suspiró. Se pasó una mano por la frente. El sudor brillaba en su piel.

—No sé si puedo hacer esto —dijo.

—Puedes quedarte.

—¿Y si me quedo? ¿Qué hago? ¿Sigo en la caravana fingiendo que no sé nada? ¿Voy al pozo oeste y simulo que todo es normal?

—Eso sería lo más sensato.

—Lo sensato no es lo correcto.

Hendaya no respondió. Dejó que sus propias palabras quedaran suspendidas en el aire. Había dicho lo mismo hacía apenas unos minutos. No había término medio.

Amara se dejó caer sobre la estera del suelo. No fue una sentada. Fue un derrumbe. Como si el peso de la decisión le hubiera doblado

las piernas.

—Estoy dentro —dijo en voz baja—. Alguien tiene que sobrevivir para contarlo.

—No pienso morir.

—No siempre se elige.

Hubo un silencio. Afuera, el viento había bajado de intensidad, pero su silbido persistía, constante, como un telón de fondo que nunca se callaba del todo.

—¿Qué sabes de ese sendero? —preguntó Amara.

—Nadifa dice que llega hasta la zona de prospecciones. Que sortea el control militar.

—¿Y el agua?

—Pozos antiguos. Ella los conoce.

—Confías en ella.

—Más que en Montero.

Amara sonrió. Una sonrisa amarga, sin alegría.

—Eso no es difícil.

—No —admitió él—. No lo es.

Se quedaron en silencio, cada uno sumergido en sus propios pensamientos. Hendaya apagó la linterna para ahorrar batería. La oscuridad fue absoluta.

—Saúl —dijo la voz de Amara en la negrura—. ¿Qué haremos cuando lleguemos allí?

—Descubrir la verdad.

—¿Y después?

—Después... veremos.

—No es un plan.

—Es lo único que tenemos.

Oyó el roce de la tela contra la piel. Amara se tumbó sobre la estera. La respiración de ella se fue haciendo más lenta, más regular. No dormía. Nadie dormía. Solo esperaban.

Hendaya cerró los ojos. El dolor en las cervicales seguía ahí. Las rozaduras en las muñecas ardían. El latido en la cabeza marcaba el tiempo.

Calculó las horas que quedaban hasta el amanecer. Tres, quizá cuatro.

El motín empezaba al alba.

—Saúl —dijo Amara desde la oscuridad.

—¿Qué?

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por no dejarme ser cómplice.

No supo qué responder. Se quedó callado, mirando la oscuridad, sintiendo el peso de la arena que Nadifa le había dado. Un puñado de tierra en el bolsillo. El juramento de un pueblo.

Si tú rompes, mi tierra te mata.

No pensaba romperlo.

Afuera, seguía silbando. En algún lugar del sur, donde el mapa mentía, lo esperaba la verdad o la muerte.

No había término medio.

CAPÍTULO 9: EL DESVÍO DE MEDIANOCHE

La lona cedió sin resistencia. El corte era limpio, recto, de bisturí. Hendaya pasó la mano por el borde. Fibra deshilachada. Salió.

El viento golpeó su rostro. Seco. Cargado de sal. Esperó a que los ojos se ajustaran a la oscuridad. El campamento dormía. Las tiendas eran bultos negros contra un fondo aún más negro. No había luna. Solo la costra de sal del suelo, que brillaba lo justo para adivinar siluetas.

Amara salió detrás de él. La sintió por el roce de la tela, por la respiración contenida. No se volvió.

Nadifa ya estaba fuera. No la oyó salir. Simplemente estaba allí. Una silueta más baja, más pegada al suelo. Señaló hacia el este.

El Land Rover de reserva descansaba bajo una lona a cincuenta metros. Entre ellos y el vehículo, seis tiendas. Seis posibilidades de que alguien se despertara.

Hendaya calculó la distancia. Treinta segundos de marcha silenciosa. El viento jugaba de su lado: arrastraba los sonidos hacia el oeste, donde dormían los soldados.

—Vamos —dijo.

El primer paso fue el más difícil. Hendaya sintió la grava bajo la suela, el roce mínimo de las piedrecillas contra el cuero. Se detuvo.

Contuvo la respiración. Esperó.

Nadie gritó.

Nadifa se movió. Elegía el suelo con la memoria de quien ha cruzado el Danakil a pie y sabe dónde cruje la sal y dónde enmudece. Hendaya la seguía, pisando donde ella pisaba. Amara cerraba el grupo. El paso más torpe, menos hecho al sigilo.

A medio camino, Amara tropezó. Hendaya lo sintió más que oírlo: un desplazamiento de aire, un jadeo cortado. Giró, extendió la mano y encontró su brazo. La sostuvo los segundos justos para que recuperara el equilibrio. En la oscuridad no vio su rostro, pero notó que las uñas se le clavaban en el antebrazo.

—Cuidado —susurró.

Ella asintió. Reanudaron la marcha.

En dos ocasiones la grava crujió bajo las botas, y los tres se congelaron, esperando que una tienda se encendiera, que una voz preguntara.

Nadie preguntó.

Llegaron al Land Rover. Nadifa ya había retirado la lona. Hendaya se arrodilló y palpó el capó. El metal estaba frío, pero la batería seguía desconectada. Metió la mano bajo el chasis, buscó el borne, y entonces la luz lo cegó.

—Quieto.

La voz de Desta llegó desde la izquierda. Hendaya no se movió. Tenía la mano aún bajo el capó, los dedos rozando el borne.

—Levanta la mano lentamente. Si veo algo que parezca un arma, disparo.

Hendaya obedeció. Sacó la mano vacía, los dedos abiertos. El haz de la linterna lo mantenía clavado en el círculo de luz. Desta avanzó. Ahora lo veía: la pistola en la mano derecha, la linterna en la

izquierda. Brazos extendidos, la postura de quien sabe disparar. Detrás, dos sombras más. Fusiles en posición de descanso.

—Sabía que era un traidor, ingeniero.

Amara dio un paso al frente.

—Baje el arma, capitán.

—Usted no me da órdenes, doctora.

—No es traición. Es supervivencia.

Desta rió. Un sonido seco, sin alegría.

—¿Supervivencia? Usted está huyendo. Eso es deserción. Y en mi país, la deserción en campaña se paga con la vida.

—No estamos en campaña —dijo Hendaya.

—Estamos en guerra. La guerra del agua. La guerra del progreso. Usted no lo entiende, ingeniero. Esto es más grande que su conciencia.

—Tal vez. Pero el agua envenenada no es progreso.

La luz de la linterna se movió. Desta apuntó a los ojos de Hendaya. No parpadeó.

—Usted va a morir aquí, en medio de la nada, y nadie va a preguntar por qué. Lo dejaré en el salar con un tiro en la cabeza y diré que se perdió.

—Tal vez. Pero antes de morir, voy a decir algo.

—¿Qué?

—Que su mujer no sabrá que usted mató a un hombre por defender el agua de su pueblo.

El golpe fue bajo, directo al estómago. Desta respiró hondo, una sola vez. No se movió, pero algo se le aflojó en la mirada. Una rendija.

—Repítalo —dijo.

—Usted ha oído.

Por un instante, el silencio se espesó. Más que el viento, más que la sal. Uno de los soldados cambió el peso de las piernas. Incómodo. Desta no se movió, pero el gesto se le quebró en la cara. La linterna tembló.

—¿Qué está pasando aquí?

Montero apareció de detrás de una tienda. Venía mal vestido: camisa arrugada, pies descalzos dentro de las botas, la carpetilla azul apretada contra el pecho como un escudo.

—Este hombre es un traidor —dijo Desta sin apartar la mirada.

—Este hombre es mi ingeniero —dijo Montero—. Y nadie va a dispararle a nadie.

—Usted no manda aquí, Montero.

—Mando en el dinero que financia esta misión. Y le aseguro que si mata a Hendaya, el dinero se acaba. ¿Entiende?

Desta no respondió. El cañón de la pistola seguía apuntando.

—Baje el arma, capitán —dijo Montero con más calma—. Hablemos.

Desta dudó. Uno de los soldados murmuró algo en amárico. Desta giró la cabeza solo un grado para mirar a Montero. Lo estudió un segundo. Las palabras de su subordinado habían sido un recordatorio: Montero era el dinero. Y el dinero, en el Danakil, pesaba más que los galones.

Finalmente, bajó la pistola.

—Dos minutos —dijo—. Luego tomo una decisión.

Se apartaron. Montero y Desta caminaron unos pasos, fuera del círculo de luz. Hendaya no oyó lo que hablaron. Vio los gestos: Montero hablaba rápido, moviendo las manos, la carpeta azul

apretada bajo el brazo. Desta escuchaba rígido, la pistola aún en la mano, el cañón apuntando al suelo pero listo para levantarse.

Amara se acercó a Hendaya. Su voz era un hilo.

—¿Qué crees que están diciendo?

—No lo sé.

—¿Confías en él?

Hendaya no respondió. No podía decirle la verdad. Al menos no toda. Mentirle a Amara era más fácil que admitir que el mapa que tenía en la cabeza se estaba borrando con el cansancio, que el Danakil le ganaba terreno a la memoria. No confiaba en nadie. Ni siquiera en su propio instinto, que le decía que Montero iba a venderlos, pero también que no tenía otra salida.

Pero había algo más. Mientras miraba a Montero gesticular en la penumbra, recordó otra noche, otra negociación. Kandahar, 2006. Montero hablando con los ancianos de la aldea mientras las balas silbaban al otro lado del muro. La misma postura, el mismo movimiento de manos. Entonces había funcionado. Los ancianos los dejaron pasar. Salvaron a tres niños.

—No sé si confío en él —dijo al fin—. Pero sé que sabe negociar.

—¿Y si nos vende?

—Si nos vendiera, ya estaríamos muertos.

Amara no respondió. Hendaya sintió su mirada en la nuca, pero no se volvió. Observó a los dos hombres. Montero había dejado de hablar. Desta asentía lentamente, como quien acepta una verdad incómoda.

Hendaya se llevó la mano al bolsillo. Tocó el saquito de arena que Nadifa le había dado. La tierra prometida. El juramento sellado con polvo de sal. El peso de aquella arena en el bolsillo le recordaba lo

que estaba en juego. No solo su vida. La de Amara, la de Nadifa, la de todos los que beberían de aquella agua si lograban protegerla.

—Hendaya.

La voz de Montero lo sacó de sus pensamientos. Montero volvía. Se acercó, habló en voz baja, casi sin mover los labios:

—Desta acepta dejarlos ir. Pero quiere que sepan que los perseguirá si no vuelven.

—¿A qué precio?

—No preguntes.

—Pregunto.

Montero lo miró. Tenía los ojos enrojecidos, la piel grasienta por el calor. Parecía más viejo que en el taller de Canarias.

—Le he dicho que si encuentran agua, la misión seguirá siendo rentable. Que eres más útil vivo que muerto. Y que si no vuelves, yo mismo responderé ante sus superiores.

—¿Y lo harás?

—No lo sé.

—Mientes.

Montero no negó. En lugar de eso, se inclinó un poco más.

—Sé que desconfías de mí. Y tienes razón. He hecho cosas de las que no me siento orgulloso. Pero nuestro interés está alineado, Saúl. Si encuentras el agua de verdad, podremos negociar desde una posición de fuerza. Agua limpia. No lixiviación. Eso vale más que todo el litio del Danakil.

—¿Y el litio?

—El litio es el presente. El agua es el futuro. Si hay agua, podemos renegociar. Si no la hay, no hay nada que negociar.

Hendaya lo miró. Quería creerle. No podía. Pero necesitaba salir de allí.

—¿Qué sabes del sendero de Nadifa? —preguntó.

—Sé que existe. No sé dónde está. Ella no me lo diría. Y tampoco te lo diría a ti si no confiara en ti.

—¿Por qué confía en mí y no en ti?

—Porque tú no llevas una carpeta azul.

Montero sonrió. Una mueca triste que no llegó a los ojos.

—Si encuentras lo que buscas, me buscas. Sabes dónde estaremos. Y si no encuentras nada... entonces será mejor que no vuelvas.

—¿Y Desta?

—Desta hará lo que tenga que hacer. Yo haré lo que pueda. No es mucho, pero es lo que hay.

Hendaya lo miró. Quería encontrar el engaño en sus palabras, la doble intención. Pero solo vio cansancio. Un hombre agotado de mentir, o quizá de intentar dejar de hacerlo.

—Cuida tus espaldas, Javier —dijo Hendaya.

—Las cuido. Tú cuida las tuyas.

La conversación había terminado. Desta volvió. Guardó la pistola en la funda, pero su mirada seguía siendo la de un cazador.

—Váyanse —dijo—. Pero no crucen la línea del campamento. Tengo soldados en el perímetro. Si intentan llevarse un vehículo, los detendrán.

—Iremos a pie —dijo Nadifa. Era la primera vez que hablaba desde que llegó Desta. Su voz sonó como un crujido de sal.

—A pie no llegarán lejos.

—Llegaremos.

Desta la miró. Luego miró a Hendaya.

—Al amanecer, saldré a buscarlos. Si los encuentro, los mataré. No habrá advertencia. No habrá negociación. ¿Entendido?

Hendaya asintió.

—Entendido.

Montero dio un paso atrás. Su rostro era una máscara. No se despidió.

—Váyanse —dijo Desta—. Ahora.

Hendaya se giró. Amara lo siguió. Nadifa ya estaba en marcha, cinco pasos adelante, orientada hacia el sur como una brújula humana.

Caminaron. El campamento quedó atrás. El suelo cambió bajo sus pies. De la grava compacta pasaron a la costra de sal, que crujía como hielo quebradizo. Hendaya ajustó el paso para evitar el sonido, pero era imposible. El Danakil no permitía el silencio absoluto. Aceptaba solo el propio.

Nadifa llevaba la delantera, siempre cinco pasos adelante. No miraba atrás. No dudaba. Caminaba con la seguridad de quien sabe que el desierto no miente, que si uno se equivoca de dirección, el desierto lo borra.

Amara respiraba con dificultad. El miedo y el esfuerzo le robaban el aire. Hendaya redujo la marcha para que ella pudiera seguirlo.

—Aguanta —dijo.

Ella asintió. No tuvo fuerzas para responder.

Las luces del campamento se fueron empequeñeciendo. Una ráfaga borró las huellas de sus pies. La sal crujía bajo las suelas, un sonido que el viento se llevaba antes de alcanzar oído alguno.

Hendaya no miró atrás hasta que estuvieron a cien metros.

Entonces lo hizo.

Vio a Desta y Montero junto al Land Rover. Dos siluetas inmóviles en el círculo de luz de los faros. Desta tenía la radio en la mano. Montero seguía con la carpetilla azul, el brazo caído a lo largo del cuerpo, la postura de un hombre que ha perdido algo. No se miraban. Desta se inclinó hacia Montero y dijo algo. El aire se llevó las palabras, pero Hendaya no necesitó oírlas para saber su contenido.

«Los alcanzaré al amanecer. Y entonces los mataré.»

Montero no respondió. Se limitó a mirar hacia la oscuridad, hacia donde los tres fugitivos se desvanecían. Y por un instante, Hendaya creyó ver que asentía.

O quizá fue el viento.

—No mires atrás —dijo Nadifa sin volverse.

Hendaya obedeció.

Siguió caminando. El Danakil se abría ante ellos: negro, infinito, de sal y promesas rotas. A sus espaldas el campamento dormía. Pero la cacería había comenzado.

—Saúl —dijo Amara a su lado—. ¿Hacia dónde vamos?

—Pregúntale a ella.

Nadifa no se volvió. Solo levantó la mano y señaló el sur. Un punto en la oscuridad. Un sendero que solo ella conocía.

El viento arreció, levantando una cortina de sal que borró el campamento tras ellos. Hendaya entrecerró los ojos y caminó hacia donde ella indicaba. No sabía lo que encontrarían. Un pozo con agua. Una trampa. Un páramo vacío.

Pero no había vuelta atrás.

Apretó el paso. El dolor en las cervicales latía con cada zancada, pero ya no le importaba. Llevaba el mapa en la cabeza. La arena de Nadifa, en el bolsillo. La verdad, esperándolos al final de la noche.

No había término medio.

Ahora lo sabía.

Y lo aceptaba.

Al llegar al jeep, Desta guardó la radio. Montero se quedó solo. La carpetilla azul contra el pecho, la mirada fija en la oscuridad donde Hendaya se había desvanecido.

—Buena suerte, Saúl —dijo en voz baja.

Nadie lo oyó.

El viento se llevó también sus palabras.

CAPÍTULO 10: A TRAVÉS DE LA SAL

La luz llegó sin aviso.

No hubo amanecer gradual. No hubo rosa naranja extendiéndose desde el horizonte. Un fogonazo, y el sol ya estaba ahí, entero, encima de ellos. El borde del salar se encendió como una lámina de metal al rojo.

Hendaya parpadeó. Los ojos no tenían lágrimas para humedecerse. El párpado raspó contra la córnea como papel de lija. Caminó.

Delante, Nadifa mantenía el paso. Siempre cinco metros por delante. La falda larga rozaba la superficie de sal con un susurro continuo. No miraba atrás. En su casa no se mira atrás.

A sus espaldas, Amara respiraba con la boca abierta. Un jadeo rítmico, demasiado rápido. Hendaya reconoció el patrón: hiperventilación inducida por calor. Iba a tener que decirle que controlara la frecuencia, que el aire caliente quemaba los alvéolos si entraba a esa velocidad. Pero aún no. Aún podía caminar.

La llanura se extendía sin referencias. El blanco de la sal, el azul del cielo, el disco blanco del sol. No había sombras. No había variaciones. Solo un plano infinito que devoraba la distancia.

Calculó que llevaban dos horas desde que abandonaron el lecho seco del río. Dos horas en línea recta hacia el sur, siguiendo un

rumbo que Nadifa llevaba grabado en algún pliegue del cerebro.

—Nadifa —llamó.

Ella se detuvo. Inclinó la cabeza.

—¿Cuánto falta para el pozo?

Nadifa señaló el horizonte con la barbilla. El gesto era vago. Hendaya entendió que no estaba segura. Llevaban años sin lluvias en la zona. Los pozos ancestrales se secaban uno tras otro. Pero ella seguía caminando.

—Media jornada —dijo—. Si existe.

—¿Y si no existe?

Se volvió. Los ojos pequeños y marrones lo miraron sin parpadear.

—Entonces morimos.

Dio media vuelta y reanudó la marcha.

Hendaya la siguió.

El sol trepaba rápido. El calor no golpeaba: presionaba. Una presión constante, desde todas direcciones, como si el aire se hubiera vuelto sólido y pesara sobre los hombros. No había viento. El silencio era tan denso que Hendaya oía su propia sangre circulando en los oídos.

Caminaba pisando exactamente donde había pisado Nadifa. Las huellas de sus sandalias artesanales marcaban la capa de sal: dos surcos paralelos, separados por medio metro. Aprendió a seguirlas. Pero a veces ella torcía, evitaba zonas donde el tono de la sal cambiaba: de blanco puro a un gris azulado.

En una de esas desviaciones, Hendaya se acercó a la zona gris. Vio la grieta.

Una fisura en la corteza blanca, tan fina que apenas se veía. Probó con el pie. La sal cedió, y un puñado de cristales cayó en el vacío. No oyó el impacto.

Nadifa se detuvo. Señaló la grieta.

—No pisar gris —dijo—. Gris es vacío.

Hendaya asintió. Grabó la lección. El blanco puro era seguro. El blanco mate era blando pero transitable. El gris azulado era muerte. El amarillo —manchas de azufre— indicaba costra fina, casi transparente, y debajo solo ácido.

Nadifa no explicaba nada. Caminaba, y él aprendía observándola.

Amara resbaló a media mañana.

Fue un instante. La suela de la bota encontró un punto de sal suelta, la rodilla izquierda se dobló, y cayó hacia adelante con las manos abiertas. La costra blanca no cede como la tierra. Corta.

Hendaya se giró al oír el golpe sordo. Amara estaba de rodillas, las palmas apoyadas en la sal, la respiración entrecortada. Un hilo rojo bajaba por su espinilla izquierda, mezclándose con el polvo blanco que se pegaba a la herida.

—No es profundo —dijo ella.

—Siéntate.

Ella obedeció. Hendaya se arrodilló. Examinó el corte: limpio, justo debajo de la rótula, un tajo de tres centímetros. La sal había esterilizado la herida al sellarla, pero también la había contaminado. En aquel clima, cualquier infección se propagaba en horas.

Antes de que pudiera pedir el botiquín, Nadifa ya estaba allí. Arrodillada al otro lado, un trapo en las manos. Vertió un poco de agua sobre la herida para arrastrar la sal. Luego arrancó una tira de

su propia falda, la dobló en compresa, y la ató alrededor de la rodilla con un nudo limpio.

Sin una palabra.

Amara la miró. Quería dar las gracias. No encontró el modo. Asintió.

Nadifa asintió también. Se puso en pie, se limpió las manos en la falda, y volvió a su puesto, cinco metros adelante.

Hendaya ayudó a Amara a levantarse. Ella probó la rodilla.

—Duele. Pero puedo caminar.

—¿Seguro?

—Seguro.

Siguieron.

A media mañana se detuvieron en una zona donde la sal era más gruesa, casi blanca. Hendaya sacó la cantimplora. Quedaba menos de la mitad. Calculó: un litro, quizá litro y medio para tres personas. En aquel calor, con el esfuerzo de caminar, el cuerpo necesitaba cuatro litros al día para mantener los riñones funcionando. Con medio litro por persona, tenían seis horas antes de que la orina se volviera negra. Ocho como máximo antes del golpe de calor.

Ofreció la cantimplora a Amara. Ella bebió un sorbo, enjuagó la boca, tragó. Devolvió la cantimplora.

—Bebe más —dijo él.

—No. Guárdala para ella.

Señaló a Nadifa, que seguía de pie, mirando el horizonte.

Hendaya se acercó.

—Agua.

Nadifa tomó la cantimplora. Bebió un trago corto, apenas humedeció los labios. Devolvió.

—Pozo cerca —dijo—. Dos horas.

—¿Estás segura?

Señaló el horizonte. Hendaya miró. Vio la mancha: una sombra minúscula, negra, en la llanura sin límites.

—Allí. No he estado desde niña. Pero lo recuerdo.

Hendaya aguzó la vista. Parecía una roca, una elevación del terreno. Pero si ella decía que era el pozo, era el pozo.

Siguieron caminando.

El sol subió hasta el cenit. La radiación caía vertical. Hendaya sintió la piel de la nuca arder. Las cervicales le dolían, un latido sordo que subía desde la base del cráneo. El golpe de días atrás seguía allí, un recordatorio constante de que el cuerpo tenía límites.

Amara cojeaba. No se quejaba. Hendaya la observaba de reojo, midiendo su resistencia. Era más fuerte de lo que parecía. Pero el desierto no discriminaba. Mataba a todos por igual.

Calculó de nuevo el agua. La cantimplora pesaba menos. Mucho menos.

La mancha negra creció hasta convertirse en una roca basáltica, enorme, plantada en medio del salar como un monolito. A su alrededor, el suelo estaba hundido, formando un cráter de diez metros de diámetro.

El pozo.

Hendaya se acercó. Vio las piedras apiladas en círculo, negras, cubiertas de liquen seco. Un pozo antiguo. Lo habían construido generaciones de afar, sellado con losas para evitar la evaporación.

Nadifa se arrodilló. Apartó las piedras superficiales. Debajo, una losa plana, incrustada en la sal.

—Ayúdame.

Hendaya se arrodilló al otro lado. Metió los dedos bajo el borde y tiró. La losa no se movió. Probó de nuevo, usando las piernas para hacer palanca. La piedra cedió unos centímetros, y un olor ascendió desde el hueco.

Olor a polvo. A tierra seca. A nada.

Empujaron juntos. La losa se desplazó, dejando al descubierto un agujero negro de medio metro de ancho. Hendaya se asomó. No vio el reflejo del agua. Solo sombra, polvo, el olor de la tierra muerta.

Estaba seco.

Metió el brazo hasta el hombro y sus dedos tocaron el fondo sólido, agrietado, sin rastro de humedad. Pasó la mano por la superficie y sintió las grietas abiertas, la tierra endurecida, la ausencia total de agua.

—Seco —dijo.

Nadifa no respondió. Se quedó inmóvil, mirando el agujero como si pudiera llenarlo con la fuerza de su voluntad. Hendaya vio sus manos apretadas contra los muslos y supo que ella también había esperado, que una parte de ella había confiado en que el pozo recordara el agua de cuando era niña.

—A veces hay humedad —dijo al fin—. Debajo. Si excavas.

Hendaya no esperó. Se tiró al suelo, hundió los brazos en el agujero, empezó a cavar. La tierra seca se deshacía entre sus dedos, resbalaba por sus muñecas, se acumulaba bajo las uñas. Las marcas de las esposas le ardían al rozar contra la arena, pero no sintió el dolor. Solo la urgencia, el latido en la cabeza, el pensamiento único de encontrar agua antes de que el cuerpo dijera basta.

Cavó más hondo.

Diez centímetros. Quince. Veinte.

Amara se arrodilló a su lado y metió las manos en el agujero. Cavaron en silencio, los dedos rozándose en la oscuridad del pozo, la tierra volando hacia los lados. Ella encontró la misma sequedad que él, pero siguió cavando.

Veinticinco centímetros.

Entonces Hendaya lo sintió.

La textura cambió. De polvo suelto a tierra compacta, de tierra compacta a barro. Húmedo. Sus dedos tocaron la humedad, se hundieron en ella. Extrajo un puñado de tierra oscura, casi negra, y la apretó contra la palma. Un hilo de agua sucia le corrió entre los dedos, coloreando la sal que cubría su brazo.

—Hay —dijo con la voz rota.

Se inclinó sobre el agujero, apoyó los labios en la tierra húmeda y chupó. El sabor era a minerales, a raíces podridas, a algo que no era exactamente agua pero que mojaba la lengua, que humedecía el paladar, que descendía por la garganta como un milagro. Sintió el frescor extenderse por el pecho, despertar el cuerpo, recordarle que seguía vivo.

Levantó la cabeza. Tenía la cara embarrada, los labios manchados de tierra oscura, la respiración agitada.

—No es suficiente para beber —dijo—. Pero podemos mojarnos el cuello y las muñecas.

Extrajo más barro y lo frotó en su nuca. El frescor fue como una descarga, un latigazo que recorrió sus cervicales doloridas, que alivió por un instante el latido constante del golpe. Luego pasó el barro a Amara, que lo imitó en silencio, aplicándolo en las sienes, en las muñecas, en la herida de la rodilla. El barro oscuro contrastaba con

su piel, y por un momento pareció que la frescura la devolvía a la vida.

Nadifa no aceptó. Se quedó al borde del pozo, mirando el horizonte norte.

Hendaya se sentó en la losa desplazada. Miró sus manos: las uñas rotas, la tierra incrustada en las grietas de la piel, las marcas violáceas de las esposas, la sangre seca de las rozaduras. El sol caía vertical. El agua no era suficiente. No había pozo al que ir. El siguiente, si existía, estaba a un día de camino, y no tenían agua para llegar.

Pensó en detenerse. Dejarse caer. Descansar. Cerrar los ojos y no abrirlos más.

Pero entonces habló. Las palabras salieron solas, en un susurro que Amara alcanzó a escuchar:

—No sé si llegaré al pozo que viene. Pero sé que si dejo de caminar, muero. Y no he hecho lo suficiente para merecer la muerte.

Amara lo miró. Tenía los ojos enrojecidos, los labios agrietados, la expresión de quien ha llegado al límite.

—¿Merecer la muerte? —preguntó—. ¿Quién decide eso?

Hendaya no respondió. Miró sus manos embarradas, la tierra bajo las uñas, la sal incrustada en cada pliegue de la piel.

—Uno mismo —dijo al fin—. Uno decide si ha hecho lo suficiente.

Ella no replicó. Algo en su silencio dijo que entendía.

Nadifa seguía inmóvil, los ojos fijos en el horizonte norte. Llevaba así varios minutos, sin pestañear, sin moverse. Cuando habló, su voz fue plana:

—Polvo.

Hendaya giró la cabeza.

La columna de polvo estaba allí. Recta, regular, compacta. Un vehículo avanzando a velocidad constante, levantando una cortina blanca que se retorcía en el aire. La distancia era escasa: un kilómetro, quizá menos. Demasiado cerca para correr. Demasiado cerca para esconderse.

El salar era una superficie lisa, sin accidentes, sin cobertura. No había adónde ir.

Nadifa calculó distancias, tiempo, opciones. Negó con la cabeza.

—Ya nos vieron.

Hendaya sabía que tenía razón. Desta había seguido el rastro, había encontrado las huellas en la sal, había calculado la dirección exacta. La columna de polvo avanzaba recta hacia ellos, sin desviaciones, sin dudas.

—¿Corremos? —preguntó Amara. Su voz no tenía esperanza.

—No.

No podían. Amara apenas se sostenía sobre la rodilla vendada, la sangre seca formando una costra marrón bajo el trapo. Él mismo sentía las piernas de plomo, los pulmones secos, el corazón golpeando contra las costillas como un animal enjaulado. La deshidratación empezaba a nublarle la visión: los bordes del horizonte se volvían borrosos, la luz blanca del salar se fragmentaba en destellos.

No podían correr. No podían luchar. No podían negociar.

El rugido del motor crecía, rebotando en la superficie plana del salar. Pronto pudieron verlo: un punto oscuro bajo la cortina de polvo blanco, avanzando a toda velocidad. El Land Rover de Desta. El mismo que Hendaya había visto cien veces en los últimos días. Reconoció el tono del motor, la frecuencia de la transmisión, el chirrido de los frenos al tomar las curvas imaginarias del salar.

Hendaya se colocó delante de las mujeres. No tenía armas. No tenía fuerzas. Tenía el cuerpo lleno de tierra y sal, las uñas rotas, la boca seca, la cabeza golpeada. Pero se puso delante.

El jeep frenó a cincuenta metros. Derrapó sobre la sal, dejando dos surcos negros sobre la capa blanca. El motor se apagó. El polvo comenzó a asentarse lentamente, cubriéndolo todo con una capa fina de blanco que se posaba en los hombros, en el pelo, en los labios.

Silencio.

La puerta se abrió.

Desta bajó con lentitud, con la parsimonia de un hombre que sabe que ha ganado. Se ajustó las gafas oscuras, estiró el uniforme, se alisó los pliegues de la camisa. No llevaba la pistola en la mano. No la necesitaba.

Caminó hacia ellos. Las botas crujían sobre la sal. Cada paso era lento, medido, elástico. La cadencia de un cazador que sabe que la presa no tiene escapatoria.

Hendaya lo vio acercarse y sintió el peso de cada paso en el pecho. Calculó distancias. Cinco metros, cuatro, tres. No podía hacer nada. No quedaba nada.

—Amara —dijo sin volverse—. Siéntate.

Oyó el cuerpo de ella desplomarse sobre la sal. No por rendición. Porque ya no podía más. Porque las piernas se negaban a sostenerla. Porque la rodilla herida, el calor, la deshidratación y el miedo habían agotado hasta la última reserva de su cuerpo.

Nadifa seguía de pie. Inmóvil. Mirando a Desta con los años de odio acumulado en los ojos, con la dignidad de quien sabe que ha hecho lo correcto.

Desta se detuvo a tres metros. Se sacó las gafas oscuras. Sus ojos negros, sin expresión, recorrieron el grupo. Primero a Nadifa, recta,

desafiante, la mujer que había guiado a los fugitivos. Luego a Amara, sentada en la sal, la rodilla vendada, el rostro hundido entre las manos. Luego a Hendaya, con la ropa sucia de tierra y sal, las manos embarradas, la mirada fija.

Los miró uno por uno, sin prisa, como si quisiera grabar el momento.

—Hasta aquí —dijo.

Solo eso. Dos palabras. Sin amenaza. Sin furia. Sin sarcasmo. Una constatación. Un punto final.

El silencio se alargó. El sol seguía cayendo. La sal seguía blanca. El agua seguía lejos.

Hendaya no respondió. Se quedó mirando a Desta, los ojos grises fijos en los negros, sin parpadear. No había rendición en su mirada. Tampoco desafío. Solo la aceptación de un hombre que ha llegado al final de un camino y descubre que el camino se acaba aquí.

Desta no apartó la mirada.

El viento levantó un remolino de sal entre ellos, pequeño, efímero, que los cubrió de polvo blanco y desapareció.

Nadie se movió.

CAPÍTULO 11: LA TRAMPA DEL ESPEJISMO

Habían pasado tres horas desde que Desta los encontró al atardecer. El sol caía hacia el oeste, lamiendo el salar con una luz densa, dorada. Desta seguía allí, a tres metros del borde del pozo seco. Sin mover un músculo.

Hendaya lo sabía: no había apartado los ojos de él.

El capitán etíope permanecía inmóvil, la pistola en el cinturón, los brazos cruzados, las gafas oscuras ocultándole los ojos. El viento cálido movía su camisa con pereza. Detrás, a cincuenta metros, el jeep militar esperaba con el motor apagado. Nadie había salido. Nadie había hecho nada.

Era una espera calculada.

Hendaya apoyó las manos en el borde del pozo. Los dedos le temblaban. No podía controlarlo. La deshidratación avanzaba, lenta, precisa, royéndole los músculos desde dentro. Había dejado de sudar hacía una hora. La piel le ardía, seca, tirante. Sabía lo que significaba.

—Se está haciendo de noche —dijo Amara a su lado.

Estaba sentada en la sal, con las piernas estiradas, la espalda apoyada contra la losa de piedra que habían desplazado. Tenía los ojos cerrados. Respiraba superficial, rápido.

—No se va a ir —respondió Hendaya.

—Lo sé.

Nadifa seguía de pie, al otro lado del pozo. No había dicho una palabra desde que Desta apareció. Miraba al capitán con una fijeza que no necesitaba palabras. El pañuelo le cubría la cabeza, pero una mecha de cabello negro le caía sobre la frente. Las manos colgaban a los costados, abiertas, listas.

Hendaya conocía esa postura. Era la de alguien que ha aceptado lo que viene.

El sol siguió cayendo. Las sombras se alargaron. El salar pasó del blanco cegador al naranja, al rojo, al violeta.

Y entonces Desta se movió.

No fue un gesto brusco. Giró la cabeza hacia el horizonte, hacia el norte, y se quedó quieto unos segundos. Hendaya siguió su mirada. Al principio no vio nada. Solo las ondas de calor distorsionando el paisaje, el aire líquido sobre la sal.

Pero luego escuchó el motor.

No era el mismo sonido que el del jeep de Desta. Era más grave, más pesado. Un motor diésel, de cilindrada grande. Hendaya conocía ese ruido.

—Land Rover —dijo en voz baja.

Amara abrió los ojos. —¿Otro?

—El de Montero.

El vehículo apareció en la cresta de una duna de sal, a unos doscientos metros. Avanzaba despacio, sin prisa, como si ya supiera lo que iba a encontrar. La luz del atardecer se reflejaba en el parabrisas, cegadora.

Desta no se volvió para mirarlo. Mantenía los ojos fijos en Hendaya.

—Sabía que vendría —dijo. Su voz era plana, sin emoción. —Es débil. No soporta la incertidumbre.

Hendaya no respondió. Observó el Land Rover acercarse, detenerse a veinte metros del jeep militar. El motor se apagó. La portezuela se abrió.

Montero tardó unos segundos en salir. Primero aparecieron las gafas de sol, luego la camisa blanca, manchada de sudor en las axilas. Llevaba la carpeta azul bajo el brazo, apretada contra el pecho como un escudo.

Caminó hacia ellos con pasos cortos, inseguros. La sal crujía bajo sus zapatos.

—Capitán —dijo al llegar junto a Desta. Asintió, incómodo.

Desta no le devolvió el saludo. Señaló a Hendaya con un movimiento de barbilla.

—Llevo tres horas esperando su decisión. Han tenido tiempo de pensar.

Montero se ajustó las gafas. Miró a Hendaya, a Amara, a Nadifa. Su mandíbula se tensó.

—No vamos a matarlos, Saúl.

—Eso ya lo decidí yo —dijo Desta. —Usted no ha llegado hasta ahora.

—He tardado en convencer a los soldados. No todos están de acuerdo con esto.

—¿Con qué? —preguntó Hendaya. Su voz sonó rasgada, seca.

Montero dio un paso al frente. Abrió la carpeta. Dentro había un documento de varias páginas, con sellos y logotipos. Lo sostuvo para que Hendaya pudiera verlo, aunque la distancia era demasiado grande para leerlo.

—Es un contrato de cesión de derechos —dijo Montero. —Reconoces el hallazgo del acuífero en nombre de Aquifer Global. Firmas que has trabajado para ellos como consultor externo durante los últimos seis meses. A cambio, garantizo que tú, Amara y Nadifa saldréis de aquí sin daño. Transporte hasta Adís Abeba. Pasaportes nuevos si hace falta. Una cuenta con suficiente dinero para desaparecer.

Hendaya lo miró. La luz del ocaso teñía el documento de naranja.

—Suenas como Whitaker —dijo.

Montero palideció. —No soy él.

—Las palabras son las mismas.

—Es la única salida, Saúl. Desta tiene órdenes. Si no firmas, no puedo protegeros.

—No nos está protegiendo. Nos está comprando.

Amara se puso en pie. Tambaleó un poco, pero se mantuvo firme. Avanzó un paso hacia Montero.

—Eres un cobarde —dijo. —Sabías lo que hacían. Sabías lo del litio. Y aun así...

—Sabía lo del litio desde el principio —la interrumpió Montero. —Y también sé que el litio paga hospitales, escuelas, carreteras. El agua solo mantiene vivos a unos pocos pastores.

Nadifa dio un paso al frente. Desta la detuvo con un brazo extendido, sin tocarla.

—Quieta —dijo el capitán.

Ella lo fulminó con la mirada. —Los pastores llevamos aquí mil años. Tu empresa llevará diez. Cuando se vayan, nosotros seguiremos aquí. Sin agua.

—No soy su empresa —respondió Montero. —Solo un ingeniero que intenta salvar vidas.

—Las tuyas —dijo Nadifa. —No las nuestras.

Hendaya observó el documento. Las páginas brillaban bajo la luz mortecina. Podía ver los logotipos, los sellos, las líneas de puntos esperando su firma.

—Si firmo —dijo lentamente—, el agua será de ellos. Si no firmo, me matarán, y la tomarán igual. ¿No es así, Javier?

Montero no respondió.

—No hay victoria —continuó Hendaya. —Solo grados de derrota. La cuestión es cuánto de mí mismo estoy dispuesto a perder antes de rendirme.

—Es solo un papel —dijo Montero.

—Nunca es solo un papel.

El silencio se extendió. El viento había cesado. El salar estaba quieto, como un mar congelado.

Desta desvió la mirada hacia Montero. —Si no firma, cumplo las órdenes.

—Deme un minuto —dijo Montero.

—Tiene treinta segundos.

Montero se acercó a Hendaya. Caminó despacio, con la carpeta en la mano, como si llevara una ofrenda. Se detuvo a dos metros.

—Tómalo —dijo, extendiendo el documento. —Léelo. No hay trampas. Todo está en regla.

Hendaya no lo tocó. Miró las páginas, el logotipo de Aquifer Global en la esquina superior, el membrete, los números de registro.

—¿Cuánto te pagaron?

—No se trata de dinero —respondió Montero.

—Siempre se trata de dinero.

Montero suspiró. Se quitó las gafas. Sus ojos, enrojecidos, cansados, buscaron los de Hendaya.

—Me ofrecieron una salida. Tenía deudas. Problemas. Whitaker apareció en el momento justo. O eso creí.

—¿Y ahora?

—Ahora sé que me usó. Pero ya es tarde. Estoy dentro hasta el cuello.

—Nunca es tarde.

Montero sonrió, amargo. —Eso suena a ti. El mismo Saúl que conocí en la facultad, el que creía que siempre había una solución.

—Ya no creo en soluciones. Solo en no empeorar las cosas.

—Firmar esto no las empeora, Saúl. Las termina.

—Las empieza. Cuando firme, estaré reconociendo que tienen derecho sobre el agua. Que su explotación es legal. Que todo lo que hicieron para llegar hasta aquí está bien.

—No firmar no lo impedirá. Encontrarán el acuífero con o sin ti. Los mapas ya están hechos. Las prospecciones también.

—Entonces, ¿para qué me necesitan?

Montero guardó silencio.

—Exacto —dijo Hendaya. —Me necesitan para darle legitimidad. Un ingeniero independiente que certifique el hallazgo. Alguien con nombre y apellidos que pueda declarar ante un tribunal que todo fue legal.

—También te necesito a ti —dijo Montero en voz baja. —Porque si no firmas, Desta te matará. Y no puedo permitir que eso pase.

—¿Por qué?

—Porque eres lo único limpio que me queda.

La frase flotó en el aire. Hendaya la sostuvo, la sopesó.

—Limpio —repitió. —Tú y yo sabemos que no lo soy. Mi expediente en la Legión. El escándalo en Tenerife. Nadie está limpio, Javier.

—Tú más que yo.

Hendaya miró el documento. Los dedos le temblaban. Le costaba mantener los ojos enfocados. La deshidratación nublaba su juicio, ralentizaba sus pensamientos.

Amara se acercó. Le tocó el brazo.

—No firmes —susurró. —Si firmas, todo esto no habrá servido de nada.

—Si no firmo, moriremos —respondió Hendaya.

—Moriremos igual si firmas. Solo que habremos entregado el agua antes.

Nadifa escupió al suelo. Un gesto seco, definitivo.

—Los hombres como él —dijo, señalando a Montero— siempre encuentran una razón para traicionar. La llaman necesidad. Se llaman cobardes.

Montero la ignoró. Mantenía los ojos fijos en Hendaya.

—Treinta segundos —dijo Desta desde atrás.

Hendaya tomó el documento. Lo sostuvo entre las manos. El papel era grueso, satinado. Olía a tinta fresca.

Sacó el bolígrafo del bolsillo de Montero. Lo sostuvo sobre la línea de puntos.

Amara contuvo el aliento.

—No —dijo ella.

—Tengo que hacerlo —respondió Hendaya.

—No tienes que hacer nada.

—Si no firmo, nos matan. Si firmo, vivimos. Y vivos podemos luchar.

—Firmando te conviertes en cómplice.

—Ya soy cómplice. Lo he sido desde que acepté este trabajo.

—No es lo mismo.

—Es peor —intervino Montero. —Pero es lo único que puedo ofrecer.

Hendaya apoyó la punta del bolígrafo sobre el papel. La tinta negra formó una pequeña mancha. Una décima de segundo, y empezaría a trazar su nombre.

Pero no lo hizo.

Miró a Montero. Luego a Desta. Luego al horizonte, donde el sol se hundía lentamente, incendiando el cielo.

Después, con un movimiento lento y preciso, rasgó el documento por la mitad.

El sonido del papel rompiéndose fue seco, definitivo.

Montero abrió la boca. No salió ningún sonido.

Amara exhaló. Cerró los ojos.

Nadifa sonrió. Una sonrisa sin dientes, apenas una curva en los labios.

Hendaya dejó caer los trozos de papel al suelo.

—No —dijo. —Prefiero morir limpio.

El silencio que siguió era denso, compacto, como la costra del salar. Se podía caminar sobre él.

Desta observó los fragmentos del contrato esparcidos sobre la sal. Levantó la mirada hacia Hendaya. Durante un largo momento, no dijo nada.

—Es estúpido —dijo al fin.

—Puede ser.

—Podría haber firmado y salir vivo. Su orgullo no vale su vida.

—No es orgullo. Es... —Hendaya buscó la palabra—. Es no querer ser como ellos.

—Ya es como ellos. Todos lo somos. La diferencia es que ellos lo aceptan.

—Yo no.

Desta lo miró largamente. Después, se volvió hacia Montero.

—¿Qué hace?

Montero estaba pálido. Miraba los pedazos de papel como si hubieran sido su última esperanza.

—No lo sé —respondió.

—Decida rápido —dijo Desta. —O cumplo las órdenes.

Montero tragó saliva. Se pasó una mano por el cabello sudoroso.

—Basta, Desta —dijo. Su voz tembló un poco, pero se mantuvo firme. —Déjalos ir.

Desta lo miró. —No puede darme órdenes.

—Puedo recordarle quién paga su salario, capitán. Este proyecto no es suyo. Es de Aquifer Global. Y yo soy el representante de Aquifer Global sobre el terreno.

—Mi lealtad es con el ejército etíope.

—¿De verdad? Porque el dinero que recibe cada mes viene de Whitaker. El combustible de sus vehículos, las raciones de sus soldados, los sobornos que engrasan los puestos de control. Todo viene de la misma fuente. Sin ella, usted estaría en un cuartel polvoriento en Mekele, sin órdenes, sin presupuesto, sin futuro.

El rostro de Desta se endureció. Un músculo latió en su mandíbula.

—Eso es...

—Es la verdad —lo interrumpió Montero. —Y usted lo sabe. Por eso no ha disparado todavía. Porque sabe que las órdenes que recibió no son claras. Porque sabe que si los mata, tendrá que justificarlo. Y porque sabe que Whitaker no le respaldará si las cosas se complican.

Desta apretó los puños. Por un instante, Hendaya creyó que iba a golpear a Montero.

Pero no lo hizo.

Respiró hondo. Despacio, metió la mano en el bolsillo y sacó la radio.

—Campamento base, aquí Desta. Confirmo: fugitivos localizados. Repito: fugitivos localizados. Suspender búsqueda. Regreso en dos horas.

La radio emitió un chasquido de confirmación.

Desta guardó el aparato. Miró a Hendaya.

—Váyanse —dijo. —No los he visto.

Hendaya parpadeó. —¿Qué?

—Que se vayan antes de que cambie de opinión.

Amara se incorporó, incrédula. —¿Nos deja ir?

—No los he visto —repitió Desta. Y giró sobre sus talones, alejándose hacia el jeep.

Montero se quedó quieto un momento. Miró a Hendaya. Sus ojos decían algo que las palabras no podían expresar.

—Hay un pozo al este —dijo en voz baja. —A unos diez kilómetros. En el mapa está marcado como seco, pero los informes de los afar

dicen que aún tiene agua. No sé si es cierto, pero es lo único que tengo.

—¿Por qué haces esto? —preguntó Hendaya.

—Porque eres lo único limpio que me queda —repitió Montero. Y sin añadir nada más, siguió a Desta hacia el vehículo.

El motor del jeep arrancó. Dio la vuelta, describió un arco sobre la sal y se alejó hacia el norte. El Land Rover de Montero lo siguió.

Poco a poco, el rugido de los motores se desvaneció.

El silencio regresó. Pero esta vez era diferente. No era el silencio de la espera, de la amenaza. Era el silencio del salar al atardecer, vasto y vacío, y de repente, habitable.

Nadifa se agachó y recogió uno de los fragmentos del contrato. Lo sostuvo contra la luz del ocaso.

—Eres tonto —dijo. —Pero eres tonto de los buenos.

—Gracias —dijo Hendaya. —Creo.

Ella rompió el papel en pedazos más pequeños y los dejó caer al suelo, como semillas.

—Al este —dijo. —El pozo que dijo el hombre. Lo conozco.

—¿Tiene agua?

—Tenía agua cuando yo era niña. Puede que todavía tenga.

—Es mejor que quedarnos aquí.

Amara se puso en pie con esfuerzo. Tenía la ropa sucia, el cabello enmarañado, los labios partidos. Pero había algo en sus ojos que no estaba antes.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Hendaya.

—Viva —respondió ella. —Que no es poco.

Nadifa señaló el este con la barbilla.

—Tardaremos dos horas en llegar. Si caminamos deprisa.

—Podemos caminar —dijo Hendaya. Y aunque su cuerpo exhausto protestaba, dio un paso hacia adelante. Luego otro. Y otro.

El sol se hundió tras el horizonte. El salar se tiñó de azul profundo. Las primeras estrellas aparecieron, tímidas, sobre sus cabezas.

Caminaron en silencio, tres siluetas recortadas contra la inmensidad del desierto. Detrás quedaban los papeles rotos, el jeep que se alejaba, la amenaza de la muerte suspendida como una nube que el viento había dispersado.

Delante, solo sal, horizonte, oscuridad, y la posibilidad remota de un pozo con agua.

Para Hendaya, era suficiente.

CAPÍTULO 12: LA MANO DEL TRAIDOR

El frescor rozó su cara como un alivio líquido después de horas de infierno. Sintió la sal bajo la espalda, áspera y fría. Abrió los ojos. La cueva se extendía sobre él en capas blancas y grises, vetas que brillaban con la luz tenue que entraba desde la entrada. Estrellas de sal cristalizada colgaban del techo como estalactitas congeladas. El aire olía a humedad mineral. Cada bocanada le limpiaba la garganta del polvo del salar, y por un momento el mundo dejó de ser fuego.

Oyó pasos sobre el suelo. Amara apareció en su campo de visión, recortada contra la abertura de la cueva. Traía la cantimplora en la mano, el metal desgastado reflejando la luz mortecina.

—Bebe.

Se incorporó sobre los codos. El cuello le protestó, las cervicales agarrotadas. Tomó la cantimplora. El agua estaba tibia, casi caliente, pero su garganta la recibió como un manantial. Bebió despacio, ahorrando cada gota. Contó los sorbos. Tres. Cuatro. Demasiados. Apartó la cantimplora.

—Gracias.

Se tumbó de nuevo. Amara se sentó junto a él, apoyando la espalda contra la pared de sal. El crujido quebró el silencio un instante. Después volvió a cerrarse. Solo se oía la respiración de ambos, lenta,

recuperándose. Escuchó su propio pulso, primero fuerte, después calmándose. Contó los latidos hasta que dejaron de ser una urgencia.

—Hace frío aquí —dijo ella, sin esperar respuesta.

—No es frío. Es la sal. Absorbe el calor del día y lo suelta cuando el sol se va.

—¿Cómo sabes eso?

—Lo leí. En un libro sobre el desierto de Atacama. Allí hay cuevas iguales.

Amara rió, un sonido breve, seco.

—Eres la única persona que conozco que cita libros en una cueva de sal, acosado por militares y a punto de morir de sed.

—Es lo que hago. Leo.

—Y construyes acuíferos.

—Y los destruyen.

Ella no respondió. El silencio volvió, pero esta vez tenía un borde afilado. Sintió la mirada de ella sobre él, evaluándolo, decidiendo si preguntar lo que realmente quería saber.

Fuera, la noche había caído sobre el Danakil. La luna aún no había salido. Solo el resplandor de las estrellas, miles de ellas, dibujando constelaciones que conocía de otras noches, otros desiertos. La cueva era un refugio temporal. Un hueco en la sal que Nadifa conocía de sus travesías de juventud. Allí dentro, la temperatura era soportable. El sudor se secaba sobre la piel sin que el sol lo reemplazara al instante. Sintió la humedad evaporarse de su camisa. La rozadura del cuello le escocía.

Amara rompió el silencio.

—¿Por qué Montero te odia tanto?

La pregunta quedó flotando en el aire oscuro. No respondió. Le costaba mantener el hilo del pensamiento; las palabras de ella llegaban como ecos retardados. Sus ojos se fijaron en una veta blanca del techo, una grieta que recorría la sal como una cicatriz. Recordó la cicatriz de su mandíbula, la misma que llevaba desde Bosnia. Una noche, una pelea de bar, un cuchillo. Montero estaba allí. Lo llevó al hospital. Le pagó las curas. *«Somos hermanos»*, le dijo esa noche. *«Sangre.»* Y luego, años después, le clavó un cuchillo más grande.

—No me odia —dijo al fin—. Me usó.

—¿Para qué?

—Para salvarse.

—¿De qué?

—De sí mismo.

Su voz sonó cansada, como si hablar pesara más que caminar. Amara no insistió. Esperó. La paciencia de los médicos, pensó. Saben esperar a que el paciente hable.

Cerró los ojos. Y entonces el pasado lo tragó.

—

Mostar, 2004. El hospital de campaña olía a antiséptico y sudor rancio. El generador zumbaba sin descanso. El teniente Hendaya había llegado esa mañana con una herida de metralla en el hombro. Lo cosieron y lo enviaron a la sala de recuperación. Pero no estaba en su camastro.

Estaba en la tienda de intendencia, bajo una bombilla que zumbaba. Observaba a Montero. Javier Montero, ingeniero civil como él, su compañero de promoción, su amigo desde la academia. El mismo que había sido testigo de su boda.

Ahora Montero estaba solo. Sudaba bajo la luz amarilla. Sobre la mesa, un montón de papeles. Documentos de la empresa. Informes de gastos. Facturas. Y un sobre de Manila que no había visto antes. Montero lo abrió. Sacó unos folios. Los leyó rápidamente, moviendo los labios. Luego tomó un bolígrafo y empezó a firmar.

Pero no firmaba en los espacios correctos.

Lo vio desde la penumbra. Montero rellenaba campos, modificaba cifras, añadía conceptos que no estaban en los originales. Su letra era rápida, precisa. No dudaba. No repasaba. Cada firma caía como un martillazo. La firma de Hendaya. Su nombre completo, imitado con exactitud.

Sonó el teléfono. Montero lo cogió.

—Dígame.

Pausa. Montero escuchó, asintiendo. Su rostro se tensó.

—Sí, está todo preparado. El ingeniero Hendaya será investigado por malversación. Tengo los documentos que lo demuestran.

Otra pausa. Montero sonrió, breve, profesional.

—No se preocupe. Tengo pruebas. Facturas falsas con su firma, transferencias a cuentas offshore. Todo lo necesario para que la empresa pueda cerrar el caso sin salpicaduras.

Colgó. Guardó el sobre en la carpeta azul. La misma carpeta que había visto años después, cuando Montero le ofreció el contrato. La misma carpeta que contenía su ruina.

Retrocedió. El hombro le dolió. La sangre le latía en los oídos. Quería entrar, gritar, romperle la cara a aquel hijo de puta. Pero algo lo detuvo. Tal vez la disciplina. Tal vez el miedo. Tal vez la certeza de que si entraba, sería él quien acabaría esposado.

Montero apagó la luz y salió. Se quedó en la oscuridad, solo, escuchando el zumbido de la bombilla. Contó hasta cien. Luego

hasta doscientos. Cuando salió de la tienda, Montero había desaparecido.

Nunca le dijo nada. Nunca lo enfrentó. Se tragó la acusación, el despido, la vergüenza. Se fue a Canarias y no miró atrás.

Pero siempre supo que fue él.

—

Abrió los ojos. La cueva seguía allí. Amara lo miraba, esperando. La oscuridad se había hecho más densa. La luz de las estrellas apenas penetraba ya. Solo la respiración de ambos marcaba el tiempo.

—Lo vi —dijo—. En Mostar, 2004. Estaba falsificando documentos. Poniendo mi firma en facturas que yo nunca había visto. Creando un rastro de dinero robado que llevaba directamente a mi nombre.

La voz le salió plana, sin emoción. Como si hablara de otro.

—¿Y no hiciste nada? —preguntó Amara, en voz baja.

—No. Me quedé paralizado. Como un imbécil.

—No eres un imbécil.

—Lo fui. Debí entrar. Debí denunciarlo. Pero no tenía pruebas. Solo mis ojos. Y él ya lo había planeado todo. La empresa lo creyó a él. Necesitaba creerlo.

Se incorporó. La sal crujió bajo sus manos. Los cristales se clavaron en sus palmas, pero no sintió el dolor. Solo la presión, la necesidad de apretar algo.

—Durante años pensé que había sido un error. Una conspiración anónima. Alguien en la empresa que necesitaba un chivo expiatorio. No sabía quién. Solo sabía que mi carrera había terminado. Que nadie volvería a contratarme. Que mi nombre estaba manchado para siempre.

Amara no apartó la mirada.

—Pero siempre supe, en el fondo, que fue él. Lo supe desde aquella noche en Mostar, viéndolo sonreír al teléfono. Y ahora viene a pedirme ayuda. Como si el pasado no existiera. Como si pudiera borrar quince años de mierda con una palmada en la espalda.

—Y ahora sabes que sigue haciendo lo mismo —dijo Amara.

—Sí. Con Whitaker. Con Aquifer Global. Vendiendo agua, envenenando pozos, destruyendo pueblos. Y yo soy el único que lo sabe y que está aquí.

—No eres el único. Estoy yo.

Entonces la miró. Sus ojos grises, cansados, encontraron los de ella en la penumbra.

—El ejército me dio una baja honrosa porque las acusaciones no llegaron a juicio. Faltaban pruebas. Pero la empresa me despidió igual. Mi nombre quedó en listas negras. No podía trabajar en ningún proyecto hidrológico de Europa. Tuve que irme a Canarias, a reparar barcos, a vivir de chapuzas.

—¿Y Montero?

—Ascendió. La empresa lo premió por su *colaboración* en destapar el escándalo. Se convirtió en el ingeniero de confianza. El que sabía cómo gestionar crisis. El que siempre tenía una solución.

Su mano derecha se cerró sobre un puñado de sal. La apretó hasta que los cristales se clavaron en su piel.

—Y ahora está aquí. Trabajando para Whitaker. Haciendo el mismo juego que hizo conmigo, pero a escala global. Envenenando agua, vendiendo litio, destruyendo pueblos.

—Y tú vas a pararlo.

No era una pregunta. Amara lo dijo como un hecho.

—No necesito compasión —dijo—. Necesito terminar lo que empezamos.

—No te compadezco. Te creo.

—En cuanto tenga fuerzas, voy a encararlo. Y va a decirme la verdad, o lo mato.

La declaración colgó en el aire, sólida, sin margen para matices. Amara no parpadeó.

—¿Sabes dónde está?

—De vuelta al campamento con Desta. Pero no se quedará allí. Whitaker lo llamará. Le pedirá explicaciones. Y entonces Montero hará lo que siempre hace: buscará una salida. Intentará contactarme.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me conoce. Sabe que no me rendiré. Sabe que iré a por él. Y quiere verme venir para tener ventaja.

—¿Y vas a dársela?

—No. Esta vez no.

—¿Qué vas a hacer?

—Anticiparme. Llegar al pozo antes de que él pueda planear su siguiente movimiento. Demostrar que hay agua limpia. Que el litio no vale lo que va a destruir.

Se puso en pie. El techo quedaba a unos dos metros. La sal brillaba bajo la luz de las estrellas que entraba por la abertura. Se estiró. Los huesos crujieron. El hombro le dolió, recordatorio de un pasado que no se iba, pero el dolor era familiar. Convivía con él.

—Pero esta vez no voy a jugar su juego —dijo—. Esta vez voy a cambiar las reglas.

Amara se levantó también. Se acercó a él.

—¿Qué vas a hacer?

—Encontrar el agua primero. Demostrar que hay un acuífero limpio. Luego, con eso, tendré algo que Whitaker no puede comprar con dinero.

—No te dejarán llegar.

—No pienso pedir permiso.

Ella lo observó. En la penumbra, su rostro estaba sereno, pero vio algo nuevo en sus ojos. No era admiración. Era decisión.

—Entonces lo haremos juntos.

Su mano encontró la de él. Los dedos se entrelazaron sobre la sal.

—Pero primero sobrevivamos esta noche.

El contacto resultó cálido, extraño. No recordaba la última vez que alguien lo había tocado así. Sin necesidad, sin urgencia. Solo presencia. Sintió la presión de sus dedos, el pulso que latía en la muñeca de ella.

—Sobrevivamos —repitió.

—Dormiré un par de horas —dijo—. Luego me relevas.

—De acuerdo.

—Amara.

—¿Sí?

—Gracias.

—No tienes que agradecerme nada. Esto no es por ti.

—¿Por qué es entonces?

—Por el agua. Por la gente que la necesita. Porque alguien tiene que hacer algo.

Asintió. No hacía falta decir más.

Se sentaron de nuevo, espalda contra la pared, hombro contra hombro. El silencio se hizo más denso, pero sin la incomodidad de antes. Era un silencio compartido, como el techo de la cueva, como el agua de la cantimplora, como el calor que esperaba fuera. Fuera, el desierto seguía esperando. Pero dentro de la cueva, por primera vez en mucho tiempo, sintió que no estaba solo.

La noche se extendió sobre el Danakil. Las estrellas giraron lentas en el cielo. Sintió el peso del cansancio, pero también una calma nueva. Como si el pasado, al ser dicho en voz alta, hubiera perdido algo de su poder. Cerró los ojos y, contra todo pronóstico, durmió.

Cuando despertó, la luz gris del amanecer empezaba a colarse en la cueva. La temperatura había cambiado. El fresco de la noche se retiraba, dejando paso a una humedad que pronto sería calor. Amara seguía a su lado, despierta ya, mirando hacia la entrada.

—Nadifa ha vuelto —dijo en voz baja—. Hay movimiento en el salar.

Se incorporó. El sueño le devolvió algo de energía, aunque el cuerpo seguía resentido. Las uñas rotas, las cervicales doloridas, la deshidratación. Cada músculo protestaba al moverse. Se obligó a levantarse.

—¿Qué clase de movimiento?

—Vehículos. Al menos dos. Vienen del oeste.

Se puso en pie. Se estiró, sintiendo los huesos crujir. Luego se acercó a la entrada. Sacó el mapa, pero las marcas no coincidían con las formaciones que veía. Lo guardó.

Nadifa estaba agazapada tras una roca de sal, observando el horizonte. Cuando lo vio llegar, señaló hacia el oeste. Su perfil era duro, los ojos fijos en la línea blanca del salar.

—Desta no esperó al amanecer.

—No iba a esperar. Sabe que estamos débiles.

—¿Cómo sabe que estamos aquí? —preguntó Amara, que se había acercado sigilosamente.

—No lo sabe. Pero sabe que necesitamos agua. Y que hay un pozo al este. Sabe que iremos allí.

—Entonces solo tiene que esperarnos en el pozo —dijo Amara.

—O enviar patrullas a barrer la zona. Que es lo que está haciendo.

Siguió su mirada. A lo lejos, dos nubes de polvo se elevaban sobre la llanura blanca. Se movían en paralelo, avanzando hacia el este.

Hacia ellos.

—¿Cuánto tiempo?

—Una hora. Tal vez menos. Conocen el terreno.

Amara apareció a su lado.

—¿Podemos escapar?

Nadifa negó con la cabeza.

—A pie, no. Nos alcanzarán antes del mediodía.

Observó las nubes de polvo. Calculó distancias, velocidades. Sabía que Nadifa tenía razón. Las piernas no responderían. La deshidratación los había dejado sin margen.

—Entonces no escapamos —dijo.

Las dos mujeres lo miraron.

—Les damos la vuelta —explicó—. Hay un barranco al sur, a medio kilómetro. Si llegamos antes de que nos vean, podemos rodearlos.

—¿Y después? —preguntó Amara.

—Después, llegamos al pozo antes que ellos.

Nadifa lo miró con los ojos entrecerrados.

—No tenemos agua para eso.

—Tendremos. Encontraremos.

—¿Dónde?

—En las rocas, en la arena, en algún sitio. No me rindo ahora.

Nadifa no sonrió, pero algo cambió en su mirada. Tal vez respeto. Tal vez esperanza. Asintió y empezó a caminar hacia el sur, agachada, moviéndose entre las dunas de sal como una sombra.

La siguió. Amara cerró la fila.

El sol empezaba a elevarse sobre el horizonte. La luz se volvía blanca, hiriente. El calor comenzaba a acumularse, lento pero implacable.

Sintió la sal bajo las botas. El puñado que había apretado horas antes seguía en su mano, fundido con el sudor. Lo soltó. Y caminó hacia el este. Detrás, las nubes de polvo crecían. Pero no miró atrás.

CAPÍTULO 13: EL PRECIO DEL AGUA

La luz del amanecer se filtraba gris sobre el salar cuando el valle se abrió ante ellos. Hendaya se detuvo, apoyó las manos en las rodillas y dejó que el aire le llenara los pulmones. Dos horas de marcha agachados, rodeando dunas de sal, esquivando los vehículos de Desta. Dos horas que pesaban como veinte.

—Allí —dijo Nadifa.

Señalaba el fondo del valle. Una depresión estrecha flanqueada por paredes de sal cristalizada, blancas como huesos. Y en medio, esparcidos por el suelo de arcilla, los restos de un campamento fantasma.

Hendaya levantó la cabeza. El olor llegó antes que la imagen: químicos y metal oxidado, conocido de otras excavaciones, de otros proyectos que prometían progreso y dejaban cicatrices.

—Vamos.

Bajaron la pendiente con cuidado. La sal crujía bajo las suelas. Amara caminaba detrás, la mochila médica golpeándole la cadera. Nadifa se movía en silencio, los ojos escaneando el terreno como si buscara algo más que restos.

La primera estructura que encontraron era una bomba de agua volcada. Hendaya se arrodilló junto a ella. La pintura estaba

desconchada, el metal cubierto de costras blancas. Pasó los dedos por la superficie y los llevó a la lengua.

Sal.

—Es de perforación profunda —dijo—. Han llegado.

—¿Llegado adónde? —preguntó Amara.

—Al acuífero.

Se puso en pie con esfuerzo. Las cervicales le dolían, un clavo frío en la base del cráneo. Ignoró el dolor y caminó entre los restos dispersos: bidones azules apilados, algunos abiertos, otros intactos; cables eléctricos que serpenteaban entre las piedras como víboras muertas; una caja de herramientas oxidada, el interior vacío.

Nadifa había llegado más lejos. Estaba junto a un montón de tuberías de PVC, algunas rotas, otras todavía con las uniones selladas. Recogió un trozo y lo examinó.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó.

Hendaya se encogió de hombros.

—Meses. Tal vez un año.

—No vimos nada —dijo ella—. Ningún camión. Ninguna gente.

—Porque trabajan de noche. O desde el otro lado.

Amara se había detenido junto a un recipiente de plástico blanco, de esos que usan para almacenar agua en las obras. Estaba medio lleno. El líquido tenía un color turbio, amarillento, como orina diluida.

—Huele mal.

Hendaya se acercó. Miró el contenido, luego olió. Un tufo metálico, con un deje amargo.

—Agua del acuífero.

—¿Está contaminada?

—No lo sé.

Metió dos dedos en el líquido y los llevó a la lengua. El sabor le explotó en el paladar: salado, sí, pero con un regusto mineral que no era natural. Algo más. Algo que no debería estar allí.

Escupió.

—Salada —dijo—. Pero bebible si la destilan.

—Entonces... —empezó Amara.

—No van a destilar.

Se limpió los dedos en el pantalón. Miró a su alrededor: los bidones, los cables, la bomba volcada. Todo encajaba como las piezas de un mecanismo que conocía demasiado bien.

—Van a inyectar ácido —dijo—. Para soltar el litio.

El silencio cayó sobre ellos. El viento sopló entre las paredes de sal, un lamento bajo que parecía salir de la tierra misma.

Amara abrió la boca para decir algo, pero no encontró las palabras. Se quedó mirando el recipiente, el agua turbia, la prueba física de lo que hasta entonces solo eran sospechas y medias verdades.

—No puede ser —dijo al fin.

Hendaya no respondió. Ya había visto suficiente en su vida para saber que todo podía ser. Todo.

Nadifa se movió entre los escombros con paso cauteloso. Escudriñaba el suelo, las pilas de material, los restos de lo que había sido una operación bien organizada. Se agachó junto a un trozo de tubería que asomaba entre la arcilla. Tenía una mancha amarilla en la superficie. No era óxido.

—Venid —dijo.

Hendaya y Amara se acercaron. Nadifa sostenía el tubo con la punta de los dedos, como si temiera que el contacto pudiera quemarle.

—Veneno.

Amara tomó el tubo con cuidado. Lo acercó a la nariz y apartó la cara al instante.

—Ácido sulfúrico —dijo—. Para lixiviación.

—¿Estás segura?

—Trabajé en una mina de fosfatos en Túnez, cuando era estudiante. El olor no se olvida.

Hendaya tomó el tubo y lo examinó. La mancha amarilla cubría unos quince centímetros de la superficie. Debajo, el metal estaba corroído, la capa protectora destruida por el contacto con el ácido.

—No han empezado todavía —dijo—. Esto es de las pruebas.

—¿Pruebas? —preguntó Nadifa.

—Ensayo de inyección. Perforan un pozo, inyectan una solución ácida, miden la concentración de litio que se disuelve. Si los números cuadran, escalan la operación.

—¿Y si no cuadran?

—Buscan otro lugar.

Nadifa miró el tubo, luego el recipiente de agua turbia, luego la bomba volcada. Sus dedos rozaron el saquito de cuero que llevaba colgado del cuello, el que contenía la arena sagrada de su tierra.

—Mi abuelo decía que el agua de este valle era dulce —dijo—. Que los camellos bebían aquí cuando él era niño.

—Ya no.

—No —repitió ella—. Ya no.

Se quedaron un momento en silencio. El viento trajo otro olor, más denso, más químico. Hendaya lo respiró y sintió cómo se le instalaba en los pulmones como un peso.

—No se trata de agua potable —dijo, en voz baja, como si hablara consigo mismo—. Nunca lo fue.

—¿De qué se trata entonces? —preguntó Amara.

—De litio. De baterías. De coches eléctricos. De todo lo que el mundo rico necesita para sentirse bien consigo mismo mientras sigue consumiendo.

—Hay otros lugares para extraer litio —dijo ella—. El Salar de Uyuni en Bolivia. El triángulo del litio en Argentina y Chile.

—Brasil también —añadió Hendaya—. Y Australia. Y China. Pero todos esos están lejos de donde se necesita el producto. Aquí están a un paso del Mar Rojo. Un barco, y el litio está en cualquier puerto del mundo en quince días.

—Y el agua —dijo Nadifa—. El agua que beben los afar, los que viven aquí desde siempre.

—El agua vale más que las vidas de los que viven aquí. Eso es lo que piensan ellos.

Amara dejó caer el tubo de metal al suelo. El sonido metálico rebotó entre las paredes de sal.

—¿Cuánto tiempo llevan perforando?

—Meses —dijo Hendaya—. Quizá un año. Los permisos de prospección se consiguen rápido cuando tienes dinero. Y Whitaker tiene dinero.

—¿Y ahora qué?

Hendaya no respondió. Caminó hacia el extremo del valle, donde la pendiente se suavizaba y se abría a una llanura más amplia. Se detuvo en el borde y escudriñó el horizonte.

Allí, a lo lejos, una estructura metálica se recortaba contra el cielo blanco del amanecer. No era grande, no imponente. Parecía más bien una torre de perforación de esas que se ven en los

documentales sobre pozos petrolíferos. Pero estaba allí. Y estaba activa.

—Es la plataforma principal —dijo cuando los otros lo alcanzaron.

—¿Activa? —preguntó Amara.

—Humo del generador. Luces. Movimiento.

Nadifa entrecerró los ojos.

—Hay gente.

—Sí.

—¿Cuántos?

—No lo sé. Pero no importa.

—¿Cómo que no importa? —dijo Amara—. Si hay gente, hay seguridad. Y Desta sabe que venimos hacia aquí.

Hendaya se volvió hacia ella. Su rostro estaba cansado, las ojeras profundas, la piel quemada por el sol y el viento. Pero en sus ojos grises había algo que Amara no había visto antes: una decisión.

—Ahora sabemos lo que hacen —dijo—. Tenemos las pruebas. Los bidones, la bomba, el agua contaminada. Todo.

—¿Pruebas para qué?

—Para cuando lleguemos al teléfono satelital. Para cuando podamos contarlo.

—¿Contarlo a quién? —preguntó Nadifa—. ¿Al gobierno? Desta es el gobierno.

—A alguien que pueda hacer algo. Un periodista. Una ONG. Cualquiera que tenga un altavoz más grande que el de Whitaker.

Amara negó con la cabeza.

—No es suficiente. Para cuando llegue a alguien con poder, ya habrán terminado la perforación. O nos habrán matado.

—Por eso no vamos a esperar.

Hendaya señaló la plataforma en el horizonte.

—Vamos a ir allí. Vamos a ver exactamente qué tienen, cómo lo tienen montado, y luego vamos a decidir cómo lo destruimos.

—¿Destruirlo? —Nadifa lo miró como si hubiera perdido el juicio—. Hay soldados. Hay armas. Nosotros somos tres, sin agua, sin comida, sin nada.

—Tenemos esto.

Hendaya sacó del bolsillo la muestra de roca contaminada que había recogido en la cueva de sal. La sostuvo en la palma de la mano, pequeña y oscura, como un trozo de carbón.

—Esto es el futuro —dijo—. Agua envenenada, tierra muerta, gente desplazada. Si dejamos que sigan, dentro de diez años este valle será un desierto químico. Los afar no tendrán adónde ir. Los niños que viven en las aldeas del norte beberán de pozos contaminados y morirán de cáncer antes de los treinta.

—Y si vamos allí —dijo Amara—, moriremos antes de los treinta. O de los cuarenta. O de hoy.

—Puede.

Guardó la roca en el bolsillo.

—Pero al menos habremos intentado algo.

Se quedaron mirando la plataforma. El humo del generador se elevaba en una columna gris, recta, sin viento que la desviara. El sol empezaba a calentar, y la luz se volvía más blanca, más cegadora.

Nadifa fue la primera en moverse. Ajustó el pañuelo sobre su cabeza, se aseguró de que el saquito de cuero estuviera bien atado,

y empezó a caminar hacia el borde del valle.

—Si vamos a morir —dijo sin volverse—, que sea en mi tierra.

Amara miró a Hendaya. Él asintió.

—Vamos.

Caminaron en fila india, pegados a la pared de sal para no dejar siluetas contra el cielo. El sol subía, la temperatura subía, y el olor a metal oxidado se hacía más intenso a cada paso.

Cuando llegaron al final del valle, Hendaya se detuvo y miró atrás. El campamento fantasma quedaba abajo: los bidones, la bomba, el recipiente de agua turbia. Todo parecía más pequeño desde arriba, más insignificante.

Pero no lo era.

—Un momento.

Los otros se detuvieron. Hendaya se arrodilló y recogió un puñado de tierra del borde. La dejó caer lentamente, observando cómo el viento se llevaba las partículas más finas.

—¿Qué haces? —preguntó Amara.

—Calculo el tiempo que tenemos.

—¿Y?

—Si la plataforma está activa, significa que están en fase de operación. No de pruebas. Ya han empezado a inyectar ácido.

—¿Cuánto tiempo hasta que contaminen todo?

—Depende de la porosidad del terreno. De la profundidad del acuífero. De la concentración de litio.

—Dímelo en palabras que entienda.

Hendaya se puso en pie.

—Días. Tal vez una semana. Pero cuando empiecen, no podrán parar. El ácido seguirá filtrándose hacia abajo aunque detengan la inyección. Contaminará el agua fósil que ha estado allí durante miles de años.

—¿Y no hay manera de limpiarlo?

—No. No a esta escala. Una vez que el litio se disuelve en el agua, no hay filtro que lo saque. Es como la sal en el mar: puedes quitarla, pero cuesta más caro que el agua que produces.

Nadifa escupió al suelo.

—Ellos lo saben —dijo—. Saben que están matando el agua.

—Lo saben.

—¿Y les importa?

—No. Les importa el litio. El dinero. El progreso.

—¿Progreso? —Nadifa rió, un sonido seco y amargo—. Llaman progreso a envenenar la tierra de otros.

—Siempre lo han hecho.

Hendaya empezó a caminar de nuevo. La plataforma estaba más cerca ahora. Podía ver los contornos de los tanques de almacenamiento, la torre de perforación, un par de vehículos todoterreno estacionados junto a unas tiendas de campaña.

Pudo ver también a los hombres. Pequeñas figuras que se movían entre la maquinaria, llevando a cabo sus tareas como si nada estuviera mal, como si el veneno que estaban inyectando en la tierra no fuera a matar a nadie.

—¿Cuántos ves? —preguntó Amara.

—Seis. Quizá siete.

—¿Armados?

—Al menos dos llevan fusiles.

—Demasiados para tres personas sin armas.

—No vamos a atacar por el frente —dijo Hendaya—. Vamos a mirar. A tomar nota. A encontrar un punto débil.

—¿Y si no lo hay?

—Siempre lo hay.

Siguieron avanzando. El sol ya estaba alto, y el calor empezaba a ser insoportable. Hendaya sentía la lengua hinchada, los labios agrietados, la piel tirante. Sabía que no podían seguir mucho tiempo sin agua.

Pero no había agua. Solo la que llevaban en la cantimplora de Nadifa, medio litro para los tres, racionado como oro.

—Allí —dijo Nadifa, señalando una elevación rocosa a unos cien metros de la plataforma—. Podemos ver desde allí.

—Demasiado cerca.

—No hay otro sitio. El valle se acaba.

Hendaya evaluó la distancia. La elevación ofrecía cobertura y una vista directa de la operación. Pero también estaba demasiado expuesta. Si alguien miraba hacia arriba, los vería.

—Vale —dijo—. Pero rápido. Cinco minutos, tomamos fotos mentales, y nos vamos.

—¿Fotos mentales? —preguntó Amara.

—No tenemos cámara. Así que miramos bien, memorizamos todo, y luego dibujamos un mapa cuando estemos lejos.

—Parece de espías de la Guerra Fría.

—Es supervivencia.

Subieron la elevación a gatas, pegándose a las rocas. El calor de la piedra caliente se transmitía a través de la ropa. Hendaya sintió cómo el sudor le corría por la espalda, se mezclaba con la suciedad del campamento fantasma.

Cuando llegaron a la cima, se asomaron con cuidado.

La plataforma se desplegaba ante ellos como un organismo vivo. Tuberías que iban de un tanque a otro. Una torre de perforación que se elevaba veinte metros sobre el suelo. Dos generadores diésel que rugían sin descanso. Y al fondo, una serie de bidones apilados, iguales a los que habían visto en el valle.

Pero había algo más.

—Mira —dijo Amara, señalando el extremo sur de la plataforma.

Hendaya siguió su mirada. Allí, semienterrada bajo una lona, había una estructura que no encajaba con el resto. Parecía una caja metálica, del tamaño de un contenedor de barco, con cables que salían de ella en todas direcciones.

—¿Qué es?

—No lo sé —dijo Hendaya—. Pero parece nuevo.

—¿Más nuevo que el resto?

—Sí.

Observaron en silencio. Los hombres se movían con rutina, como si llevaran semanas allí. Uno de ellos se acercó a la caja metálica, marcó algo en un panel exterior, y volvió a la torre.

—Eso es un sistema de control —dijo Hendaya—. Debe ser el centro de monitoreo de la inyección.

—¿Podemos desactivarlo?

—Si sabemos cómo. Pero no es una bomba que se pueda desactivar con un cortacables. Necesitamos más información.

—¿Y si entramos esta noche?

Hendaya negó con la cabeza.

—Demasiado arriesgado. Necesitamos un plan mejor.

—No tenemos tiempo para planes mejores —dijo Amara—. Desta nos busca. Whitaker nos busca. El sol nos mata. ¿Cuánto tiempo crees que podemos sobrevivir sin agua?

—Menos del que necesitamos para hacer esto bien.

—¿Y si no lo hacemos bien? ¿Y si morimos aquí, y ellos siguen perforando, y dentro de un año todo el acuífero está contaminado?

Hendaya no respondió. Miró la plataforma, los hombres, la caja metálica, los bidones de ácido. Luego miró a Amara, a Nadifa. Tres personas, sin armas, sin agua, sin nada más que la certeza de que lo que estaban haciendo estaba mal.

—No voy a morir aquí.

—Eso no depende de ti —dijo Nadifa.

—Depende. Depende de lo que hagamos ahora.

Volvió a mirar la plataforma. El sol brillaba sobre el metal, cegador, implacable. Abajo, los hombres seguían con su trabajo, ajenos a la amenaza que se cernía sobre ellos.

—Esta noche —dijo—. Cuando oscurezca, volveremos. Y entonces decidiremos.

—¿Decidir qué? —preguntó Amara.

—Si merece la pena morir por esto.

Se quedaron un momento más, grabando cada detalle en la memoria: la posición de los tanques, los caminos de acceso, el número de hombres, la ubicación de la caja de control. Luego, Hendaya hizo un gesto con la cabeza, y empezaron a bajar.

Cuando llegaron al fondo del valle, el sol ya estaba en lo alto, y el calor era una presencia física, sólida, implacable. Buscaron la sombra de una pared de sal y se sentaron, agotados, sin fuerzas para hablar.

Nadifa sacó la cantimplora y bebió un sorbo. Pasó el agua a Amara, que bebió otro sorbo, y luego a Hendaya. El líquido sabía a metal caliente, a plástico recalentado, a desesperación.

—No llegaremos a la noche sin más agua —dijo Amara.

—Lo sé.

—¿Hay algún pozo cerca?

Nadifa negó con la cabeza.

—El que yo conocía está seco. Los otros están al otro lado del salar, a un día de camino.

—Entonces no llegaremos.

—Llegaremos —dijo Hendaya—. Porque no tenemos otra opción.

Se recostó contra la pared de sal, cerró los ojos, y sintió cómo el cansancio se apoderaba de su cuerpo. Las cervicales le dolían, la cabeza le latía, los dedos le ardían donde se había roto las uñas excavando.

Pero en su mente, la imagen de la plataforma seguía grabada. Los bidones. La caja metálica. El humo del generador.

Y la certeza de que, de una forma u otra, tenía que detenerla. Se preguntó si Montero ya estaría muerto. O peor: hablando con Whitaker.

Cuando abrió los ojos, el sol se había desplazado un palmo en el cielo. Amara dormía, la cabeza apoyada en la mochila médica. Nadifa estaba despierta, mirando el horizonte, el saquito de cuero entre las manos.

—Hendaya —dijo ella sin volverse.

—Dime.

—Cuando yo era niña, mi abuelo me llevó a un pozo que estaba al otro lado de la frontera. En Eritrea. Allí el agua era dulce, limpia, fría. Me dijo: «Nunca olvides este lugar. Porque el agua es la vida, y sin ella no somos nada».

—Y ahora ese pozo está contaminado.

—Sí.

Nadifa guardó el saquito en el bolsillo.

—Por eso voy a ayudar a destruir esa plataforma. Por mi abuelo. Por los niños que vienen. Porque si no lo hacemos nosotros, nadie lo hará.

Hendaya asintió. No había nada que añadir.

El sol seguía subiendo, el calor seguía apretando, y la plataforma seguía allí, activa, implacable, esperando.

Pero ellos también estaban allí. Y no pensaban rendirse.

CAPÍTULO 14: EL ÚLTIMO POZO DE LOS AFAR

El llanto de un niño rasgó el silencio antes de que la aldea apareciera tras la duna. Llevaban cuatro horas sin agua, arrastrando los pies sobre la costra de sal, hasta que las primeras tiendas emergieron del horizonte como costras sobre la blancura.

Ocho tiendas de piel de cabra, agachadas contra el viento, cosidas a la tierra. El sol del atardecer alargaba las sombras hasta volverlas filosas, cuchillas de penumbra sobre el suelo.

Hendaya se detuvo. Los dedos le temblaban. Se obligó a la quietud, apretó la mano contra el muslo hasta que el temblor se apagó. Ni perros, ni voces. Solo el viento silbando entre las estacas, un lamento interminable que parecía salir de la propia tierra.

— No hay hombres—dijo Nadifa. Su voz sonó a papel de lija, rasgada por la sequedad.

— ¿Dónde están?

— Se fueron. Buscando agua. O trabajo en la mina.

Hendaya observó las tiendas. Algunas tenían parches de lona distinta, costuras toscas hechas con cuerda de plástico. Una olla de aluminio colgaba de un palo, vacía, el fondo golpeado por el uso. En el suelo, restos de un fuego apagado hacía días.

Un niño apareció entre dos tiendas. Tendría cinco años, la barriga hinchada, los ojos como carbones en un rostro demasiado pequeño. Miró a los tres extranjeros sin parpadear. Luego soltó un gemido que se convirtió en llanto.

Una mujer salió de la tienda más próxima. Llevaba un vestido azul descolorido, roto en el hombro derecho. Agarró al niño por el brazo y lo metió dentro. La lona cayó. Hendaya alcanzó a ver un brasero apagado, una estera vacía, una olla de barro partida.

Amara dio un paso adelante.

— Déjame—dijo—. Soy médica.

— No—respondió Nadifa—. Espera.

Pero Amara ya caminaba hacia la tienda. Hendaya la vio agacharse, hablar en árabe, mostrar las manos vacías. La mujer asomó la cabeza. Tenía el rostro surcado por tatuajes tradicionales, dos líneas paralelas en el mentón. La misma marca que Nadifa. Los ojos eran dos simas de desconfianza.

— Alte—dijo Amara—. Agua.

La mujer escupió.

El esputo cayó a un palmo de las botas de Amara. Ella se quedó quieta, con la mano extendida, el gesto congelado entre la oferta y la humillación. Hendaya vio cómo la sangre subía a sus mejillas, pero no se movió. No retiró la mano.

Nadifa se acercó. Habló en afar, rápido, las palabras como latigazos. La mujer respondió con un tono que no necesitaba traducción: rabia vieja, podrida, almacenada durante años. Señaló a Amara, señaló a Hendaya, escupió de nuevo.

— Creen que venimos a robar el agua que les prometieron—dijo Nadifa.

— No venimos a robar nada—respondió Hendaya. Pero la voz le salió más débil de lo que quería. Porque en cierto modo, sí. Habían llegado sin nada que ofrecer. Solo una promesa que no sabía si podría cumplir.

— Da igual. Para ellos, todos los extranjeros son iguales. Primero llegaron los geólogos. Prometieron pozos profundos. Luego llegaron los ingenieros. Prometieron escuelas. Luego llegaron los soldados. Prometieron seguridad. Ahora llegan ustedes.

— Nosotros no somos ellos.

Nadifa lo miró. El cansancio le había cavado sombras bajo los pómulos, pero los ojos seguían vigilantes. No juzgaban. Solo constataban.

— No. Pero ellos no lo saben.

Hendaya notó el roce invisible de los ojos tras cada rendija, como si la aldea entera lo tocara con la desconfianza. Podía imaginarlos: mujeres acurrucadas, niños callados, viejos que habían visto demasiadas promesas rotas.

— Vámonos—dijo Amara en voz baja. Había retirado la mano, pero la mantenía pegada al costado, como si aún esperara que alguien la tomara.

— Todavía no—respondió Hendaya.

— No nos van a ayudar.

— Igual.

Un hombre salió de la tienda más grande. Hendaya calculó setenta años, quizás ochenta. La piel curtida por décadas de sol, los brazos como cuerdas, los pies descalzos apoyados en la sal con la seguridad de quien ha pisado esa tierra desde niño. Llevaba un bastón de madera oscura, desgastado por el uso, la superficie brillante allí donde la mano había rozado mil veces.

Los ancianos afar no se apresuraban. Caminó hasta detenerse a tres metros de Hendaya. Lo miró. Largo. En silencio.

Hendaya sostuvo la mirada. En la Legión aprendió que los perros callejeros atacan cuando muestras miedo. Los hombres también. No apartó los ojos.

El anciano parpadeó una vez.

— Tú eres el que busca agua—dijo en un inglés lento, cada palabra separada por un espacio de aire—. Pero no para nosotros.

Hendaya no supo qué responder. Era cierto. No había venido a buscar agua para aquella aldea. Había venido a destruir una plataforma. A evitar que envenenaran un acuífero. Pero esa misión no llenaría el pozo seco de aquellas mujeres. No devolvería a sus maridos. No resucitaría a sus hijos.

— He venido a evitar que el agua que queda se pierda—dijo.

El anciano no respondió. Continuó mirándolo.

El agotamiento le pesaba en los huesos, la deshidratación le apretaba las sienes con tenazas invisibles. La visión se le nubló por un instante. Llevaban horas caminando desde el valle de la plataforma. Sin agua. Sin comida. Y ahora estaba ahí, frente a un hombre que tenía sobrados motivos para despreciarlo.

— Su abuelo—dijo Nadifa— conocía el pozo que busqué. El que está seco.

El anciano la miró. Cambiaron unas frases en afar. La voz del anciano era grave, como el rumor de una piedra rodando por un barranco.

— Dice que su abuelo sabía dónde estaba el agua—tradujo Nadifa—. Pero el agua no es para siempre. Los espíritus la mueven. A veces regresa. A veces no. Ellos esperan.

— Llevan tres años esperando—dijo Hendaya.

El anciano asintió.

— Tres años—repitió—. Los hombres blancos vinieron. Midieron. Hicieron marcas en el suelo con palos y cuerdas. Dijeron que el agua estaba abajo. Que sacarían agua para todos. Mis hijos excavaron. Seis metros. Siete. Luego los hombres blancos dijeron que el agua no estaba donde pensaban. Que necesitaban más dinero. Mis hijos se fueron a la mina. No volvieron.

Hizo una pausa. Miró el horizonte, donde el sol se ponía teñido de naranja.

— El mayor se fue primero. Dijo que volvería con dinero para comprar una bomba. El segundo lo siguió. Luego el tercero.

— ¿Cuántos hombres se fueron?—preguntó Amara. Se había levantado y se limpió la mano en el pantalón. No había apartado los ojos del anciano desde que apareció.

— Todos. Los que podían caminar.

— ¿Y las mujeres?

— Esperan.

La palabra cayó tan sólida como la sal que pisaban. Hendaya entendió entonces la quietud de la aldea. No era hostilidad. Era duelo. Eran mujeres esperando a hombres que no volverían, niños aprendiendo a tener hambre, ancianos viendo cómo su mundo se deshacía grano a grano.

— No podemos darles agua—dijo Hendaya—. Pero podemos impedir que la que queda se pierda.

— ¿Cómo?

— La plataforma que está al este. Van a inyectar veneno en el agua. Si lo hacen, todo el acuífero se contaminará. No habrá agua para nadie. Ni para ustedes, ni para los que vienen, ni para los hijos de sus hijos.

El anciano lo escuchó sin pestañear. Solo sus dedos rozaron el bastón, un roce leve, casi imperceptible. Cuando Hendaya terminó, el hombre se volvió hacia Nadifa. Hablaron. Largo. Hendaya entendía solo fragmentos: palabras que sonaban como piedras chocando, nombres que no reconocía, un ritmo que subía y bajaba como el viento entre las dunas.

Nadifa escuchaba. Asentía. De vez en cuando hacía una pregunta. El anciano respondía con gestos lentos, señalando el este, el norte, trazando arcos invisibles en el aire.

Finalmente, se volvió hacia Hendaya y Amara.

— Dice que la multinacional pagó a los ancianos de su tribu. Doscientas cabras. Dinero. Promesas de pozos. Los ancianos firmaron un papel. Permiso para perforar.

— ¿Cuándo?

— Hace dos años. Los pozos nunca se hicieron. El dinero se acabó. Los ancianos dicen que los blancos mintieron, pero ellos también mintieron al aceptar. Mi pueblo se quedó sin agua y sin honor.

Hendaya recordó las muestras de roca contaminada, la caja de control, el ácido sulfúrico. Todo encajaba con una precisión que le contrajo el estómago. No era incompetencia. Era estrategia. Primero comprar a los jefes, luego ignorar las promesas, luego esperar a que la desesperación hiciera el resto.

— El jefe de los blancos llega mañana—dijo el anciano.

Hendaya sintió un tirón en el pecho. No era miedo. Era algo más frío, más preciso. Certeza.

— ¿Cómo sabe eso?

— Los hombres de la mina vinieron ayer. En un vehículo grande, blanco. Dijeron que el gran jefe llegaba. Que todos debían estar listos. Que iban a empezar la extracción de verdad.

— ¿Cuántos hombres hay en la plataforma?

— Cincuenta. Tal vez más. Con armas.

— ¿Fusiles?

— Largos y cortos. Vi uno cuando pasaron. El hombre lo llevaba colgado al hombro, como si fuera un trozo de tela.

Hendaya respiró hondo. El aire sabía a sal, a polvo, a desesperanza. Se preguntó si Montero ya estaría muerto. O peor: hablando con Whitaker. Cincuenta hombres armados. Llevaba una linterna, un puñado de arena sagrada, y una muestra de roca contaminada. Las cuentas no salían.

— ¿Y usted?—preguntó—. Si intentamos detenerlos, ¿nos delatará?

El anciano lo miró. Largo. Como si estuviera sopesando el alma de Hendaya en una balanza invisible. El viento movió su ropa, una túnica marrón desgastada por el sol y la sal.

— Mi hijo mayor se fue a la mina hace un año. No ha vuelto. Mi segundo hijo se fue hace seis meses. Tampoco ha vuelto. Mi hija mayor entierra a sus hijos uno tras otro porque no hay agua para la leche.

Hizo una pausa. El viento levantó polvo entre ellos. Hendaya parpadeó para proteger los ojos.

— Si ustedes pueden impedir que los blancos sigan robando nuestra tierra—dijo—, yo no hablaré. Pero no puedo ayudarlos más. Si los soldados me preguntan, diré que no he visto a nadie.

— Eso es suficiente—dijo Hendaya.

— No lo es—respondió el anciano—. Pero es todo lo que tengo.

Amara dio un paso adelante. Sacó una bolsa de plástico del bolsillo: vendas, un frasco pequeño de antiséptico, unos comprimidos. Las colocó en el suelo, entre ellos.

— Tome—dijo—. Para los niños. Para las mujeres. Es todo lo que tengo.

El anciano miró la bolsa. Luego miró a Amara. Algo cambió en su rostro, un pliegue apenas perceptible en la comisura de los labios.

— ¿Eres médica?

— Sí.

— Mi nieta tiene fiebre. Lleva tres días. Las mujeres dicen que es el mal de ojo.

— Es infección—dijo Amara—. Sin antibióticos, no mejorará.

El anciano se volvió hacia la tienda. Hizo un gesto. Una mujer joven asomó la cabeza, un bebé envuelto en un paño apoyado en la cadera.

— Entra—dijo el anciano.

Amara dudó. Miró a Hendaya. Él asintió.

— Ve.

Recogió la bolsa y caminó hacia la tienda. La mujer joven le mantuvo la lona abierta. Amara desapareció dentro.

Hendaya se quedó solo con el anciano y Nadifa. La calma tensa regresó, más densa ahora, como una manta que lo cubría todo.

— Gracias—dijo Hendaya.

— No me dé las gracias. Hágalo. Eso será suficiente.

El anciano se volvió y entró en su tienda sin mirar atrás. La lona cayó. La aldea volvió a sumirse en el mutismo.

Nadifa escupió a un lado.

— ¿De qué sirve saber que tienen cincuenta hombres? No tenemos armas. No tenemos agua. No tenemos nada.

— Tenemos una noche—dijo Hendaya—. Y tenemos el este.

— No es suficiente.

— Nunca lo es.

Amara salió de la tienda. Se secó las manos en el pantalón. Tenía el rostro tenso, los labios partidos por la sequedad.

— La niña tiene neumonía—dijo—. Le he dado lo que tengo, pero necesita un hospital. Si no recibe atención en tres días, no lo contará.

— No hay hospital aquí—dijo Nadifa.

— Lo sé.

Amara miró a Hendaya. Hendaya sostuvo su mirada sin saber lo que ella veía en él. Sintió que la conexión se tensaba, hecha de miedo y determinación.

— ¿De verdad vamos a hacer esto?—preguntó.

— No hay otra opción.

— Podríamos regresar. Entregarnos a Desta. Decirle que nos rindamos.

— Desta nos mataría. O nos devolvería a Whitaker. Da igual.

— Podríamos huir hacia el sur. Buscar la frontera.

— La frontera está a tres días sin agua. No llegamos.

Amara lo miró fijamente.

— Entonces vamos al este—dijo.

Hendaya asintió.

— Antes de que anochezca. Tenemos que llegar a la plataforma antes del amanecer. Si Whitaker llega mañana, quiere decir que la

operación está en su fase final. Si no lo detenemos antes de que ponga un pie allí, será demasiado tarde.

— ¿Por qué?—preguntó Amara.

— Porque una vez que empiece la inyección, el daño será irreversible. Y si Whitaker está presente, habrá seguridad máxima. No podremos acercarnos.

Nadifa se ajustó el pañuelo. Miró el horizonte, donde el sol se hundía en una mancha naranja y violeta.

— El anciano tiene razón—dijo—. El sendero del este existe. Mi abuelo lo usaba para llevar sal a las montañas. Pero está borrado. Hay que saber leer las piedras.

— ¿Tú sabes?

— He caminado por él una vez. Hace diez años. Puedo encontrarlo.

— Entonces vamos.

Caminaron en silencio. La aldea quedó atrás, una mancha oscura en la penumbra creciente. Hendaya sacó el mapa, pero las marcas no coincidían con las formaciones que veía. Lo guardó. Sintió el peso de la mirada del anciano en la nuca, aunque sabía que el hombre estaba dentro de la tienda. La desconfianza era un muro que no se derrumbaba con palabras.

O quizás sí. Quizás aquel anciano había decidido confiar en ellos de la única manera que un hombre traicionado puede hacerlo: dando una oportunidad sin entregar la fe.

El viento arreció. Los pies removían la sal con un rumor sordo, apenas audible.

— Cincuenta hombres—dijo Amara—. ¿Cómo vamos a detenerlos?

— No lo sé—respondió Hendaya—. Pero lo descubriremos cuando lleguemos.

— Eso no es un plan.

— Es el único que tenemos.

Nadifa se detuvo. Señaló al este, donde las sombras se espesaban entre dos formaciones rocosas.

— El sendero empieza ahí—dijo—. Después de la próxima duna.

Hendaya miró. La luz se apagaba. Pronto estarían a oscuras.

— ¿Cuánto hasta la plataforma?

— Tres horas. Quizás cuatro. Depende de lo rápido que caminemos.

— Vamos.

Echaron a andar. El sol se hundió tras el horizonte. El cielo se volvió tinta china. Y en la distancia, apenas visible, un resplandor anaranjado señalaba el lugar donde la plataforma seguía perforando la tierra.

Mañana llegaba Whitaker.

Pero ellos llegarían primero.

CAPÍTULO 15: DONDE EL MAPA MIENTE

La luna había muerto tras las montañas cuando Nadifa encontró la cueva.

Hendaya siguió su silueta contra el cielo negro, una sombra más entre las sombras. Llevaban dos horas caminando desde la aldea, el cuerpo castigado por una sed que solo empeoraba con cada paso. Cuando ella se detuvo frente a una grieta en la pared de sal, pensó que había visto un espejismo más.

—Aquí —dijo ella, y desapareció.

Hendaya parpadeó. La roca la había tragado. Se acercó, tanteó la superficie con la mano. La pared era sólida, pero al presionar encontró un hueco, una abertura disimulada por la forma en que la sal se había cristalizado. Metió el hombro y se deslizó hacia adentro.

El interior era más amplio de lo que sugería la entrada. Una cueva de sal. Las paredes brillaban con un lustre fantasmal bajo la luz de la linterna que encendió. El techo se elevaba a tres metros, formado por estalactitas de sal que colgaban como dientes petrificados. El suelo era polvo blanco, fino como talco.

Amara entró detrás, jadeando.

—¿Qué es esto?

—Una vieja mina —respondió Nadifa desde el fondo—. Mis abuelos sacaban sal de aquí. Nadie la usa desde hace treinta años.

Hendaya barrió el espacio con la linterna. Había restos de herramientas oxidadas, un cuenco de barro partido, mantas apolilladas en un rincón. Suficiente para pasar la noche.

—Descansaremos aquí —dijo—. Mañana... —No terminó la frase. Mañana era demasiado lejano para hacer planes.

Nadifa asintió y salió sin decir palabra. Era su turno de vigilia.

Hendaya dejó caer la mochila contra la pared y se sentó. Las piernas le temblaban, los músculos negándose a cooperar después de horas sin agua. Amara se dejó caer a su lado, apoyando la espalda en la roca. Durante un minuto solo se oyó la respiración de ambos, el silbido del aire entrando en pulmones secos.

—Sácalos —dijo ella.

Hendaya la miró.

—Los documentos que robaste. Necesito verlos.

Asintió. Metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó el teléfono móvil. La pantalla se encendió con un destello azulado cuando presionó el botón lateral.

—No hay cobertura —dijo—, pero la batería aguanta.

Desbloqueó el dispositivo. Navegó entre los archivos hasta encontrar la carpeta que había copiado de la tablet de Montero en el campamento, cuando nadie miraba. Tocó el primer PDF.

La imagen se cargó lentamente. Un diagrama técnico, líneas y números que solo un ingeniero podía descifrar. Hendaya giró el teléfono para que Amara viera la pantalla.

—Aquí está —dijo—. La bomba de extracción. Si explota, el pozo se sella solo.

Amara tomó el teléfono con cuidado, como si fuera a romperse. Acercó la pantalla a sus ojos. Sus dedos ampliaron la imagen, recorriendo los detalles.

—¿Estás seguro?

Hendaya señaló un diagrama lateral en la pantalla. —Mira. La bomba está instalada a sesenta metros de profundidad, justo sobre la capa del acuífero fósil. Si la destruyes, la presión del terreno colapsará el pozo. No podrán volver a perforar aquí sin una operación de años.

—¿Y el agua?

—El agua... —Hendaya respiró hondo—. El agua quedará ahí abajo. Contaminada, pero intacta. No podrán extraerla, pero tampoco envenenarla más.

Amara levantó la vista. La luz de la linterna dibujaba sombras en su rostro, acentuando la fatiga.

—¿Qué quieres decir con «contaminada»?

Hendaya deslizó el dedo por la pantalla hasta encontrar otro archivo. Un diagrama de flujo químico. Flechas que conectaban depósitos de ácido sulfúrico con los pozos de inyección. Notas sobre concentraciones, tiempos de reacción, volúmenes de lixiviación.

—Esto no es una mina de litio convencional —dijo—. Van a inyectar ácido directamente en el acuífero para disolver el mineral y bombearlo a la superficie. Es lixiviación in situ.

—¿Y el agua?

—El agua es el medio. La utilizan para transportar el litio disuelto. Pero una vez que el ácido entra en el acuífero, no hay vuelta atrás. El pH bajará a niveles letales. Los metales pesados se filtrarán. En un año, toda el agua de esta cuenca será venenosa.

Amara guardó silencio. Sus manos, apoyadas sobre el teléfono que sostenía en el regazo, temblaban ligeramente.

—¿Por siglos?

—Sí.

El silencio se espesó, como si el aire mismo se hubiera vuelto sólido. Amara dejó el teléfono sobre el polvo de sal y se frotó los ojos con las palmas de las manos.

—Hay vigilancia las veinticuatro horas —dijo, su voz recuperando el tono profesional—. Cámaras. Soldados. ¿Cómo vamos a acercarnos?

Hendaya ya había pensado en eso. Había estado pensando en eso desde que copió los archivos, durante el camino hacia la cueva. Su mente trabajaba como un engranaje, encajando piezas, buscando ángulos muertos.

—Por aquí —dijo, tocando la pantalla para mostrar un detalle del diagrama de la plataforma—. Hay un conducto de ventilación.

Amara se inclinó. El conducto aparecía como una línea discontinua que conectaba la superficie con la sala de bombas. Estrecho. Apenas sesenta centímetros de diámetro.

—Es muy pequeño.

—Sí.

—¿Crees que cabes?

—Apenas. Pero sí.

—¿Y los explosivos?

Hendaya metió la mano en la mochila y sacó un paquete envuelto en un paño. Lo desenvolvió con cuidado. Ocho cartuchos de dinamita de prospección, color marrón oscuro, los extremos sellados con cera. Dos detonadores. Un rollo de mecha lenta.

—Los encontramos en el campamento fantasma, antes de que todo se fuera al infierno —dijo—. Suficiente para hacer el trabajo.

Amara negó con la cabeza. Se levantó, comenzó a caminar de un lado a otro, la sombra bailando contra las paredes de sal.

—Es una locura, Hendaya. No vas a llegar vivo.

—Quizá no.

Ella se detuvo. Lo miró fijamente.

—No me sirve ese cinismo.

—No es cinismo. Es realismo.

—El realismo es que necesitamos un plan que funcione. No un sacrificio inútil.

Hendaya se puso en pie. Las piernas le dolieron, pero las obligó a sostenerlo. Dio dos pasos hacia ella. La mano derecha rozó el bolsillo donde guardaba el puñado de arena que Nadifa le había dado como juramento. Un gesto que hizo sin pensar, como si el tacto de aquella arena le recordara por qué seguía avanzando.

—Sé que es una locura —dijo—. Pero si no lo intentamos, en un año este acuífero será un cadáver químico. Y con él, toda posibilidad de vida en esta zona. No solo para los afar. Para todos los que viven aquí. Los nómadas, los pueblos, los animales. La tierra entera.

Amara lo miró. Sus ojos tenían algo que Hendaya no había visto antes: una mezcla de miedo y determinación, como si estuviera decidiendo algo en su interior.

—Entonces lo haremos —dijo—. Pero prométeme que saldremos vivos.

Hendaya no respondió.

—Promételo —insistió ella, la voz más firme.

Sostuvo su mirada. La linterna proyectaba sombras duras en su rostro, marcando las arrugas de cansancio y los rasguños de la huida.

—No puedo prometer eso —dijo al fin—. Pero prometo que no pararé hasta que el agua esté a salvo.

Amara apretó los labios. Durante un segundo, Hendaya pensó que iba a discutir. Pero ella respiró hondo, asintió, y volvió a sentarse junto al teléfono, que seguía mostrando el diagrama del conducto en la pantalla.

—Enséñame el conducto otra vez.

Pasaron la siguiente hora estudiando los detalles. Hendaya señaló las rutas de patrulla, los cambios de guardia, los puntos ciegos de las cámaras. Amara tomaba notas mentales, haciendo preguntas precisas, buscando fallos en el plan.

—El conducto sale a quince metros de la sala de bombas —dijo Hendaya—. Tiene una rejilla de acero en la entrada, pero los tornillos están oxidados. Podemos forzarla.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—Diez minutos para instalar los explosivos en los puntos correctos. Cinco más para salir.

—¿Y la detonación?

Hendaya mostró el detonador manual, un cilindro metálico del tamaño de un bolígrafo. —Cuando esté fuera, pulso esto y todo vuela.

Amara mordió su labio inferior. Un gesto que Hendaya había aprendido a reconocer: estaba calculando riesgos, sopesando opciones.

—¿Y si no puedes salir?

—Entonces no salgo.

Ella lo miró. Había algo en su mirada que iba más allá del miedo. Una pregunta que no se atrevía a formular.

—Hendaya...

—No.

—Todavía no he dicho nada.

—Sé lo que ibas a decir.

—¿Que tal vez haya otra forma? ¿Que podríamos denunciarlo, hablar con la prensa, buscar ayuda?

—¿Quién nos va a ayudar, Amara? ¿La ONU? ¿El gobierno etíope? —Su voz sonó amarga, pero no iracunda—. Pagaron a los ancianos con cabras. Compraron a Desta con dinero. Whitaker llega mañana. No tenemos tiempo para denuncias.

Ella no discutió. Porque sabía que tenía razón.

Hendaya guardó el teléfono en el bolsillo. La dinamita, envuelta de nuevo en el paño, volvió a la mochila. Después sacó la cantimplora. Quedaban unos sorbos. Se los ofreció a Amara.

—Bebe.

Ella negó con la cabeza.

—Tú primero.

—Ya bebí.

—Mientes.

—Sí, pero bebe igual.

Ella tomó la cantimplora. Dio un trago pequeño, casi ritual, y se la devolvió. Hendaya bebió el resto. No le alcanzó para calmar la sed, pero al menos humedeció la lengua.

—Deberíamos dormir un poco —dijo él.

—No voy a poder.

—Inténtalo.

Amara asintió. Se tumbó sobre el polvo de sal, usando la mochila como almohada. Hendaya apagó su linterna para ahorrar pilas, pero la de ella seguía encendida, iluminando el techo de estalactitas.

Se sentó apoyado en la pared. Aunque estaba agotado, sabía que no podría dormir. Su mente seguía dando vueltas, repasando cada paso del plan, buscando el error que sabía que existía pero no lograba identificar.

—Hendaya.

La voz de Amara llegó desde el suelo.

—Dime.

—¿Por qué lo haces?

—¿El qué?

—Todo esto. Podrías haberte ido. Cuando Desta nos soltó, podrías haber huido hacia el oeste, hacia la frontera. Dejarlo todo atrás.

—No tengo adónde ir.

—No es verdad. —Ella se incorporó sobre un codo—. Siempre hay adónde ir.

Hendaya guardó silencio. La pregunta de Amara había tocado algo que él mismo evitaba desde hacía años. Desde que perdió a su familia. Desde que Montero lo traicionó. Desde que dejó de creer en las causas.

—Lo hago porque es lo correcto —dijo al fin.

—¿Y qué es lo correcto?

—No dejar que un puñado de hijos de puta destruya el agua de miles de personas para llenarse los bolsillos.

—Eso es una respuesta política.

—Es la única que tengo.

Amara se tumbó de nuevo. El silencio volvió a llenar la cueva. Hendaya cerró los ojos, pero no para dormir. Para visualizar el conducto, la sala de bombas, el camino de regreso.

Lo repitió una y otra vez hasta que cada paso quedó grabado en su memoria.

Un ruido rompió su concentración.

Hendaya abrió los ojos. Al principio pensó que era el viento, pero el sonido era más concreto. Pasos. Alguien se acercaba a la entrada.

Apagó la linterna de Amara. Oscuridad absoluta.

—Tranquila —susurró—. Soy yo.

La silueta de Nadifa apareció en la abertura. Su voz llegó tensa, cortante.

—Luces. Dos vehículos. Vienen del oeste.

Hendaya se levantó. Amara hizo lo mismo, frotándose los ojos.

—¿Hacia dónde?

—Directo hacia aquí. Aún están lejos, pero vienen rápido.

Hendaya se movió hacia la entrada. Se asomó entre las rocas, protegiendo los ojos de la brisa nocturna. En la distancia, dos puntos luminosos se movían sobre la llanura de sal. Faros de vehículos, avanzando en línea recta.

No era una patrulla rutinaria. Iban directos.

—¿Pueden saber dónde estamos? —preguntó Amara a su espalda.

—La aldea está a dos horas. El anciano no nos delató, pero alguien más pudo vernos.

—O Desta supuso que buscarías un refugio de sal —dijo Nadifa—. Es lo que haría cualquier afar.

Hendaya observó los faros un momento más. Calculó distancias. Tiempos.

—Tenemos quince minutos antes de que estén aquí.

—¿Qué hacemos? —preguntó Amara.

Miró el cielo estrellado, el horizonte negro, las luces que se acercaban sin pausa.

—Nos vamos. Ahora.

—¿Hacia dónde?

—A la plataforma. Esta noche. No podemos esperar a mañana.

—Pero Whitaker...

—Whitaker llega mañana. Si llegamos antes, tenemos una oportunidad. Si esperamos, nos encontrarán.

Amara abrió la boca para objetar, pero cerró la mano sobre la muestra de roca contaminada que Hendaya había dejado sobre el suelo. La levantó, la sopesó un instante, y la metió en su propio bolsillo. No dijo nada. Simplemente asintió.

Nadifa ya estaba fuera, ajustándose el pañuelo.

—Por el este —dijo—. La llanura está abierta. Podemos rodearlos si nos damos prisa.

Hendaya recogió la mochila. La dinamita golpeó contra su espalda, un peso muerto que le recordaba lo que estaba a punto de hacer.

Salió de la cueva. El aire de la noche era fresco, pero sabía que al amanecer el calor regresaría con toda su furia. No tenían agua suficiente. No tenían tiempo suficiente.

Pero ya no importaba.

—Vamos —dijo.

Y echaron a correr hacia la oscuridad, mientras los faros seguían acercándose, recortando dos conos de luz sobre la sal.

CAPÍTULO 16: EL CAMINO DE LA SOMBRA

La sal crujía bajo su pecho con cada respiración. Hendaya mantuvo los prismáticos pegados a los ojos, apoyado sobre los codos, el cuerpo fundido con la duna. La plataforma minera emergía del horizonte como una herida metálica en la carne blanca del desierto.

—Cambio de guardia en una hora —dijo sin volverse—. Tenemos una ventana de siete minutos.

Amara yacía a su izquierda, la respiración controlada, el rostro pegado al polvo de sal. Nadifa se había quedado diez metros atrás, oculta tras un afloramiento de roca negra. El viento de la mañana traía olor a metal caliente y diésel.

Ajustó el enfoque. La plataforma se extendía como un pueblo industrial improvisado: tres torres de perforación, dos generadores, una hilera de contenedores apilados, el destello azul de una antena parabólica. Y alrededor, el zumbido constante de la actividad humana.

Contó los guardias. Dos en la torre norte, uno en la sur. Un tercero fumaba junto a la entrada del contenedor principal. Calculó distancias, ángulos, tiempos de reacción. Ciento veinte metros de tierra abierta hasta la sombra del primer generador. Luego otros

ochenta hasta el conducto de ventilación, si es que estaba donde indicaban los planos.

—¿Seguro que siete minutos? —preguntó Amara.

—Los turnos son cada ocho horas al mediodía. Los relevos tardan diez minutos en establecerse. Los primeros tres, los guardias entrantes reciben instrucciones. Los siguientes cuatro, firman papeles y encienden cigarrillos. Eso nos da siete minutos sin ojos en las torres.

—¿Y si hoy hacen las cosas diferentes?

—Entonces estaremos muertos.

Nadifa se deslizó hasta ellos. El pañuelo manchado de sudor y polvo, los ojos seguían afilados. Señaló un punto entre las dos torres de vigilancia.

—Allí —dijo en voz baja—. Entre la luz y la luz. Siempre hay sombra al mediodía.

Hendaya siguió su dedo. Dos torres metálicas se alzaban a ambos lados de la plataforma, separadas por unos treinta metros. Los reflectores montados en sus cimas proyectaban conos de luz que se superponían, pero entre ambos, justo en el centro, había una franja de penumbra. Una línea de sombra de apenas dos metros de ancho.

—Las cámaras no cubren esa zona —añadió Nadifa—. Lo sé porque trabajé aquí tres meses como limpiadora. Vi a los técnicos ajustar los ángulos. Dejaron un hueco.

—¿Por qué?

—Porque la sombra es demasiado oscura para el sensor. Prefirieron cubrir más terreno abierto que perder tiempo calibrando una franja muerta.

Hendaya asintió. La información encajaba con su propia observación. Las cámaras térmicas de las torres barrían el perímetro en un patrón

regular, pero sus ejes nunca se cruzaban exactamente. Entre ambos barridos quedaba un espacio ciego de tres segundos. Suficiente para un hombre que supiera moverse.

—¿Cuánto tiempo necesitas para cruzar? —preguntó Amara.

—Veinte segundos a gatas. Diez si voy agachado. Pero tengo que llevar la dinamita.

—Yo puedo llevarla —dijo Nadifa.

—No.

—Es mi tierra. Mi agua.

—Y mi explosivo. Si lo dejo caer, sé cómo no volarlo todo. Tú no.

Nadifa sostuvo su mirada unos segundos, luego desvió los ojos. No era sumisión, era cálculo. Sabía cuándo discutir y cuándo esperar.

—El cambio es dentro de cuarenta minutos —dijo Hendaya—. Vamos a tener que esperar.

El sol comenzaba a ascender, y con él, la temperatura. Sintió el calor filtrarse a través de la camisa, acumularse en la nuca, evaporar el sudor antes de que pudiera formarse. La deshidratación apretaba la garganta como una mano callosa.

Amara sacó la cantimplora. Quedaban dos dedos de agua tibia, con sabor a plástico y sal. Bebió un sorbo y se la pasó a él. Bebió la mitad y se la devolvió.

—Nadifa —llamó Amara.

La mujer afar negó con la cabeza. —Guárdala. Beberé cuando estemos dentro.

Hendaya volvió a los prismáticos. La plataforma seguía igual. Los guardias realizaban sus rondas con la monotonía del que sabe que nadie va a atacar. ¿Quién atacaría una plataforma minera en el Danakil? No había nada que robar salvo sal y promesas rotas.

Observó los movimientos. El guardia de la torre norte bostezó. El de la sur se apoyó contra la barandilla, el fusil colgando al hombro, el peso del cuerpo sobre una pierna. El del contenedor principal había desaparecido.

—Han empezado los preparativos —dijo.

—¿Preparativos? —preguntó Amara.

—El relevo. El guardia del contenedor ha entrado a despertar al siguiente turno. En quince minutos, los nuevos estarán desayunando. En veinte, subirán a las torres.

—¿Y nosotros cruzamos entonces?

—No. Cruzamos cinco minutos antes. Cuando los relevos están entregando las armas y firmando los registros. Es el momento de máxima confusión.

—Eso no es lo que dijiste antes.

—He ajustado el plan.

Amara lo miró, buscando la duda en sus ojos. No la encontró.

—¿Y si sale mal?

—Entonces tendrás que cubrirme.

—No tengo arma.

—Tienes manos de cirujana. Aprieta fuerte y en el lugar exacto. Con eso basta.

Ella tragó saliva, pero no discutió.

Pasaron los minutos. El sol se elevó un palmo más sobre el horizonte. El viento cambió de dirección, trayendo ahora olor a desierto caliente, azufre y salmuera. Hendaya sintió la lengua hinchada, los labios partidos. Se obligó a no pensar en agua.

Nadifa fue la primera en moverse. —Ya.

Hendaya enfocó los prismáticos. El guardia de la torre norte había bajado. El de la sur seguía allí, pero miraba hacia el interior de la plataforma, hacia el contenedor donde se estaba produciendo el relevo. La torre sur quedaba a la izquierda de su ruta. El guardia no los vería si se mantenían en la franja de sombra.

—Vamos —dijo.

Se deslizó por la duna como un reptil, pecho contra la sal, codos y rodillas impulsándolo hacia adelante. Amara lo seguía a tres metros, imitando sus movimientos. Nadifa cerraba la retaguardia, más fluida, más silenciosa.

El suelo cambió bajo sus cuerpos. De la sal compacta pasaron a una mezcla de grava y polvo. Las piedras se clavaban en la piel. El calor irradiaba desde la tierra, ascendía a través de la ropa, se acumulaba en el vientre.

Veinte metros. La torre sur se elevaba a la derecha, los peldaños metálicos brillando bajo el sol. El guardia seguía dentro, hablando con alguien. Se oían voces, risas, el chasquido de un mechero.

Cuarenta metros. La franja de sombra se abría frente a ellos, una línea de penumbra que cortaba el suelo como un cuchillo. Hendaya se desvió ligeramente, buscando el centro exacto. Las cámaras barrían a ambos lados. Si alguien miraba los monitores, verían solo el cono de luz y, en medio, una sombra.

Sesenta metros. El sudor le caía por la frente, le picaba en los ojos. No podía limpiarse. No podía detenerse. Las manos le ardían. Las rodillas, desgastadas por la sal, sangraban bajo la tela.

Ochenta metros. Oyó una puerta metálica abrirse. Se congeló.

El guardia salió de la torre sur. Llevaba un fusil colgado al hombro y un cigarrillo en los labios. Se apoyó contra la barandilla de la plataforma, a diez metros de donde yacían, y encendió el cigarro. Aspiró profundamente, el humo escapando en espirales hacia el cielo claro.

Hendaya no respiró. El guardia estaba de espaldas, mirando hacia el interior de la plataforma. Si se volvía, los vería. No había cobertura. Solo sal blanca y cuatro cuerpos pegados al suelo.

Pasaron los segundos. El guardia fumó con calma, lentamente, como si tuviera toda la vida por delante. Lanzó la ceniza al suelo. Se ajustó la correa del fusil. Dio una última calada y aplastó la colilla contra la barandilla.

Luego giró y entró en la torre.

Hendaya exhaló. La bocanada de aire caliente le quemó la garganta.

—Sigue —susurró.

Reanudaron el avance. Cien metros. El generador principal rugía a la izquierda, una mole metálica que vibraba con cada revolución del motor. El olor a diésel era tan denso que casi se podía masticar.

Ciento diez metros. La sombra del generador cayó sobre ellos. Hendaya se puso en cuclillas, luego de pie, moviéndose pegado a la pared metálica. Amara y Nadifa lo imitaron.

El conducto de ventilación estaba allí. Emergía del suelo como un tubo de metal oxidado, de unos sesenta centímetros de diámetro, coronado por una rejilla de acero. Los tornillos estaban rojos de óxido.

Se arrodilló junto al conducto. Tocó la rejilla. El metal estaba caliente, pero no al rojo vivo. Pasó los dedos por los tornillos. Cedían.

—Necesito cinco minutos —dijo.

—¿No eran diez? —preguntó Amara.

—Era para instalar los explosivos. Esto solo es abrir la puerta.

—Tenemos tres minutos antes de que el relevo termine.

—Entonces mejor que empiece.

Sacó la navaja del bolsillo y comenzó a trabajar en el primer tornillo. La hoja mordió el metal oxidado, rasgando la capa de herrumbre. El tornillo resistió, luego cedió con un chirrido metálico.

—Vigilad —dijo sin levantar la vista.

Amara y Nadifa se colocaron a ambos lados del conducto, ocultas tras el generador, mirando hacia la plataforma. El ruido del motor cubría cualquier sonido que pudieran hacer.

Segundo tornillo. Más fácil que el primero. El óxido había carcomido la rosca, y el metal se desprendía en fragmentos marrones. Trabajó con movimientos precisos, la navaja girando en la ranura, la punta arañando la cabeza del tornillo.

Tercer tornillo. Este estaba más apretado. Apoyó todo el peso del cuerpo, sintió el mango de la navaja clavarse en la palma de la mano. El tornillo no cedía. Probó con otra angulación, girando en sentido contrario. Nada.

—Maldita sea —murmuró.

—¿Problema? —preguntó Amara sin volverse.

—Uno de los tornillos está gripado.

—¿Puedes forzarlo?

—Estoy intentándolo.

Golpeó la cabeza del tornillo con el mango de la navaja. Una vez, dos veces. El sonido metálico se perdió en el rugido del generador. Probó de nuevo a girar. Nada. El óxido había soldado el acero.

Miró a su alrededor. No había herramientas. Solo sus manos, la navaja, la dinamita. Buscó algo que pudiera servirle de palanca. Nada.

—Nadifa —llamó.

Ella se volvió, silenciosa.

—¿Tienes algo que pueda usar como palanca? ¿Un clavo, un alambre?

Nadifa se palpó los bolsillos. Sacó un trozo de alambre de cobre, fino, flexible. —Esto es todo.

—No servirá.

—Entonces usa la rabia.

Hendaya la miró. La mujer afar sostenía su mirada sin parpadear.

—No entiendo.

—El óxido es terco. Pero la rabia es más fuerte. Piensa en el agua. Piensa en los niños. Piensa en el veneno que están metiendo en la tierra. Y aprieta.

Volvió al tornillo. Tomó el mango de la navaja con las dos manos, apoyó el pie contra el conducto y tiró. Sintió el músculo del hombro tensarse, la herida del cuello doliendo, la sangre latiendo en las sienes. El tornillo crujió. Una fracción de milímetro. Apretó más fuerte.

—Vamos —susurró—. Vamos, cabrón.

El tornillo cedió. La rosca se rompió con un chasquido seco, y la cabeza saltó disparada contra el generador. Hendaya cayó hacia atrás, jadeando.

—Dentro —dijo—. Ahora.

Agarró la rejilla con ambas manos y la levantó. El conducto se abrió como una boca negra. Un olor a metal, polvo y aceite usado ascendió desde las profundidades.

—Primero yo —dijo—. Luego Amara. Luego tú, Nadifa. Cierra la rejilla desde dentro si puedes. Si no, la dejamos abierta y confiamos en que nadie la vea.

Metió los pies primero, se deslizó por el borde del conducto, sintió las paredes metálicas cerrarse a su alrededor. La oscuridad lo envolvió. El olor se intensificó, húmedo, ácido, metálico. El conducto descendía en ángulo, hacia el interior de la tierra.

Oyó a Amara seguirlo. Su respiración, el roce de su ropa contra el metal. Luego Nadifa, más ligera, más ágil.

La luz del exterior se redujo a un círculo cada vez más pequeño mientras la rejilla caía sobre ellos. Un golpe metálico. Oscuridad total.

Hendaya encendió la linterna. El haz de luz rasgó la negrura, revelando paredes de metal corroído, cables eléctricos que colgaban del techo, una capa de polvo en el suelo.

—Quince metros hasta la sala de bombas —dijo—. Vamos.

Se arrastró hacia adelante, las rodillas raspando el metal, la luz de la linterna bailando sobre las paredes. Atrás, Amara y Nadifa lo seguían en silencio.

El conducto se estrechó. Las paredes presionaban sus hombros. La temperatura aumentó, el aire se volvió pesado, cargado de polvo y aceite. Cada metro avanzado era un metro ganado al monstruo de metal que tenían sobre sus cabezas.

—¿Cuánto falta? —preguntó Amara.

—Doce metros.

—Parece más.

—Siempre lo parece.

El conducto giró ligeramente a la derecha. La luz de la linterna iluminó una intersección: otro conducto, más pequeño, que se desviaba hacia arriba.

—¿Por dónde? —preguntó Nadifa.

—Recto. El plano decía que el conducto principal llega directo a la sala de bombas.

—¿Y si el plano estaba mal?

—Entonces estamos perdidos.

Hendaya continuó. Diez metros. Nueve. El sonido del motor del generador se atenuaba, reemplazado por un zumbido más profundo, más grave, que vibraba a través del metal.

Ocho metros. Siete. La luz de la linterna reveló una rejilla al final del conducto. Detrás, una sala iluminada débilmente, con el parpadeo azulado de los paneles de control.

Se detuvo. Apagó la linterna. La oscuridad total los envolvió.

—Escuchad —dijo en voz baja—. Al otro lado está la sala de bombas. Hay técnicos, puede que guardias. Entramos, instalamos los explosivos y salimos. Sin errores. Sin dudas. ¿Entendido?

—Entendido —dijo Amara.

—Entendido —dijo Nadifa.

Hendaya apoyó la mano contra la rejilla. El metal estaba tibio. Al otro lado, el zumbido de las bombas marcaba el pulso de la plataforma.

—Vamos —dijo—. Es ahora o nunca.

Empujó la rejilla. Cedió sin resistencia.

La luz de la sala de bombas se derramó sobre ellos.

CAPÍTULO 17: EN EL VIENTRE DEL MONSTRUO

El conducto apestaba a metal rancio y aceite quemado. Apoyó las manos en la rejilla del techo y empujó. La compuerta cedió dos centímetros. Un haz de luz blanca se filtró por la rendija, trayendo el rumor constante de maquinaria.

Esperó. Contó hasta treinta. Ninguna voz de alarma. Solo el zumbido profundo de la bomba y el golpeteo rítmico de algo metálico contra algo sólido.

Empujó la rejilla hacia arriba. Los tornillos oxidados protestaron, pero no cedieron. Hizo palanca con la navaja, sintiendo la hoja morder el metal blando. Un giro. Otro. El primer tornillo cayó al otro lado con un tintineo que resonó en la sala.

Amara, a sus espaldas, contuvo la respiración.

No se movió. Escuchó. Los golpes continuaban. Alguien canturreaba una melodía que no reconoció. Giró el segundo tornillo. Este salió limpio. El tercero se atascó. El sudor le resbaló por la nariz y cayó sobre la chapa metálica. Maldijo en silencio. La hoja patinó, se clavó en la palma de la mano. No soltó el mango. Apretó los dientes y forzó el giro con los dedos sangrando.

El tornillo cedió.

Levantó la rejilla con cuidado, centímetro a centímetro, hasta tener un hueco suficiente para asomar la cabeza.

La sala de bombas era un rectángulo de unos quince metros de largo por ocho de ancho. Tubos de acero de treinta centímetros de diámetro descendían del techo y se hundían en una losa de hormigón. En el centro, la bomba principal: un cilindro verde oliva, con válvulas y manómetros que sobresalían como costillas de un animal prehistórico. Las tuberías de salida, naranjas, cruzaban la sala hacia el este y se perdían en un túnel de acceso.

Dos hombres trabajaban en el extremo opuesto, junto a un panel de control. Uno llevaba mono azul y casco blanco. El otro, más joven, vestía overol amarillo y manipulaba una llave inglesa en una válvula de paso. Canturreaban. El más joven silbaba entre dientes. El otro reía de algo que no alcanzó a oír.

Evaluó la sala en segundos. Una puerta metálica a la izquierda, cerrada. Extintores en la pared. Un montón de trapos aceitosos junto a un tambor de doscientos litros. La cámara. Lente apuntando al panel de control. Pero el led permanecía apagado. Entrecerró los ojos. Un cable colgaba suelto detrás del soporte, pelado, roto. Estaba desconectada.

—Dos técnicos —susurró—. Y una cámara muerta.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Amara.

—El cable de alimentación está cortado. No graba desde hace tiempo.

Nadifa se movió en la oscuridad. Su voz llegó desde atrás, apenas un roce.

—Yo conozco esta sala. Trabajé aquí tres meses. Hay una compuerta de mantenimiento en el lateral oeste, da al exterior, a un pasillo de servicio. Está cerrada con un pestillo, no con candado. Por ahí puedo rodearlos y llegar a la parte trasera.

Consideró la propuesta. La adrenalina le había secado la boca. Notó el pulso en las sienes, un martilleo constante.

—Dividimos fuerzas. Si te descubren, estás sola.

—Si me descubren, ya habrán perdido tiempo. Ustedes terminarán el trabajo.

No le gustaba dividir al grupo. En la Legión aprendió que la fuerza estaba en el número, en la capacidad de cubrirse mutuamente. Pero la sala no era un campo de batalla. Era un laberinto de tuberías y ángulos muertos. Allí, la astucia podía más.

—Está bien —dijo—. Pero a la primera señal de problema, vuelves al conducto.

Nadifa asintió en la penumbra. Empezó a arrastrarse hacia atrás, hacia la compuerta que recordaba. Oyó el roce del metal contra su ropa, el chirrido leve de un pestillo al ceder. Luego, silencio.

Amara se acercó. Su aliento le rozó la mejilla.

—Confía en ella. Sabe lo que hace.

—No es ella lo que me preocupa —palpó los cartuchos de dinamita en su bolsillo—. Estos explosivos son de prospección, baja potencia. Para derribar la bomba necesitamos colocarlos en el punto exacto.

—¿El techo?

—La base de la bomba está anclada al hormigón con pernos de acero. Si los destrozamos, la bomba se cae sobre sí misma. Pero la carga no es suficiente para romper el hormigón. Tendremos que derribar el techo sobre ella.

—¿El techo?

—Hay una viga transversal justo encima de la bomba. Si la debilitamos, el peso del hormigón hará el resto. He calculado la carga: ocho cartuchos en la junta de la viga, bien distribuidos,

partirán el acero. Demasiado poca, no cae. Demasiada, nos entierran a todos.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—Diez minutos para instalarlos. Cinco para salir.

—Tienes quince.

Amara se ajustó el pañuelo en la cabeza y alisó la camisa manchada. En la oscuridad del conducto parecía una sombra más.

—Cuando oigas el ruido, salgo yo primero —dijo—. Tú detrás. Colocas los explosivos mientras yo los entretengo.

—Y si no funciona...

—Funcionará.

No respondió. Esperó. Calculó mentalmente la posición de los cartuchos, la distancia a la viga, los segundos de mecha. Todo encajaba en su cabeza como un plano. Pero los planos nunca incluían variables humanas.

El ruido llegó desde el exterior de la sala. No era un golpe metálico preparado. Era un chirrido, el sonido de ruedas sobre hormigón, seguido de una maldición en amárico.

La puerta lateral se abrió de golpe.

El segundo técnico —el que había salido antes— entró empujando un carrito de herramientas. Una pata metálica golpeó contra el marco. Las herramientas tintinearon sobre la bandeja. El hombre refunfuñó, se agachó a recoger una llave que había caído.

El técnico del panel levantó la cabeza.

—¿Qué ha pasado?

—Este carro de mierda. La rueda está torcida. ¿Has llamado al almacén por esas piezas?

—Aún no. Termino aquí y llamo.

—Pues date prisa. El jefe llega esta tarde.

Contuvo el aliento. El carrito había creado el momento. El segundo técnico estaba distraído, enderezando la rueda. El otro se había girado hacia el panel.

—Ahora —susurró.

Amara asintió. Se descolgó por el hueco de la rejilla y cayó sobre la chapa de ventilación. El impacto fue sordo, pero no más fuerte que el ruido del carrito.

—¡Hola! —dijo—. Disculpe, estoy buscando al responsable de la plataforma.

Los dos técnicos se giraron. El del mono azul la miró con sorpresa, luego con desconfianza.

—¿Quién es usted? ¿Cómo ha entrado aquí?

—Soy la doctora Kabbaj, de Médicos Sin Fronteras. Me he perdido. Llevo horas caminando por los pasillos. ¿Podría indicarme cómo salir?

El técnico frunció el ceño. Dio dos pasos hacia ella.

—Aquí no debería haber nadie sin autorización. ¿Cómo ha pasado los controles?

—No sé, he llegado por una puerta que estaba abierta. En la planta baja. Creo que es la entrada de servicio.

El hombre se relajó ligeramente. Negó con la cabeza, casi con resignación.

—Otra despistada. Mire, señora, esto no es un hospital. Debe salir inmediatamente. Le acompañaré a la entrada.

—Gracias, es muy amable —Amara sonrió—. ¿Sabe si hay algún responsable? Necesito que me firme un permiso de acceso.

Esperó. Desde el conducto veía la espalda del primer técnico, de espaldas a la bomba. El segundo seguía junto al carrito, mirando hacia la puerta. La sala estaba momentáneamente en desorden.

Bajó. Sus botas tocaron el suelo de hormigón sin hacer ruido. Se deslizó tras la bomba, ocultándose en el punto ciego que había identificado desde arriba.

Los explosivos pesaban en su chaqueta. Los cartuchos eran cilindros de papel encerado, de unos quince centímetros de largo, con los extremos sellados. Sacó dos, luego un tercero. Los colocó contra la base, donde el hormigón se unía al metal.

Buscó la viga transversal. Estaba a tres metros de altura, sobre la bomba, pintada de blanco. Un cordón de soldadura la unía a la estructura del techo. Si colocaba los cartuchos en la junta, la explosión partiría la viga.

Miró a su alrededor. No había escaleras. Solo la caja de herramientas contra la pared, cerca del panel de control. Demasiado lejos.

—Amara —susurró, apenas un hilo de voz.

Ella lo oyó. Mantuvo la sonrisa mientras el técnico se acercaba.

—¿Sabe qué? —dijo Amara—. Creo que he visto un acceso por allí. ¿Es esa la salida?

Señaló hacia la puerta por la que había entrado el segundo técnico. El hombre giró la cabeza para mirar.

Aprovechó el segundo. Corrió hacia la caja de herramientas, la abrió y sacó un martillo de orejas. Regresó a la bomba.

El técnico volvió a mirar a Amara.

—No, esa va al túnel de extracción. Está prohibido. Le acompañaré por la salida principal.

—Perfecto. Vamos.

Amara comenzó a caminar hacia la puerta principal. El técnico la siguió. En el momento en que el hombre traspasó el umbral, trepó por la estructura metálica de la bomba, usando los tubos como escalones. Llegó hasta la viga. El martillo golpeó el metal. Un ruido sordo. Los cartuchos encajaban perfectamente en la junta.

El otro técnico regresaba. Oyó la voz antes de verlo.

—¡Eh! ¿Qué está haciendo?

Llegó desde la entrada lateral. Se congeló. No había tiempo de bajar. Se quedó inmóvil, agarrado a la viga, a cuatro metros del suelo.

El técnico del mono azul entró en la sala. Miró hacia la bomba. Lo vio.

—¡Alto! ¡Baje de ahí!

La mano del hombre fue hacia la cadera, buscando algo. Una radio. Saltó. Cayeron al suelo. El técnico era fuerte, más joven de lo que parecía. Forcejeó, intentó meter la mano en el bolsillo donde llevaba el transmisor. Le inmovilizó la muñeca contra el hormigón, sintió los tendones tensarse, y le descargó un golpe seco en la sien con la palma. El técnico se relajó, inconsciente.

Amara regresó corriendo.

—¿Está muerto?

—No. Pero tiene para rato. —Se levantó, respirando con dificultad—. Sújeta sus manos. Usa el cable de la caja.

Ella obedeció. Sacó un cable eléctrico y ató las muñecas del hombre. Mientras tanto, colocó los dos últimos cartuchos en la viga. Conectó la mecha lenta. El rollo medía veinte metros, suficiente para llegar hasta la salida del conducto.

—Ya está —dijo—. Nos vamos.

—¿Y el otro técnico?

—Volverá. Cuando no encuentre a Nadifa, volverá. Tenemos que estar fuera para entonces.

Tiró del técnico atado, lo arrastró detrás de la bomba, ocultándolo entre las tuberías. Luego se giró hacia la rejilla.

—Sube tú primero —dijo.

Amara trepó. Él la siguió. Desde el conducto, vio la sala por última vez. La bomba, los cartuchos, la viga. En la esquina, la cámara seguía muda, el cable colgando inútil.

—¿Por qué estaba desconectada? —preguntó Amara.

—No lo sé. Quizás Nadifa lo sabía. Quizás alguien la dejó así a propósito.

—¿Y ahora qué?

—Ahora salimos.

Empezó a avanzar hacia la salida, arrastrándose. La mecha colgaba de su cinturón, lista para ser encendida. El conducto se cerraba a su alrededor. Olor a metal, a polvo, a sudor.

A diez metros de la rejilla de salida, oyó el ruido.

No era una alarma. Era un motor. El motor de un vehículo que se aproximaba desde el este.

—Whitaker —dijo—. Llega temprano.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—No lo sé. Pero si entra en la plataforma, nos verán. Tenemos que salir ahora.

Apretó el paso. Las rodillas sangraban. Los brazos le temblaban. Pero no se detuvo.

La rejilla estaba a menos de un metro. Más allá, la luz del sol del mediodía, cegadora, cálida, prometiendo libertad.

—Voy a encender la mecha —dijo—. Cuando salgamos, corred. No miréis atrás.

—¿Y si nos ve Whitaker?

—Si nos ve, ya no importará. La bomba estará destruida.

Alcanzó la rejilla. La empujó. La compuerta cedió. Se asomó.

Fuera, el sol lo cegó un instante. Cuando enfocó, vio los dos vehículos que se acercaban desde el oeste. El primero, un todoterreno negro. En la distancia, tras él, un camión cubierto.

Whitaker llegaba.

Pero la alarma no sonaba. Y la cámara seguía muerta.

Dudó. Algo no encajaba.

—¿Qué pasa? —preguntó Amara.

—La cámara. La desconectaron. Pero la seguridad no ha reaccionado. Tendrían que haber notado que no funcionaba.

—Quizás no revisan. Quizás es pura fachada.

—Quizás quieren que entremos.

Amara no respondió.

La miró un segundo. Luego encendió la mecha. La punta escupió una lluvia de chispas que olían a pólvora y a metal caliente. El humo se elevó en espiral, perdiéndose en la oscuridad del conducto, y supo que el fuego ya viajaba hacia los cartuchos.

—Ahora —dijo—. Corred.

Y saltaron al exterior, al sol, al salar, mientras a sus espaldas la mecha devoraba metros, acercándose a la viga, acercándose a la bomba, acercándose al vientre del monstruo.

CAPÍTULO 18: FUEGO EN LA MINA

La sirena rasgó el silencio del salar.

Hendaya se giró. La plataforma vomitaba luz roja por todas sus rendijas. Los reflectores de la entrada principal se encendieron, bañando la llanura de sal en un resplandor blanco que recortaba la silueta del todoterreno negro. Whitaker estaba a menos de cien metros.

—La alarma —dijo Amara, jadeante.

—El técnico —respondió Nadifa—. Encontraron al otro.

Hendaya ya no escuchaba. Tenía la mano en el bolsillo, donde el detonador manual colgaba inerte. Lo había apretado tres veces al saltar del conducto. Nada. La mecha lenta seguía ardiendo allí abajo, pero el detonador de proximidad no había funcionado. Tal vez la caída, tal vez un defecto de fabricación, tal vez la maldita arena del desierto metiéndose en los contactos.

—No funciona —dijo, y la frase sonó más a sentencia que a constatación.

—¿Qué hacemos? —preguntó Amara.

Hendaya miró la plataforma. Las luces rojas parpadeaban rítmicamente, marcando el pulso de la emergencia. Guardias corriendo hacia el interior desde la garita de entrada. El técnico del

overol amarillo asomado a la puerta principal, gesticulando y señalando hacia el conducto de ventilación.

—El panel de control —dijo Hendaya—. Hay que activar la detonación desde ahí.

—¿Estás loco? —Amara lo agarró del brazo—. Está lleno de guardias. Whitaker está llegando.

—Si no detonamos ahora, la mecha se consume y no pasa nada. Los explosivos se quedan ahí. Los guardias los encontrarán. Y todo habrá sido para nada.

Nadifa ya se movía hacia la compuerta lateral, pegada a la sombra de la estructura metálica. No dijo nada. Su silencio bastaba.

Hendaya soltó el brazo de Amara.

—Tú puedes quedarte. Nadie te obliga.

—No digas estupideces —respondió ella, y lo siguió.

La compuerta lateral seguía abierta. Nadifa la había dejado así cuando salió, y el movimiento de la alarma había dispersado a los guardias hacia el frente. Entraron en fila india: Hendaya primero, Amara detrás, Nadifa cerrando.

El pasillo estaba vacío. La luz roja teñía las paredes de metal, creando sombras que se alargaban y contraían con cada parpadeo. El ruido de la sirena era ensordecedor, un lamento eléctrico que vibraba en los dientes.

Hendaya conocía el camino. Lo había memorizado en los planos, lo había recorrido dos veces en el conducto, lo había visto desde la rejilla. Sala de bombas a la izquierda, pasillo de mantenimiento, escalera al entrepiso, y allí, una puerta metálica: la sala de control.

Llegaron a la esquina. Hendaya asomó la cabeza.

La puerta de la sala de control estaba abierta. Luces parpadeantes, monitores encendidos. Vacía.

—Ahora —susurró.

Corrieron. Los pasos sonaban huecos en el metal. Hendaya entró primero, localizando inmediatamente el panel. Una consola de acero inoxidable con seis monitores, dos teclados, una pantalla táctil y, en el centro, un conmutador rojo protegido por una tapa de metacrilato.

«Activación manual de detonación.»

La tapa estaba sellada con un precinto de plástico. Hendaya lo rompió de un tirón. Levantó la tapa. El conmutador tenía tres posiciones: ARMADO, SEGURO, DETONAR.

Lo giró a ARMADO. La pantalla táctil se iluminó con un mensaje:

«INTRODUZCA CÓDIGO DE EMERGENCIA»

—Mierda —dijo Hendaya.

—¿Qué pasa? —preguntó Amara.

—Necesita un código.

Nadifa se plantó en la puerta, mirando hacia el pasillo. —Tenemos poco tiempo. Vienen.

Hendaya cerró los ojos. Los planos. Los había estudiado durante horas en el refugio de Nadifa, bajo la luz de una linterna, mientras la arena se colaba por las rendijas. Había visto la nota al margen, escrita a mano, en caligrafía de ingeniero: «Código de emergencia: 1947. Año de fundación.»

¿1947?

Tecleó los números. La pantalla parpadeó.

«CÓDIGO INCORRECTO. INTENTO 1 DE 3.»

—No —susurró Hendaya—. No, no, no.

—¿Estás seguro del código? —preguntó Amara.

—Los planos decían 1947. Año de fundación de la compañía.

—¿Y la compañía se fundó en 1947?

Hendaya abrió los ojos. La pantalla le devolvió el parpadeo rojo. No lo sabía. Había asumido, había dado por sentado. Pero los planos podían estar desactualizados, podían haber cambiado el código, podía ser cualquier cosa.

—¿Qué hacemos? —preguntó Amara.

Pasos. Múltiples pasos. Corriendo hacia ellos desde el pasillo principal.

Nadifa se pegó a la pared, sacó algo del bolsillo: una llave inglesa que había recogido de la sala de bombas. —Ya vienen.

Hendaya miró la pantalla. Segundo intento. Podía arriesgar otro número, o intentar recordar si había algo más en los planos. Pero los planos eran claros: 1947. La nota decía «Código de emergencia: 1947». No había alternativa.

Tecleó de nuevo. 1947.

«CÓDIGO INCORRECTO. INTENTO 2 DE 3. UN INTENTO FALLIDO BLOQUEARÁ EL SISTEMA.»

—Queda uno —dijo Amara.

El sudor le resbaló por la nuca. Los dedos le temblaban sobre el teclado. 1947. Tenía que ser. Pero no funcionaba. ¿Qué otro código podía ser? ¿El año de la primera prospección? ¿El número de permiso? No lo sabía. No lo había memorizado.

Y entonces lo vio.

En la esquina inferior de la pantalla, un logotipo corporativo: Aquifer Global Corp. Y debajo, en letras diminutas: «Fundada en 1948».

1948. No 1947. La nota en los planos estaba equivocada. O era un señuelo. O el ingeniero que la escribió había cometido un error.

—1948 —dijo Hendaya.

—¿Qué? —preguntó Amara.

—La compañía se fundó en 1948. El código es 1948.

Tecleó. Los dedos, torpes, golpearon las teclas. 1-9-4-8.

La pantalla se volvió verde.

«CÓDIGO ACEPTADO. DETONACIÓN EN 30 SEGUNDOS. CONFIRMAR.»

Hendaya apretó CONFIRMAR sin dudar.

Y entonces lo supo. Treinta segundos. Podía correr, llegar a la salida, perderse en el salar. Pero si se iba, los guardias desactivarían la carga. Todo habría sido en vano: la excavación con las manos desnudas, el forcejeo con el técnico, el riesgo de dejar a Amara y Nadifa dentro. Apoyó los dedos en el teclado. Se quedó.

Una voz desde la puerta:

—¡Alto! ¡No se muevan!

Era un guardia. Mono negro, brazalete blanco, pistola en la mano. Apuntaba directamente a Hendaya.

—¡Manos arriba! ¡Ahora!

Amara se movió antes de que Hendaya pudiera reaccionar. Dio un paso al frente, interponiéndose entre el guardia y la consola.

—No dispares —dijo, con una voz que no temblaba—. Soy médica. Esto es una emergencia.

—¡He dicho manos arriba!

El guardia avanzó, el arma firme. Detrás de él, otro uniforme asomó en el pasillo. El técnico del overol amarillo, señalando, gritando algo inaudible bajo la sirena.

Hendaya mantuvo las manos a media altura. Su cabeza funcionaba a toda velocidad: veinticinco segundos para la detonación. Necesitaba salir de allí. Pero si se movía, el guardia disparaba. Y si disparaba, todo se perdía.

—Escucha —dijo Amara—. Hay una bomba en la sala de abajo. Va a explotar en veinte segundos. Si no sales de aquí, vas a morir.

El guardia dudó. Miró a Amara, miró a Hendaya, miró la pantalla donde el contador descendía: 22... 21...

—¿Bomba? —preguntó.

—Sí —dijo Hendaya—. Y tú estás en el radio de la explosión.

El guardia bajó el arma dos centímetros. Fue suficiente.

Nadifa surgió de la nada. La llave inglesa impactó en la muñeca del guardia con un crujido seco. La pistola cayó al suelo. El guardia gritó, se dobló, y Nadifa lo remató con un rodillazo en el estómago que lo dejó sin aire.

—Quince segundos —dijo Amara.

Nadifa recogió la pistola. —Vámonos.

Salieron de la sala de control. El pasillo estaba vacío, pero desde el fondo llegaban más gritos, más pasos, más guardias convergiendo. Corrieron hacia la salida lateral, hacia la compuerta, hacia el exterior.

—Diez segundos —contó Amara.

Hendaya llegó primero a la compuerta. La abrió de un empujón. La luz blanca de los reflectores los cegó. El salar se extendía ante ellos, vacío, abierto, sin cobertura.

—Cinco segundos —dijo Amara.

Corrieron.

La explosión no fue un trueno. Fue un golpe sordo, subterráneo, que levantó el suelo bajo sus pies. Una onda expansiva que sacudió la plataforma desde los cimientos. El ruido llegó después: un rugido grave, profundo, que parecía salir de las entrañas de la tierra.

Hendaya cayó de rodillas. Se giró.

El centro de la plataforma se hundía. El techo de la sala de bombas, justo donde había colocado los ocho cartuchos de dinamita, se plegaba sobre sí mismo como un acordeón de metal retorcido. Una nube de polvo blanco y gris se elevó hacia el cielo, mezclada con el humo negro de la mecha.

La bomba de extracción quedaba sepultada bajo toneladas de acero y cemento. El agua del acuífero —si es que había llegado a subir hasta allí— correría libre ahora por las grietas del subsuelo, sin nadie que la bombeara, sin nadie que la contaminara.

Había funcionado.

—Lo logramos —dijo Amara, arrodillada junto a él, jadeante.

Nadifa se incorporó lentamente, observando el colapso con una expresión que Hendaya no supo descifrar. Alivio, quizás. O tristeza. La tierra de sus ancestros, violada una vez más, pero al menos vengada.

Hendaya se puso en pie. Las piernas le temblaban. La rodilla derecha, aún sangrante, protestó. Pero estaba entero. Estaban enteros.

—Tenemos que irnos —dijo—. Whitaker debe estar—

—No irán a ninguna parte.

La voz llegó desde atrás, cortante, fría.

Hendaya se giró.

Desta Haile estaba a diez metros. Uniforme impecable, fusil en posición de disparo, apuntando directo al pecho de Hendaya. Dos soldados lo flanqueaban, también armados, también apuntando.

—Alto —dijo Desta—. No se muevan.

El silencio se instaló sobre el salar. La sirena, ahogada por la explosión, había dejado de sonar. Solo se escuchaba el crepitar del metal retorcido y el viento, que comenzaba a levantar la sal en remolinos finos.

Amara levantó las manos lentamente. Nadifa no se movió, la pistola del guardia aún en su mano, pero apuntando al suelo.

Hendaya miró a Desta a los ojos. El capitán etíope sostenía el fusil con firmeza. Su mandíbula estaba apretada. Pero en sus ojos, Hendaya creyó ver algo más que odio. Algo parecido a... ¿respeto?

—Capitán —dijo Hendaya—. La bomba ha sido destruida. No podrán extraer nada de aquí.

—Lo sé —respondió Desta.

—Entonces baje el arma. Esto se acabó.

Desta no bajó el arma. Apretó la culata contra el hombro, ajustó la puntería.

—Ha causado usted muchos problemas, Hendaya. Whitaker está furioso. Y cuando Whitaker está furioso, yo pago las consecuencias.

—Entonces dispáreme —dijo Hendaya—. Dispáreme y demuestre que no es más que un perro de presa.

El dedo de Desta se tensó sobre el gatillo.

Amara contuvo el aliento.

Nadifa giró la pistola, lista para disparar.

Pero Desta no apretó el gatillo.

Mantuvo la posición durante cinco segundos eternos. Luego, lentamente, bajó el fusil.

—No —dijo—. No le daré ese placer. Whitaker quiere verlo. Quiere hablar con usted. Dice que tiene una oferta.

—No me interesa.

—Le conviene interesarse. Porque si no acepta, él se encargará de que sus amigos afar paguen cada gota de agua que han derramado.

Nadifa dio un paso al frente. —No amenaces a los míos.

—No es una amenaza —dijo Desta—. Es un hecho. Whitaker tiene contactos. Puede hacer que el gobierno etíope reubique a toda la aldea. O algo peor.

El peso de la derrota cayó sobre Hendaya. Había destruido la bomba, sí. Pero Whitaker seguía allí, y Desta seguía allí, y el poder seguía del lado de los que tenían el dinero y las armas.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—Hablar. Nada más. Si no le gusta su oferta, puede irse. Le doy mi palabra.

—¿Su palabra? —Hendaya rió, sin humor—. Su palabra no vale nada, capitán. Lo ha demostrado.

Desta sostuvo su mirada. —Tal vez. Pero es lo único que tengo. Y es lo único que le ofrezco.

El viento arreció, levantando una cortina de sal entre ellos. Hendaya parpadeó; los cristales minúsculos se le incrustaron en la piel.

Miró a Desta. Luego la plataforma humeante. Después el todoterreno negro, donde una silueta alta y delgada lo observaba desde la distancia.

Whitaker.

—De acuerdo —dijo Hendaya—. Hablaré con él.

Desta asintió. Hizo un gesto a sus soldados. Estos avanzaron, separando a Hendaya de Amara y Nadifa.

—¿Qué haces? —preguntó Amara—. ¡No puedes fiarte de ellos!

—No me fío —respondió Hendaya, mientras los soldados lo esposaban—. Pero quiero ver su cara. Quiero que sepa quién lo ha parado.

Los soldados lo condujeron hacia el todoterreno negro. A su espalda, la plataforma gemía, el metal retorcido crujía, y el humo seguía elevándose hacia el cielo implacable del Danakil.

Amara y Nadifa quedaron en el salar, rodeadas de soldados, observando cómo se llevaban a Hendaya.

—¿Ahora qué? —preguntó Amara.

Nadifa apretó la pistola en su mano. No respondió. Pero en sus ojos, pequeños y duros como piedras, brillaba algo que no era resignación.

Era determinación.

CAPÍTULO 19: EL PRECIO DE LA LEALTAD

Whitaker los había soltado a regañadientes, furioso pero atado de manos por la presencia de los soldados. Ahora Desta los tenía de nuevo en el suelo, pero esta vez no había ejecutivos blancos a los que rendir cuentas.

El cañón del fusil apuntaba directo al rostro de Hendaya. Podía oler el aceite del arma mezclado con el humo que ascendía de la plataforma. Las llamas lamían el cielo anaranjado, proyectando sombras bailarinas sobre la sal.

—No se muevan —dijo Desta.

Su voz sonaba distinta. Hendaya lo miró desde el suelo, con la mejilla apoyada contra la costra salina. Dos soldados lo flanqueaban, fusiles en ristre, las caras tensas bajo los cascos. A tres metros, Amara y Nadifa yacían bocabajo, los brazos extendidos. La pistola del guardia había desaparecido, arrancada de las manos de Nadifa cuando los soldados la rodearon.

La plataforma crujió. Una viga maestra cedió con un gemido metálico, levantando una cascada de chispas. El humo olía a plástico quemado y a ácido. Olía a derrota.

Pasaron diez segundos. Quince. El silencio solo se rompía por el crepitar del incendio.

Desta bajó el fusil.

—Levántense.

Los soldados intercambiaron miradas. El más joven, un recluta de no más de veinte años, apretó la culata contra el hombro, sin saber si apuntar o rendirse.

—He dicho que se levanten —repitió Desta.

Hendaya se puso en pie. Las esposas le mordían las muñecas, y el hombro derecho le ardía por la caída. Notó el sabor metálico de la sangre en el labio partido. A su lado, Amara se incorporó con trabajo, sosteniéndose la costilla, el moño deshecho sobre la nuca. Nadifa fue la última. Se irguió con la dignidad de quien ha sido humillada muchas veces pero nunca vencida.

—Capitán —dijo el soldado joven—, las órdenes…

—Las órdenes han cambiado.

Desta se volvió hacia ellos. Las llamas le iluminaban el rostro, acentuando las sombras bajo sus ojos. Tenía la mandíbula tensa, el cuello rígido, pero los dedos sobre el guardamano del fusil estaban sueltos.

—Guarden las armas.

—Pero…

—He dicho que guarden las armas.

El soldado joven dudó. El otro, más veterano, obedeció sin preguntar. El clic metálico del seguro al activarse sonó nítido en el aire quieto.

Hendaya observó a Desta. Había visto esa mirada antes, en otros hombres, en otras guerras. Era la mirada de quien ha tomado una decisión y sabe que no hay vuelta atrás.

—Va a tener que explicarse, capitán —dijo.

—No le debo explicaciones a usted.

—Se las debe a sus soldados.

Desta no respondió. Se limitó a mirar el incendio, el humo que se elevaba como una columna hacia el cielo violáceo. La plataforma seguía ardiendo, y con ella, meses de trabajo, millones de dólares, el sueño de un imperio hídrico.

—Esto no era una misión humanitaria —dijo al fin.

—Ya lo sé.

Desta lo miró. —¿Lo sabía cuando entró?

—Lo supe cuando vi los planos. Litio. No agua potable.

—Y aun así entró.

—Aun así.

Desta asintió lentamente. Los reflectores de los vehículos iluminaban la escena desde la distancia, pero él seguía de espaldas a ellos, mirando a Hendaya.

—Investigué a Aquifer Global —dijo—. Cuando empecé a hacer preguntas, me dijeron que me callara. Cuando insistí, me ofrecieron dinero. Cuando lo rechacé, me amenazaron.

—¿Y qué hizo?

—Esperé. Guardé los documentos. Las transferencias. Los correos cifrados.

—Sabe que eso es traición.

—Sé que es mi deber.

Se oyeron pasos sobre la grava. Todos se giraron.

Montero llegó corriendo desde la entrada de la plataforma, la camisa empapada, las gafas empañadas, las manos abiertas en señal de urgencia. Jadeaba.

—¿Qué está pasando aquí?

Desta no se movió. Montero lo vio con el fusil en bandolera, a los prisioneros en pie, y su expresión pasó de confusión a incredulidad y luego a furia.

—Desta —dijo, la voz entrecortada por la carrera—. ¿Qué coño estás haciendo?

—Cumpliendo mi deber.

—¿Tu deber? —Montero señaló a Hendaya—. ¡Este hombre acaba de volar la plataforma! ¡Es sabotaje, es terrorismo!

—Es justicia.

—¿Justicia? —Montero rió, una risa seca, histérica—. Eres un soldado. Tienes órdenes. Ejecuta a esos tres y acabamos.

—No.

—¿Cómo que no?

Desta se volvió hacia él. La diferencia de altura era notable: Desta le sacaba una cabeza, pero no era eso lo que hizo retroceder a Montero. Era la mirada. La misma mirada que Hendaya había visto antes.

—He jurado lealtad a Etiopía —dijo Desta—. No a una multinacional que envenena nuestro agua. No a unos ejecutivos que compran a mis superiores. No a un ingeniero que vende su conciencia por un contrato.

Montero palideció.

—No sabes de lo que hablas.

—Lo sé todo. Las transferencias a los funcionarios del ministerio. Los permisos falsificados. La tapadera humanitaria. Todo.

—Eso es… eso es información clasificada.

—La información clasificada es la que oculta un delito. Y esto es un delito, Montero. Usted lo sabe.

Montero miró a su alrededor, buscando apoyo. Vio a los soldados, que observaban en silencio, los fusiles apuntando al suelo. Vio a Amara, que lo miraba con desprecio. Vio a Nadifa, con el puño apretado alrededor del puñado de arena que aún conservaba.

Y vio a Hendaya.

—Javi —dijo Hendaya—. Ya está.

—No. No está. Esto no ha hecho más que empezar.

—Han perdido. La bomba está destruida. La plataforma se quema. No hay vuelta atrás.

Montero se llevó las manos a la cabeza, se mesó el pelo canoso. Dio dos pasos en círculo, como un animal acorralado. Luego se detuvo.

Y sacó la pistola.

El movimiento fue rápido, ensayado. Un arma corta, negra, con el cañón oscuro, que apuntó directamente al pecho de Desta.

—Vas a hacer lo que te digo —dijo—. Vas a esposar a esos tres y vas a llevarlos al vehículo. O te pego un tiro aquí mismo y digo que intentaron huir.

Desta no se inmutó.

—No va a disparar.

—¿Quieres apostar tu vida a eso?

—No tengo que apostar nada.

—Eres un militar de mierda. Obedeces órdenes. Y yo soy tu superior en esta operación.

—No. Es usted un civil armado que amenaza a un oficial del ejército etíope en cumplimiento de su deber.

—Si no obedeces, llamaré a Adís Abeba —dijo Montero, la voz tensa —. Les diré que te has vuelto loco, que has liberado a los terroristas. Tu carrera se acabará. Tu familia pagará por tu traición.

—Mi familia ya pagó —respondió Desta—. Mi hermano murió en la guerra de Tigray por culpa de políticos que vendieron sus fusiles a los rebeldes. No tengo nada que perder.

Montero parpadeó. La pistola tembló en su mano.

—¡Me da igual tu historia! ¡Baja el arma o disparo!

—No va a disparar, Montero. No tiene valor.

—¡Claro que tengo!

—No. Usted firma papeles. Usted hace llamadas. Usted miente en reuniones. Pero no dispara. Nunca ha disparado.

—¡No me jodas con el deber! —gritó Montero—. ¡Yo construí esto! Yo sudé. Yo mentí. Yo hice lo que había que hacer para que esto funcionara. Y tú, Saúl, tú siempre con tu puto código moral de mierda. ¡Siempre el héroe! ¡Siempre el que sabe lo que está bien!

Hendaya dio un paso al frente.

—No vale la pena, Javi.

—¿Que no vale la pena? ¿Después de todo? ¿Después de años?

—Ya perdiste. Suelta el arma.

—No he perdido. Whitaker tiene contactos. Tiene poder. Esto no se acaba aquí.

—Se acaba aquí para ti.

Montero apretó la mandíbula. El cañón de la pistola describió un círculo tembloroso. Lo movió de Desta a Hendaya, de Hendaya a Amara, de Amara a Nadifa.

—Ustedes no entienden —dijo, la voz quebrada—. No entienden lo que es tener una oportunidad y verla esfumarse. No entienden lo que es estar tan cerca…

—Entiendo —dijo Hendaya—. Estuve cerca. En 2019. Cuando firmé aquellos documentos. Cuando confié en ti.

Montero parpadeó. La mano le tembló.

—Eso fue… eso fue diferente.

—No. Fue exactamente igual. Elegiste el dinero. Elegiste la traición. Y ahora estás aquí, con una pistola apuntando a un hombre que solo hace lo correcto.

—¡Yo hago lo correcto!

—No.

La palabra cayó como una losa. Montero abrió la boca, pero no salió nada.

Desta se movió.

Fue rápido, limpio, profesional. Un giro de cadera, un golpe seco en la muñeca, y la pistola describió un arco en el aire antes de caer a la sal. El segundo movimiento fue un barrido con la pierna que envió a Montero al suelo de espaldas, con un golpe sordo que levantó una nube de polvo blanco.

Antes de que pudiera reaccionar, Desta tenía la rodilla sobre su pecho y el cañón de su fusil apoyado en la frente.

—Largo de aquí —dijo.

Montero jadeaba. Tenía los ojos abiertos, las manos extendidas sobre la sal, temblando.

—Me vas a matar.

—No. Pero si vuelvo a verlo en Danakil, no tendré piedad. Largo.

Desta se levantó. Montero tardó un par de segundos en ponerse de pie. Lo hizo con torpeza, las rodillas manchadas de sal, los nudillos sangrando. Miró a su alrededor, buscando algo, cualquier cosa, pero solo encontró caras cerradas, miradas que no le ofrecían salida.

—Esto no se acaba aquí —repitió, pero esta vez sonó vacío, sin convicción.

Se giró y empezó a caminar. Al principio despacio, luego más rápido, hasta que su figura se perdió entre las sombras de los vehículos aparcados.

El silencio volvió. Solo el fuego seguía hablando, crepitando, devorando los restos de la plataforma.

Desta respiró hondo. Se pasó la mano por la cara, el gesto de quien ha cruzado una línea y sabe que no hay retorno.

—Capitán —dijo el soldado joven—, ¿qué hacemos ahora?

—Esperamos.

—¿Órdenes de arriba?

—No. Mis órdenes.

El soldado asintió. No dijo nada más.

Desta se volvió hacia Hendaya. Buscó algo en su cinturón, y Hendaya oyó el tintineo de las llaves. Un momento después, las esposas cayeron al suelo con un golpe metálico.

—Tiene las muñecas destrozadas —dijo Desta.

—He tenido días peores.

—Seguro.

Se miraron. Durante un instante, no hubo palabras. Solo el humo, las llamas, la noche que caía sobre Danakil.

—Los llevaré fuera de aquí —dijo Desta—. Tengo un convoy que escolta camiones de suministro hasta Mekele. Salen al amanecer. Les daré ropa, comida y un lugar donde esconderse.

—¿Por qué? —preguntó Amara. Su voz sonaba cansada, pero firme —. ¿Por qué arriesga su carrera por nosotros?

—Porque mi carrera ya no significa nada. No cuando sé lo que sé.

—Podría haber mirado hacia otro lado.

—Podría. Pero no lo hice.

Desta guardó las llaves. Miró el incendio. Las llamas lamían el cielo como lenguas de un dios enfurecido.

—Dígame la verdad, Hendaya —dijo, sin volverse—. ¿Valió la pena?

Hendaya siguió su mirada. La plataforma se derrumbaba sobre sí misma, viga a viga, destruyendo la bomba que había estado extrayendo el acuífero fósil. El agua seguiría allí, bajo tierra, protegida por la roca, la sal y el tiempo.

Por ahora.

—Sí —dijo.

Desta asintió. No dijo nada más.

Más allá del resplandor del incendio, la noche caía sobre Danakil. Las estrellas empezaban a aparecer, una a una, diminutas, lejanas, indiferentes.

Hendaya sintió el peso del cuerpo. Las heridas, la deshidratación, el agotamiento. Pero también sintió algo más. Algo que no había sentido en años.

Esperanza.

—Tenemos que irnos —dijo Desta—. Antes de que Whitaker decida enviar a sus propios hombres.

—No nos seguirá —dijo Hendaya—. No mientras haya testigos.

—¿Qué testigos?

Hendaya miró a los soldados. Luego a Nadifa, a Amara. Luego al horizonte, donde las siluetas de los vehículos se recortaban contra el último resplandor del ocaso.

—Todos —dijo.

Desta lo entendió. Asintió una vez, se ajustó el fusil al hombro, y señaló el camino.

—Vamos.

Caminaron en silencio. Las botas sobre la sal, el chasquido de la grava, el crepitar lejano del incendio. Detrás, la plataforma seguía ardiendo, iluminando el salar como una hoguera funeraria.

Delante, la oscuridad. Y dentro de ella, el camino de vuelta.

Hendaya miró a Amara. Tenía el rostro surcado de polvo y sudor, pero los ojos le brillaban. Miró a Nadifa. Caminaba erguida, los hombros rectos, la mirada fija en el horizonte.

Miró a Desta. Un soldado que había elegido su conciencia. Un enemigo convertido en aliado.

—Capitán —dijo.

Desta se volvió.

—Gracias.

Desta no respondió. Pero durante un instante, antes de girarse y seguir caminando, sus ojos encontraron los de Hendaya. Y en ellos no había duda. Solo certeza.

La certeza de haber hecho lo correcto.

El fuego seguía ardiendo.

Pero la noche era más grande.

CAPÍTULO 20: LA CARAVANA DE LOS MUERTOS

El Land Rover rodaba en penumbra, las luces apagadas, el motor un murmullo bajo el capó. Desta se inclinaba sobre el volante, los ojos fijos en la huella que apenas se distinguía entre la grava y la sal. De vez en cuando movía la cabeza, escuchando el zumbido del motor como quien ausculta a un enfermo.

Hendaya iba a su lado, el brazo apoyado en la ventanilla, el aire nocturno golpeándole la cara. La temperatura había caído veinte grados desde el atardecer, pero su cuerpo aún conservaba el calor del día, una fiebre sorda que le recorría los huesos. Detrás, en el asiento trasero, Amara y Nadifa dormitaban, los cuerpos vencidos por el agotamiento. Una de ellas, la médica, respiraba con un silbido leve, casi imperceptible.

—¿Cuánto falta? —preguntó Hendaya.

—Una hora, quizá menos —respondió Desta sin apartar la mirada del camino—. Si el motor aguanta.

Hendaya no preguntó qué pasaría si no aguantaba. Lo sabía. Llevaba doce años en esto: los motores siempre fallaban en el peor momento. La primera vez fue en Malí, con un Toyota destartalado que los dejó tirados a cuarenta kilómetros del campamento base. El

sol los había cocido vivos durante seis horas antes de que apareciera un camión de pastores tuareg. Aquel día aprendió que en el desierto no hay rescates, solo resistencias.

La luna colgaba baja, una uña amarilla sobre el perfil de las montañas al este. El salar se extendía a ambos lados, blanco y muerto, como la superficie de otro planeta. Hendaya pensó en los mapas que había visto en el teléfono, los acuíferos marcados en azul bajo la corteza de sal. Agua atrapada, millones de años de lluvia fósil, esperando a que alguien la perforara.

O la robara.

—Desta —dijo, sin volverse—. ¿Qué sabes del helicóptero?

El capitán apretó la mandíbula. Un gesto mínimo, pero Hendaya lo captó en el reflejo del parabrisas. Conocía esa expresión, la había visto en oficiales que estaban a punto de confesar algo que preferirían callar.

—Whitaker tiene un helicóptero privado en una base al sur —dijo Desta—. Una pista de aterrizaje que la compañía construyó el año pasado. Lo usa para mover personal entre los campamentos.

—¿Cuánto personal?

—Suficiente para tomar el control de la zona. He visto convoyes blindados escoltando equipos de perforación. No son soldados regulares, son contratistas privados. Sudafricanos, algunos europeos. Exmilitares, la mayoría.

Hendaya asintió. Tenía sentido. Aquifer Global no era una ONG. Era una operación militar disfrazada de misión humanitaria. El agua era solo la excusa; el litio era el verdadero tesoro, y quien controlara el acuífero controlaría el futuro de las baterías del continente.

—¿Y los documentos? —preguntó Hendaya—. Los que dijiste que tenías.

Desta se llevó una mano al bolsillo interior de la chaqueta. El papel crujió bajo sus dedos.

—Transferencias bancarias, correos internos, autorizaciones firmadas por Whitaker. Todo lo que demuestra que Aquifer Global sabía que estaba perforando en territorio protegido. Que sobornaron a funcionarios del ministerio. Que planearon desviar el agua hacia sus propias instalaciones de procesamiento.

—¿Suficiente para detenerlos?

—Suficiente para abrir una investigación. Si llegamos a Mekele, si encontramos a alguien que quiera escuchar...

No terminó la frase. No hacía falta.

—Llegará mañana —continuó Desta—. Su avión aterrizó en Adís Abeba esta tarde. Desde allí, helicóptero hasta la base. En doce horas estará aquí.

—¿Y entonces?

—Entonces reactivará la operación. Tiene otra plataforma ya preparada, al norte, cerca de la frontera con Eritrea. Los ingenieros la terminaron la semana pasada. Solo esperaba el permiso final.

Las palabras cayeron como un peso. No había acabado. La batalla por el acuífero acababa de empezar. La plataforma que habían destruido era solo una pieza del tablero, una ficha que Whitaker podía reemplazar con otra. Mientras él, Amara, Nadifa y Desta estuvieran vivos, la lucha continuaría.

—Tenemos que llegar a Mekele antes que él —dijo Hendaya.

—Si llegamos —respondió Desta.

El motor tosió. Una sacudida breve, como un animal que se ahoga. Luego otro espasmo, más fuerte. Desta pisó el acelerador, pero el Land Rover respondió con un gemido metálico, las revoluciones

cayendo. El capitán maldijo en amárico y giró la llave. El motor se negó a arrancar.

Rodaron unos metros más sobre la inercia, hasta que el vehículo se detuvo en medio de la nada.

El silencio cayó como un manto. Ni viento, ni insectos, ni el rumor lejano de la civilización. Solo el crujir de la sal bajo el chasis, y la respiración de los ocupantes.

—Se acabó —dijo Desta.

Bajó de un salto, la puerta chirriando. Hendaya lo siguió, las piernas entumecidas. El aire de la noche era fresco, casi frío, pero sentía el calor acumulado bajo la piel, los músculos agarrotados. Se acercó al capó, que Desta ya había levantado. El olor a gasolina y metal caliente flotaba alrededor.

—Vacío —dijo Desta, señalando el depósito con la linterna—. Calculé mal. Creía que llegábamos.

—¿Cuánto falta?

—Doce kilómetros. Tal vez trece.

Hendaya miró el horizonte. La luna iluminaba lo suficiente para ver la silueta de las colinas al este. Nada más. Un mar de sal y sombras. Doce kilómetros a pie, cargando el peso de la noche, con el cuerpo destrozado y el agua justa para unas horas.

—A pie —dijo Hendaya.

—No llegamos antes del amanecer —intervino Nadifa, que había bajado sin que la oyeran—. Con ella, menos.

Señaló a Amara, que había abierto la puerta trasera y estaba sentada en el borde, las piernas colgando, los ojos vidriosos. Hendaya se acercó. Tenía el rostro gris, la piel pegajosa. Los labios partidos.

—Amara.

Ella levantó la cabeza, parpadeando.

—¿Qué pasa?

—El coche se ha quedado sin gasolina. Vamos a pie.

Ella asintió, pero cuando intentó ponerse en pie, las piernas le fallaron. Hendaya la sostuvo por el brazo, sintiendo el temblor que le recorría el cuerpo. Era peor que en la plataforma, peor que cuando habían escapado del campamento de Montero. La deshidratación, la fisura en la costilla, el agotamiento: todo se acumulaba como una deuda que el cuerpo empezaba a cobrar.

—No puedo —susurró ella.

—Puedes —dijo Hendaya—. Vamos.

Nadifa señaló un sendero que se perdía entre las dunas de sal. Un rastro apenas visible, una cicatriz en la corteza blanca. Sus ojos, entrenados durante décadas en la lectura del terreno, distinguían lo que para cualquier otro sería invisible.

—Por ahí —dijo—. Tres horas, quizá cuatro. Lleva a un puesto del ejército. Hay gente.

Desta y los dos soldados intercambiaron miradas. El veterano —alto, de hombros anchos, con una cicatriz que le cruzaba el pómulo— asintió. El joven parecía menos seguro, pero obedeció. Había visto a su capitán tomar decisiones difíciles, y confiaba en que esta no fuera la excepción.

—Tomamos lo esencial —dijo Desta—. Agua, armas, los documentos. Lo demás se queda.

Hendaya miró el Land Rover. La chatarra oxidada que los había llevado hasta allí. Dentro, en el asiento trasero, estaba el teléfono con los planos. Se lo metió en el bolsillo. También la navaja, la linterna, el puñado de arena que Nadifa le había dado. El juramento.

—Vamos —dijo.

Los primeros pasos fueron los peores. Amara apenas podía mantenerse en pie. Hendaya le pasó un brazo por la cintura y la sostuvo, cargando con su peso. Ella no protestó. No tenía fuerzas.

El sendero era una línea quebrada de sal endurecida y grava suelta. A cada paso, los pies se hundían un par de centímetros. Un esfuerzo extra que se acumulaba en las pantorrillas, en la espalda, en el cuello. El corte en la palma derecha se abría de nuevo, la sangre empapando el vendaje improvisado. Apretó los dientes y siguió.

Nadifa tomó la delantera, caminando con una fluidez que delataba décadas de práctica. No miraba atrás. No necesitaba hacerlo. Conocía el terreno como otros conocen las líneas de la mano. Cada duna, cada grieta, cada sombra tenía un significado que solo ella descifraba.

Detrás, Desta y los soldados formaban una retaguardia silenciosa. El veterano llevaba el fusil en alto, los ojos escudriñando la oscuridad. El joven caminaba a su lado, imitando sus movimientos. Ambos sabían que, aunque el enemigo no estuviera a la vista, el desierto era un campo de batalla en sí mismo.

Hendaya y Amara cerraban el grupo. Cada paso era una pequeña muerte. Las rodillas le ardían, las cervicales le martilleaban, la mano derecha le dolía donde la navaja le había abierto la carne. Pero no podía parar.

—¿Cuánto llevamos? —preguntó Amara, la voz rota.

—Veinte minutos —respondió Hendaya.

Ella soltó un gemido, pero siguió caminando.

A los cuarenta minutos, Hendaya notó que Amara empezaba a tambalearse. Los pasos se hacían más lentos, más torpes. Apretó el brazo, intentando transmitirle estabilidad.

—Un poco más —dijo.

—Mientes —murmuró ella.

—Sí —admitió él—. Pero funciona.

Ella soltó una risa seca, sin alegría. Luego el cuerpo le falló del todo. Hendaya la sintió caer, y la sostuvo antes de que tocara el suelo.

Silencio. Nadifa se volvió. Desta se detuvo.

—La cargo —dijo Hendaya.

—Estás agotado —dijo Desta.

—Da igual.

Se agachó, pasó los brazos bajo las rodillas y la espalda de Amara, y la levantó. Ella pesaba menos de lo que esperaba. La deshidratación y el agotamiento la habían consumido, reduciéndola a una cáscara de lo que era. La acomodó contra su pecho y reanudó la marcha.

Cada paso era una sentencia. El cuerpo de Hendaya gritaba, los músculos quemaban, la respiración se volvía un jadeo corto y rasposo. Pero seguía caminando. Un pie. Otro. La luna se movía lentamente en el cielo. Las estrellas giraban. El sendero se alargaba.

—Déjame —dijo Amara, la voz contra su cuello—. Déjame aquí.

—No.

—Me estás matando.

—No.

Ella no respondió. Pero sintió cómo las manos de ella se aferraban a su camisa, y supo que no quería que la soltara.

Los pensamientos llegaban fragmentados, como imágenes de un sueño roto. Recordó una noche en Canarias, seis años antes, cuando había cargado a su hija pequeña desde el coche hasta la cama. Ella dormía, confiada, pesando menos de veinte kilos. Ahora cargaba a una mujer adulta, pero el peso era el mismo. No el físico, sino el otro. El de la responsabilidad. El de la promesa tácita de no dejarla caer.

—No merece morir aquí —murmuró para sí mismo—. Nadie merece morir aquí.

Nadifa se había detenido al pie de una duna baja. Señalaba algo en la distancia. Hendaya siguió su mirada y vio una luz. Pequeña, parpadeante, pero real. Un punto amarillo en medio de la negrura, como una estrella caída al suelo.

—El puesto —dijo ella.

Apretó los dientes y siguió caminando.

Los últimos kilómetros fueron un túnel de dolor. Hendaya perdió la noción del tiempo. Solo existía el siguiente paso. La respiración de Amara contra su cuello. El crujir de la sal bajo sus botas. La luz que crecía lentamente, y con ella la esperanza de que el esfuerzo no fuera en vano.

Cuando finalmente llegaron, la aurora empezaba a teñir el horizonte de gris. El puesto era un grupo de barracones prefabricados rodeados por una valla de alambre de espino. Una bandera etíope colgaba lacia en un mástil. Dos soldados montaban guardia en la entrada, fusiles en bandolera, los rostros cansados pero alerta.

Desta se adelantó, alzando una mano. Los soldados lo reconocieron y abrieron la verja. Uno de ellos dijo algo en amárico, y Desta respondió con un gesto de gratitud.

Dentro, un oficial de mediana edad salió a recibirlos. Llevaba el uniforme arrugado, los ojos hinchados de sueño. Miró al grupo: el capitán cubierto de polvo, los dos soldados con la mirada perdida, la mujer afar que caminaba erguida a pesar del cansancio, y el hombre blanco con una mujer morena en brazos, la camisa manchada de sudor y sangre.

—Desta —dijo el oficial—. ¿Qué demonios ha pasado?

—Necesitamos un vehículo —respondió Desta—. Gasolina, suficiente para llegar a Mekele.

El oficial, Tekle, dudó. Sus ojos recorrieron al grupo, evaluando las heridas, el polvo, la desesperación que emanaba de cada uno. Conocía a Desta desde hacía años, lo había visto en combate, lo sabía hombre de pocas palabras y muchas certezas. Si pedía algo así, era por una buena razón.

—Tengo un jeep en el taller —dijo—. Acabamos de repararlo. Os vale.

—Gracias, Tekle.

El oficial asintió y desapareció tras un barracón. Minutos después, el sonido de un motor rompió el silencio. Un jeep militar, verde oliva, cubierto de polvo, apareció rodeando la esquina. El motor ronroneaba con una regularidad que a Hendaya le sonó a música.

Depositó a Amara en el asiento trasero. Ella abrió los ojos, miró alrededor, y esbozó una sonrisa débil.

—Hemos llegado —dijo.

—Todavía no —respondió Hendaya—. Pero estamos más cerca.

Desta se puso al volante. Nadifa ocupó el asiento del copiloto. Hendaya se sentó junto a Amara, rodeándole los hombros con el brazo. Los dos soldados se acomodaron en la parte trasera, apretados contra la lona, los fusiles entre las rodillas.

El jeep arrancó, levantando una nube de polvo blanco. Los faros rasgaron la penumbra, iluminando el camino que se abría hacia el este. La máquina respondía con vigor, los pistones golpeando en un ritmo constante que prometía llegar a destino.

Hendaya miró atrás. Al oeste, el cielo empezaba a clarear. Sobre el perfil del Danakil, una columna de humo se alzaba, fina y oscura, como un dedo acusador. La plataforma. Los sueños de Whitaker. El infierno que habían desatado, y que aún ardía.

—No ha terminado —dijo en voz baja.

—No —respondió Desta desde el volante—. Pero ahora sabemos dónde está el enemigo. Y tenemos las pruebas.

El jeep ganó velocidad, dejando atrás el puesto y la llanura de sal. El viento golpeaba la lona, fresco y limpio, llevándose el olor a pólvora y a sangre. Hendaya apoyó la cabeza contra el asiento y cerró los ojos. Sentía el latido de su corazón en las sienes, el peso del cansancio en cada hueso, el dolor de las heridas abiertas.

Pero también sentía algo más. Algo que no había sentido en años, desde antes de la muerte de su hija, desde antes del escándalo que lo había arruinado. Una chispa. Una certeza.

—A Mekele —dijo Desta—. Al amanecer.

Y el jeep siguió adelante, devorando kilómetros, mientras el sol se alzaba sobre el Cuerno de África, iluminando un nuevo día de batalla. Detrás, el Danakil quedaba envuelto en sombras, pero delante, el horizonte se teñía de naranja y rosa, prometiendo un nuevo comienzo.

Hendaya abrió los ojos y miró hacia adelante. No sabía qué encontrarían en Mekele, ni si los documentos de Desta serían suficientes para detener a Whitaker. Pero sabía una cosa: mientras estuviera vivo, mientras tuviera fuerzas para caminar, seguiría luchando.

Por el agua. Por la verdad. Por todos los que ya no podían hacerlo.

El viento soplaba más fuerte ahora, y por primera vez en mucho tiempo, sintió que estaba en el lugar correcto.

CAPÍTULO 21: EL ÚLTIMO CAMELLO

El jeep coronó la duna y Hendaya la vio.

La aldea se extendía en una hondonada protegida del viento. Media docena de chozas de barro y paja apretadas contra un pozo de piedra. Palmeras raquíticas se inclinaban hacia el este, sus frondas amarillentas colgando como banderas derrotadas. Olor a leche de cabra y humo de leña seca.

—Allí —dijo Nadifa.

Señaló el pozo. Desde el borde del salar no se veía movimiento, pero Hendaya distinguió cabras, un burro atado a una estaca, niños correteando entre las chozas. Gente. Vida. Agua.

—Tres horas —dijo Desta—. Hemos ganado tiempo.

Calculó la distancia: dos kilómetros de pendiente suave. Pero la luz del sol ya se filtraba horizontal, y la sombra del pozo se alargaba hacia ellos como un brazo.

—Al trote —dijo Hendaya.

Bajaron despacio, el motor en punto muerto, para no levantar polvo. Amara se enderezó en el asiento trasero, sus dedos crispados sobre el marco de la ventanilla. La veía con sed, con esa necesidad animal que se refleja en los ojos cuando el cuerpo lleva horas sin agua.

El jeep se detuvo a veinte metros del pozo.

Los niños dejaron de jugar. Se quedaron quietos, observando. Uno de ellos, un chico de unos ocho años con una camiseta verde demasiado grande, salió corriendo hacia la choza más grande.

—Esperen —dijo Nadifa.

Abrió la portezuela y saltó al suelo. Caminó despacio, las manos abiertas mostrando las palmas. Habló en afar. Una voz nasal, rítmica, que parecía cantar las palabras. No entendía el idioma, pero reconocía el tono: seguridad, respeto. Nadifa conocía a esa gente.

De la choza principal salió un hombre mayor. Llevaba una túnica marrón desgastada, un bastón de madera nudosa, y el rostro surcado por arrugas que parecían mapas de caminos. Se detuvo al ver a Nadifa, y durante unos segundos solo se miraron.

Luego el anciano sonrió. Una sonrisa sin dientes, pero sincera.

Nadifa se volvió hacia el jeep.

—Podemos bajar.

Amara bebió primero.

Se arrodilló junto al pozo, y un niño le pasó un cuenco de hojalata. Hendaya la vio beber a grandes tragos, el agua escapándose por las comisuras de sus labios, mojando el borde de su camisa manchada de sal. Cuando terminó, levantó la cabeza y cerró los ojos.

—Dios —susurró.

Luego bebió Hendaya.

El agua sabía a barro y a raíces, pero estaba fría, y sintió cómo se extendía por su garganta reseca, cómo humedecía esa película de polvo que llevaba pegada al paladar desde la caminata nocturna. Bebió hasta que el cuenco quedó vacío, y luego bebió otro.

Los niños los observaban.

Una niña de unos cinco años, con el pelo rapado y una cicatriz en la mejilla, se acercó a Hendaya y le tocó el brazo. Retrocedió cuando él la miró, pero volvió a acercarse, fascinada por la herida abierta en su palma.

—No tengas miedo —dijo él.

La niña no entendía español, pero entendió el tono. Sonrió, mostrando un diente roto, y salió corriendo hacia las cabras.

Desta se había quedado junto al jeep. Hablaba por radio, la voz baja, el rostro serio. Lo observó mientras se secaba la boca con el dorso de la mano. El capitán cortó la comunicación y se acercó.

—Problemas —dijo.

—¿Qué clase?

—Tekle ha recibido un mensaje de un puesto al norte. Mercenarios armados han cruzado la frontera esta madrugada.

—¿Mercenarios?

—Whitaker no confía solo en Montero. Ha contratado a un grupo de Eritrea. Gente que sabe trabajar en el desierto.

Sintió que el agua que acababa de beber se volvía ácida en su estómago.

—¿Cuántos?

—Ocho, según el informe. Dos vehículos, armas automáticas.

—¿Y su objetivo?

Desta tardó en responder. Miró hacia la aldea, hacia los niños que correteaban entre las chozas, hacia el anciano que hablaba con Nadifa junto al pozo.

—Nosotros —dijo al fin—. Pero ayer atacaron un campamento afar al norte del salar. Mataron a dos personas.

El golpe llegó directo al pecho de Hendaya. Dos personas. Muertas. Porque Whitaker quería proteger su inversión. Porque él había destruido su plataforma.

—¿Por qué...?

—Porque la aldea les dio refugio —dijo Desta—. Porque los afar saben dónde estamos. Porque Whitaker quiere enviar un mensaje.

Apretó la mandíbula. La herida de su mano latía con cada latido.

—Tenemos que irnos —dijo.

—Ya lo sé.

—No. Tenemos que irnos ahora.

Pero no se movió. Se quedó mirando la aldea, las cabras, los niños. Gente que no tenía nada que ver con Aquifer Global, con el litio, con el agua. Gente que solo quería vivir en paz en el lugar más jodido del planeta.

—No podemos dejarlos aquí —dijo.

—No tenemos elección —respondió Desta.

—Siempre hay elección.

—Escúchame bien, Hendaya. Si nos quedamos, los mercenarios vendrán. Lucharán. Morirá gente. Mucha más gente. Pero si nos vamos, los seguirán a nosotros. La aldea quedará en paz.

—¿Estás seguro?

Desta negó con la cabeza.

—No. No estoy seguro de nada. Pero es lo único que tenemos.

Se volvió y caminó hacia el pozo. El anciano alzó la vista cuando él se acercó, y durante un momento se miraron en silencio.

—El jefe se llama Abdi —dijo Nadifa—. Habla algo de inglés.

—¿Sabe lo que pasó?

—Sí. La noticia llegó esta mañana con un pastor.

Se arrodilló frente al anciano. Sus rodillas crujieron, y sintió el dolor en las cervicales, en el hombro, en la palma de la mano. Todo el cuerpo le pedía que se tumbara, que durmiera, que dejara de moverse.

—Lo siento —dijo—. Lo siento mucho.

Abdi lo miró sin expresión. Luego habló, una voz grave y pausada. Nadifa tradujo.

—Dice que los mercenarios no son culpa tuya. Dice que Whitaker ya sabía que los afar ayudan a los que cruzan el desierto. Ya había matado antes.

—¿Antes?

—Cuando empezaron las perforaciones, hace dos años. Dos pastores afar se acercaron al campamento preguntando por qué estaban sacando agua. Los guardias les dispararon.

Cerró los ojos. Otra vez. Siempre lo mismo. Gente que mata por agua. Gente que mata por territorio. Gente que mata porque pueden.

—Dice también —continuó Nadifa— que entiende por qué destruiste la plataforma. Que los jóvenes de la aldea hablaron de la explosión. Que se oyó hasta aquí.

—¿Y qué opina?

Abdi sonrió. Una sonrisa triste, pero sonrisa al fin.

—Dice que has hecho lo que ellos no pudieron. Que él es viejo y sus guerreros ya no luchan. Pero que tú sí. —Hizo una pausa—. Dice que

debes irte. Que te dará camellos, agua y comida. Pero que debes irte ahora.

—No quiero traer más violencia a su gente.

—No la traes. Ya estaba aquí.

Se levantó. Las piernas le temblaban. Miró hacia el horizonte, hacia el norte, donde el salar se fundía con el cielo en una línea de calor vibrante.

—¿Cuánto tenemos?

—Dos horas, quizás tres —dijo Desta—. Depende de cómo viajen.

—¿Y los camellos?

—Abdi los está preparando.

Amara había vendado su mano con una tira de tela limpia que le dio una mujer afar. Ahora estaba sentada junto al pozo, una taza de leche caliente entre las manos, observando a los niños jugar. Hendaya se sentó a su lado.

—Estás mejor —dijo.

—Estoy viva —corrigió ella—. No es lo mismo.

—No. Pero es un comienzo.

Ella bebió un sorbo de leche. Cerró los ojos.

—Nunca pensé que llegaría tan lejos.

—¿El qué?

—Esto. Todo esto. Cuando salí de Túnez, pensaba que iba a curar niños, a vacunar, a hacer mi trabajo. No pensé que terminaría huyendo de mercenarios en medio del desierto.

—Nadie piensa en eso.

—Tú sí.

Negó con la cabeza.

—Yo pensaba que iba a reparar bombas. Nada más. Pero las cosas nunca salen como uno planea.

—¿Y ahora? ¿Qué planeas?

—Llegar a Mekele. Encontrar a esa periodista. Contar la historia. Y luego... no lo sé. Volver aquí, quizás. Ayudar a los afar.

—No puedes salvar a todo el mundo.

—Lo sé. Pero puedo intentarlo.

Amara lo miró fijamente. Sus ojos marrones, grandes, con esa fatiga que ya no era solo física, sino algo más profundo, algo que se instalaba en los huesos.

—Eres un hombre extraño, Hendaya.

—¿Por qué?

—Porque podrías haberte ido. Cuando Desta te liberó, podrías haber cogido un avión y desaparecer. Pero te quedaste.

—No tenía a dónde ir.

—Mientes.

Él sonrió. Una sonrisa amarga.

—Sí. Miento.

Se quedaron en silencio, viendo cómo el sol se ocultaba tras las dunas. El cielo se incendió en naranja y rojo, y el aire se volvió más fresco, y por un momento, Hendaya tuvo la sensación de que el mundo se detenía.

Pero solo fue un momento.

Desta se acercó, su sombra proyectándose sobre ellos.

—Los camellos están listos.

Eran dos camellos. Animales viejos, de pelaje desgastado, pero con esa mirada estoica que solo tienen los animales que han cruzado el desierto cien veces. Abdi los había ensillado con mantas de lana y cuerdas de cuero.

—Te llevarán a Mekele en tres días —dijo Nadifa—. Conocen el camino.

—¿Tú no vienes? —preguntó Hendaya.

—Voy con ustedes. Pero Abdi me ha pedido que me despida de mi familia.

—¿Tu familia?

Nadifa señaló hacia una choza. Una mujer mayor, envuelta en un pañuelo azul, la observaba desde la entrada. A su lado, un adolescente flaco y un niño más pequeño.

—Mi madre —dijo Nadifa—. Mis hermanos.

No supo qué decir. Había cruzado el desierto con ella durante tres días, había compartido agua y silencio, pero nunca le había preguntado por su vida. Nunca había pensado que dejaba a alguien atrás.

—Lo siento —dijo.

—No tienes por qué.

—Sí. Te estoy pidiendo que dejes a tu familia para acompañarme.

Nadifa lo miró. Sus ojos pequeños y oscuros, ese tatuaje en el mentón que la marcaba como afar, como hija del desierto.

—No te acompaño a ti —dijo—. Acompaño al agua. Si Whitaker se sale con la suya, mis hermanos no tendrán futuro. Mi madre morirá de sed. Prefiero luchar ahora que llorar después.

Asintió. No había nada más que decir.

Se despidió de Abdi. El anciano le apretó la mano buena con firmeza y le dijo algo en afar. Nadifa tradujo.

—Dice que el desierto siempre da lo que se merece. Y que tú te has ganado el agua.

—Gracias —dijo Hendaya.

—No me des las gracias. Demuéstralo.

Abdi se volvió y caminó hacia su choza, cojeando ligeramente, apoyado en su bastón. Los niños lo siguieron, y por un momento la aldea pareció vacía, como si toda la vida se hubiera replegado en sus refugios.

Desta ya estaba montado en uno de los camellos. Su cuerpo grande y robusto se balanceaba incómodo sobre el animal.

—Nunca había montado uno —dijo.

—Se nota —respondió Hendaya.

Amara montó el segundo camello con más soltura. Había crecido cerca del desierto, decía. Sabía cómo moverse al ritmo del animal.

Hendaya subió detrás de ella. El camello se quejó, pero se levantó con un movimiento brusco que lo obligó a agarrarse a la silla.

—No me gustan —dijo.

—A ellos tampoco les gustas tú —respondió Amara.

Nadifa se despidió de su madre. La vio abrazar a sus hermanos, besar al más pequeño en la frente, susurrar algo que el viento se llevó. Luego montó en el camello de Desta, y el grupo se puso en marcha.

La aldea se fue quedando atrás.

No miró hacia atrás. Sabía que si miraba, querría quedarse. Y no podía quedarse. Tenía que seguir adelante. Por los muertos. Por los que vendrían.

Por el agua.

El sol se había puesto cuando vieron el polvo.

Una columna tenue, casi invisible, que se elevaba desde el norte. Desta se detuvo y sacó los prismáticos.

—Dos vehículos —dijo—. A cinco kilómetros. Vienen rápido.

—¿Mercenarios?

—Quién si no.

Sintió el peso de la decisión. Podían acelerar. Los camellos eran más lentos que un jeep, pero el terreno era rocoso, difícil para vehículos. Quizás podían ganar tiempo.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó.

—Este —dijo Nadifa—. Hay un cañón a tres horas. Si llegamos allí, podemos escondernos. Los vehículos no pueden pasar.

—¿Y después?

—Después, dos días de desierto hasta Mekele. Pero es el único camino.

Miró la columna de polvo. Se acercaba. Lentamente, pero se acercaba.

—Vamos —dijo.

Espoleó al camello. El animal resopló, pero aceleró el paso. Los otros lo siguieron.

Corrieron durante una hora. El sol se había ido, pero la luna llena iluminaba el salar con una luz pálida y azulada. El viento soplaba del

este, llevándose el calor, trayendo el frío de la noche.

Sentía el cuerpo entumecido. La herida de la mano le ardía. La cabeza le dolía. Pero no podía parar. No ahora.

—¡Allí! —gritó Nadifa.

Señalaba una grieta en la pared del cañón. Una hendidura estrecha, apenas visible, que se abría entre dos rocas negras.

—Por ahí —dijo—. Los camellos pasan. Los jeeps, no.

Entraron en la grieta. Las paredes de roca se cerraron a su alrededor, y el viento se cortó en seco. El silencio se volvió sólido, casi líquido.

Desmontó. Sus piernas temblaban. Se apoyó en el camello y esperó a que la sangre volviera a circular.

Amara bajó detrás de él. Tenía el rostro cubierto de polvo, la ropa pegada al cuerpo por el sudor seco.

—¿Crees que nos han visto? —preguntó.

—No lo sé —dijo Desta—. Pero no podemos arriesgarnos. Tenemos que seguir hasta el fondo del cañón. Hay una cueva donde podemos escondernos hasta el amanecer.

Miró hacia atrás. La entrada de la grieta era un rectángulo de luz azul, vacío, silencioso.

—¿Y si nos siguen?

—Entonces lucharemos.

—Somos cuatro. Dos camellos. Una pistola y un fusil.

Desta se encogió de hombros.

—He estado en peleas peores.

—Yo también. Pero no me gustan las probabilidades.

—Las probabilidades no importan cuando no tienes elección.

Lo miró. Durante un momento, vio al soldado que Desta había sido. Al hombre que había cruzado la guerra de Eritrea con una compañía de reclutas muertos de hambre. Al capitán que había visto morir a sus hombres protegiendo un pozo de mierda en medio de la nada.

—Tienes razón —dijo—. No importan.

Se volvió y siguió a Nadifa hacia las profundidades del cañón.

La luna se ocultó tras las paredes de roca, y la oscuridad lo engulló todo.

Solo el ruido de los camellos y el crujir de la grava bajo sus pies.

Solo el silencio del desierto, esperando.

CAPÍTULO 22: LA CONFESIÓN DE MONTERO

El agua sabía a huesos molidos.

Hendaya escupió el primer trago y apoyó la nuca contra el tronco de la palmera. La sombra era un lujo, una tregua que el desierto concedía a regañadientes. A su lado, Amara había cerrado los ojos y respiraba con la boca entreabierta, la cabeza ladeada sobre la mochila. Las ojeras le cruzaban la cara como cicatrices.

Nadifa se había sentado aparte, sobre una roca plana, y desgranaba dátiles con dedos rápidos y precisos. No miraba a nadie. Miraba el horizonte hacia el norte, hacia donde habían quedado los suyos.

Desta se había quitado las gafas oscuras. Hendaya no recordaba haberle visto los ojos desde que se conocieron. Eran negros, pequeños, con esa humedad perpetua de quien ha visto demasiado.

—Tengo una pregunta.

—No me gusta cómo empiezas eso —respondió Hendaya.

—Cuando nos encontremos con Montero —Desta mordió un dátil, mascó despacio—, ¿lo matamos?

Amara abrió los ojos de golpe.

—No estamos en una guerra de clanes.

Desta no la miró. Seguía mirando a Hendaya.

—Respondo a su pregunta con otra —dijo Hendaya—. ¿Usted lo mataría?

—No es mi decisión. Usted es el ofendido.

—Yo no me ofendo, capitán. Me ocupo.

Nadifa dejó caer un hueso de dátil en la arena y dijo algo en afar. No hacía falta traducción: sonó a desprecio.

Amara se incorporó. Se frotó el brazo izquierdo, donde la costilla fisurada le molestaba al respirar.

—No estamos hablando de asesinar a nadie. Montero pagará por lo que hizo, pero con la ley, no con una ejecución en medio del desierto.

—¿Qué ley? —preguntó Desta sin acritud, como quien pregunta cuánta agua queda—. ¿La de Etiopía? ¿La de España? ¿La de Aquifer Global?

—La ley que existe —insistió Amara.

—Esa ley lo protegió a él y lo hundió a él —dijo Hendaya señalándose con el mentón—. No funcionó entonces. ¿Por qué iba a funcionar ahora?

Se hizo silencio. Luego Hendaya se inclinó hacia delante, apoyó los antebrazos en las rodillas y miró el polvo entre sus botas.

—Pero tiene razón la doctora.

Amara parpadeó.

—No es tan sorprendente que yo diga algo sensato —dijo.

—Sí, es sorprendente —Hendaya sonrió apenas—. Pero igual lo digo. Matar a Montero no nos devuelve nada. No cierra ningún pozo. No llena ningún acuífero.

—Entonces, ¿tiene pensado perdonarlo? —preguntó Desta con un tono que no ocultaba su desaprobación.

—No es perdón. Es cálculo.

Hendaya sacó la navaja del bolsillo y la abrió. Empezó a raspar la tierra seca entre las raíces de la palmera, un gesto mecánico, sin destino.

—Yo estuve dos años queriendo matarlo. Dos años despertándome a las tres de la mañana con la escena exacta: yo entrando en su casa, él abriendo la puerta, yo poniéndole la pistola en la boca. Cada noche una variación distinta. Un día le reventaba la cabeza. Otro día le rompía las manos con un martillo. Otro día lo dejaba vivo pero ciego.

Hablaba sin mirar a nadie. La navaja seguía arañando la tierra.

—Hasta que un día me di cuenta de que llevaba tres meses sin soñar con él. Y al principio me asusté. Pensé: «Lo estoy perdonando, me estoy volviendo blando». Pero no. Lo que pasaba es que él ya no ocupaba sitio en mi cabeza. Se había vuelto irrelevante.

—¿Y ahora? —preguntó Amara.

—Esto ya lo sabía desde hace años —dijo Hendaya sin levantar la vista—. Pero nunca se lo había contado a nadie. Ahora, antes de que muramos, quiero que sepan quién es Montero realmente.

Hendaya cerró la navaja de un golpe seco.

—Ahora Montero es un hombre al que le arruiné el proyecto. Le destrocé la bomba. Le humillé delante de sus soldados. Le quité el apoyo de Desta. No le queda nada. Está muerto por dentro. ¿Para qué iba a gastar una bala en un cadáver?

Tres años antes.

Montero pidió otra ronda. El camarero dudó, pero Montero insistió. Iñaki, un viejo compañero de facultad, lo miraba desde la banqueta.

—Estás haciendo el gilipollas, Javier.

—Estoy celebrando. El recto Saúl Hendaya se ha quedado sin trabajo.

Iñaki no respondió.

Montero rió, una risa que a Iñaki le sonó a derrota. —No me mires así. Soy un tipo práctico. Saúl es demasiado recto. No entiende que hay que ensuciarse las manos.

—¿Y por eso falsificaste su firma?

—Le pedí que firmara un documento, me dijo que no, y yo lo hice por él. No tiene que lidiar con las consecuencias. Yo sí.

Iñaki negó con la cabeza.

—Éramos amigos.

—Ya no. Él eligió el orgullo, yo la cuenta corriente.

Montero bebió. Luego, bajando la voz:

—No soportaba verlo. Su puta integridad. Creerse mejor que los demás. Pues al final las trampas le hundieron y yo sigo aquí.

—¿Y si se entera?

—No se va a enterar. Su firma es una mierda, cualquiera la falsifica.

Iñaki dejó un billete sobre la barra y se levantó.

—Me voy.

—No se lo digas —pidió Montero—. Déjalo en paz.

—Tú sí que estás muerto, Javier. Por dentro.

Iñaki salió. Montero se quedó solo. Pidió otro.

Presente.

Hendaya terminó de contar la historia sin levantar la voz. Cuando calló, el silencio del oasis se hizo más denso. Se oía el viento rozando las palmeras, el ruido de un camello masticando a lo lejos.

—Así que eso fue —dijo Amara.

—Eso fue.

—Su amigo Iñaki no le dijo nada.

—No. Iñaki me llamó tres meses después para contármelo. Estaba borracho, como Montero. Supongo que el alcohol suelta la lengua de los débiles.

Nadifa había dejado de desgranar dátiles. Miraba a Hendaya con una expresión que no era compasión, pero sí reconocimiento. Como si hubiera oído una historia que ya conocía.

—Su envidia —dijo Nadifa en su inglés roto—. Es veneno de hombre. Veneno que no se ve, pero mata más que cuchillo.

—Sí —dijo Hendaya—. Y no tengo tiempo para odiarlo.

Desta se levantó. Caminó hasta el borde del oasis, donde el agua salobre formaba una charca verdosa. Se mojó la nuca, se pasó las manos por el cráneo rapado.

—Hay algo que no entiendo —dijo sin volverse—. Usted sabe que Montero le arruinó la vida. Sabe que le robó años. Sabe que mintió, falseó documentos, le destruyó la carrera. Y dice que no le importa.

—No he dicho que no me importe. He dicho que es irrelevante.

—¿Cuál es la diferencia?

Hendaya también se levantó. Notó el dolor en las cervicales, el zumbido en la cabeza que no se iba desde el golpe en el cemento.

—La diferencia es que pensar en él me quita energía. Y la energía que me queda la necesito para llegar a Mekele, encontrar a esa periodista y asegurarme de que Whitaker no ponga en marcha la segunda plataforma.

—¿Y si Whitaker también conspiró? —preguntó Amara.

—Seguro que conspiró. Pero Whitaker está en un helicóptero, no en un bar de polígono bebiendo cubatas para ahogar su culpa. Whitaker es un enemigo que merece mi atención. Montero es un hombre roto que ya se ha destruido solo.

Desta se volvió. Lo miró largo rato.

—Es usted más duro de lo que parece.

—No soy duro. Soy viejo y estoy cansado. Y he aprendido que el odio es un lujo que no me puedo permitir.

Amara se levantó. Se acercó a Hendaya y le puso una mano en el hombro. Un gesto breve, casi imperceptible.

—Me alegra oír eso.

—No se alegre tanto. Si Montero aparece delante de mí con una pistola, igual le parto la cara. Pero no voy a buscarlo.

—Eso es más de lo que yo haría —dijo Desta.

—Usted es soldado, capitán. Le han enseñado a odiar al enemigo. Yo soy ingeniero. Me enseñaron a resolver problemas. Montero ya no es un problema. Es un hecho consumado.

Nadifa escupió al suelo. Un gesto seco, sin teatralidad.

—Hombre sabio —dijo—. Raro en extranjero.

—No soy sabio. Soy terco. La terquedad se confunde a veces con sabiduría.

Hendaya se volvió hacia el camello, que seguía masticando junto a una palmera. El animal levantó la cabeza, lo miró con sus ojos

enormes y lentos, y siguió masticando.

—Tenemos que movernos.

—Llevamos cuarenta minutos —dijo Amara—. Podemos quedarnos una hora más.

—Cuarenta minutos bastan. Cada minuto que estamos quietos, Whitaker se acerca. O los mercenarios.

—No han venido —dijo Desta.

—Aún no.

Desta asintió. Sin discutir, empezó a recoger las cosas. Amara suspiró, pero se puso en pie, frotándose la espalda. Nadifa ya estaba junto a su camello, ajustando el cincho.

Hendaya fue el último en moverse. Se quedó un momento bajo la palmera, bebiendo el último trago de agua salobre, sintiendo el sabor metálico en la lengua.

Montero, pensó. *Ojalá estés viendo esto. Ojalá sepas que ganaste la batalla, pero que la guerra la estábamos librando en otro campo de juego.*

Pero no dijo nada. Guardó la cantimplora, montó el camello y siguió al grupo.

Avanzaban en silencio.

El cañón se había abierto a una llanura de grava oscura, salpicada de matojos secos. El sol empezaba a declinar hacia el oeste, alargando las sombras de los camellos sobre el suelo. Hacía menos calor. Todavía cuarenta grados, pero ya no cincuenta.

Desta iba al frente, el fusil cruzado sobre el pecho, la vista fija en el horizonte. De vez en cuando levantaba la mano y el grupo se detenía. Escuchaba. Esperaba. Seguía.

La tercera vez que lo hizo, Hendaya sintió algo diferente. No era el gesto de parar. Era la demora. Desta se quedó inmóvil, la cabeza ladeada, los dedos alrededor del guardamano del arma.

—¿Qué? —preguntó Hendaya.

Desta no respondió. Señaló el cielo.

Al principio Hendaya no vio nada. Solo el azul pálido, las nubes altas deshaciéndose. Luego oyó el ruido. Lejano, rítmico, metálico.

Pom-pom-pom-pom-pom.

El helicóptero venía del sur.

—¿Es Whitaker? —preguntó Amara.

—¿Quién si no? —respondió Desta.

—¿Nos ha visto?

—No lo sé. Pero viene hacia aquí.

Nadifa tiró de las riendas de su camello y lo obligó a arrodillarse. Señaló una grieta en el terreno, una hendidura poco profunda donde los camellos y sus jinetes podían agazaparse.

—Allí —dijo.

Hendaya desmontó. Sintió el dolor en las rodillas, el ardor en la palma derecha al apoyarse. Tiró del camello y lo obligó a bajar la cabeza.

—Todos abajo. No se muevan.

El ruido crecía. Ahora se veía el aparato, un punto negro contra el sol. Venía en línea recta.

Amara se tumbó junto a Hendaya, pegó la mejilla a la grava. Respiraba rápido, con pequeñas bocanadas de pánico contenido.

—¿Va a aterrizar? —susurró.

—No lo sé.

—¿Y si aterriza?

—Entonces Desta dispara, yo corro, y usted se queda aquí y se tapa los oídos.

—No es gracioso.

—No intento ser gracioso.

El helicóptero pasó a trescientos metros al este. Las palas batían el aire, levantaban polvo en remolinos. Hendaya contuvo el aliento. Vio el fuselaje negro, las ventanillas oscuras, un emblema que no pudo distinguir.

Pasó.

El sonido se alejó hacia el norte, hacia donde había quedado la aldea de Abdi.

Hendaya exhaló.

—Nos ha visto.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Amara.

—Porque no ha cambiado el rumbo. Iba recto al norte, como si supiera exactamente adónde ir.

Desta se incorporó lentamente.

—Tiene razón. Si hubiera sido un vuelo de reconocimiento, habría trazado un patrón en zigzag. Ese helicóptero iba directo a algún sitio.

—A la aldea —dijo Nadifa.

Su voz no tembló. Pero Hendaya vio cómo apretaba las riendas del camello, los nudillos blancos.

—Tiene que seguir —dijo Hendaya—. No podemos volver.

—Lo sé.

—Abdi sabe esconderse. Los niños también. Tienen pozos, tienen cuevas.

—Lo sé.

Nadifa soltó las riendas. Miró hacia el norte, hacia el rastro de polvo que se desvanecía en el horizonte.

—Pero cuando lleguemos a Mekele —dijo—, vamos a hacer que paguen.

—Sí —dijo Hendaya—. Eso sí.

Se pusieron en marcha otra vez.

El sol caía. Las sombras crecían. El helicóptero se había ido, pero el eco de sus palas seguía vibrando en el aire, como una amenaza que no terminaba de desvanecerse.

Hendaya montó el camello y miró hacia delante.

Mekele estaba al este. A dos días. Y al norte, la aldea de Abdi quedaba sola, sin ellos, con la noche cayendo y los hombres de Whitaker acercándose.

No se volvió a mirar.

No podía permitirse ese lujo.

CAPÍTULO 23: EL VUELO DEL ÁNGEL NEGRO

El rumor llegó antes que la sombra.

Hendaya levantó la cabeza. El sol del mediodía convertía la llanura en un espejo de grava y calor, pero el sonido era inconfundible: un batir rítmico que crecía desde el norte. Palpó el cuchillo en el cinturón. Inútil contra un helicóptero.

—Ahí —dijo Nadifa.

Lo vio. Un punto negro en el horizonte, pequeño como una mosca contra el azul cegador del cielo. Pero crecía. Se acercaba con la precisión de un insecto que ha olido carroña.

Desta puso una mano sobre su fusil.

—No dispares —dijo Hendaya—. Quiere hablar.

—¿Cómo sabes que es él?

—Porque no envía a sus mercenarios a matarnos desde el aire. Quiere verme a los ojos.

Amara se llevó la cantimplora a los labios. No quedaba casi nada. El agua se movía en el fondo como un recuerdo.

—¿Qué hacemos?

—Esperar.

El helicóptero se recortó contra el sol. Un Bell 429, blanco, impecable, con el logotipo de Aquifer Global en el carenado. Volaba bajo, barriendo la llanura con la sombra de sus aspas. El ruido se hizo insoportable, un martilleo que vibraba en los huesos.

Nadifa cubrió su rostro con el pañuelo. Desta apretó la mandíbula. Amara cerró los ojos.

Hendaya se quedó quieto.

La nave descendió a cien metros de ellos. El polvo se levantó en una nube ocre que lo cubrió todo, que se metió en los pulmones, que borró el mundo durante un instante. Los camellos gruñeron. Uno de ellos dio una coz al aire.

Cuando el polvo se disipó, el helicóptero estaba en el suelo.

Las aspas seguían girando, lentas, como alas de un pájaro herido. La puerta corredera se abrió. Bajó un hombre.

Whitaker llevaba un traje gris claro, inmaculado. Ni una arruga. Las gafas de sol espejadas ocultaban sus ojos. El pelo rubio canoso, engominado hacia atrás. Una sonrisa educada, perfecta, de ejecutivo en un consejo de administración.

Avanzó hacia ellos como si caminara por una alfombra, no sobre grava y sal. Detrás de él, dos hombres trajeados se quedaron junto al helicóptero. Manos en los bolsillos. Profesionales.

Whitaker se detuvo a cinco metros. Se quitó las gafas. Sus ojos eran azul hielo.

—Señor Hendaya —dijo. Voz calmada, culta, sin rastro de tensión—. Ha causado muchos problemas.

Hendaya no respondió.

Whitaker miró a los demás. Amara, con su moño deshecho y la ropa sucia. Nadifa, el pañuelo apretado contra el rostro, los ojos brillando

de odio. Desta, la mano aún sobre el fusil, la mirada fija en un punto vacío.

—Doctora Kabbaj. Capitán Haile. Y la señora Nadifa, supongo. Encantado.

—Vete al infierno —dijo Amara.

Whitaker sonrió.

—El infierno es esto, querida. Bienvenidos a Danakil.

Hendaya dio un paso adelante.

—Dígame lo que tenga que decir y márchese.

—Ah, directo al grano. Me gusta. —Whitaker metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta. Desta tensó el fusil. Pero solo sacó un sobre de papel manila—. Soy un hombre de negocios, señor Hendaya. Y todo tiene precio.

Abrió el sobre. Extrajo un cheque.

—Cincuenta millones de dólares.

El viento movió el papel. Whitaker lo sostuvo con firmeza, mostrándolo como quien exhibe un trofeo.

—Repartidos entre ustedes cuatro. A partes iguales, si lo prefieren. Doce coma cinco cada uno. Suficiente para desaparecer, para empezar de nuevo en cualquier parte del mundo. Una vida nueva. Tranquila.

El silencio se alargó.

Amara miró el cheque. Luego miró a Hendaya. Desta no se movió. Nadifa no entendía las palabras, pero entendía el gesto. Sus puños se cerraron.

—¿A qué precio? —preguntó Hendaya.

—Muy simple —dijo Whitaker—. Solo tiene que decir que el acuífero no existe. Que fue un error de interpretación de los datos. Que el proyecto de Aquifer Global era legítimo, un estudio de impacto ambiental, nada más. Que usted se equivocó. Un error humano. Pasa todos los días.

—Y la plataforma —dijo Desta—. La gente muerta.

Whitaker lo miró. La sonrisa no se borró, pero se hizo más estrecha.

—La plataforma fue un accidente. Mala construcción. Materiales defectuosos. Los técnicos responsables serán despedidos. La opinión pública olvida rápido, capitán. Usted lo sabe mejor que nadie. En su país, la gente muere todos los días. Nadie va a investigar una explosión en medio del desierto.

—Dos afar muertos —dijo Hendaya—. Tus mercenarios.

—No tengo mercenarios. Tengo contratistas de seguridad. Y no tengo constancia de ningún incidente. Si usted se refiere a lo que ocurrió en el campamento al norte... fueron bandidos. La zona es peligrosa. Usted lo sabe.

—Mientes.

—Miento. Claro que miento. —Whitaker guardó el cheque en el sobre—. Pero tengo cincuenta millones de razones para que usted mienta también. Los cuatro. Cincuenta millones de razones cada uno.

Lo dijo con naturalidad. Como si ofreciera un café. Como si aquello fuera una transacción cualquiera, una compraventa, un acuerdo entre caballeros.

Amara escupió al suelo.

—¿Cree que todo se compra?

—Sí —dijo Whitaker—. Todo. He visto a hombres mucho más íntegros que usted doblarse por mucho menos. He visto a

sacerdotes vender su fe por una escuela nueva. He visto a generales vender su país por una cuenta en Suiza. Todo el mundo tiene un precio. Solo es cuestión de encontrarlo.

—Busca mal.

Whitaker la miró. Por primera vez, la sonrisa flaqueó. Un tic en la comisura de los labios. Una grieta en la fachada.

—Es usted ingenua, doctora. Cree en la bondad humana. Yo creo en los incentivos. Y el incentivo aquí es muy simple.

—¿Cuál?

Whitaker señaló el horizonte.

—Si no aceptan, los dejo aquí. Sin agua. Sin comida. Sin transporte. A ciento veinte kilómetros del puesto más cercano. Con la temperatura a cincuenta y tres grados. Tienen lo que... tres litros de agua entre los cuatro. Les daré seis horas de vida. Quizás ocho si caminan de noche. Mañana al amanecer estarán muertos.

Hablaba como si describiera un informe meteorológico.

—Y entonces —continuó—, cuando estén muertos, nadie sabrá la verdad. Sus cuerpos aparecerán dentro de una semana. Deshidratación. Muerte por exposición. Una trágica historia de turistas imprudentes que se adentraron en el desierto sin preparación. Los periódicos lo lamentarán. Y el proyecto continuará.

Desta dio un paso al frente.

—Yo soy capitán del ejército etíope. Si desaparezco, habrá una investigación.

—¿Una investigación? —Whitaker rió—. Capitán, usted ha estado trabajando para una empresa privada sin autorización oficial. Ha desobedecido órdenes directas. Ha ayudado a un grupo de saboteadores a destruir una instalación legal. Si yo hago una

llamada, su nombre aparecerá en todos los partes de búsqueda como un desertor. No como un héroe. Como un traidor.

Desta enmudeció.

Whitaker se volvió hacia Hendaya.

—Señor Hendaya. Usted es un hombre inteligente. Un hidrólogo brillante. Su carrera fue destruida por un escándalo que usted no provocó. Lo sé. Leí su expediente. Javier Montero me contó la historia. Usted fue el chivo expiatorio. Lo perdió todo. Su familia, su prestigio, su futuro. Y ahora tiene la oportunidad de recuperarlo.

—No.

—Cincuenta millones. Puede comprar la isla que quiera. Un barco. Una casa frente al mar. Todo lo que soñó cuando se fue a Canarias.

Whitaker abrió el sobre otra vez. Sacó el cheque. Lo sostuvo en el aire, ofreciéndoselo.

—Tóquelo. Es suyo.

Hendaya lo miró.

Un rectángulo de papel. Una cifra. Un número. Suficiente para vivir diez vidas. Suficiente para olvidar. Para cerrar los ojos y no abrirlos nunca más.

Pensó en su barco en Tenerife. Las tardes de aceite y sal. Los atardeceres sobre el Atlántico. La paz del trabajo manual, de no pensar. Podría volver. Podría comprar un barco mejor. Podría...

Whitaker sonrió.

—No puede.

—¿Perdón?

—No puede comprarme.

Hendaya extendió la mano. Tomó el cheque. Sintió el papel entre los dedos, el tacto suave, casi ceremonial. Miró la cifra. Cincuenta millones.

Y lo rompió.

El papel se desgarró en dos mitades, luego en cuatro, luego en ocho. Los pedazos cayeron al suelo, blancos contra la grava gris, como pétalos de una flor muerta.

Whitaker dejó de sonreír.

—Su dinero no me interesa —dijo Hendaya—. El agua, sí.

El silencio fue absoluto. Solo el viento, moviendo la grava. Los pedazos del cheque bailaron un instante y se perdieron entre las piedras.

Amara sonrió. Nadifa, sin entender, vio la sonrisa y supo. Desta asintió una vez.

Whitaker los miró a todos. Sus ojos azules, ahora fríos, sin rastro de la calidez simulada de antes. Se ajustó las gafas de sol.

—Qué lástima —dijo—. Elegiste mal.

—No.

—Sí. Porque ahora tendré que tomar medidas drásticas.

—¿Qué medidas? —preguntó Desta.

Whitaker no respondió. Se volvió y caminó hacia el helicóptero. Los dos trajeados lo siguieron. Las aspas comenzaron a girar más rápido.

—¡Whitaker! —gritó Amara—. ¡No puede dejarnos aquí!

Él se detuvo. Se volvió. La sonrisa había vuelto, pero era distinta. Más fría. Más final.

—¿Que no puedo? Mire.

Señaló el desierto. La llanura infinita. El sol en el cenit.

—No hay nadie en cien kilómetros. Su radio no funciona. Su GPS tampoco. Su único vehículo son cuatro camellos medio muertos de sed. No tiene agua. No tiene comida. No tiene esperanza.

Subió al helicóptero. Desde la puerta, se asomó una última vez.

—Cuando estén muertos, y lo estarán, me acordaré de ustedes. Brindaré por su valentía. Y luego seguiré con mi trabajo. Porque el dinero no duerme. Y el agua, tampoco.

Cerró la puerta.

El helicóptero despegó. El polvo los envolvió otra vez, cegador, sofocante. Las aspas batieron el aire con furia. La nave se elevó, giró sobre sí misma, y se perdió en el norte, hacia el horizonte blanco, hacia ninguna parte.

El silencio regresó.

Un silencio de piedra y calor.

Amara fue la primera en hablar:

—Bueno. Ahora qué.

Hendaya miró el suelo. Los pedazos del cheque, esparcidos. El sol brillando sobre el papel. Alzó la vista. El helicóptero era ya un punto, una mota, una sombra que se desvanecía.

—Ahora caminamos.

—¿Hacia dónde?

Hendaya señaló el este.

—Mekele está allí. Dos días. Quizás tres.

—No tenemos agua para tres días.

—Lo sé.

Nadifa se acercó. Miró los pedazos de papel. No preguntó. No hizo falta. Se arrodilló, cogió un fragmento, lo miró al trasluz, y lo dejó

caer.

—Podemos llegar —dijo en su inglés roto—. Si caminamos de noche. Si encontramos sombra de día.

—¿Y si no encontramos? —preguntó Amara.

Nadifa la miró.

—Entonces no llegamos.

Desta se ajustó la correa del fusil. Miró el helicóptero, ya casi invisible. Escupió al suelo.

—Ese hijo de puta.

—Sí —dijo Hendaya—. Pero no tiene razón.

—¿En qué?

—En que el dinero no duerme. El dinero sí duerme. Lo que no duerme es la sed.

Se volvió hacia el este. El sol caía a plomo, pero empezaba a declinar. Pronto sería de noche.

—Carguen los camellos. Vámonos.

—¿Adónde? —preguntó Amara—. ¿Adónde vamos?

Hendaya echó a andar.

—A Mekele. O a morir en el intento. Las dos me parecen bien.

Y siguió caminando, solo, hacia el este, mientras el sol dibujaba su sombra larga sobre la grava.

CAPÍTULO 24: AGUA EN LA ARENA

Caminaban hacia el este desde hacía tres horas cuando el lecho seco apareció ante ellos.

Hendaya lo vio primero: una cicatriz blanquecina que cruzaba la llanura de norte a sur, como una vena petrificada en la piel del desierto. Los bordes del cauce estaban marcados por árboles muertos, retorcidos, con las raíces al aire buscando una humedad que ya no existía.

Se detuvo. El sol caía oblicuo, alargando las sombras. Calculó: quince minutos de luz antes del crepúsculo. Quince minutos para decidir.

—Aquí.

Los otros se detuvieron. Desta dejó caer la mochila al suelo con un golpe sordo que levantó polvo. Su respiración era pesada, pero no dijo nada. Ya no protestaba. Había entrado en ese estado de resistencia muda que Hendaya reconocía de la legión: el momento en que el cuerpo se rinde pero la voluntad no.

—¿Qué? —preguntó Amara.

Hendaya se arrodilló. Pasó la mano sobre la superficie del lecho. La tierra estaba dura, agrietada, formando polígonos irregulares como

piel de reptil. Pero al raspar notó algo: una humedad apenas perceptible bajo la primera capa. Fresca. Viva.

—Hay que cavar.

Nadifa se acercó sin prisa. Observó el lecho, movió la cabeza. Miró el sol, luego a Hendaya. Sus ojos marrón claro se entrecerraron. No dijo nada, pero su gesto hablaba de horas perdidas en pozos secos. De generaciones de afar que habían cavado en este mismo lugar y encontrado solo polvo.

—¿Cuánto? —preguntó Amara. La voz le salió áspera, cascada. Su lengua asomó para humedecer los labios partidos.

—Tres metros. Quizás menos.

Desta escupió. La saliva le cayó densa, blanca, y se absorbió en la tierra sin dejar rastro.

—¿Y si no hay nada?

—Hay. —Hendaya señaló las grietas, luego los árboles muertos a cincuenta metros—. Los árboles crecen donde hay agua cerca. Sus raíces bajan hasta la capa freática. Los mató la sequía, pero el agua sigue ahí abajo. Enterrada.

Nadifa siguió su mirada. Estuvo un momento en silencio, evaluando. Luego se acercó a uno de los troncos, pasó la mano por la corteza reseca, arrancó un fragmento. Lo olió. Lo mordió con los dientes.

—Seco —dijo—. Dos años. Quizás tres.

—Pero las raíces llegaban hondo —respondió Hendaya—. Si el agua se fue, volverá. La capa freática no desaparece; baja. Hay que llegar más profundo.

Ella lo miró. Asintió una vez.

Amara se dejó caer de rodillas. Tenía las manos vendadas con jirones de tela, las uñas rotas. La sangre había empapado la venda de la derecha, formando una mancha oscura que se extendía.

—¿Con qué cavamos?

Hendaya ya había empezado a quitarse la camisa. La tela estaba sucia, sudada, pero resistía. La dobló con cuidado, la colocó sobre el suelo como marca.

—Con las manos. Con piedras. Con lo que tengamos.

Desta soltó una risa sin alegría. Un sonido seco, sin humor.

—Somos soldados, no mineros.

—Pues conviértete en minero o muere de sed.

El capitán lo miró fijo. Sus ojos negros, penetrantes. Durante un instante, Hendaya pensó que iba a discutir. Pero Desta se limitó a apretar la mandíbula y arrodillarse.

—Nadifa. Busca piedras planas. Las más grandes que puedas cargar.

La mujer afar se movió sin responder. Ya caminaba hacia un afloramiento rocoso a cien metros, sus pasos seguros sobre la grava. Su cuerpo fibroso se movía con una economía que Hendaya reconoció: la sabiduría de quien ha gastado toda su vida en terreno hostil.

Desta registró las alforjas mientras los camellos resoplaban. Tres cantimploras de plástico, medio llenas. Una más que la de Nadifa. Cuatro en total. Las colocó en el suelo, alineadas, como si contar recipientes pudiera multiplicar el agua.

—Tenemos esto —dijo—. Y lo que encontremos.

Hendaya asintió. Empezó a cavar. La capa superficial era dura como cemento, compactada por años de sol y viento. Al principio los dedos resbalaban, arañando la superficie sin penetrarla. Apretó los dientes, clavó las uñas, hizo palanca. Sintió el dolor en la palma derecha, donde la navaja le había abierto un corte días atrás. La herida se abrió de nuevo; notó el líquido caliente deslizándose entre sus dedos.

A diez centímetros, la tierra se volvió más suelta. Más arenosa. Los dedos entraron con facilidad, y empezó a arrancar terrones con ambas manos, lanzándolos a un lado. El ritmo era torpe al principio, pero encontró el compás: cavar, arrancar, apartar. Cavar, arrancar, apartar.

—Tienes que ensanchar —dijo Nadifa.

Regresaba cargando tres piedras planas de casi medio metro cada una. Las dejó caer al borde del hoyo con un golpe sordo.

—Ensancha. Si haces un agujero estrecho, se derrumbará.

Asintió. No había pensado en eso. Ella tenía razón. El pozo necesitaba paredes inclinadas, un cono invertido que sostuviera el peso de la tierra.

—Ensanchamos a metro y medio de diámetro. Luego bajamos en vertical.

Amara se arrodilló al borde del hoyo, observando.

—Déjame ayudarte.

—No. —Siguió cavando sin mirarla—. Espera. Cuando esté más abajo, turnos de quince minutos. Pero ahora necesito sentir la tierra.

Ella obedeció. Retrocedió, se sentó sobre la mochila. Observó.

Los dedos de Hendaya se movían como palas, clavándose en la tierra, arrancando terrones. El agujero creció lentamente, primero en anchura, luego en profundidad. A los treinta centímetros, la tierra cambió de color: de gris claro a marrón oscuro. Más húmeda.

Desta se arrodilló al otro lado del hoyo y empezó a cavar en silencio. Sus manos grandes y callosas arrancaban tierra a paladas rápidas. El ritmo era militar, preciso. No hablaba. Cada golpe era de rabia contenida. Nadifa sugirió aminorar, pero Desta la ignoró. Pronto relevó a Hendaya, y luego llegó el turno de la afar, que cavaba con movimientos cortos y ancestrales. Amara intentó ayudar, pero sus

manos vendadas sangraban y Hendaya la detuvo. El sol se ponía; el agujero medía ya casi metro y medio de ancho a dos metros de profundidad. Las piedras de contención sostenían la pared más débil.

Oyó el murmullo de Desta arriba.

—¿Cuánto falta?

—No sé. Cerca.

—Hace dos horas que dices lo mismo.

—Porque hace dos horas que estoy cerca.

Desta gruñó algo que nadie entendió. Luego se oyó el ruido de sus botas sobre la grava, alejándose.

Hendaya siguió cavando. La tierra cambiaba. Cada vez estaba más húmeda. Ahora los terrones salían pegajosos, con un olor a arcilla que le llenaba la nariz de un perfume antiguo, mineral.

Sin aviso, la pared del pozo se movió.

Fue un sonido sordo, un crujido que Hendaya sintió en los huesos antes de oírlo. Levantó la cabeza justo a tiempo para ver cómo la tierra se desmoronaba en la pared este, una cascada de arena y piedras que caía hacia el fondo.

—¡Cuidado!

La voz de Nadifa, aguda, cortante. Pero no era a él a quien advertía.

Hendaya giró. Nadifa estaba en la pared opuesta, colocando otra piedra. La tierra se desprendía sobre ella, un alud de grava que la golpeó en los hombros. Ella perdió el equilibrio, empezó a caer hacia atrás.

Se lanzó.

El movimiento fue instintivo, sin meditarlo. Extendió el brazo, agarró el antebrazo de Nadifa, sintió la piel áspera bajo sus dedos. Dio un tirón. La mujer afar chocó contra su pecho, y ambos cayeron al

fondo del pozo, revolcados entre la tierra que seguía desprendiéndose.

—¡Fuera! —gritó Hendaya.

Empujó a Nadifa hacia la pared opuesta, la que aún se mantenía firme. La grava seguía cayendo, formando una lengua de tierra que amenazaba con enterrarlos. Tosiendo, el polvo le llenaba la boca, los ojos.

Amara apareció arriba, su rostro recortado contra el cielo anaranjado.

—¡Saúl!

—Estamos bien —respondió, pero la voz le salió ronca, apenas audible—. Bajen una cuerda.

Desta apareció al lado de Amara. Miró abajo, evaluó la situación. En un movimiento rápido, descolgó una de las cuerdas que llevaban enrolladas en la mochila. La lanzó al fondo.

—¡Sujétense!

Nadifa agarró la cuerda primero. Hendaya la ayudó a atarla a su cintura, sintiendo las manos temblorosas de ella.

—Tira —dijo.

Desta tiró. Nadifa ascendió, sus pies buscando apoyo en las paredes del pozo. Cuando llegó arriba, rodó sobre el borde y quedó tendida en el suelo, tosiendo polvo.

Hendaya agarró la cuerda. Dio un tirón para asegurarse. Empezó a subir.

Sus brazos temblaban por el esfuerzo. Los dedos, ensangrentados, apenas podían sostener el peso. Pero subió, metro a metro, hasta que las manos de Desta lo agarraron de los hombros y lo izaron sobre el borde.

Rodó sobre el suelo. Jadeó. El cielo giraba sobre él.

—Estás sangrando —dijo Amara.

Hendaya bajó la mirada. La palma derecha, el corte abierto, goteaba sangre sobre la tierra.

—No es nada.

—No es nada —dijo Amara. Se arrodilló, tomó su mano, examinó la herida—. Necesitas puntos.

—No tenemos hilo. Ni agujas. Véndalo y listo.

Ella apretó los labios. Sacó un pañuelo del bolsillo, lo rasgó en tiras. Vendó la mano de Hendaya con cuidado, apretando lo suficiente para detener la hemorragia.

—Más despacio —dijo Nadifa, incorporándose—. Apuntalen con piedras.

Asintió. Se puso de rodillas, miró el pozo. La pared este se había derrumbado, pero el resto se mantenía firme.

—Necesitamos más piedras.

Desta ya estaba caminando hacia el afloramiento rocoso. Regresó cinco minutos después cargando cuatro losas más. Las colocaron alrededor del borde, formando un anillo de contención.

—Ahora —dijo Hendaya—. Bajamos con cuidado. Yo primero.

El fondo del pozo estaba a tres metros.

Hendaya descendió lentamente, sintiendo las paredes húmedas rozarle los hombros. El olor a tierra mojada era intenso, casi abrumador. En la oscuridad del fondo, sus manos tocaron barro. Barro líquido.

Se detuvo.

Metió la mano con cuidado, sintió la textura. Arcilla húmeda. Mojada. Empapada.

—Agua —susurró.

—¿Qué? —la voz de Amara, tensa.

—Agua.

Oyó los pasos arriba, las voces entrecortadas. Alzó la cabeza y vio los rostros asomados al borde del pozo. Desta, Amara, Nadifa. Los tres mirando hacia abajo, hacia él.

Hundió ambas manos en el barro. Lo apretó, sintió cómo el agua rezumaba entre sus dedos. Lo levantó, lo mostró.

El barro chorreaba.

—Hay agua. No mucha. Pero hay.

—¿Es potable? —preguntó Amara.

—Salobre. Pero filtrada, sí.

—¿Con qué?

Hendaya se sentó en el fondo del pozo, apoyando la espalda contra la pared que no se había derrumbado. Señaló su camisa, doblada en el suelo.

—Con eso. Y carbón.

—¿Carbón?

—Quema un poco de hierba seca. Las primeras brasas. Las machacamos.

Nadifa ya estaba buscando ramas secas entre los arbustos muertos. Desta sacó su navaja, cortó algunas.

—¿Y el filtro? —preguntó Amara.

—La camisa. Se lava con un poco de agua, se coloca sobre la cantimplora. El carbón encima. El agua pasa, el carbón retiene lo peor.

Amara movió la cabeza, incrédula.

—¿Dónde aprendiste eso?

—Legión. En el desierto, aprendes o mueres.

Ella no preguntó más.

Encendieron un pequeño fuego con las ramas secas. Nadifa avivó las llamas con su aliento, cuidando que no se alzaran demasiado. Las brasas brillaron en la penumbra, naranja y rojo contra el cielo que se oscurecía. En pocos minutos, las brasas estuvieron listas.

Hendaya tomó un puñado, lo machacó sobre una piedra plana hasta convertirlo en polvo negro. El carbón se mezcló con la sangre seca de sus dedos, formando una pasta oscura.

—Vale. Ahora el agua.

Volvió al borde del pozo. Miró abajo. El barro empezaba a acumularse en el fondo, un charco turbio que reflejaba las últimas luces del día.

—Una cantimplora —dijo.

Amara cogió una de las tres que habían encontrado en las alforjas. Hendaya la vació en otra, dejando solo unos sorbos para no desperdiciar.

Colocó la camisa extendida sobre la boca de la cantimplora, la sujetó con una cuerda que Nadifa le pasó. Espolvoreó el carbón molido sobre la tela.

—Bajadme.

Desta lo izó con la cuerda. Bajó de nuevo al pozo, sintiendo las paredes húmedas rozarle los hombros. En el fondo, hundió la

cantimplora en el barro. El agua rezumó lentamente, llenando el recipiente con un líquido turbio, marrón.

—Ya.

Subió. Colocó la cantimplora invertida sobre una piedra, esperando que el agua pasara por el filtro improvisado. Las primeras gotas cayeron, lentas, espesas.

—Tarda —dijo—. Pero funciona.

Miraron el filtro en silencio. Las gotas caían. Una, otra, otra.

Amara se acercó, apoyó la mano en el hombro de Hendaya.

—Gracias.

No respondió. Solo observó el agua.

Mientras esperaban, un ruido apagado llegó desde el pozo. Un chapoteo, seguido de un deslizamiento. Hendaya se asomó al borde.

—La cantimplora —dijo—. Se ha caído. Se ha hundido en el barro.

—¿La que usabas para filtrar?

—Sí.

Amara lo miró. Luego miró las tres cantimploras restantes en el suelo. Dos llenas de agua filtrada, una vacía.

—Entonces tenemos tres para cuatro personas.

—Sí.

—Eso es menos de medio litro por persona al día.

—Lo sé.

Ella apretó los labios. No dijo nada más.

Nadifa se puso en pie. Miró el horizonte. El sol se estaba poniendo, tiñendo el cielo de rojo sangre.

—La noche será fría —dijo—. Necesitamos fuego.

—No podemos —respondió Desta—. El humo nos delatará.

—Los mercenarios ya saben dónde estamos. No van a buscarnos de noche.

—No lo sabes.

—Lo sé.

Los dos se miraron. Desta apretó la mandíbula, pero no discutió.

—Hacemos fuego. Pequeño. Y nos turnamos para vigilar.

Nadifa asintió. Desta resopló, pero empezó a buscar más leña.

El fuego crepitó. Las llamas bailaron en la oscuridad, proyectando sombras largas sobre la llanura. El frío empezó a calar. Hendaya se sentó cerca de las brasas, sintiendo el calor en la cara.

Amara estaba a su lado, con las manos extendidas hacia el fuego. Las vendas manchadas de sangre seca.

—Tienes que vendarte bien —dijo.

—No tengo más gasa.

—Usa la camisa. Todavía sirve.

Ella no respondió.

Desta se había apartado un poco, montando guardia con el fusil apoyado en las rodillas. Miraba la oscuridad. No dormiría esa noche.

Nadifa estaba recostada contra una piedra, con los ojos cerrados. Pero no dormía. Su respiración era demasiado controlada.

Hendaya observó las estrellas. El cielo estaba limpio, despejado. Miles de puntos de luz brillaban sobre ellos.

—¿Crees que llegaremos? —preguntó Amara, sin mirarlo.

—No lo sé.

—Eso no es muy alentador.

—No soy un alentador. Solo un ingeniero que sabe cavar pozos.

Ella sonrió, apenas. Una mueca perceptible en la penumbra.

—Suficiente.

No respondió.

El fuego chisporroteó. Una brasa saltó, se apagó en la arena.

—Mañana continuamos al amanecer —dijo Hendaya—. Dos días más y estaremos en la carretera.

—¿Y luego?

—Luego, si llegamos, veremos.

Amara asintió. No preguntó más.

El silencio se instaló. El viento sopló, frío, seco. Hendaya se arrebujó en su camisa, ahora sucia y rota. Cerró los ojos.

Pero no durmió.

El frío calaba los huesos. Hendaya sabía que no dormiría. Nadie dormía en el desierto.

CAPÍTULO 25: EL FALSO CLÍMAX

El sol salió como una brasa sobre el borde del salar. Hendaya parpadeó, sintió la costra de sal en los párpados, el peso de la noche sin sueño. Habían soltado los camellos al amanecer, demasiado exhaustos para continuar. Los dos kilómetros finales los hicieron a pie.

A veinte metros, la silueta de Mekele comenzaba a tomar forma: tejados de chapa ondulada, una antena de telecomunicaciones, el minarete de una mezquita.

—Ya está —dijo.

Nadifa levantó la cabeza. Amara se incorporó apoyándose en un codo. Desta seguía de pie junto al fuego apagado, el fusil colgado al hombro, la mirada perdida en la línea gris del horizonte.

—Todavía faltan dos horas —dijo.

—Dos horas —repitió Hendaya.

Se puso en pie. La rodilla derecha protestó, el hombro izquierdo también. La venda en la palma derecha estaba negra de sangre seca. La apretó con los dientes y empezó a caminar.

Oyó a Amara levantarse, a Nadifa recoger el saco. Desta no dijo nada, pero Hendaya sintió sus pasos. Cuatro sombras caminaban hacia la civilización.

La carretera apareció primero como una línea más oscura en la tierra, luego como una cinta de asfalto agrietado. Había huellas de camiones, marcas de neumáticos recientes. Un poste eléctrico inclinado sostenía un cable que colgaba hasta el suelo.

Hendaya se detuvo. Respiró hondo. Olía a gasóleo, basura quemada, el hedor dulzón de un vertedero. A humanos.

—Vamos —dijo.

Caminaron por el arcén. Los edificios crecían lentamente: primero chabolas de adobe y chapa, luego casas de bloques de cemento, finalmente un muro de hormigón coronado por alambre de espino. Un cartel decía, en amárico e inglés: *Bienvenidos a Mekele*.

Hendaya sonrió. Apenas una mueca, casi imperceptible, pero era una sonrisa.

—Lo hicimos —susurró Amara.

Pero Desta no sonreía. Miraba la carretera vacía, el polvo que se levantaba al este, el silencio de la mañana. No había tráfico. No había peatones. Solo el viento y el cartel oxidado.

—Algo va mal —dijo.

El jeep apareció de detrás de una gasolinera abandonada. Un vehículo militar, pintado de verde oliva, con una antena de radio en el techo y tres soldados dentro. Frenó en medio de la carretera, bloqueando el paso.

Hendaya se detuvo. Desta dio un paso al frente.

El oficial bajó del jeep. Un hombre de unos cuarenta años, de rostro cuadrado, gafas oscuras, galones de capitán en el cuello. Llevaba una pistola en el cinturón, la mano apoyada en la culata.

—Alto —dijo en amárico.

Desta respondió. Intercambiaron palabras rápidas, cortantes. El oficial no se movió. Desta sacó la placa, se la mostró. El oficial la miró, luego miró a Desta, luego al grupo.

—¿Problemas, mi capitán? —preguntó Hendaya en inglés.

Desta no respondió. El oficial habló por radio. Las palabras eran inaudibles, pero el tono era el mismo. Escuchó, asintió, volvió a mirarlos.

—Acompañen —dijo en inglés.

—¿Adónde? —preguntó Amara.

El oficial no respondió. Señaló el jeep con la cabeza.

—Suban.

Antes de subir, Hendaya sintió un roce en el codo. Desta se inclinó, fingió ajustarse la bota, y susurró en inglés:

—Los documentos están en tu bolsillo interior. Yo no puedo llevarlos.

Hendaya no respondió. Subió al jeep. Sintió el bulto de los papeles contra el pecho, el peso de la responsabilidad que Desta le transfería. No preguntó cuándo los había pasado. No hacía falta.

La comisaría era un edificio de dos plantas, pintado de blanco desconchado, con barrotes en las ventanas y un mástil sin bandera en el patio. Los soldados los hicieron bajar del jeep a empujones, los condujeron al interior.

Hendaya sintió el frío del suelo de cemento, el olor a sudor rancio y lejía barata. Un pasillo largo, puertas de metal, una luz fluorescente que parpadeaba.

Los separaron.

A Hendaya lo metieron en una sala sin ventanas, con una mesa de madera y dos sillas. La puerta se cerró con un golpe metálico. Se quedó solo.

Esperó.

Pasaron cinco minutos. Diez. Oyó pasos al otro lado de la puerta, voces ahogadas, el ruido de una radio. No oyó a Amara. No oyó a Nadifa. No oyó a Desta.

La puerta se abrió.

El oficial entró solo, sin escolta. Cerró la puerta tras de sí, se sentó frente a Hendaya, apoyó los codos en la mesa. Se quitó las gafas de sol.

Tenía los ojos cansados, bolsas oscuras debajo, una cicatriz blanca cruzando el arco de la ceja izquierda.

—Usted es Saúl Hendaya.

Afirmación, no pregunta.

—Sí.

—Ingeniero hidrólogo.

—Sí.

—Español.

—Sí.

El oficial asintió, como si confirmara algo que ya sabía. Sacó un expediente de una carpeta, lo abrió. El papel crujió.

—Se le acusa de sabotaje a una instalación minera, homicidio, colaboración con grupos insurgentes eritreos, y espionaje industrial.

—Eso es mentira.

El oficial no levantó la vista.

—Trabajaba para Aquifer Global. ¿Correcto?

—Fui secuestrado. Me obligaron a trabajar.

—Destruyó la plataforma de extracción al sur de la llanura de sal.

—Estaba envenenando el acuífero. Había uranio en el agua. Litio. Productos químicos. Iba a matar a miles de personas.

El oficial lo miró. Sus ojos no reflejaban sorpresa ni interés. Solo fatiga.

—Eso no es lo que dice su empleador.

—No es mi empleador. Whitaker me secuestró. Montero también. Ellos son los criminales.

—El Sr. Whitaker ha presentado una denuncia formal. Dice que usted robó información confidencial, sobornó a los empleados locales, y huyó con documentos de la empresa.

—Son los documentos que prueban lo que estoy diciendo. Los tengo aquí —Hendaya se tocó el bolsillo interior, sintió el borde de los papeles contra los dedos—. Desta también tenía copias.

El oficial no se inmutó.

—El Capitán Desta Haile ha sido dado de baja del ejército etíope por traición.

Hendaya apretó los dientes con tanta fuerza que sintió el latido en las sienes. La sangre le golpeó detrás de los ojos.

—¿Qué?

—Esta mañana temprano. Orden directa del Cuartel General en Adís Abeba. Se le acusa de colaborar con saboteadores extranjeros y de haber desobedecido órdenes directas.

—Eso es porque Whitaker los sobornó. A todos. A usted también, probablemente.

El oficial se levantó. Dio la vuelta a la mesa, se colocó detrás de Hendaya.

—No sabe de lo que habla —dijo.

El puño cayó en la nuca. Hendaya sintió el impacto en la base del cráneo, el dolor que subía por la columna, el sabor a sangre en la boca. Cayó al suelo, rodó, se protegió la cabeza con los brazos. Al girar, sintió el bulto de los documentos contra el pecho, y los apretó instintivamente contra su cuerpo, protegiéndolos.

El oficial lo levantó por el cuello de la camisa, lo empujó contra la pared.

—Confiese que trabajaba para la guerrilla eritrea.

—No —dijo Hendaya.

El puño volvió a golpear. Esta vez en el costado, justo donde las costillas ya estaban resentidas. Hendaya tosió, escupió saliva con sangre.

—Confiese.

—No.

Otra vez. El hombro izquierdo. La pierna derecha. Hendaya cayó, se encogió, esperó. La mano derecha aún presionaba el bolsillo donde dormían los documentos.

El oficial dejó de golpear. Se arregló la chaqueta, volvió a la mesa, se sentó.

—Tiene quince minutos para pensar —dijo.

Salió. La puerta se cerró.

Hendaya se quedó en el suelo, respirando con dificultad. El dolor crecía, se extendía, se convertía en una conciencia única que llenaba todo su cuerpo.

Compró la mina, compró el país. Apretó la mandíbula. *La ley no servía de nada.*

Se sentó. Apoyó la espalda contra la pared. Miró sus manos: sucias, vendadas, temblorosas. Se llevó la mano al pecho. Los documentos seguían ahí. Desta se los había pasado en el momento justo, antes de ser separados.

Tenía quince minutos.

Pensó en Amara, en Nadifa, en Desta. No sabía dónde estaban. No sabía si las habían golpeado. No sabía si seguían vivas.

Pensó en Whitaker. Lo imaginó en su despacho, llamando por teléfono, moviendo los hilos. Limpio, impecable, intocable.

No importa lo que digas. No importa lo que tengas. No importa la verdad. Porque él tiene el poder. Y el poder siempre gana.

La puerta se abrió.

Un soldado entró, lo agarró del brazo, lo levantó. Hendaya se dejó llevar.

Pasillo, luz fluorescente, escaleras, otra puerta. La celda.

Era pequeña, de cuatro por cuatro, con bancos de cemento a los lados y un agujero en el suelo para el agua. Olía a orina y desinfectante.

Amara estaba sentada en un banco, las manos vendadas sobre las rodillas. Tenía una marca roja en la mejilla derecha, un corte en el labio.

—¿Estás bien? —preguntó Hendaya.

—Estoy viva.

Nadifa estaba en el otro banco, la mirada fija en la pared, los brazos cruzados. No parecía herida, pero su silencio lo decía todo.

La puerta se cerró. El soldado se fue.

Hendaya se sentó junto a Amara. Sintió el contacto del hombro, el calor del cuerpo.

—¿Dónde está Desta? —preguntó.

—No lo sé.

—¿Te han interrogado?

—Sí. No he confesado nada.

—Yo tampoco.

—No importa —dijo Nadifa sin mirarlos—. No van a soltarnos. Van a matarnos.

Amara no respondió.

Hendaya cerró los ojos. El cansancio lo aplastó contra el banco.

No hay salida. No hay esperanza.

Pero no lo dijo. No hacía falta.

La puerta se abrió de golpe.

Desta entró tambaleándose, empujado por un soldado. Iba esposado, con el labio partido y un hematoma creciendo en el pómulo izquierdo. Le faltaba un botón de la camisa.

El soldado lo empujó hacia el centro de la celda. Desta cayó de rodillas, se levantó lentamente, se sentó en el banco frente a ellos.

—Desta —dijo Hendaya.

—Escucha —respondió sin mirarlo—. Tengo que decirte algo.

Su voz era un hilo ronco.

—Me han dado de baja. Soy un hombre muerto aquí.

Amara abrió la boca, pero no salió ninguna palabra.

—Whitaker habló con Adís —continuó Desta—. Mi nombre está en una lista. Saboteador. Traidor. No hay vuelta atrás.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Hendaya.

—El oficial me lo dijo. Antes de golpearme. Quería que lo supiera antes de que él llegara.

—¿Quién?

Desta levantó la cabeza. Sus ojos negros brillaban en la penumbra.

—Whitaker. Viene desde Adís. En helicóptero.

Nadifa se levantó de un salto.

—¿Cuándo?

—Ahora. Esta mañana.

El silencio se endureció. Nadie respiró durante lo que pareció un minuto entero.

Hendaya miró a Desta. Miró sus esposas, su rostro hinchado, su orgullo roto. Llevó la mano al bolsillo interior, donde los documentos seguían presionando contra su pecho.

—Lo siento —dijo Hendaya.

Desta sonrió con amargura.

—No tienes que sentir nada. Yo sabía lo que hacía cuando decidí ayudarlos. Sabía el precio.

—¿Y aun así lo hiciste?

—Era lo correcto.

Desta no añadió nada más. El ruido del helicóptero, aún lejano, empezó a colarse por las rendijas de la celda.

El ruido llegó como un zumbido lejano, se hizo bateo rítmico, y finalmente estruendo de helicóptero acercándose.

Hendaya abrió los ojos. El zumbido creció, se hizo martilleante, sacudió las paredes de la celda.

—¿Qué es eso? —preguntó Amara.

Nadifa se levantó, se acercó a la puerta, miró por la rejilla.

—Un helicóptero —dijo—. Aterriza en el patio.

Hendaya se puso en pie. Sintió el dolor en las costillas, en el hombro, en la nuca. Se apoyó en la pared.

—¿De quién?

—No sé.

El motor se apagó. El silencio volvió, más denso que antes. Oyó puertas que se abrían, pasos en el pasillo, voces.

La llave giró en la cerradura.

La puerta se abrió.

El oficial de antes estaba allí, rígido, pálido. No los miró. Apartó la mirada.

—Salgan.

—¿Adónde?

—El Sr. Whitaker quiere verlos.

Hendaya sintió la sangre en los oídos.

Whitaker.

Los condujeron por el pasillo, hacia atrás, hacia una puerta que daba al patio. La luz del sol los cegó. Hendaya parpadeó, vio la silueta del helicóptero, negro, sin marcas, las aspas aún girando lentamente.

Junto al helicóptero, dos hombres con traje oscuro y gafas de sol. Y entre ellos, una figura más alta, de cabello rubio canoso, traje azul marino, manos en los bolsillos.

Whitaker sonrió.

—Señor Hendaya —dijo—. Qué alegría volver a verlo.

Hendaya no respondió.

Los guardias se apartaron. Whitaker caminó hacia ellos, se detuvo a un metro de distancia. Miró a los tres: Hendaya, Amara, Nadifa. Luego miró a Desta, que salía esposado detrás.

—Capitán Haile —dijo Whitaker—. Ha hecho una elección interesante.

—La única posible —respondió Desta.

—Veremos.

El oficial de la comisaría se mantenía atrás, los brazos cruzados, la cabeza baja.

—Les di una oportunidad —dijo Whitaker—. Podrían haberse ido, haberse olvidado, haber vivido. Pero no. Tuvieron que meterse donde no los llamaban.

—Estabas envenenando el agua —dijo Amara.

—Estaba explotando un recurso natural. Como hacen todos. Como hicieron sus países durante siglos. Pero de repente, cuando lo hace una empresa privada, es un crimen.

—Miles de personas iban a morir.

—Centenares de miles iban a tener electricidad. Empleo. Agua potable. Todo tiene un coste, doctora. Usted ha jurado salvar vidas. Yo también. A mi manera.

—Tú no salvas vidas. Compras políticos.

Whitaker sonrió de nuevo. Se volvió hacia Hendaya.

—Usted lo entiende —dijo—. Usted ha visto el mundo. Sabe que no hay buenos ni malos. Solo intereses.

—Hay buenos y malos.

Whitaker negó con la cabeza.

—Lástima. Creí que era más inteligente.

Hizo un gesto. Los hombres de traje avanzaron.

—Van a desaparecer en una celda de máxima seguridad —dijo Whitaker, su voz perdiendo toda calidez—. Nadie sabrá que existieron. Esta vez no hay cheque. Solo un agujero en el desierto.

El helicóptero esperaba. Los hombres esperaban. El sol caía a plomo sobre el patio de cemento.

Hendaya miró a Amara. Miró a Nadifa. Miró a Desta.

Miró a Whitaker.

—Solo hay una cosa que quiero decirle.

—Dígame.

Hendaya escupió.

La sangre y la saliva cayeron sobre el traje azul marino, sobre la corbata de seda, sobre el alfiler de oro.

Whitaker no se movió.

Miró la mancha, luego a Hendaya. Su sonrisa desapareció.

—Llévenselos —dijo.

Los hombres de traje avanzaron. Agarraron a Hendaya por los brazos, lo arrastraron hacia el interior de la comisaría. Detrás, oyó a Amara forcejear, a Nadifa maldecir en afar, a Desta decir algo en amárico que sonó a insulto.

La puerta de la celda se cerró.

El ruido de las aspas del helicóptero se elevó, se hizo más intenso, y comenzó a alejarse.

Hendaya se quedó en el suelo de cemento, la mejilla apoyada contra la losa fría, escuchando el sonido que se desvanecía.

Whitaker se iba.

Pero ellos se quedaban.

—No hay salida —dijo Nadifa.

Hendaya cerró los ojos. Los dedos encontraron el borde de los documentos en el bolsillo interior. El papel crujió bajo su presión.

—Todavía tenemos los documentos —dijo.

—¿De qué sirven? —preguntó Amara.

Hendaya no respondió.

Afuera, el helicóptero se perdió en el horizonte.

La celda se quedó en silencio.

CAPÍTULO 26: LA CELDA DE LOS CONDENADOS

—¿Hay alguien?

El eco rebotó contra el hormigón, se perdió en el corredor. Hendaya esperó. Nada. Apretó el puño contra la puerta metálica; el frío del acero se le metió en los nudillos. Giró la cabeza. Amara ocupaba un rincón, brazos cruzados, mirada perdida en las grietas del techo. Desta estaba sentado, espalda contra la pared, las manos esposadas sobre las rodillas. Nadifa seguía inmóvil desde que entraron, de pie junto a la pared del fondo, con la mirada fija en la única rendija de luz que entraba por una grieta vertical de tres centímetros.

—No esperes respuesta —dijo Desta sin levantar la cabeza—. Nos han metido aquí para olvidarnos.

—No —replicó Hendaya—. Nos han metido para que Whitaker decida cuándo sacarnos.

Amara levantó la vista. Tenía el labio partido, la comisura seca, una costra oscura. Su voz sonó como un hilo de alambre.

—Perdón. Yo los metí en esto.

Hendaya la miró. La celda medía cuatro pasos de largo, tres de ancho. El suelo era cemento pulido, manchado de pisadas viejas y

círculos de humedad. En una esquina, un agujero en el suelo que olía a amoníaco y podredumbre.

—Perdón —repitió ella.

—Deja eso.

—Si no hubiera insistido en venir a la aldea, si no hubiera convencido a Nadifa…

—Si no hubiera sido por ti —cortó Hendaya—, estaríamos muertos en el salar, no en una celda. La celda es una mejora.

Amara abrió la boca para responder, pero no encontró las palabras. Nadifa seguía inmóvil, apoyada contra la pared, los brazos caídos a los costados, los dedos rozando el saquito de cuero que colgaba de su cintura.

—Todos elegimos —dijo Hendaya, y su voz sonó más cansada de lo que pretendía—. Yo elegí venir. Nadifa eligió guiarnos. Desta eligió traicionar a su ejército. No cargues con lo que no te pertenece.

—Yo no decidí que Montero fuera un traidor.

—No. Pero decidiste quedarte cuando pudiste haberte ido.

Amara negó con la cabeza, pero no discutió. Se llevó las manos a las rodillas, las apretó. Los dedos vendados dejaban ver manchas de sangre seca, marrones como óxido.

Desta se removió en su sitio. Las esposas tintinearon.

—¿De qué sirve esto? —preguntó—. Culparnos, perdonarnos. Da igual. Estamos aquí.

—No da igual —dijo Hendaya.

—¿No? —Desta alzó la cabeza. Tenía el ojo derecho hinchado, el pómulo amoratado, la camisa con un botón de menos. El interrogatorio le había dejado marcas que no tenía la noche anterior —. Han destruido mi carrera. Me han expulsado del ejército por

traidor. Si salgo de aquí, seré un hombre muerto. No en sentido figurado. Whitaker tiene hombres en cada esquina de esta ciudad.

—Entonces no saldremos por la puerta principal.

—¿Y por dónde?

El silencio se espesó. Hendaya recorrió la celda con la mirada: cuatro paredes de hormigón armado, sin ventanas, una puerta de acero con una trampilla en la parte inferior, un techo de losa maciza. Un cubículo diseñado para que nadie saliera.

Nadifa se movió.

Se arrodilló junto a la pared del fondo, en la esquina opuesta al agujero del suelo. Pasó los dedos por el borde de una losa más oscura que las demás. La palpó con cuidado, como si buscara una costura.

—Aquí —dijo.

Hendaya se acercó. Desta también. Amara se levantó con esfuerzo, apoyándose en la pared.

—¿Qué hay? —preguntó Hendaya.

Nadifa no respondió. Introdujo los dedos entre la junta de la losa y el suelo, tiró. La piedra cedió unos milímetros, pero era pesada, demasiado para una sola persona.

Desta se arrodilló junto a ella. Metió las manos esposadas bajo el borde de la losa, hizo palanca con los antebrazos. Hendaya se colocó al otro lado, encontró un punto de apoyo con los dedos entumecidos, sintió el dolor del corte en la palma derecha al hacer fuerza.

—Ahora —dijo.

Los tres empujaron. La losa se levantó unos centímetros, después otros. Hendaya sintió cómo el tendón del hombro se tensaba, cómo la herida en la nuca le recordaba que la tenía. Siguieron hasta que la

losa quedó apoyada contra la pared, dejando al descubierto un agujero cuadrado de medio metro de lado.

Del interior subió un olor a humedad subterránea, a tierra mojada, a algo que no había visto la luz en años.

Desta asomó la cabeza. Sus ojos tardaron unos segundos en acostumbrarse a la oscuridad.

—Conducto de desagüe —dijo—. Huele a alcantarilla, pero es ancho.

—¿Ancho cuánto? —preguntó Hendaya.

Desta metió un brazo, después el hombro. Las esposas raspaban contra el cemento.

—Cincuenta centímetros de diámetro. Tal vez sesenta.

—¿Suficiente para una persona?

—Para una persona delgada. Sin equipaje.

Hendaya se asomó. El conducto descendía en diagonal, con una pendiente suave, y la oscuridad impedía ver el final. Calculó la distancia: desde el borde de la losa hasta el fondo, unos tres metros de caída libre. Luego el conducto giraba, probablemente hacia el exterior.

—¿Hacia dónde lleva? —preguntó.

Nadifa levantó la cabeza. Tenía el rostro cubierto de polvo fino, una capa gris que se acumulaba en las arrugas alrededor de sus ojos.

—Patio trasero —dijo—. He estado aquí antes. Cuando trajeron a los hombres de mi aldea.

—¿Cómo sabes que el conducto llega hasta allí?

—Lo sé. Lo vi una vez. Un perro pequeño salió por él.

Hendaya la miró. Nadifa no era mujer de suposiciones. Si decía que el conducto llegaba al patio, era porque había visto a un perro salir

por él.

—Tres metros de caída —dijo—. Y luego un conducto estrecho. Podríamos pasar, pero no rápido. Y no todos a la vez.

Desta se apartó del agujero. Se sentó en el suelo y se frotó las muñecas donde las esposas le habían marcado la piel.

—Supongamos que logramos salir al patio. ¿Y luego? Estamos en el centro de Mekele. Whitaker tiene a media ciudad comprada.

—Saldremos de noche —dijo Hendaya.

—Y sin armas —añadió Desta.

—Y sin armas. Pero con tiempo.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—No lo sé. Depende de cuándo decida Whitaker que hemos dejado de ser útiles.

Amara se había sentado de nuevo, pero esta vez no miraba el techo. Miraba a Hendaya, y había algo en sus ojos que no era derrota. Era atención.

—Tal vez podamos usar el cableado del conducto —dijo Hendaya—. Hay un cable de cobre desnudo que recorre la pared. Si logramos cortocircuitarlo, podemos fundir el sistema de cierre de la celda.

—¿Y si viene un guardia antes? —preguntó Amara.

—Entonces tendremos que neutralizarlo.

Amara dudó un momento. Luego se llevó la mano al bolsillo interior de su chaqueta, donde guardaba el kit médico. Sus dedos vendados buscaron entre el material.

—Tengo cloroformo —dijo—. No mucho, pero suficiente para dejar a un hombre fuera de combate durante unos minutos.

Desta la miró, el ojo hinchado entrecerrado.

—¿Sabes usarlo?

—Soy médico. He sedado a pacientes para cirugías de campo. Esto no es diferente.

—Entonces tenemos un plan —dijo Hendaya—. Trabajamos en el conducto durante las próximas horas. A las cuatro y media, cuando el turno de noche esté más distraído, provoco el cortocircuito. La cerradura saltará, abrimos la puerta y escapamos por el conducto antes de que reaccionen.

—¿Y si el cortocircuito no funciona? —preguntó Amara.

—Entonces improvisaremos otra cosa. Pero tenemos que intentarlo.

Nadifa levantó la cabeza. Su voz sonó grave.

—Yo puedo vigilar el pasillo por la trampilla. Si veo que alguien se acerca, aviso.

—Bien —dijo Hendaya—. Entonces tenemos hasta las cuatro y media para preparar el cableado. Amara, busca algo con lo que pelar los cables. Desta, ayúdame a examinar el conducto.

Hendaya miró su reloj. Las ocho y cuarto de la tarde. Quedaban casi ocho horas.

—Ocho horas —dijo en voz alta—. Tenemos ocho horas para preparar una fuga que nos lleve al patio, de allí a la calle, y de la calle a un lugar donde no nos encuentren.

—Y luego —dijo Amara— necesitamos llegar a Adís Abeba.

—Si llegamos a la salida de Mekele —dijo Desta—, conozco a un hombre que nos lleva al sur. Pero no tendremos coche, no tendremos dinero, y Whitaker tendrá a todos sus hombres buscándonos.

—Entonces —dijo Hendaya— haremos que no nos busquen.

—¿Cómo?

—Whitaker cree que estamos derrotados. Que no tenemos salida. Que nos ha ganado. No sabe lo del conducto. No sabe lo del cortocircuito. No sabe que todavía tenemos los documentos.

Hendaya se tocó el bolsillo interior de la chaqueta. La carpeta seguía ahí, doblada, manchada de sudor, pero intacta. Los papeles que Desta le había entregado antes de la detención. Los informes, las transferencias, los nombres. Todo lo que necesitaban para demostrar que Aquifer Global no era una empresa humanitaria, sino una operación de saqueo.

—Los documentos son nuestra única arma —dijo—. Si llegamos a Adís Abeba con esto, podemos ir a la prensa. A la ONU. A quien quiera escuchar.

—Y si no llegamos —dijo Desta—, Whitaker se habrá librado de todos los testigos y los papeles desaparecerán con nosotros.

Nadifa se levantó. Sacudió el polvo de la túnica, se ajustó el pañuelo sobre la cabeza. Tenía los ojos brillantes, no de lágrimas, sino de una cólera contenida que solo se liberaba en los gestos pequeños.

—Yo no pienso morir aquí —dijo—. He cruzado Danakil quince veces. He visto morir a mis hermanos en las minas de sal. No voy a pudrirme en esta celda esperando que un blanco con traje decida cuándo matarme.

Hendaya la observó. Había algo en la forma en que lo dijo, en la seguridad de sus hombros, en la manera en que sujetaba el saquito de cuero, que le recordó a los soldados con los que había servido en Bosnia. Gente que no tenía nada que perder.

—Entonces lo haremos —dijo Hendaya—. Esperamos a las cuatro y media. Cuando el cortocircuito funda la cerradura, salimos, atravesamos el patio, saltamos el muro, y corremos.

—¿Hacia dónde? —preguntó Amara.

—Hacia el sur. Hacia la carretera. Después decidiremos.

—Cuatro y media —repitió Desta—. ¿Y si alguien nos descubre antes?

—Amara tiene el cloroformo. Y nosotros tenemos las manos. Improvisaremos.

Nadifa asintió una vez.

—Lo haremos.

El silencio volvió a caer, pero esta vez no era el silencio de la derrota. Tenía otra textura, hecha de respiraciones contenidas, de miradas que se encontraban y se separaban, del roce de los dedos contra el cemento.

Hendaya buscó el interior de su chaqueta. Tocó el borde de la carpeta, sintió el papel áspero bajo los dedos. Los documentos. El testimonio de Iñaki. Las coordenadas. Las transferencias bancarias. Todo lo que necesitaban para llevar a Whitaker ante un tribunal.

Si lograban salir.

Si el cortocircuito funcionaba.

Si nadie los descubría antes de las cuatro y media.

Demasiados si.

Hendaya cerró los dedos alrededor de la carpeta y sintió cómo la hinchazón de los nudillos se lo impedía. El corte en la palma derecha le ardía, una punzada constante que se negaba a desaparecer. Recordó el momento en que Whitaker se había ido del interrogatorio, la sonrisa fría, el traje impoluto, la forma en que había dicho «Mañana al amanecer, oficial», sin mirar a nadie.

Mañana al amanecer.

Hendaya levantó la cabeza.

—Desta —dijo—. ¿Cuándo dijo el oficial que vendrían a buscarnos?

Desta parpadeó. Tenía la mirada perdida, pero se recompuso.

—No lo dijo. Pero Whitaker habló de que era urgente. Que no podía haber retrasos.

—¿A qué hora es el amanecer en Mekele?

—Sobre las seis —respondió Desta—. Pero empieza a clarear a las cinco y media.

Hendaya miró el reloj. Las ocho y veinte. Faltaban nueve horas para el amanecer.

—El cortocircuito a las cuatro y media —dijo—. Eso nos da una hora para salir del perímetro antes de que amanezca.

—Puede funcionar —dijo Amara.

—Puede —repitió Hendaya—. Pero depende de que nadie nos vea. De que el cortocircuito funda la cerradura a tiempo. De que Whitaker no haya adelantado la ejecución.

—¿Por qué iba a hacerlo?

Hendaya no respondió. Se llevó la mano al bolsillo del pantalón, sacó el puñado de arena que Nadifa le había dado antes de la detención. La arena sagrada de Danakil. La apretó contra la palma herida y sintió cómo los granos se clavaban en la carne viva.

—Porque Whitaker no es tonto —dijo por fin—. Y sabe que mientras estemos vivos, somos un peligro.

Nadifa se acercó a él. Le tocó la mano, la que sostenía la arena.

—Guárdala —dijo—. La necesitaremos.

Hendaya obedeció. Devolvió la arena al bolsillo, notó el peso mínimo, el roce del cuero contra la tela del pantalón.

Amara se levantó. Fue hasta la losa levantada, se arrodilló y asomó la cabeza al conducto.

—Huele a humedad —dijo—. Pero no a estancada. El aire corre.

—Significa que el conducto está abierto por el otro lado —dijo Desta —. Si el aire circula, hay salida.

—¿Crees que podemos pasar?

—Tú y Nadifa sí —dijo Hendaya—. Desta y yo somos más grandes. Puede que nos quedemos atascados.

—Entonces iremos primero las mujeres —dijo Nadifa—. Si llegamos al patio, buscaremos algo con lo que abrir el muro.

—No hay muro —dijo Desta—. Es una valla metálica. Oxidada. Puede saltarse.

Nadifa asintió.

—¿Y luego? —preguntó Amara.

—Luego corremos —dijo Hendaya—. Sin mirar atrás. Sin detenernos. Hasta que estemos fuera de Mekele.

—¿Y si nos separan?

—Entonces cada uno por su cuenta. Pero el punto de encuentro es la carretera de Adís Abeba. El primer pueblo al sur. Si llegamos allí, preguntamos por la clínica de MSF. Alguien nos ayudará.

Desta emitió un sonido que podía ser una risa amarga o un gruñido.

—Todo esto suponiendo que el cortocircuito funcione.

—El cable está bien pelado —dijo Nadifa.

—¿Cómo puedes estar segura?

Nadifa lo miró a los ojos, y Desta no desvió la mirada. Ella habló en voz baja, sin énfasis, como si estuviera enumerando hechos.

—Porque he visto cables como este en las minas. Cuando los tocas con las manos mojadas, el calambre te sacude hasta los huesos. Pero si los unes con cuidado, la chispa salta y el interruptor se

funde. He visto a un hombre fundir el sistema de ventilación de una mina entera con un solo contacto. Esto no es más complicado.

Desta sostuvo la mirada un momento más, después asintió.

—Está bien —dijo—. Esperaremos.

Hendaya se sentó en el suelo, apoyó la espalda contra la pared. El hormigón estaba frío, pero el aire de la celda era denso, pesado, cargado del olor de los cuerpos encerrados.

Miró el reloj. Las ocho y veinticinco.

Quedaban ocho horas.

Ocho horas para prepararse para lo que podría ser su única oportunidad de salir vivos de Mekele.

Amara se sentó a su lado. No dijo nada, pero Hendaya sintió su presencia, el calor de su hombro rozando el suyo.

Nadifa se había quedado junto al agujero, vigilando. Desta, en la esquina opuesta, con los ojos cerrados, las manos esposadas sobre las rodillas.

El silencio volvió.

Pero esta vez, Hendaya supo que no estaban esperando la muerte.

Estaban esperando el momento de demostrar que Whitaker se había equivocado.

Las ocho y veintiséis.

Las ocho y veintisiete.

El tiempo pasaba.

Y la celda seguía en silencio.

CAPÍTULO 27: LA FUGA DEL INFIERNO

La mano del guardia afar cayó sobre el hombro de Hendaya. Tres golpes secos, el código acordado. A su espalda, la cerradura de la celda emitió un clic metálico que resonó como un disparo en el silencio de la comisaría.

Hendaya se puso en pie. Las cervicales le protestaron. Amara ya estaba levantada, la mirada fija en la puerta que se abría. Nadifa se movió sin ruido, pegada a la pared.

El guardia afar señaló el pasillo. Vacío.

Salieron.

Los pies descalzos de Hendaya apenas rozaban el cemento. Había dejado las botas en la celda, como el resto. Amara pisaba con cuidado, las vendas de sus manos rozando el suelo. Nadifa avanzaba erguida, dueña de aquel silencio.

El pasillo olía a sudor rancio y gasoil. Luces fluorescentes parpadeaban al fondo, fundiendo sombras alargadas contra las paredes de bloque. Hendaya contó los pasos: doce hasta la primera esquina. El guardia afar se detuvo, asomó la cabeza, movió la mano hacia adelante.

Continuaron.

En la segunda esquina, el guardia se detuvo de nuevo. Señaló una puerta metálica al final del pasillo. El patio. Detrás de esa puerta, el muro. Detrás del muro, la libertad o la muerte.

Hendaya miró atrás. Desta salía de su celda con las manos esposadas aún, pero el guardia le había dejado las llaves. El capitán las manipulaba en silencio, girando el metal, buscando el ángulo exacto.

—No puedo —susurró Desta.

El guardia retrocedió, tomó las esposas entre sus manos, forcejeó. El metal raspó la piel. Desta apretó los dientes.

—Déjalas —dijo Hendaya.

—Si llego al patio esposado, no podré trepar.

El guardia farfulló algo en afar, sacó una ganzúa improvisada de su bolsillo, un trozo de alambre retorcido. Lo insertó en la cerradura. Diez segundos. Veinte. Un clic.

Las esposas cayeron al suelo.

Desta frotó sus muñecas, las marcas rojas brillando bajo la luz fluorescente.

—Vamos.

La puerta del patio se abrió sin un crujido. El guardia había engrasado cada bisagra en los días previos, y ahora se abría con la precisión de un mecanismo bien cuidado. Salieron al aire de la noche. El cielo de Mekele estaba despejado, las estrellas visibles a pesar de las luces de seguridad que bañaban el perímetro en un resplandor amarillento.

El patio medía treinta metros de ancho. Al fondo, el muro de adobe se elevaba cuatro metros. Hendaya lo había estudiado desde la ventana de la celda: bloques de barro, mortero seco, grietas donde apoyar los dedos. Factible.

El guardia señaló la esquina noreste. Allí el muro estaba más oscuro, fuera del ángulo de los focos. Una sombra densa que prometía cobertura.

Cruzaron el patio en silencio. Hendaya contaba los pasos. Quince. Veinte. Veinticinco.

—¡Alto!

La voz vino desde la izquierda. Un guardia etíope, fusil en mano, la silueta recortada contra la luz de la garita. No había visto al guardia afar. Solo las sombras moviéndose donde no debían.

Desta reaccionó primero. Dio tres zancadas antes de que el guardia pudiera levantar el arma. El golpe seco del puño contra la mandíbula sonó como una rama al partirse. El guardia cayó, el fusil golpeando el cemento.

Pero el ruido ya había volado.

Una luz se encendió en el segundo piso de la comisaría. Una voz gritó en amárico. Luego otra. Luego una sirena que se quebró en la noche.

—¡Corred! —gritó Desta.

Hendaya agarró a Amara del brazo y corrió hacia el muro. Nadifa ya estaba allí, sus dedos encontrando las grietas en el adobe. Trepaba como una lagartija, ágil, precisa, usando las rodillas para impulsarse.

La primera bala pasó alta, rebotando en el muro.

Hendaya levantó a Amara, empujándola hacia arriba. Ella encontró un agarre y comenzó a trepar. Las vendas de sus manos se empaparon de sangre al raspar contra el adobe.

—¡Vamos! —gritó desde arriba Nadifa.

Desta se había quedado atrás, recogiendo el fusil del guardia noqueado. Se arrodilló, apoyó la culata en el hombro, disparó dos

ráfagas hacia el edificio. Los cristales de una ventana estallaron. Las luces del segundo piso se apagaron.

—¡Desta! —gritó Hendaya.

—¡Tú trepa!

Hendaya saltó, encontró una grieta, se elevó. El adobe raspaba su pecho, sus brazos. El muro medía cuatro metros. A medio camino, sus dedos encontraron un hueco. Se impulsó, alcanzó el borde, se encaramó.

Amara estaba arriba, tumbada sobre el adobe, jadeando. Nadifa ya había saltado al otro lado.

Hendaya se volvió.

Desta seguía disparando. El guardia afar estaba a su lado, apuntando hacia la garita con una pistola que había sacado de algún lugar. Un tercer guardia cayó antes de alcanzar la esquina.

—¡Desta, ya! —gritó Hendaya.

Desta miró atrás. Veinte metros lo separaban del muro. Los focos del patio se encendieron uno tras otro, bañando la escena en luz blanca. Estaba expuesto.

El guardia afar corrió primero. Llegó al muro, saltó, encontró un agarre. Trepaba con la urgencia de quien sabe que el tiempo se acaba.

Desta disparó dos veces más, cubriendo la retirada del guardia. Luego giró y corrió.

Las balas mordieron el cemento a su alrededor. Una levantó polvo junto a su pie. Otra pasó zumbando cerca de su cabeza.

Llegó al muro, saltó. Sus dedos encontraron el borde. Se izó.

El disparo llegó desde la azotea.

El guardia afar cayó hacia atrás antes de llegar al borde. Su cuerpo golpeó el suelo con un sonido sordo, húmedo. La sangre brotó de su cuello, negra bajo la luz artificial.

Desta se quedó paralizado, colgado del muro.

—¡No! —la voz de Desta se quebró.

Hendaya lo vio. El guardia afar yacía inmóvil, los ojos abiertos mirando el cielo de Mekele. La sangre se extendía formando un charco que crecía segundo a segundo.

—Desta, ¡vamos! —gritó Amara desde arriba.

El capitán no se movía. Miraba el cuerpo del guardia. Miraba al hombre que había abierto sus esposas, que los había guiado a través de los pasillos, que había arriesgado todo por ellos.

—¡DESTA!

Hendaya tomó una decisión. Soltó el borde del muro y cayó al patio. El impacto le recorrió las piernas, la columna. Ignoró el dolor. Corrió hacia Desta.

—¿Qué haces? —la voz de Desta era una mezcla de rabia y sorpresa.

—No te dejo aquí.

—Están muertos. Ambos —Desta señaló el cuerpo del guardia afar —. No podemos salvarlos.

—Entonces salgamos juntos.

El sonido de pasos llegó desde el edificio. Varios hombres. Gritos en amárico. Órdenes.

Desta soltó el muro y cayó junto a Hendaya. Lo agarró por el cuello de la camiseta y lo empujó hacia el muro.

—¡Tú te vas! —susurró—. Yo los cubro.

—No.

—Escúchame, maldito sea —Desta lo sacudió—. Si me voy contigo, nos cazan a todos. Tengo las piernas destrozadas, no puedo trepar ese muro. Pero puedo ganar tiempo.

—No voy a dejarte morir aquí.

Desta sonrió. Una sonrisa amarga, triste, de hombre que ha visto demasiado.

—Ya estoy muerto, Hendaya. Desta Haile fue ejecutado por traición hace tres días. Esto es solo el funeral.

Antes de que Hendaya pudiera responder, Desta lo golpeó en el pecho. No un puñetazo, sino un empujón violento que lo envió contra el muro.

—¡Vete! —gritó Desta—. ¡Haz que valga la pena!

Luego giró y comenzó a disparar.

Hendaya trepó. Encontró las grietas, olió el sudor y la sangre. Sus dedos se clavaron en el adobe, sus pies buscaron apoyo. Trepaba como un animal acorralado, impulsado por la adrenalina, por la rabia, por la certeza de que si se detenía un segundo, todo habría sido en vano.

Alcanzó el borde. Amara lo agarró del brazo, lo ayudó a pasar al otro lado. Cayó sobre la tierra compacta, el polvo seco llenándole la boca.

Nadifa estaba de pie, mirando hacia el muro. Los disparos sonaban al otro lado, ráfagas cortas, precisas.

Luego un solo disparo.

Silencio.

—Desta —susurró Amara.

Hendaya se puso de rodillas. El pecho le ardía. Las manos le sangraban. Del otro lado del muro llegaban gritos, órdenes, el sonido de botas corriendo sobre cemento.

—Tenemos que irnos —dijo Nadifa—. Rodearán el edificio.

Hendaya asintió. Se puso en pie. La cabeza le dio vueltas, pero se obligó a estabilizarse. Amara estaba a su lado, lívida, las vendas de sus manos empapadas de sangre roja. Nadifa ya echaba a correr hacia las calles oscuras.

—Espera —dijo Hendaya.

Volvió al muro. Se arrodilló. Pasó la mano por la superficie áspera y sus dedos encontraron el bolsillo de la camisa. El papel estaba allí. Desta se lo había metido antes de empujarlo. Un mapa doblado, manchado de sudor.

Lo desplegó. No podía ver los detalles en la oscuridad, pero reconoció la silueta de Mekele, las carreteras al norte, y una X marcada en el extremo occidental.

—¿Qué es? —preguntó Amara.

—Un mapa —respondió Hendaya—. Desta me lo dio. Hay un helicóptero.

—¿Dónde?

—Pista de aterrizaje privada. Al oeste de la ciudad.

Nadifa se acercó, tomó el mapa, lo examinó a la luz de las estrellas. Sus dedos siguieron las líneas dibujadas a lápiz.

—Seis kilómetros —dijo—. Campo abierto.

—¿Podemos llegar?

—Si no nos ven.

Las voces al otro lado del muro se intensificaron. Hendaya oyó el chirrido de una puerta metálica, el motor de un vehículo encendiéndose.

—Nos van a buscar —dijo Amara—. Toda la ciudad.

Hendaya guardó el mapa en su bolsillo. Miró el muro. Por un momento, quiso trepar de nuevo, bajar al patio, encontrar a Desta. Pero sabía que solo encontraría un cuerpo.

—Corramos —dijo.

Echaron a correr por la calle de tierra, esquivando baches y montones de basura. Las casas de adobe se alzaban a ambos lados, fachadas ciegas, ventanas tapiadas. No había luces. La ciudad dormía.

Nadifa lideraba, marcando el ritmo. Conocía las callejuelas, los pasadizos entre las casas, los puntos donde la sombra se hacía más densa. Amara corría detrás, la costilla fisurada le ardía con cada zancada, pero el miedo podía más que el dolor. Hendaya cerraba el grupo, mirando atrás cada pocos pasos.

Nadie los seguía. Aún.

Se adentraron en un laberinto de callejones. El olor a alcantarilla, a basura quemada, a comida rancia. Perros que gruñían desde los tejados. Ratas que cruzaban como sombras.

Nadifa se detuvo frente a una puerta de chapa oxidada. La empujó. El espacio interior era un taller abandonado, herramientas cubiertas de polvo, un tractor desmontado.

—Descansen —dijo—. Cinco minutos.

Amara se dejó caer contra la pared, jadeando. Hendaya permaneció de pie, mirando hacia la entrada.

—Tenemos que llegar a la pista antes del amanecer —dijo—. Si despegan con el helicóptero, estamos perdidos.

—Está a seis kilómetros —repitió Nadifa—. Caminando, dos horas. Corriendo, una. Pero hay patrullas.

—Podemos bordear la ciudad por el este.

—Más tiempo. Y más riesgo de ser vistos.

Nadifa abrió el mapa de nuevo, lo extendió sobre el capó polvoriento del tractor. Hendaya se acercó. Amara se levantó para mirar también.

—Aquí —Nadifa señaló un punto—. Pista de aterrizaje. Propiedad de una empresa minera. Whitaker.

—¿Cómo lo sabe Desta?

—Porque lo interrogaron. Lo sabe todo sobre Whitaker. Los helicópteros, las rutas, los contactos.

—Entonces Whitaker sabe que lo sabemos —dijo Amara—. Habrá tomado precauciones.

—O no —respondió Nadifa—. Desta era su prisionero. No esperaba que escapara.

Hendaya observó el mapa. La ruta más corta atravesaba un descampado, luego una carretera asfaltada, luego campos de cultivo.

—Por aquí —dijo, trazando una línea con el dedo—. Descampado, carretera, campos. Sin luces, sin casas. Menos riesgo de ser vistos.

—Más riesgo de ser alcanzados si nos descubren —dijo Nadifa.

—Prefiero eso a ser acorralados en las calles.

Ella asintió. Dobló el mapa. Se lo devolvió.

—Vamos.

Salieron del taller. La calle seguía vacía. El silencio era absoluto, roto solo por el rumor distante de la ciudad: un motor, un perro, el viento que arrastraba basura.

Cruzaron la calle corriendo, agachados. Entraron en el descampado. La tierra estaba seca, cuarteada, sembrada de escombros y matojos. Hendaya sintió las piedras clavándosele en las plantas de los pies. Amara jadeaba a su lado.

Corrieron.

La oscuridad era casi total. Las estrellas apenas iluminaban. Nadifa guiaba por instinto, por memoria del terreno. Hendaya confiaba en ella.

A los diez minutos, el descampado terminaba. Una carretera asfaltada se extendía ante ellos, dos carriles, sin tráfico.

—Esperen —dijo Nadifa.

Se tumbó en el borde, pegó el oído al asfalto. Escuchó durante treinta segundos.

—Nada —dijo—. Vamos.

Cruzaron. Hendaya sintió el asfalto cálido bajo los pies. Al otro lado, un campo de maíz seco, las plantas muertas, los tallos crujientes.

Se adentraron en él. Los tallos raspaban su piel, dejando marcas blancas. Amara tosía, el polvo vegetal irritándole la garganta.

—¿Cuánto falta? —preguntó.

—Dos kilómetros —respondió Nadifa.

El campo terminó en una zanja de riego. La cruzaron, el agua estancada llegándoles a las rodillas. Hendaya sintió el frío, la suciedad, el olor a barro podrido.

Al otro lado, una carretera de tierra. Y al fondo, una figura oscura, recortada contra el horizonte.

Nadifa se detuvo.

—Allí.

Hendaya entrecerró los ojos. Distinguió la silueta: una torre de control pequeña, una pista de aterrizaje, y en ella, la forma alargada de un helicóptero.

—Es él —dijo.

—No hay luces —observó Amara—. Parece desierto.

—O están esperando.

Hendaya estudió el perímetro. Una valla de alambre de espino rodeaba la instalación. Una puerta cerrada con cadena. Ningún guardia visible.

—Demasiado fácil —dijo.

—Quizá Desta tenía razón —respondió Nadifa—. No esperan que escapemos.

Hendaya dudaba. Todo en aquel momento le parecía una trampa. El helicóptero, la pista vacía, el silencio. Pero no tenía alternativa.

—Vamos —dijo—. Con cuidado.

Se acercaron a la valla. Nadifa encontró un punto donde el alambre estaba suelto, separado del poste. Lo levantó con cuidado, creando un hueco.

Pasaron.

El helicóptero estaba a cincuenta metros. Un modelo civil, puertas cerradas, cabina oscura.

—Necesito llaves —dijo Hendaya.

—O un cable —respondió Nadifa.

Llegaron hasta el helicóptero. Hendaya se asomó a la cabina. El contacto estaba puesto. Las llaves colgaban del salpicadero.

—Demasiado sencillo —repitió.

—Sube —dijo Nadifa—. Yo abro la puerta.

Hendaya abrió la puerta del piloto. El interior olía a cuero y combustible. Se sentó, ajustó el asiento. Las llaves giraron sin resistencia. Los instrumentos se iluminaron.

—Tiene combustible —dijo—. Lleno.

—Libéranos entonces —dijo Amara desde atrás.

Hendaya miró hacia atrás. Amara y Nadifa se habían sentado en los asientos traseros, las puertas cerradas.

—No sé pilotar esto —dijo Hendaya.

—Aprende rápido.

Arrancó el motor. Las aspas comenzaron a girar, lentas al principio, luego más rápidas. El ruido llenó la cabina, vibrando en los huesos.

Las luces de la torre de control se encendieron.

—Nos han visto —dijo Nadifa.

Hendaya aumentó las revoluciones. El helicóptero se elevó, vacilante, inclinándose hacia la izquierda. Corrigió con los mandos. Se elevó más.

Las primeras balas impactaron en el fuselaje. El sonido del metal perforado, agudo, metálico.

Hendaya inclinó la aeronave hacia adelante. El helicóptero respondió. Comenzaron a moverse sobre la pista, ganando velocidad, ganando altura.

Más impactos. El panel trasero se astilló. Amara gritó.

—¡Agárrense!

El helicóptero se elevó sobre la valla, sobre los campos, sobre la ciudad. La oscuridad se abrió bajo ellos, las luces de Mekele diminutas, distantes.

Hendaya respiró. Las manos le temblaban sobre los mandos.

—Lo hemos conseguido —dijo Amara.

—No todavía —respondió Nadifa—. Whitaker nos buscará.

Hendaya miró el mapa. Adís Abeba estaba al sur. Cuatro horas de vuelo. Cuatro horas para que Whitaker movilizara a todos sus

contactos.

Ajustó el rumbo sur y mantuvo el morro firme. Abajo, Mekele se perdía en la noche. Arriba, las estrellas brillaban indiferentes.

Desta había muerto. El guardia afar había muerto. Pero ellos volaban.

Hendaya apretó los dientes.

—Haz que valga la pena, Desta —susurró.

El helicóptero se perdió en la noche.

CAPÍTULO 28: EL ÚLTIMO VUELO

—Allí.

Hendaya señaló el destello metálico al otro lado de la llanura. La pista de aterrizaje privada emergía del suelo reseco como una cicatriz negra. El sol del amanecer teñía el horizonte de naranja, pero aún no calentaba. El frío de la noche se le pegaba a los huesos, un frío seco que olía a polvo y a hierba quemada.

Nadifa fue la primera en moverse. Sus pasos apenas levantaban polvo, como si el suelo la conociera y la aceptara. Amara la seguía a tres metros, con la respiración entrecortada, el moño deshecho y mechones negros pegados a las sienes. Hendaya cerró la fila, llevando la escopeta que había arrancado de las manos del guardia en la comisaría. Un viejo Winchester de caza, el cañón caliente por los dos disparos que había hecho contra las cerraduras. Siete cartuchos en el cinturón. Tenía que ser suficiente.

La pista era una franja de asfalto agrietado, con un hangar de chapa al fondo. Junto al hangar, un helicóptero. Un Bell Jet Ranger, blanco, con las aspas quietas y el plexiglás empañado por la humedad nocturna. Y dos vigilantes.

Estaban sentados en el escalón del hangar, fumando. El más joven bostezó, estirando los brazos por encima de la cabeza. El otro se

movió en el asiento, adormilado, la cabeza gacha. Aún no los habían visto.

Hendaya evaluó la distancia. Cincuenta metros. Sin cobertura. El sol a sus espaldas, cegándolos. A su favor.

—Dejadme a mí —susurró.

Amara se detuvo. Nadifa también. Hendaya avanzó solo, la escopeta colgando a un lado, simulando un andar cansado, como si acabara de salir de la ciudad para mear entre los arbustos.

El guardia que bostezó lo vio primero. Se puso en pie, la mano yendo al rifle apoyado contra la pared.

—Alto. ¿Quién eres?

Hendaya respondió en amárico, con el acento tosco del que ha aprendido el idioma en el desierto, pronunciando las guturales desde la garganta.

—Llego de la comisaría. El capitán Desta me envía. El helicóptero tiene que despegar.

Los guardias se miraron. Dudaron. Ese segundo bastó.

Cerró la distancia en cuatro zancadas. El primero no tuvo tiempo de levantar el rifle. El cañón de la escopeta impactó contra su mandíbula con un crujido seco, un sonido de ramas al romperse. El hombre se derrumbó, el cigarro aún encendido rodando por el asfalto.

El segundo vigilante soltó la colilla y buscó su arma. No le dio la oportunidad. Giró la escopeta y golpeó con la culata en la sien. Un golpe preciso, medido. Cayó hacia atrás, los ojos en blanco antes de tocar el suelo.

Silencio. Solo el viento rozó la chapa del hangar con un lamento metálico. Se quedó quieto, escuchando. El motor del helicóptero estaba frío. No había más sonidos.

—¡Al helicóptero! —gritó.

Nadifa y Amara corrieron hacia él. Amara llevaba la mochila con los documentos de Desta, los mapas, los correos, las transferencias bancarias. Nadifa cargaba la cantimplora, medio llena, y el saquito de cuero con la arena sagrada de su aldea.

Subieron a la cabina del Bell. Hendaya se sentó al mando, sus manos callosas recorriendo los mandos. Nunca había pilotado un Bell, pero los principios eran los mismos que en los simuladores de la legión. Confiaba en su instinto. Los instrumentos estaban en inglés. Encendió la batería, activó la bomba de combustible, el magneto. Las agujas empezaron a moverse.

—Ponte al mando —dijo Hendaya, señalando a Amara—. Yo vigilo.

—¿Sabes pilotar esto?

—Sé lo suficiente para levantarlo. Tú lleva la radio.

Amara se deslizó al asiento del copiloto, poniéndose los auriculares. Hendaya activó la secuencia de arranque. Las aspas comenzaron a girar, lentas al principio, luego más rápidas, hasta convertirse en un disco borroso. El ruido llenó la cabina: un batir rítmico que vibraba en el pecho.

El Bell se elevó. La pista quedó abajo, reduciéndose a una línea en el paisaje. Hendaya ganó altura, orientando la nariz hacia el sur. Hacia Adís Abeba.

—¿Sabes dónde estamos? —gritó Amara.

—Lo sé. Seiscientos kilómetros. Dos horas y media de vuelo, con suerte.

Nadifa se sentó en el asiento trasero, su mirada fija en la ventanilla. La llanura de sal se extendía bajo ellos, blanca y vacía, salpicada de montañas negras como islas en un mar de cal. Hendaya ajustó el altímetro. Mil metros. Lo suficiente para estar fuera del alcance de fusiles, pero no de misiles. Y Whitaker tenía ambos.

—Hay una radio VHF —dijo Amara—. ¿Debo intentarlo?

—Espera. Primero quiero saber si alguien nos sigue.

Miró hacia atrás. El hangar se había reducido a un punto. La ciudad de Mekele era una mancha difusa en el horizonte, una mezcla de polvo y techos de chapa. No había nada más en el cielo. Aún.

—Vale. Ahora. Llama a ese periodista del que hablaste.

Amara asintió. Ajustó la frecuencia y comenzó a hablar. Su voz era tensa, profesional, pero Hendaya notó el temblor. Había estado a punto de morir. Todos lo habían estado.

—Estación terrestre, estación terrestre, soy el vuelo... —dudó—. Vuelo Alfa-Noventa y Nueve. Solicito comunicación con el señor David Kimathi. Repito: David Kimathi. Mensaje urgente.

Silencio. Solo el ruido del motor y el zumbido de la estática. Luego una respuesta, distorsionada, como si llegara desde el fondo de un pozo.

—Alfa-Noventa y Nueve, aquí estación terrestre. Cambio.

—Necesito hablar con Kimathi. Es asunto de vida o muerte.

Más estática. Una pausa que se alargó. Hendaya mantuvo el rumbo, el volante firme entre las manos, los dedos prietos sobre el cuero desgastado.

—Alfa-Noventa y Nueve, recibido. Proceda.

Amara respiró hondo. Comenzó a hablar, rápida, lanzando las palabras para no perderlas.

—David, soy Amara Kabbaj. Estoy en un helicóptero rumbo a Adís. Tengo pruebas de una conspiración. Whitaker, de Aquifer Global, ha estado envenenando el agua en Danakil. Ha sobornado a militares. Ha intentado matarnos. El doctor Samuel Berhanu fue asesinado. Tenemos documentos que lo demuestran. Todo. ¿Me oyes?

Silencio. Hendaya apretó la mandíbula.

—Te oigo, Amara —la voz de Kimathi era grave, medida, como la de un hombre que ha visto demasiado—. ¿Estás segura de lo que dices?

—Completamente. Los tengo aquí. Mapas, correos, registros de transferencias. Y testigos. El capitán Desta Haile lo confirmó todo. Desta... dio su vida por esto.

Otra pausa. En la radio se oyó un chasquido, como si Kimathi estuviera moviendo papeles.

—¿Dónde aterrizarás?

—Aeropuerto de Bole. En dos horas.

—Estaré allí. Y tendré gente de confianza. Pero Amara... —la voz se volvió más seria, casi un susurro—. Whitaker tiene contactos en toda la capital. No os fiéis de nadie más. ¿Entendido?

—Entendido.

—Mantén esta frecuencia. Si pasa algo, llama. Voy a movilizar a mis fuentes.

—Gracias, David.

—Gracias a vosotros. Habéis hecho lo que nadie se atrevió. Manteneos vivos.

La comunicación se cortó. Amara se reclinó en el asiento, cerrando los ojos un segundo. Luego los abrió y miró a Hendaya.

—Lo hará. Va a difundir la historia.

—Eso espero —respondió Hendaya, sin apartar la vista del horizonte —. Pero no pienso confiar en que llegue a tiempo.

El helicóptero volaba estable. El sol ya calentaba el cristal de la cabina, y la luz se filtraba en haces de polvo. Nadifa seguía en silencio, su mano rozando el pañuelo que cubría su cabeza, los

dedos moviéndose como si rezaran una oración sin palabras. Amara comenzó a revisar los documentos, extendiendo mapas sobre sus rodillas, sus ojos recorriendo las líneas y las firmas.

Y entonces lo vieron.

Un punto negro en el horizonte trasero. Creciendo.

—Maldita sea —murmuró Hendaya.

—¿Qué? —preguntó Amara.

—Un helicóptero. Viene desde Mekele.

Amara se giró. El punto ya era una silueta definida, con las aspas recortadas contra el cielo, un bulto verde oliva que se movía con determinación.

—¿Estás seguro de que es...?

—Es Whitaker. Nos persigue.

El pulso se aceleró. Hendaya revisó la escopeta. Seis cartuchos. Uno ya había sido disparado contra los guardias. Quedaban seis. El helicóptero que se acercaba probablemente llevaba más que dos vigilantes somnolientos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Amara.

No respondió. Su mente ya calculaba distancias, velocidades, ángulos. El Bell Jet Ranger era más rápido que la mayoría de helicópteros ligeros, pero el que se acercaba era un modelo militar, un Mil Mi-8, más grande, más blindado, probablemente armado con una ametralladora montada en la puerta.

La diferencia de velocidad era mínima. La de potencia, abismal.

—Nadifa —dijo Hendaya—, al fondo hay una escopeta de caza. Cárgala. Seis cartuchos.

Nadifa se movió sin dudar. Encontró la escopeta, la abrió, introdujo los cartuchos uno a uno. El chasquido metálico al cerrar el arma

sonó a definitivo.

—¿Sabes disparar? —preguntó Hendaya.

—Sé cazar —respondió ella, sin énfasis, como si hablar de cazar en Danakil fuera lo más natural del mundo.

—Entonces dispara si te digo.

El helicóptero se acercaba. Ya se distinguían los detalles: la carrocería verde oliva, las marcas militares etíopes, la puerta lateral abierta con un hombre asomado, un fusil AK en las manos, la boca del cañón apuntando hacia ellos.

—Nos van a alcanzar en cinco minutos —dijo Amara, la voz tensa—. ¿Podemos acelerar?

—No. Esto es todo lo que da.

Hendaya tomó una decisión. Redujo la altitud. El helicóptero descendió hasta casi tocar las copas de los árboles de la sabana. La hierba se curvaba bajo el viento de las aspas, levantando una estela de polvo y hojas secas.

—¿Qué haces? —preguntó Amara.

—Darles un blanco más difícil. Y prepararme para disparar.

Pasó los mandos a Amara. —Mantén el rumbo. Vuela bajo. Yo voy a la puerta.

Amara lo miró, los ojos muy abiertos, pero asintió. Sus manos temblorosas tomaron el volante, y Hendaya sintió un instante de vértigo al soltarlo. Confiaba en ella. Tenía que hacerlo.

Se levantó, se movió hacia la puerta lateral, la abrió. El viento le golpeó la cara, caliente, cargado de polvo fino que se le metía entre los dientes. Se sujetó con una mano al marco metálico, la escopeta en la otra, el hombro apoyado contra el borde de la cabina.

El helicóptero enemigo estaba a ochocientos metros. Cerrando.

Calculó la distancia. Demasiado lejos para la escopeta. Esperó.

—Van a disparar —gritó Nadifa.

Una ráfaga de ametralladora surcó el aire, levantando tierra a la derecha del Bell. Amara corrigió el rumbo, esquivando las balas, el helicóptero inclinándose en un viraje brusco que casi desequilibraba a Hendaya.

—Más bajo —dijo.

Amara hundió el morro. El helicóptero rozó las copas de los árboles, las aspas lanzando hojas y ramas rotas, un crujido que se sintió en todo el fuselaje.

El Mil Mi-8 se ajustó, ganando altura para mantener el ángulo de tiro. Un segundo disparo, más cercano. Hendaya sintió el impacto de una bala en el fuselaje, un golpe sordo que vibró en el suelo, justo detrás del asiento de Amara.

—¡Nos han dado! —gritó Amara.

—Sigue volando.

Levantó la escopeta. Apuntó. El helicóptero enemigo estaba a quinientos metros. Cuatrocientos. Demasiado cerca. El tirador en la puerta se movía, ajustando la puntería. Apuntó al rotor de cola, la única zona vulnerable de un Mi-8. Disparó.

El retroceso le golpeó el hombro, un golpe seco que le recordó las prácticas en la legión. La bala silbó en el aire y se perdió en la distancia. Fallo.

—Mierda.

Volvió a cargar. El helicóptero enemigo ya estaba a trescientos metros. Podía ver la cara del tirador, un hombre joven, concentrado, la boca apretada en una mueca de esfuerzo.

Otro disparo. La bala pasó cerca del Bell, tan cerca que oyó el zumbido, como un insecto furioso.

—¡Dispara ya! —gritó Amara.

Apuntó con cuidado. El viento. La velocidad. El balanceo del helicóptero. Calculó el desvío. La distancia. El movimiento del tirador. Todo en una fracción de segundo que se alargó como si el tiempo se hubiera vuelto denso.

Apretó el gatillo.

La bala impactó en el rotor de cola del Mi-8. Una chispa blanca. Un chirrido metálico, como de un animal herido. Luego el rotor se inclinó, perdiendo sustentación, las aspas golpeando el aire de forma irregular. El helicóptero enemigo giró sobre sí mismo, dando vueltas como una peonza fuera de control, la cola describiendo un círculo vicioso.

—¡Dentro! —gritó Hendaya, cerrando la puerta.

Amara empujó el mando hacia delante. El Bell aceleró, alejándose. Detrás, el Mi-8 describió una espiral descendente, el rotor de cola ya inútil, el piloto luchando por mantener el control.

Nadifa se giró para verlo.

El helicóptero impactó contra el suelo. Una bola de fuego naranja se elevó hacia el cielo, seguida de una columna de humo negro, espeso, que se extendió como un hongo sobre la sabana. No hubo supervivientes.

El rugido se apagó. Solo el ruido del motor y el viento.

Hendaya se dejó caer en el asiento. La escopeta descansó sobre sus rodillas, el cañón caliente. Cerró los ojos un segundo. *He llegado demasiado lejos para morir ahora. Desta no murió para que fracasemos.* Cuando los abrió, miró a Amara.

—Hacia Adís Abeba.

Amara asintió. Fijó el rumbo, la nariz del helicóptero orientada al sur. El sol ya estaba alto, y el calor empezaba a llenar la cabina.

Nadifa apoyó la cabeza contra la ventanilla, su mirada perdida en el horizonte. La arena sagrada colgaba de su cuello, dentro del saquito de cuero. Sus dedos lo rozaron, como si necesitara asegurarse de que seguía ahí.

Amara apretó los documentos contra su pecho, los bordes de los papeles asomando por la cremallera de la mochila.

Hendaya miró sus manos. Todavía temblaban. No del frío. No del miedo. Era otra cosa: la certeza de que habían cruzado una línea de la que no se volvía. Desta había muerto para que ellos llegaran hasta aquí. No podían fallar.

El helicóptero voló hacia el sur, dejando atrás el humo y la muerte. La llanura de sal se extendía bajo ellos, blanca e infinita, y más allá, las montañas, y más allá, la capital, y la posibilidad de un mañana.

Hendaya ajustó el altímetro. Dos mil metros. Viento de cola. Llegarían antes de lo previsto.

Cerró los ojos.

Solo un momento.

Solo para recordar por qué seguía vivo.

CAPÍTULO 29: LA VERDAD EN LA CAPITAL

El helicóptero descendió sobre Adís Abeba como un pájaro herido. A través de la ventanilla, Saúl Hendaya vio los tejados de chapa ondulada, las torres de cristal, las calles polvorientas donde los niños correteaban entre coches. La ciudad se extendía sobre las colinas, verde y bulliciosa, ajena al infierno del que acababan de escapar.

Las hélices batían el aire cálido, mezclando el olor a queroseno con el aroma dulzón del eucalipto que crecía en las cunetas. Hendaya sintió la vibración del fuselaje en los huesos, el zumbido que llevaba dos horas taladrándole el cráneo. Se masajeó la nuca, donde el golpe seguía doliendo, y respiró hondo.

—Menos de dos horas —dijo el piloto, apagando los motores—. Hemos hecho buen tiempo.

—¿Buen tiempo? —murmuró Nadifa desde el asiento trasero—. Dos horas en el aire son dos horas en manos del diablo.

Hendaya sonrió sin ganas. La mujer afar no había soltado la escopeta de caza en todo el vuelo. Ahora la apoyó contra el asiento y se ajustó el pañuelo, cubriéndose el cabello con gesto automático.

El rotor perdió impulso. El motor tosió una última vez y se apagó. Tras dos horas de rugido constante, el silencio se hizo pesado.

Amara, en el asiento del copiloto, giró la cabeza y señaló la pista de aterrizaje.

—La ONU —dijo.

Más allá de la verja metálica, dos todoterrenos blancos esperaban junto a la terminal de carga. Hombres de traje oscuro, gafas de sol, maletines. No eran militares, pero su postura —la rigidez de quien ha pasado años en seguridad— lo delataba.

Hendaya abrió la puerta. El aire de Adís era fresco comparado con Danakil: cálido pero respirable, con ese olor inconfundible a gasolina quemada y eucalipto que tenían las capitales africanas. Caminó hacia los todoterrenos, cojeando ligeramente; la rodilla derecha se quejaba después de tantas horas encogido en el asiento metálico.

Un hombre de traje beige se adelantó. Cincuenta años, canoso, con la seguridad que da trabajar para una organización internacional. Caminaba como si el asfalto le perteneciera.

—¿Señor Hendaya? —preguntó en inglés, con acento británico.

—El mismo.

—Soy Geoffrey Thornton, delegado del Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente. Hemos recibido su comunicación. El gobierno etíope está esperándonos.

—¿El gobierno o Whitaker? —preguntó Amara, bajando del helicóptero con la mochila de Desta colgada al hombro.

Thornton dudó un segundo. Sus ojos recorrieron a la médica, las vendas en sus manos, el corte en su labio. Luego se fijó en Nadifa, que se acercaba con la escopeta en la mano, el pañuelo cubriéndole la mitad del rostro.

—El ministro de Recursos Hídricos nos ha pedido esta reunión —dijo Thornton, recuperando la compostura—. Pero tengo entendido que ciertos sectores… preferirían que no ocurriera.

—Siempre prefieren que no ocurra —dijo Hendaya.

Subió al todoterreno sin esperar confirmación. El asiento de cuero estaba caliente. Apoyó la escopeta de Nadifa entre las piernas y cerró los ojos un momento. Sentía la palma derecha latir bajo la venda, el golpe en la nuca recordándole que llevaba nueve días sin dormir más de cuatro horas seguidas. Pero el helicóptero había aterrizado. Estaban enteros.

Amara y Nadifa se acomodaron en los asientos traseros. Thornton ocupó el copiloto y el coche arrancó, dejando atrás la pista de aterrizaje.

La sede de la Comisión Económica para África era un edificio de cristal y acero que parecía fuera de lugar entre las calles de tierra roja de Adís. Banderas de todos los países africanos ondeaban en la entrada, desplegadas por una brisa suave que olía a polvo y flores secas. Dos soldados etíopes custodiaban la puerta, fusiles en bandolera, las miradas fijas en el todoterreno blanco.

Thornton los escoltó a través del control de seguridad. Hendaya tuvo que entregar la navaja. La escopeta de Nadifa quedó guardada en el maletero, envuelta en una manta. Amara sostuvo la mochila como si llevara un niño, negándose a soltarla incluso cuando el guardia alzó una ceja.

—Los documentos —dijo Thornton—. ¿Los tiene?

—Los tengo.

Subieron al tercer piso por una escalera de mármol pulido. Las paredes estaban decoradas con mapas de África, fotografías de cumbres de la ONU, diplomas enmarcados. El suelo brillaba bajo la luz fluorescente. Un olor a café recién hecho flotaba en el pasillo.

Una sala de conferencias con ventanales que daban al centro de la ciudad. Una mesa larga de madera oscura, sillas de cuero negro, una jarra de agua con vasos de cristal. Hendaya miró el agua un

momento antes de sentarse. El líquido era cristalino, sin sedimentos, sin el color turbio del agua del desierto.

No bebería. No hasta que todo terminara.

El ministro llegó cinco minutos después. Un hombre alto, de piel oscura, traje azul impecable, barba cuidada con canas en las puntas. Lo acompañaban dos asesores —un hombre joven con gafas de pasta y una mujer con tableta digital— que se colocaron detrás de él como escoltas silenciosos.

—Señor Hendaya —dijo el ministro, extendiendo la mano—. Soy el doctor Tadesse Mengesha, ministro de Recursos Hídricos. Le agradezco que haya venido.

—No tenía otra opción.

El ministro sonrió con tensión.

—Tomo eso como sinceridad.

Se sentaron. El ministro ocupó la cabecera de la mesa, los asesores a los lados. Thornton se colocó junto a la ventana, con las manos cruzadas detrás de la espalda. Amara abrió la mochila y extendió los documentos sobre la mesa: mapas topográficos, registros de perforación, transferencias bancarias, correos electrónicos internos de Aquifer Global. La muestra de roca contaminada en una bolsa de plástico, con la etiqueta escrita a mano por Nadifa.

Thornton se inclinó para observar los mapas. El ministro los hojeó con dedos temblorosos.

—Esto es… —comenzó.

—La prueba de que su gobierno vendió el agua del Danakil a una corporación internacional —completó Amara—. A cambio de regalías por la extracción de litio.

El ministro palideció. Hendaya recordó el gesto de Desta cuando descubrió la verdad. El mismo asombro, el mismo horror contenido.

La misma sensación de haber sido traicionado por quienes debían protegerlo.

—Yo no sabía —dijo el ministro—. Los permisos fueron firmados por mi predecesor. Cuando asumí el cargo, el proyecto ya estaba en marcha.

—Y usted no hizo nada —dijo Hendaya.

—No tenía pruebas. Solo rumores, acusaciones sin fundamento. Gente que decía que algo extraño ocurría en Danakil. Campesinos que hablaban de pozos secos, de enfermedades extrañas en el ganado. Pero sin documentos, sin números, no podía actuar.

—Ahora las tiene.

El silencio se extendió. El ministro pasó las páginas una a una, deteniéndose en los correos internos, en las transferencias bancarias, en los nombres de los intermediarios. Sus dedos rozaron la muestra de roca como si temiera contaminarse.

—Esto implica a media docena de funcionarios —dijo en voz baja—. Y a inversores extranjeros con contactos en el más alto nivel.

—Lo sé —dijo Hendaya.

—Si publicamos esto, habrá represalias. Amenazas. Quizás violencia.

—Ya las hay. Whitaker ha matado a un hombre que intentó detenerlo. Ha derribado nuestra aldea. Ha envenenado el agua de niños que no tenían nada que ver con su negocio.

El ministro cerró los ojos un momento. Cuando los abrió, había algo distinto en su mirada. No era determinación —todavía no—, pero era el principio de una decisión.

—Esto podría afectar las relaciones internacionales —dijo entonces el asesor joven, el de las gafas de pasta—. Los inversores chinos tienen contratos firmados con el gobierno.

Amara se inclinó sobre la mesa, apoyando las manos vendadas.

—Los inversores chinos están extrayendo litio para baterías. ¿Sabe cuánta agua se necesita para producir una tonelada de litio? Dos millones de litros. En una región donde la gente muere de sed.

—La economía necesita…

—La economía necesita gente viva —lo interrumpió Amara—. Gente que pueda trabajar, que pueda cultivar, que pueda pagar impuestos. Gente que no muera de cáncer por beber agua contaminada.

El asesor calló, los labios apretados.

El ministro se frotó la frente con ambas manos, como si quisiera masajearse una respuesta.

—La opinión pública… Si esto sale a la luz…

—Va a salir —dijo una voz desde la puerta.

Todos se giraron. Un hombre moreno, de unos cuarenta años, chaqueta de cuero gastada y una cámara colgada al cuello. David Kimathi. Tenía el cabello despeinado, los ojos hinchados de no dormir, pero una energía vibrante que llenaba la sala.

Thornton frunció el ceño.

—Esto es una reunión privada.

—Ya no —Kimathi entró sin permiso—. Tengo tres fuentes en el ministerio que me han confirmado la reunión. En una hora, todo Adís sabrá que hay pruebas contra Aquifer Global.

El ministro se levantó, las manos apoyadas en la mesa.

—Esto no estaba planeado.

—La verdad nunca está planeada —dijo Hendaya—. Pero ocurre.

Kimathi se sentó al otro lado de la mesa, frente al ministro. Abrió una libreta manoseada y empezó a escribir mientras hablaba.

—Tengo contactos en Reuters, Al Jazeera, BBC. Si me dan los documentos, en veinticuatro horas la historia estará en todos los telediarios del mundo. En dos días, en los periódicos de papel. En una semana, alguien en el Congreso de Estados Unidos preguntará por qué una corporación estadounidense está robando agua en África.

—Esperen —dijo el ministro—. Necesito consultar con el primer ministro.

—No tiene tiempo —respondió Amara—. Whitaker ya sabe que hemos llegado. En este momento estará contactando a sus abogados, a sus contactos en el gobierno, preparando una contraofensiva. Si espera a consultar, mañana los documentos habrán desaparecido y nosotros estaremos en una celda.

El ministro miró a Thornton, que asintió lentamente.

—Tiene razón, señor ministro. El tiempo no juega a nuestro favor.

Hendaya observó al ministro. Vio el miedo en sus ojos, la indecisión. Sabía que ese momento definía su carrera, quizás su vida. Un paso adelante y se enfrentaba a los poderes más oscuros del país. Un paso atrás y viviría con la culpa para siempre.

—Señor ministro —dijo Hendaya con calma—. He visto morir a un hombre por defender lo correcto. He visto a una mujer enterrar a su pueblo bajo los escombros. He visto niños bebiendo agua contaminada con arsénico. Todo porque alguien, en algún momento, decidió que el dinero valía más que la vida.

Hizo una pausa. La sala estaba en silencio.

—Usted tiene la oportunidad de ser el que elija la vida.

El ministro sostuvo su mirada. Luego asintió lentamente, como si aquel gesto le costara un esfuerzo físico.

—Háganlo.

La rueda de prensa se convocó en menos de una hora. Periodistas de todas las cadenas locales, corresponsales extranjeros, fotógrafos. La sala de prensa de la ONU estaba abarrotada: sillas ocupadas, periodistas de pie contra las paredes, cámaras montadas sobre trípodes, micrófonos extendidos como antenas.

El calor era sofocante. El aire acondicionado no daba abasto. Hendaya sintió el sudor resbalar por su espalda bajo la camisa prestada que Thornton le había conseguido. Olía a detergente barato, a limpieza ajena.

Amara habló primero. Explicó la misión, el engaño, la verdad. Mostró las fotos de la plataforma minera, los análisis de agua contaminada, los mapas de los acuíferos. Su voz tembló al principio, pero se fue endureciendo con cada palabra. Cuando habló de los niños de la aldea afar, de la niña que atendió con fiebre y vómitos, los periodistas dejaron de escribir y solo escuchaban.

Después habló el ministro. Anunció la cancelación inmediata de todos los permisos en Danakil, la apertura de una investigación parlamentaria, la creación de una comisión de supervisión internacional. Habló de responsabilidad, de transparencia, de un nuevo compromiso con los recursos hídricos del país.

Pero todos esperaban a Hendaya.

Cuando se acercó al micrófono, el silencio cayó sobre la sala. Las luces de las cámaras lo cegaron. Sintió el peso de las miradas, la responsabilidad de las palabras. El micrófono estaba frío contra sus labios partidos.

—Nunca quise ser el centro de atención —dijo—. Pero esto no va de mí. —Señaló los documentos—. Ahí está todo. Mírenlo. Decidan. Yo ya he hecho lo mío.

Retrocedió. Las cámaras destellaron. Amara, al fondo de la sala, sonreía con los ojos llenos de lágrimas. Nadifa, junto a la puerta, se ajustó el pañuelo y asintió lentamente.

Una periodista levantó la mano.

—Señor Hendaya, ¿cree que este caso sentará un precedente para otras regiones de África?

—Eso espero. —Se apartó del micrófono.

Esa noche, en un hotel cerca del aeropuerto, Hendaya y Amara se sentaron en la terraza. La ciudad brillaba abajo: miles de luces parpadeantes en la oscuridad, un mar de estrellas eléctricas que se extendía hasta el horizonte. El rumor del tráfico llegaba amortiguado, mezclado con música lejana y el ladrido ocasional de un perro.

Nadifa dormía en la habitación contigua, pero Hendaya sabía que no dormiría mucho. La escopeta estaba apoyada contra la mesilla de noche, el saquito de cuero con la arena sagrada bajo la almohada. La mujer afar no confiaba en la ciudad. Y probablemente tenía razón.

Amara llenó dos vasos con agua del grifo. El líquido caía cristalino, frío, prometedor. Lo sostuvo contra la luz, observando las burbujas que subían a la superficie.

—Agua potable —dijo, sonriendo—. Directamente del grifo. ¿Puedes creerlo?

Hendaya tomó el vaso. Lo sostuvo un momento, sintiendo el peso, la temperatura. El vidrio estaba frío, casi helado. Un lujo que en Danakil habría costado una fortuna.

—En Danakil, esta agua valdría su peso en oro.

—Aquí también. Solo que nadie lo sabe.

Bebieron. El agua estaba limpia, sin sabor metálico, sin residuos de sal. Solo agua. Hendaya sintió el líquido bajar por su garganta, humedeciendo la sequedad acumulada durante días.

—Has salvado un mar —dijo Amara.

Hendaya negó con la cabeza.

—El mar está bajo tierra. Ahora hay que cuidarlo.

Ella asintió. Se quedaron en silencio, escuchando el rumor de la ciudad, el ocasional ladrido de un perro, el lejano zumbido de un avión que despegaba hacia algún lugar.

—¿Qué harás ahora? —preguntó ella.

—Volver.

—Yo también puedo ir.

—Tienes trabajo aquí.

Hendaya no respondió. Pero no dijo que no.

Bebió el último trago de agua. En el fondo del vaso, las luces de Adís se reflejaban como estrellas diminutas.

Mañana sería otro día. Pero esta noche, por primera vez en nueve días, no había peligro inmediato. No había persecución. No había muerte acechando en la oscuridad.

Solo agua.

Solo paz.

Solo el comienzo de algo que aún no sabían cómo llamar.

CAPÍTULO 30: EL GUARDIÁN DEL AGUA

El sol se desangraba sobre el salar, un disco de fuego lamiendo el horizonte de sal. El viento traía olor a tierra húmeda y el eco lejano de las cabras regresando al redil.

Hendaya estaba junto al pozo, los pies firmes sobre la grava que los hombres de la aldea habían apisonado durante tres días. El agua —turbia y muerta semanas atrás— corría ahora clara, lamiendo las paredes de piedra recién rehechas. Se inclinó, metió los dedos. El frío le subió por el brazo, un contacto limpio, vivo, como si el acuífero le devolviera el saludo después de diez mil años de silencio.

—Está potable —dijo en voz alta, aunque nadie le preguntaba.

A sus espaldas, la aldea afar empezaba a encender hogueras. Olor a leña de acacia y a café recién tostado flotaba en el aire del atardecer, mezclándose con el aroma metálico de la sal húmeda que el viento removía en espirales. Los niños correteaban entre las tiendas, sus risas quebrando el silencio que durante generaciones había sido el único idioma de aquel lugar. Una mujer joven canturreaba mientras molía grano entre dos piedras, el ritmo antiguo marcando el pulso de la aldea como un corazón enterrado.

Hendaya se enderezó, sintió el crujido de las vértebras después de horas inclinado sobre el pozo. La camisa prestada de Thornton le quedaba grande, pero era la única que tenía limpia. Se pasó la mano

por la mandíbula, sintió la cicatriz bajo la barba de varios días. No había espejos en la aldea, pero sabía que parecía otro hombre. Más flaco. Más viejo. Más en paz.

El viento trajo el sonido de las cabras, el tintineo de sus cencerros al regresar del pastoreo. Un perro flaco husmeó cerca de las tiendas, moviendo la cola al pasar junto a un grupo de mujeres que reían mientras desgranaban legumbres. La vida se abría paso allá donde antes solo había silencio y polvo.

El pozo seguía llenándose. Agua del Pleistoceno, le había explicado al anciano de la aldea esa mañana, señalando las capas de sedimento en el fondo. Diez mil años esperando bajo el salar, atrapada entre estratos de basalto y caliza, hasta que los hombres de Nadifa encontraron la vena original que los mayores recordaban de su infancia.

Oyó pasos sobre la grava.

—Sabía que te encontraría aquí.

La voz de Amara llegó desde atrás, cansada pero cálida, como el último rayo de sol antes de que la noche engullera el desierto. Hendaya no se volvió. Siguió mirando el agua, el reflejo del cielo naranja romperse en ondas cuando el viento acariciaba la superficie.

—Es la primera vez que la veo así —dijo él—. Clara, sin rastro de litio.

Amara se colocó a su lado. Llevaba la mochila al hombro, la acreditación de MSF colgando del cuello como un dogal. El pañuelo que solía recoger su pelo negro colgaba suelto sobre los hombros. Tenía los ojos hundidos, pero una tranquilidad nueva en la mirada, como si el desierto hubiera lavado algo de ella, llevándose la capa de urgencia que la ciudad le había puesto.

—Han hecho un buen trabajo —dijo ella.

—Los hombres de Nadifa cavaron durante tres días. Encontraron la vena original, la que los ancianos recordaban de su infancia. —Hendaya señaló la base del pozo—. Ahí abajo hay un manantial fósil que ni los satélites detectaron. Agua del Pleistoceno. Diez mil años esperando.

Amara sonrió, pero la sonrisa no le duró. Miró el agua, luego el horizonte, luego sus propias manos vendadas.

—Tengo que irme.

El silencio cayó entre ellos como una losa. Hendaya no parpadeó. Siguió mirando el agua, las pequeñas burbujas que subían desde el fondo, la vida que empezaba a regresar a un lugar que había estado muerto durante generaciones.

—El avión sale al amanecer —añadió ella—. Me reclaman en Sudán. Otro brote de cólera en los campamentos de refugiados.

—Lo sé.

Hendaya se volvió por fin. La miró a los ojos, esos ojos marrones que durante días habían sido lo único cuerdo en medio del infierno. Recordó la primera vez que la vio, en el campamento base, discutiendo con Montero sobre las vacunas. La ironía, la furia contenida, la manera en que había sostenido su mirada sin parpadear. Ahora parecía más serena, como si el desierto le hubiera arrancado las capas de cinismo que la ciudad le había puesto.

—¿Cuándo vuelves? —preguntó ella.

—No vuelvo. Me quedo.

Ella asintió despacio, como si ya lo supiera. Se apartó un mechón de la cara y miró el horizonte, donde el sol terminaba de esconderse tras las montañas de sal. El cielo se teñía de púrpura y violeta, colores que solo el Danakil sabía generar, como si el infierno mismo decidiera vestirse de gala para la despedida.

—El ministro Mengesha me ofreció el puesto de asesor técnico —dijo Hendaya—. Voy a construir un sistema de bombeo solar. Los paneles ya están en camino desde Adís. Con eso podrán extraer agua sin sobreexplotar el acuífero. Los afar aprenderán a mantenerlo. —Hizo una pausa—. Es lo único que sé hacer.

—Sabes hacer más cosas —dijo ella.

—Pero esta es la única que importa.

Amara dejó la mochila en el suelo. Se sentó en el borde del pozo, las piernas colgando sobre el agua. Hendaya la imitó. Estuvieron un rato en silencio, escuchando el rumor lejano de la aldea, el crujir de la sal bajo el viento, el latido constante del agua llenando el pozo centímetro a centímetro. Una mosca zumbó cerca de su cara y Hendaya la espantó sin apartar la mirada del pozo.

—Podrías venir conmigo —dijo ella, sin mirarlo—. Siempre necesitamos ingenieros en MSF. Gente que sepa improvisar, que entienda de logística. Gente que haya visto lo peor y no se haya rendido. Hay medio África esperando.

Hendaya sonrió. Una sonrisa pequeña, casi invisible.

—Nunca fui buen médico.

—No hace falta ser médico. Hacen falta personas que sepan construir cosas cuando todo se derrumba. Que sepan encontrar agua en el infierno. —Ella giró la cabeza, lo miró—. Ya encontraste el agua.

—Y ya encontré mi obra.

Señaló el pozo, la aldea, el desierto infinito que se extendía más allá de las dunas. Amara siguió su gesto y durante un momento pareció ver lo mismo que él: no un paisaje hostil, sino un lugar donde la vida se aferraba con uñas y dientes, donde cada gota de agua era una batalla ganada contra la entropía del universo.

—Nunca imaginé que encontraría un hogar en el lugar más infernal del planeta —dijo Hendaya, la voz baja, casi para sí mismo—. Pero el infierno también puede tener agua.

Ella guardó silencio. Luego metió la mano en el pozo, sacó un poco de agua y se humedeció la frente. El gesto era íntimo, casi ritual, como si estuviera bendiciendo el lugar antes de partir. Las gotas resbalaron por su mejilla, llevándose el polvo del camino, dejando un rastro limpio sobre su piel cobriza.

—¿Y qué haces cuando tengas el sistema montado? —preguntó.

—Entrenar a los jóvenes. Enseñarles a leer los mapas geológicos, a mantener los paneles, a medir la calidad del agua. A entender que el agua no es un recurso, es un derecho. —Se encogió de hombros—. Llevará años.

—Eso no responde a mi pregunta.

Hendaya la miró. La luz del crepúsculo teñía su piel de cobre, y por un instante ella parecía parte del paisaje, una figura más en aquel cuadro de sombras y fuego. El viento movió su pelo suelto, y él recordó la primera vez que la había visto en la terraza del hotel, discutiendo con Thornton sobre los protocolos de seguridad. Parecía otro mundo.

—No sé qué haré cuando termine —admitió—. Es la primera vez en mi vida que no tengo un plan más allá del siguiente proyecto. Y me gusta.

Amara asintió. Se levantó, recogió la mochila y se la colgó al hombro. El gesto era definitivo, pero sus ojos seguían fijos en el agua.

—Entonces es una despedida.

—No —dijo él, poniéndose en pie—. Es un hasta luego. Me debes una visita cuando termines con el cólera.

Ella sonrió, esta vez una sonrisa completa, la que había visto solo un par de veces durante aquellos treinta días infernales. Una sonrisa que iluminaba su rostro cansado y lo transformaba en algo que Hendaya no sabía nombrar.

—Te tomo la palabra.

Se quedaron frente a frente, el pozo entre ellos, el agua corriendo bajo sus pies. Hendaya sintió el peso del momento, la gravedad de dejar ir a la única persona que lo entendía sin necesidad de preguntar, que había compartido la sed, el miedo, la rabia de aquellos días en el salar.

—Cuida el agua —dijo ella.

—Cuida a los pacientes.

Ella dio un paso al frente y lo abrazó. No hubo prisa en el gesto, ni torpeza. Solo dos cuerpos que se encontraban después de haberlo compartido todo. Hendaya sintió el aroma de su pelo, jabón de aloe, el último que le quedaba de su equipaje. Cerró los ojos y sintió el latido de su corazón contra el pecho, el calor de su cuerpo, el último contacto antes de que el desierto volviera a separarlos.

El abrazo duró más de lo necesario.

Cuando se separaron, Amara tenía los ojos brillantes, pero no lloró. Se ajustó la mochila, respiró hondo y giró sobre sus talones.

—Nos vemos, ingeniero.

—Buena suerte, doctora.

Ella caminó hacia el jeep que la esperaba al borde del campamento. No se volvió. Hendaya se quedó junto al pozo, viéndola alejarse, el polvo levantándose tras las ruedas como un velo naranja bajo el sol moribundo.

El motor tosió, rugió, y el vehículo se perdió tras la primera duna.

El silencio regresó.

Hendaya se pasó la mano por la nuca. Sintió el cansancio acumulado de meses, años, toda una vida huyendo. Miró el pozo, el agua que seguía fluyendo, imparable, indiferente a las despedidas humanas. Se agachó y volvió a meter los dedos en el agua, sintiendo la corriente fría que no se detenía. Diez mil años esperando, y ahora fluía como si nunca hubiera estado atrapada.

—Hendaya.

La voz de Nadifa lo sacó de sus pensamientos. La mujer afar avanzaba hacia él con pasos firmes, acompañada de tres niños pequeños que miraban al extranjero con curiosidad y timidez. Llevaba el pañuelo azul que siempre usaba, manchado de polvo y de sudor, pero sus ojos brillaban con una luz que él no recordaba haberle visto. Detrás de ellos, las hogueras de la aldea chisporroteaban, lanzando sombras danzantes sobre las tiendas de lona.

—Los niños quieren mostrarte algo —dijo ella.

Hendaya se arrodilló para estar a la altura de los pequeños. El mayor, un chico de unos ocho años, llevaba un collar de conchas marinas ensartadas en un hilo de cuero. Se lo tendió con las dos manos, como si ofreciera un tesoro. Las conchas eran pequeñas, blancas y rosadas, pulidas por el uso y el tiempo. Alguien las había llevado antes. Quizás la abuela del niño, quizás una generación anterior. El cuero estaba gastado, suave al tacto.

—Para ti —dijo el niño en un amárico vacilante.

Nadifa tradujo con una sonrisa: —Dice que es para proteger el agua. Las conchas vienen del mar, del lugar donde nace toda el agua. Mi abuela lo llevaba cuando era pequeño. Ahora es tuyo.

Hendaya tomó el collar. Pesaba casi nada, pero sintió que algo se cerraba dentro de él. Una puerta que había estado abierta durante demasiado tiempo, dejando entrar el frío y el polvo, el ruido del mundo. Ahora, por fin, se cerraba.

—Gracias —dijo, colocándose el collar al cuello.

El cuero rozó su nuca, cálido, familiar. El niño sonrió, mostrando un hueco en los dientes. Los otros dos se acercaron, tocaron la manga de Hendaya, rieron y salieron corriendo hacia la aldea. El más pequeño se detuvo a medio camino y tiró de la túnica de su hermano para que esperara.

Nadifa se quedó, los brazos cruzados, mirando el pozo. El agua reflejaba las primeras estrellas, diminutas lucecitas bailando sobre la superficie.

—Los ancianos dicen que el agua volvió porque encontramos al guardián adecuado.

—No soy guardián de nada —dijo Hendaya—. Solo sé de tuberías y paneles solares.

—Eso es lo que dice un guardián. —Ella sonrió, la primera sonrisa genuina que él le veía desde que se conocieron—. Ahora eres uno de nosotros, Hendaya. La aldea te ha aceptado. El pozo te ha aceptado.

Él no supo qué responder. Se tocó el collar, sintió las conchas rozar sus dedos callosos, y por un momento le pareció que el mundo entero estaba en paz, que no había nada más que hacer que quedarse allí, junto al agua, viendo cómo la noche se cerraba sobre el salar.

—¿Te quedas? —preguntó Nadifa.

—Me quedo.

Ella asintió, satisfecha, y señaló la aldea donde las hogueras crepitaban, lanzando chispas hacia el cielo violeta.

—Entonces ven. Los niños han preparado una canción. Es la canción de bienvenida al agua nueva. Nunca antes se había cantado en esta generación.

Hendaya la siguió. A su alrededor, el Danakil se teñía de púrpura y violeta, las sombras alargándose sobre el salar como dedos de un dios antiguo. El viento traía olor a tierra húmeda, a café, a leña de acacia. Y por encima de todo, el sonido de las voces infantiles elevándose en una melodía antigua, una canción que hablaba de manantiales y de lluvias, de generaciones que habían esperado y de un hombre que había llegado desde el otro lado del mundo para encontrar lo que siempre había estado buscando.

Hendaya se detuvo un momento. Miró atrás, hacia el pozo. El agua seguía allí, quieta y clara, reflejando las primeras estrellas que empezaban a tachar el cielo. El collar de conchas pesaba sobre su pecho, un latido más en su cuerpo.

Luego siguió caminando hacia la aldea, hacia la música, hacia el fuego.

La noche cayó sobre Danakil, eterna y desafiante.

Pero el agua ya no se iría.

EPÍLOGO: EL ECO DEL AGUA

El sol rompió el horizonte como una herida abierta.

La luz se derramó sobre el salar, blanca y exacta, y encontró el primer obstáculo en seiscientos kilómetros a la redonda: la placa solar. Un rectángulo de vidrio oscuro que emergía de la sal como una losa de otro mundo. A su lado, una pequeña placa de bronce, recién colocada, reflejaba los primeros rayos: *En memoria del Capitán Desta Haile, que eligió la verdad.*

Hendaya la miró desde la entrada de la tienda. Cincuenta y seis paneles, alineados en tres filas, inclinados hacia el este. Los ingenieros de Adís habían tardado tres semanas en instalarlos. Los afar habían tardado tres días en aprender a limpiarlos.

—El nivel subió dos centímetros esta noche —dijo Nadifa.

Estaba junto al pozo, con un cubo de plástico azul en la mano. El agua le llegaba a los tobillos, clara, fresca, moviéndose con una pereza que solo el líquido almacenado durante milenios podía permitirse. Los niños afar correteaban entre los paneles, riendo, llenando sus propios cubos de agua nueva.

Hendaya se levantó. Sintió el peso en las rodillas, la rigidez en la cervical que no desaparecía del todo desde el interrogatorio. Caminó hacia ella.

—Mañana empezamos la segunda fase —dijo—. Tuberías hasta las viviendas.

—Los ancianos no se lo creen —sonrió Nadifa—. Dicen que el agua no debe viajar. Que debe esperar a que vayan a buscarla.

—Diles que el agua ha esperado bastante.

Ella rió. Un sonido seco, corto, que Hendaya había escuchado apenas media docena de veces en siete meses. Cada vez le parecía más valioso.

—¿Y la placa? —preguntó Hendaya, señalando el bronce con la barbilla—. ¿Está bien así?

—Su familia vino desde Mekele. La madre lloró. El padre dio las gracias. Dijeron que preferían tenerlo muerto y honrado que vivo y deshonrado. —Nadifa se encogió de hombros—. Los etíopes tienen un código extraño.

—No más extraño que el nuestro.

Ella asintió. Ambos sabían que Desta había muerto por ellos. Por el agua. Por la verdad.

Tres niños afar corrían entre los paneles, esquivando los cables que serpenteaban por el suelo. Uno de ellos, el más pequeño, llevaba un collar de conchas idéntico al que Hendaya guardaba en su mochila. Había intentado devolverlo, pero los niños se negaron. Ahora era parte de él.

Se arrodilló junto a la válvula principal. Una pieza de latón, fabricada en Alemania, instalada por un ingeniero de Mumbai. El mundo entero había contribuido a aquel pozo. Hendaya ajustó el caudal con un giro preciso de la muñeca. El agua respondió inmediatamente, un hilo más fino que desapareció en la tubería.

—El sistema de filtrado necesita revisión —dijo—. La arena fina pasa.

—Mañana —dijo Nadifa—. Hoy celebramos.

Asintió. Se levantó, se limpió las manos en los pantalones. La venda de la palma derecha estaba sucia, pero la herida cerraba bien. Amara se la había mirado la última vez que hablaron, hacía tres semanas.

—También vinieron los soldados —añadió Nadifa—. Los que le eran leales. Preguntaron por ti.

—¿Y qué les dijiste?

—Que estabas ocupado. Que no merecían tu tiempo.

Hendaya negó con la cabeza. —Merecían más que eso. Ellos también eligieron.

—Quizá. Pero el agua no pregunta de qué lado estaban.

Una sombra cayó sobre el pozo.

Hendaya levantó la cabeza. Una nube, delgada y blanquecina, se deslizaba sobre el salar. La primera que veía en días. El viento soplaba del este, trayendo el olor de la tierra húmeda de las tierras altas, un aroma que parecía mentira en aquel infierno de sal.

—Va a llover en las montañas —dijo.

—Siempre lo hace —respondió Nadifa—. El agua nunca deja de moverse.

Dentro de la tienda principal, el teléfono satelital vibró sobre la mesa de madera. Hendaya entró, apartó la lona de la entrada. La pantalla parpadeaba con un nombre: *Amara Kabbaj – MSF*.

Aceptó la llamada.

La imagen tardó un par de segundos en fijarse. El rostro de Amara apareció, granuloso, iluminado por una luz blanca de hospital. Llevaba el pelo recogido, más corto que la última vez, y una mascarilla colgando del cuello. Detrás, se adivinaba el bullicio de un

pasillo de hospital: voces, pasos apresurados, el pitido de un monitor.

—Estás vivo —dijo—. Bien.

—Todavía.

—¿Cómo está el pozo?

—Mejor que yo. Veintiséis litros por minuto. Agua potable desde el primer día.

Ella sonrió. Tenía ojeras profundas, pero los ojos brillaban. —Aquí el agua es peor que la gasolina. La gente bebe de pozos contaminados, y el cólera se extiende como un incendio. A veces pienso que debería estar ahí, contigo, bebiendo agua limpia.

—Tu lugar está con ellos.

—Lo sé. Pero a veces cansa.

Hubo un silencio. La línea crepitó. Luego Amara dijo:

—He recibido una oferta para ti. Universidad de Barcelona. Quieren que des un curso sobre gestión del agua en zonas áridas. Seis meses, todo pagado, un sueldo que no vas a creer.

Hendaya se quedó quieto. La voz de Amara llegaba clara, pero la imagen se congeló un instante, el satélite perdiendo sincronía.

—¿Barcelona? —preguntó.

—Sí. Conocen tu trabajo en Danakil. Han seguido la historia. Dicen que eres un referente.

Miró hacia afuera. Los niños seguían corriendo entre los paneles. Nadifa hablaba con un ingeniero afar junto al generador. El sol seguía subiendo, la sombra de los paneles acortándose sobre la sal blanca.

Podría irme.

La frase apareció en su cabeza, clara, sin ruido.

Podría irme. Tendría una vida cómoda, prestigio, dinero. Una cama con sábanas limpias. Agua corriente en un grifo. Una nevera con comida. Gente que hablara su idioma y entendiera sus bromas.

Pero ¿qué pasaría aquí?

El acuífero necesitaba atención constante. El sistema de bombeo solar funcionaba, pero requería mantenimiento. Los filtros se obstruían con la arena fina. Las tuberías se agrietaban con el calor. Los afar sabían muchas cosas, pero no sabían leer los manuales en alemán.

—¿Saúl?

La voz de Amara lo trajo de vuelta.

—Estoy aquí.

—¿Qué piensas?

Respiró hondo. El aire olía a sal, a polvo, a agua recién brotada. Olía a hogar. A algo que nunca había tenido antes.

—Diles que gracias. Pero que no.

Amara no pareció sorprendida. Asintió lentamente.

—Lo sabía.

—¿Y tú? —preguntó él—. ¿Sigues en Sudán?

—Me voy la semana que viene. Yemen. Hay un brote de cólera en Al Hudayda.

—Cuídate.

—Siempre lo hago. Tú también. Y dile a Nadifa que cuide de esos ingenieros. Que no los deje romper nada importante.

Sonrió. Una sonrisa pequeña, casi imperceptible, pero real.

—Lo haré.

—Te llamo la semana que viene —dijo Amara—. Si el satélite quiere.

La pantalla se quedó negra.

Hendaya guardó el teléfono en la mochila. Salió de la tienda. El sol le golpeó la cara, seco, sin piedad, pero ya no le molestaba. Era parte del lugar.

Nadifa lo miró. No preguntó nada. No hizo falta.

—Mañana —dijo ella—. Las tuberías.

—Mañana —confirmó.

La Corte Penal Internacional emitió hoy su veredicto sobre el caso Aquifer Global. La jueza presidenta declaró a la empresa culpable de explotación ilegal de acuíferos y violación de los derechos de las comunidades locales. La sentencia, de 142 páginas, ordena la disolución de la compañía y la restitución de los recursos hídricos a los pueblos afectados. El fallo fue recibido con aplausos en los tribunales de La Haya, mientras que en Danakil, el pueblo afar celebraba con cantos de agua nueva.

En la rueda de prensa posterior al veredicto, David Kimathi recordó: «Sally, la periodista que recibió el primer correo de Berhanu, publicó un avance que nos dio la cobertura inicial y protegió nuestras fuentes».

Se sentó junto al pozo. Metió la mano en el agua. Estaba fría, a quince grados bajo tierra, alimentada por una vena que llevaba fluyendo desde antes de que existieran los romanos, antes de que existiera Roma, antes de que el hombre pusiera un pie sobre la tierra.

La noticia había llegado dos semanas atrás, en un mensaje de Amara seguido de un correo oficial del gobierno etíope. *Aquifer Global disuelta. Whitaker murió en el accidente de helicóptero. Montero está en prisión. Su nombre ha sido limpiado. En el callejón*

de Adís, meses después, un niño encontró un pendrive bajo un Toyota oxidado. Lo llevó a su maestro, que lo entregó a la comisión de investigación. Las pruebas físicas confirmaron lo que los documentos digitales ya habían revelado.

Hendaya había leído los mensajes varias veces. La primera para entenderlos. La segunda para creerlos. La tercera para aceptarlos.

No sintió alegría. Tampoco alivio. Sintió algo más parecido al cierre de un círculo, al final de una línea que llevaba años dibujando. Whitaker había muerto en su propio helicóptero, derribado sobre la sabana. Montero había confesado todo en el juicio, hasta el último detalle. El gobierno etíope había revisado el escándalo de Hendaya y había declarado su inocencia. Su nombre, que había arrastrado por el fango durante cinco años, volvía a ser suyo.

Podría volver a España. Podría recuperar su vida anterior, su casa, su trabajo. Podría sentarse en un café frente al mar y olvidar que Danakil existía.

Pero el agua seguía fluyendo.

Y mientras fluyera, estaría allí.

Sacó la mano del agua y bebió. El líquido bajó por su garganta, fresco y vivo. Sabía a minerales, a profundidad, a tiempo. Sabía a algo que había estado esperando, almacenado bajo la tierra durante milenios, esperando a que alguien viniera a buscarlo.

Hendaya sintió el agua deslizarse por su pecho, y supo que nunca encontraría mejor agua en ningún otro lugar.

—

Al atardecer, cuando el sol pintó el salar de naranja y púrpura, los afar encendieron las hogueras. El olor a café tostado y leña de acacia se extendió por el campamento. Las mujeres comenzaron a preparar la cena, y los niños dejaron sus cubos de agua para sentarse alrededor del fuego.

Hendaya se sentó junto a la hoguera. Uno de los niños, el del collar de conchas, se acomodó a su lado.

—Cuéntame otra vez la historia —dijo el niño.

—¿Qué historia?

—La del hombre que encontró el agua.

Hendaya miró el fuego. Las llamas bailaban, azules en la base, amarillas en la punta. El calor le acarició la cara, un calor diferente al del sol, más humano, más vivo.

—No fue un hombre —dijo—. Fueron muchos. Una médica tunecina. Un capitán etíope. Una mujer afar. Un periodista. Un ministro. Y un ingeniero español que se arrepintió al final.

—Pero tú encontraste el agua.

—No. El agua siempre estuvo aquí. Solo necesitaba que alguien la dejara salir.

El niño no entendió. Pero asintió.

—Cuando sea mayor —dijo—, quiero ser como tú.

Hendaya negó con la cabeza.

—No quieras ser como yo. Quiere ser como el agua. Siempre encuentra su camino. Siempre.

El niño se quedó callado. El fuego crepitó. Las estrellas comenzaron a aparecer, una a una, hasta llenar el cielo.

Nadifa se acercó con dos tazas de café. Le tendió una a Hendaya. La aceptó, sintió el calor en las manos, el aroma amargo y dulce al mismo tiempo.

—Mañana —dijo ella, sentándose a su lado.

—Mañana —respondió.

Bebieron en silencio. El fuego chisporroteaba. Los niños reían en la hoguera vecina. El generador diésel ronroneaba al fondo, alimentando las luces que habían instalado alrededor del pozo.

—Nunca pensé que me quedaría —dijo Hendaya en voz baja.

—Yo sí —respondió Nadifa—. Desde que te vi mirar el pozo seco. No era la mirada de un hombre que pasa. Era la mirada de un hombre que encuentra.

No respondió. No hizo falta.

Hendaya levantó la vista. La Vía Láctea cruzaba el firmamento como un río de luz, tan densa y brillante que parecía un camino de estrellas hacia algún lugar.

El agua siempre encuentra su camino.

También lo había encontrado.

El viento sopló, trayendo el rumor del agua en la tubería, un susurro constante, ininterrumpido. El acuífero seguía fluyendo, llenando el pozo, alimentando los cubos, regando el futuro.

Hendaya se levantó. Caminó hasta el pozo. La luz de las estrellas se reflejaba en la superficie del agua, temblorosa y viva. Se arrodilló, metió la mano, sintió el frío limpio en la piel.

Sacó la mano y bebió.

Sabía a mañana. Sabía a todo lo que estaba por venir.

La cámara podría haberse alejado entonces.

Mostrar el pequeño oasis en medio del infierno de sal: los paneles solares brillando bajo la luz de las estrellas, el pozo de piedra rodeado de cubos azules, las tiendas de los afar alineadas en el lado este, los niños durmiendo junto a las hogueras, las mujeres cantando una canción que hablaba de agua nueva.

Y en el centro, un hombre de cincuenta y dos años, con el pelo canoso y una cicatriz en la mandíbula, sentado en el suelo de sal, con la mano hundida en el agua fresca.

Sonreía.

Y esa sonrisa, pequeña y genuina, era el triunfo más grande que cualquiera de ellos había conseguido jamás.

El sol se elevó un palmo más. Las sombras se acortaron. El viento trajo el rumor de las voces de los afar, que comenzaban el día con el canto del agua nueva.

Hendaya se levantó. Se secó la mano en el pantalón. Miró el pozo, los paneles, el horizonte de sal que se extendía hasta perderse de vista.

—Vamos —dijo—. Hay trabajo.

Nadifa asintió. Los niños dejaron de correr. El ingeniero afar se acercó con un rollo de planos bajo el brazo.

—Las tuberías —dijo, señalando el plano—. Por aquí.

Hendaya tomó el rollo, lo abrió, estudió el trazo. Una línea azul que partía del pozo, atravesaba el campamento, llegaba a las primeras viviendas. Agua para todos.

—Por aquí —confirmó.

El acuífero seguía fluyendo.

Seis meses antes, Hendaya había llegado a Danakil esposado, sin esperanza, sin futuro. Ahora estaba allí, con sal hasta los tobillos, un plano en las manos, y un pueblo entero esperando que el agua llegara a sus casas.

El sol seguía subiendo.

El agua seguía fluyendo.

Y por primera vez en muchos años, Hendaya tenía un lugar al que pertenecer.

Si te ha gustado esta novela, puedes ver el resto de mi obra en el siguiente enlace